

calibrite

colorchecker CLASSIC

59316

Fr. PEDRO FABO

Agustino Recoleta.

Corazón de oro

Novela de costumbres americanas.

Con las licencias necesarias.

R. 149.603



MADRID

IMPRESA DEL ASILO DE HUÉRFANOS

Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.198

1914

1084729

CORAZÓN DE ORO

(NOVELA)



FR. FABO

(ACREDITADO)

COLECCIÓN

DE

ORO

NOVELA

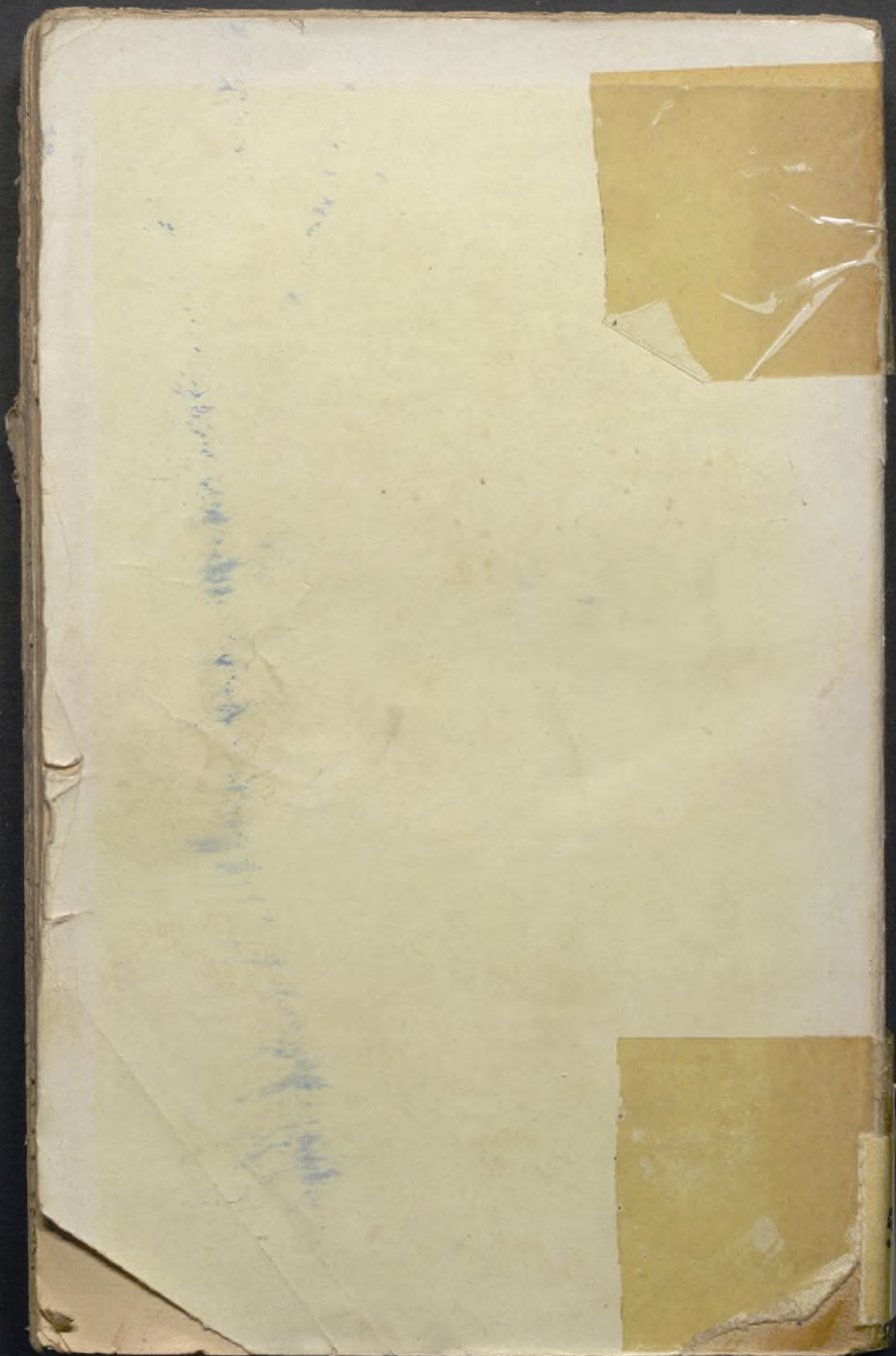
de

costumbres
americanas.



MADRID

13693



Obras del mismo autor.

El doctor Navascrés.—Novela.

Restauración de la Provincia de la Candelaria.

Discursos religiosos.

Idiomas y Etnografía de la región oriental de Colombia.

Rufino J. Cuervo y la Lengua castellana. (*Obra premiada por la Academia Colombiana de la Lengua*).—Tres volúmenes.

Historia de la Provincia de la Candelaria.—Dos volúmenes.

EN PREPARACIÓN

Corazonadas poéticas.—Versos.

Pétalos de novela.—Cuentos.

Justicia.—Novela.

Estudios de crítica literaria.

Liberaladas, o sea, Historia de una revolución.

59316

Fr. PEDRO FÁBO

Agustino Recoleta.



Corazón de oro

Novela de costumbres americanas.

Con las licencias necesarias.

R. 149.603



MADRID

IMPRENTA DEL ASILO DE HUÉRFANOS

Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.198

1914

1084729

Retrato al óleo.

A ISLADA como el Cairo en Egipto, como Palmira en Mesopotamia, como Balbek en Siria, pero bellísima, encantadora, llamativa. álzase Ribaflores en las llanuras de Casanare, sobre un río reidor y cariñoso, que pasa lamiendo la orla del vestido de la población, reclinada en la orilla como ondina a quien rumorosos palmares abanicen dulcemente: calles limpias y agradablemente rústicas; en medio de la plaza mayor, un grupo de cocoteros cairelados y altísimos; en un costado, la iglesia con su torrecilla, como si se dijera, un ángel arrodillado apuntando con el brazo enhiesto hacia la región de las divinas esperanzas; en una bocacalle, cierta casa que ostenta apariencias de solariega, y en ella un patio enjardinado, corredores con columnas de oloroso sasafrás, habitaciones amplias, moblaje, en general, rico, pero dispuesto con ese gusto descabalado que se nota en los hogares cuando son aderezados por manos que no mariposean en los jardines del juvenil ensueño. Junto a la puerta de la sala principal, una caja grande que contiene viruta fina, papeles y cartones en desorden, con los cuales parece haber sido envuelto algún objeto de valía; y dentro de la sala, cuatro mujeres: una muy anciana,

que se llama Engracia; una señorita de pocos abriles, Rita por nombre, y dos criadas, con fachas de tales, cuyos nombres quedan en las listas de la servidumbre anónima. Todas están de pie, mirando hacia un punto del muro donde van a colocar un cuadro, estilo Luis XV, recién desempacado, que yace en el pavimento sin quitarle el polvillo adherido al marco de molduras y relieves dorados y de laca blanca; y todas buscan con entusiasmo el lado favorecido por la luz, la altura, el sesgo y otras circunstancias, para que la obra pictórica luzca todos sus primores. La que más interés para la debida colocación demuestra es Rita, quien parece poseer el derecho de opción, reconocidos como guarda los títulos de mujer de exquisito gusto para todo y de amiga íntima de la casa de D.^a Engracia; ésta, a su vez, no deja de hacer algunos reparos, bien que secundarios, por cuanto la joven tiene la iniciativa en todo; miran las sirvientas con la boca abierta, soltando de cuando en cuando palabras inexpresivas y obedeciendo ciegamente a las directoras.

—Que ha de quedar bien enfrente de las ventanas de la calle, para los efectos de la luz; que en la pared frontera a un cuarto con cuya puerta hace simetría; que no estará mal colocado tampoco encima de la consola, de nogal tallado—.

Tal es la multitud y variedad de dictámenes que expresa la joven, en el deseo de mayor acierto, mirando desde varios puntos de vista, en obsequio de la cortesía a la señora anciana, que por fin está resuelta a adoptar cualquier partido, porque no ve mejoría de gran momento en ninguno.

Mas ¿quiénes son D.^a Engracia y Rita? La primera, una matrona respetable por sus años y costumbres, hija legítima de las pampas casanareñas, que no conoce de la nueva civilización sino algún que otro des-

perdicio que los hijos del reino envían a sus conterráneos de la llanura, pero hacendosa, austera, honrada a carta cabal, y dueña de un hogar que capitaliza lo necesario para llamarse rico cualquiera que no malrote el producto del trabajo.

¿Y Rita? Una señorita despejada y lista como un lince, vivaracha y alegre como una sarta de cascabeles, y agraciada como un ramillete de azahares; es vecina de doña Engracia, casi criada en su regazo, pues desde pequeña ha frecuentado la casa de aquélla con la franqueza de una hija. Y ahora no puntualizo más porque llega el instante preciso de colocar el cuadro, y es muy de aprovechar que curioseemos con toda atención los detalles de esta doméstica faena.

—Pues bien, aquí va a ser —dice la joven con tono de resolución invariable—; enfrente de la puerta de entrada, para que esté más visible. ¿Verdad, señora Engracia, que aquí queda bien?

—Ya lo creo, Rita —contestó satisfecha la abuela.

—Súbete, pues, muchacha a este diván, coge ese clavo amarillo, y a clavar.

La sirvienta, ya encaramada en el mueble, con los brazos arremangados y puestos en alto y sobre el muro, indaga el punto matemático apuntando con la escarpia.

—No, ahí no; un poco más arriba, ¿entiendes?

En actitud de martillar, vuelve a preguntar la aludida a Rita, y ésta, que, situada ya en uno, ya en otro punto, mira la maniobra, se apresura a dar esta orden terminante:

—Como dos dedos más a la derecha; ahí, pero más altico; una vara del techo.

Óyense al instante los martillazos; empieza a morderse el labio inferior la sirvienta; entrecierra los ojos para evitar el polvo; le oscilan las guedejas al impulso

del golpeteo, y Rita, muy satisfecha, siguiendo los movimientos de la criada, da por terminado el acto y dice:

—Está.

A dar, pues, la última limpia al cuadro, a quitarle el polvo del marco con un plumerillo y a colgarlo. Y luego va a lo alto la pintura, quedando perfectamente colocada, no sin recibir pequeñas reformas de mano de la joven, que revelan artística delicadeza.

Doña Engracia acaba de sentirse acosada por un enjambre de recuerdos dolorosos, y, tapándose el rostro con el pañuelo para ocultar las lágrimas que afluyen, musita:

—¡Hijo de mi alma, si estuvieras a mi lado...!

En esto óyese la vocecilla de una niña como de ocho años que viene gritando:

—Abuelita, abuelita, mire lo que le traigo; a ver si le gusta.

Salen inmediatamente al encuentro, y Rita, adelantándose, ase a la niña de la mano izquierda, le da un ósculo en los sonrientes labios, que semejan, por lo frescos, dos pétalos de rosa rizados por la brisa, y le dice:

—Ven, Inesita, te voy a enseñar una cosa. Dime: ¿quién es ése? —la interroga teniéndola por un brazo y mostrándole el cuadro.

Vacila un momento la niña y termina pronunciando con voz queda, a causa del asombro:

—¡Mi papá!

Diríjese corriendo Inés al sitio en que está su abuela, abatida por los recuerdos de dolor, y le pregunta:

—Abuelita, ¿para qué pintaron a mi padrecito? ¿Es para que le recemos?

—Sí, vida mía.

—Y ¿dónde lo pintaron?

—En Bogotá.

—¿Quién? ¿Juan Andrés?

—Él, no; pero fué idea suya.

—¿Para que le recemos?

—Exactamente, hija mía.

—¿Como le rezo yo a la Virgen del Carmen que está en mi alcoba?

—No, bobita; tu padre no es santo.

—¿Y no me dice usted que era muy bueno y muy santico?

—Pero para rezarle, no; rézale para que su alma salga del purgatorio si allí está penando; y, si quieres, hasta puedes ponerle flores.

Después de este diálogo encantador, Rita se dirigió a D.^a Engracia, consolándola con las palabras más dulces y animándola a soportar su desventura con entereza cristiana.

Y terminó su conversación con estas palabras:

—Ya está, pues, bien colocado el retrato de D. José; nos ha hecho sudar tantico, pero, en fin, ya está. Me voy, que tal vez me espera mi padre.

—No te vayas tan pronto, que si él hubiera regresado habría mandado aquí un recadito —dijo la abuela en tono de súplica.

—Es muy tarde, es muy tarde —repite Rita saliendo de la sala y componiéndose las rubias guedejas que al desgair se arremolinan sobre su frente, por efecto del trajín.

—Rita, Dios te lo pague; es un nuevo favor que te debo.

—No, señora; disimule usted mi poca habilidad. Adiós, Inesita, adiós.

La joven que prosigue corredor adelante con rítmico contoneo, aliñándose el rebelde peinado, y la niña que le advierte:

—Ritica, que venga tu padre a ver el cuadro, y vuelve con él.

Hace con su cuerpo un gracioso movimiento de conversión hacia las que le hablan, y, dejando dibujarse en sus labios una inefable sonrisa de bondad, responde:

—Con mucho gusto.

Y desaparece.

II

Retratos de novela.

LA casa encuéntrase ahora libre de curiosos; las criadas, arreglando la sala, ponen los muebles en su puesto; D.^a Engracia ha entrado en la habitación próxima, que con la sala comunica, y, embebecida en amargas reflexiones, revisa algunas prendas de indumentaria que hay encima de un veladorcillo, destinadas para algún hombre que las deba usar dentro de poco tiempo. A la legua se conoce que el cuarto, austero y sin perifollos, es de algún hijo de Adán que suele ocuparlo raras veces.

Cabalmente en la calle oyóse a poco rato el pasitrote de una ligera caballería. Venía del hato de Arrebol Florencio, el cual aun no había arrendado la cabalgadura en la caballeriza, cuando recibió en sus brazos a Inesilla, que fué a su encuentro diciéndole bulliciosa y entusiasmada:

—¡Florito! ¡Un beso, Florito!

El joven púsose ante ella en cuclillas, como para hacerse chiquitín y regalarle con fiestas, y luego, alzándola en brazos, le hizo reclinar la rizada cabeza sobre su hombro, como se posa la abejilla sobre una flor, y atravesaron el patio en derechura a la galería, donde los esperaba D.^a Engracia con ese tinte de sa-

tisfacción sosegada que puede pintar en el semblante de los ancianos el desengaño y la experiencia.

Antes de nada, Florencio pidió la bendición a su abuela, recostándose después en una mecedora junto a ella, pero sin desprenderse de Inés, la cual, sentada en las rodillas del hermano, quiso saborear las caricias que éste le prodigaba durante la interlocución:

—¡Hijo, por Dios! ¿Y cómo nos vas olvidando? ¡Tanto tiempo sin venir! ¿Y no te cansas en Arrebol?

—No, abuelita; que hubo mucho trabajo estos días y no he podido venirme antes.

—Es que desde que murió tu padre, tu cariño va mermando...

—No me diga eso, madre —significó el joven cogiéndole la mano y besándosela con acendrado cariño—. Desde que murió papá, los trabajos son doblemente penosos, fuera de que esta temporada es de mucho que hacer en cualquier hato.

Ahora que la disposición del grupo nos lo permite, puesto que, sentados los tres, dan la cara al patio, iluminado por la esplendente luz del mediodía, nos fijaremos en ellos para no confundirlos con los otros personajes que irán apareciendo en la novela.

Florencio es un joven como de veintitrés años, en toda la fuerza de la juventud y con toda la idiosincrasia fisonómica de un hijo de Casanare; de tez trigueña, morena casi, el rostro cubierto de una palidez no enfermiza, sino hermosa, que contrasta con el negro bigote que sombrea sus labios bermejos, delgados, que en aristocrática combinación entonan con la coloración de los ojos, de pupila perfectamente árabe, y con los rasgos del tipo americano. Florencio es lo que se puede llamar una buena figura; de mediana estatura y sin llegar a obeso, fornido y bien complexionado.

Es su instrucción suficiente para el manejo de una

casa hacendada que renta cuantiosos bienes sin entrar en transacciones de alto avance. En cuanto a educación, Florencio la tuvo buenísima, bien se considere en puntos de religión y cristiandad prácticas, bien en formas corteses y maneras refinadas de hombre culto y elegante. Vástago de la familia Meta, no hay para qué decir que pertenecía a lo selecto de la sociedad ribaflorense y que con razón era mimado por todos; amigo del trabajo del Llano, sabía también gallardear con sus camaradas en honradas francachelas, pero sin abribonarse nunca, siendo a la vez muy aficionado a los goces íntimos de la familia y un gran celoso del honor de su apellido. Y digo celoso por determinar bien el espíritu que informaba ciertas acciones suyas, tildadas por algunos de jactanciosas, cuando de tales no tenían absolutamente nada.

Inés, una criaturilla que a los ocho años mostraba ingenio agudo en extremo; ángel trajeado a lo niña, de carnes virginales, en cuya sangre no se ha mezclado aún el fermento de la malicia; mimosa y amante, que sabe aliviar las cargas del hogar doméstico con sonrisas del paraíso; capullo de azucena brotada como prenda de esperanza para la familia; criatura de Dios, caída en alas de una brisa del cielo sobre aquella casa, como podía haber caído una estrella o una gota de rocío. En su físico se notaba todo el gesto fisiológico de Florencio, bien que modificado por la claridad de los ojos y las proporciones de la nariz, que daban ocasión a Rita, maliciosa y picaresca, para llamarla, sin merecerlo rigurosamente, *Chatica*.

En cuanto a D.^a Engracia, sus rasgos quedarán especificados diciendo que llevaban las influencias de los sesenta años; era enjuta de carnes, bien espigada, trigüeña y con aire de señora distinguida. A sentimientos religiosos y caritativos no había quien la ganara

en la población; a ser mujer de su casa, tampoco; a querer a sus hijos y a tratar con dignidad a sus dependientes, a buen seguro que nadie podía aventajarla, ni con mucho. Por su afable trato y por lo acertado de sus consejos, había adquirido ascendiente muy decoroso entre la sociedad, la cual gustaba de rozarse con ella. En suma: era buena de toda bondad.

Ahora, como complemento de las tres figuras, es de saberse que, habiendo contraído matrimonio D. José Meta con una de las hijas de D.^a Engracia, ésta recibió en su casa al yerno, que aportaba tesoros de amor conyugal en abundancia y no pocos de riqueza; con todo lo cual se echó la base de un hogar en el que se cultivó la semilla de la felicidad copiosamente, sin que lo ayermasen los ventisqueros de la inconstancia. Tres fueron los hijos: Juan Andrés, Florencio e Inés. Iba D. José con su familia hacia la tierra de promisión, cuando en el camino asaltóle el espectro de la muerte guadañando a su querida esposa; y desde entonces la abuela, la solícita abuela, se encariñó más con los huérfanos netezuelos, para completar con el acopio de su mucha práctica la educación de los mismos.

A raíz de la desgracia dicha fué cuando el primogénito, Juan Andrés, hubo de abandonar la casa solariega y partirse a Bogotá por seguir alguna carrera profesional. Florencio, que nunca sintió grandes ansias por el estudio y sí por la vida campestre, permaneció al lado de su padre aprendiendo el manejo del hato, con cuya ocupación llegó a avenirse muy gustoso. Inés, injerto delicadísimo de inocencia, del enfaldo maternal había pasado al de la abuela para absorber los jugos de piedad que en él atesorara la divina Providencia. Era una tierna parásita incorporada a la carcomida ceiba del bosque.

Empero, el rigor de la desventura sobrevino al desaparecer de la escena de la vida D. José por modo tan imprevisto como doloroso. Hacía medio año que finó casi repentinamente, víctima de una neumonía o de un recrudecimiento de tuberculosis, estando solo en Arrebol, sin ningún miembro de su familia que le cerrase los ojos; medio año, es decir, tiempo insuficiente para que la llaga del dolor se cicatrizase, por más que fuese medicinada por una mano tan delicada, tan cristiana y tan experta como la de D.^a Engracia. Así se explica el tinte melancólico que en la fisonomía moral de este hogar predominaba, y así también que llame la atención de los vecinos la referida colocación del retrato de D. José.

—Pero, en fin —prorrumpió D.^a Engracia—, ya habrás refrescado algo la sofocación del camino; entra, que te aguarda una sorpresa. Digo mal; no es sorpresa, porque ya te avisé de lo que nos acababa de remitir tu hermano Juan Andrés. ¿No es así?

Entró, y ante el cuadro se quedó como alelado, sin huelgo casi, turbia la vista por el llanto, mudo. ¿Qué iba a decir? ¿Qué palabras le inspiraría la vista de aquella figura querida, que evocaba días de deliciosos encantos y episodios de paternal, dulcísimo cariño? Sin embargo, de entre la variedad inconexa de sentimientos que sumergieron al joven, uno predominó y señaló harto duraderas huellas sobre su corazón, inspirándole nuevas promesas del cumplimiento del deber, de aquel deber que con la acción viva del ejemplo burilara en su hogar el honrado jefe de familia. Florencio sintió como una voz que le dijo al oído: —Hijo mío, sé bueno; aquí estoy yo para velar tus acciones.

Doña Engracia, a la vez, llena de emoción dolorosa, rompió a llorar en silencio, adivinando los pensamientos que cruzaban por la mente del noble mozo.

No podía comprender Inesilla la causa de aquella situación, en la cual ninguno hablaba; miraba al rostro de uno y otro como interrogándoles; por último, cuchicheó al oído de su abuela:

—Que se mude de ropa mi hermano, para que me deje usted ir con él a casa de Ritita.

Florencio entró en su cuarto, se cambió en un santiamén de ropa y salió inmediatamente. Inés esperaba en la puerta. Los dos tomaron la de la calle.

En la casa de enfrente, sobre el alféizar de una ventana, veíase un busto femenino de elegantes contornos.

—Chatica, deja a ese picarín, que no te quiere —gritó la de la ventana—; ven aquí.

Era Rita.

Inés corrió adonde la llamaban, y Florencio también cruzó la calle para platicar con un hombre que en una de las puertas de aquella misma casa aparecía.

III

Convecinos.

El hombre a quien intenta dirigir la palabra se llama Benito Lerín. Su figura es aplebeyada, o, mejor dicho, ridícula, y eso que no se puede apreciar en todo su conjunto, porque el tipejo está sentado en una silla, espalditendido. Es su pergeño el de un ricacho viejo, desaseado y vulgar. Por las alas del sombrero escápanse manojos de pelo canoso y lacio que sirven de marco a una cara mofletuda, donde aparecen dos puntos redondos como agujeros practicados con berbiquí; un bigote imitación cepillo, tieso y recordado; nariz que dejaría de ser achatada si fuera menos recia y más flexible.

Para retornar el saludo del apuesto joven, levántase de la silla muy vivaracho; su hablar es como un chillido de ratoncillo en trampa; y, ya que está de pie y careado con el garrido Florencio, presentémoslo como un hombre barrigón, cervigudo, de piernas delgadas y largas, brazos ídem de lienzo; como si dijéramos, un sapo tieso.

Benito Lerín, sea como fuere de estrambótico en su cuerpo, tiene un alma como otro cualquiera, y, a buen amigo, buen ciudadano, buen vecino y buen comerciante, nadie le gana; a buen comerciante sobre todo,

porque en los diarios tejemanajes de una tienda de ropas y otros artículos se las pintaba para eso de ganar en cada venta el oro y el moro, mas que le costase regatear en todos los tonos y maneras. La vida entera pegado al mostrador, calculando el giro de las ganancias y misereando punto menos que avariciosamente, ¿podrá dudar alguno que el Sr. Lerín tuviese unos cuantos talegos de onzas? Que las tenía, y muy amarillentas y sonantes, era voz común, aun cuando él jurase y perjurase que ni una blanca le encontraría el zahorí más fino. —Si las tuviera —decía él—, ¿me llevaría tan malos ratos trabajando para conseguir el pan nuestro de cada día? ¿A qué patullar tanto en busca de la bucólica?

El vulgo replicaba que ese huronear y moverse tanto no era por razón comercial, sino para buscar tesoros que en una parte y en otra estaban escondidos. Y lo de trabajar con tal afán, en Dios y en su ánima que ello no probaba que era pobre, sino avariento.

Mas, si avaro, nunca llegó a los extremos de la mezquindad cuando los deberes del patriotismo y de la amistad le exigían algún dispendio extraordinario, bien que protestaba siempre que estaba más *limpio* que mandado hacer, a la altura de Carracuca.

Por estas y otras razones, y principalmente porque Lerín pasaba su vida averiguando dónde la tradición o la conseja marcaban el sitio de alguna «guaca», para extraerla, se le apodaba *Cucarrón*; y así, cuando veían alguna excavación rara, las gentes pensaban en él al instante: —Por aquí ha andado *Cucarrón* con su bastón de estoque.

Que estas genialidades hacían sufrir mucho a Rita, vaya que sí; pero, a fuer de buena hija, sabía sobreponer a las rebeldías del orgullo el sentimiento del amor filial.

Si ante un grupo de hábiles fisonomistas hubieran colocado a don Benito y a Rita, trabajo les hubiera costado deducir los nexos de sangre que los ligaban; porque, fuera de alguna que otra levisima influencia, la ley de los atavismos faltaba en el caso presente, pudiéndose decir que Rita se parecía a su padre como un huevo a una castaña. No sucedía lo mismo con respecto a su madre, porque los que conocieron a la esposa del Sr. Lerín, la cual era difunta años hacía, afirmaban categóricamente que Rita había heredado de ella todo, menos el genio vivo y caprichoso, que ése le provenía del padre en línea recta.

Era esta señorita pequeña de cuerpo, pelirrubia, ágil, de movimientos elegantes, ojos vivaces y picarescos, rostro regordete y aniñado; de carácter franco y atrayente, voz dulcemente simpática, que cuando se manifestaba en risas producía el efecto de una cascada de perlas sobre una bandeja de plata; altiva, pero afectuosa; y en cuanto a saber gobernar su casa, sobrellevar los caprichos de su padre y portarse en público y en privado con dignidad, parecía mentira que tuviera solamente diez y ocho años.

Habíase esmerado D. Benito en la educación de ella, y si en algo era disculpable la mancha de avaricia con que le tildaban los vecinos, en este sentido se ha de tomar: que anhelaba tener ares y mares para sus hijos, únicamente para sus hijos, a quienes amaba hasta el delirio, particularmente a Rita, que era la que le había entrado por el ojo derecho y quien con la menor indicación hacía que su padre contraprojectase cualquier asunto.

Viudo Lerín, hubo de mendigar para las dos hijas que le quedaron una limosna de cariño en casa de D.^a Engracia, a falta de parientes muy allegados; y claro está que la encontró muy copiosa en el corazón

de la caritativa anciana, quien, en regaladísima fusión, puso a sus nietos y a las hijas del vecino en el nido de su regazo, donde se criaron todos juntos, queriéndose como verdaderos hermanos. ¡Qué guirigayes tan graciosos formaban aquellos humanos pajarillos revoloteando ya en el patio de doña Engracia, ya en el de Lerín, ya en la calle que separaba las dos viviendas!

Pero llegó un tiempo en que el pájaro grande voló a Bogotá, el otro dejó que le amarrasen las alitas de la libertad con un hilo en el hato de Arrebol, y las hembricas tuvieron que moderar los revuelos y en círculos concéntricos ir hacia su casa, reduciendo a la vida del hogar la de niñas juguetonas.

Y ¿qué resultó de esta mezcolanza de vida? Pues una cosa que se repite con frecuencia: que el pajarín de Florencio, bien emplumado ya, notó que Rita era para él algo más queavecilla vecina y algo más que amiga: que era la mirla de su amor, cuyos cantos le hacían tilín en el corazón y le trastornaban el seso. Después de un tiempo, ella ¡ah, cómo cambian las cosas!, volvióse esquiva. Gorgoriteaba, sí; gorgoriteaba lindamente en el árbol carcomido de Lerín; pero no permitía al antiguo compañero que le peinase con el pico las plumillas, ni aun que le hiciera dúo en el canto. Es que ella comprendió, y luego también él, que el amor es un cazadorcito ciego que tiene alas y lleva flechas que hieren al vuelo.

Tras breve diálogo, D. Benito permaneció en la misma posición, y el joven penetró al interior de la casa, meditando en que la charla del viejo había cambiado de forma; porque no sabía hablar sin aparvar circunstancias inútiles, paréntesis inoportunos, observaciones tontas, y con mil rodeos que sólo servían para fatigar la imaginación; y ahora resultaba su conversación concisa, nerviosa y hasta con pujos de dignidad.

IV

Niñerías.

TENGA la bondad de seguir el caballero —dijo Rita muy ceremoniosa al ver entrar a Florencio.

—¿Qué tal, Ritica? ¿Lo has pasado bien? —preguntó éste con cierta expresión humorística.

—Muy bien, para servir a usted, Sr. Meta —respondió la otra haciéndose la indiferente.

—Mucha etiqueta gasta la señorita...

—La que se merece el señorito; sí, el señorito que se avergüenza de tratar con los del pueblo. ¿Por eso será que ha tardado en regresar tanto tiempo?

—No, Rita, la causa verdadera ha sido el exceso de trabajo en el hato.

Y como en la sala de recibo notase el joven que Bruna, la hermana de Rita, hablaba con la pequeña Inés, se coló adentro para saludarla.

Ya que estaban reunidos todos, prosiguió allí mismo la conversación; por su parte, Rita trataba de mostrarse enfadada con Florencio, dando lugar a que Bruna llevase la parte cantante de la visita. Por fortuna, el joven conocía bien la aguja de marear y viraba muy diestramente en tales ocasiones para evitar los peligros de algún oculto escollo.

—Vamos, ¿os habéis propuesto que la broma sea muy larga? —dijo de pronto Florencio.

—¿Por qué?

—Porque no me recibís donde a mí me gusta.

—Sí, demos gusto al caprichoso señorito. Vámonos a los asientos del mango.

Este árbol, lozano, muy bello, en un ángulo del patio se destacaba; al pie había unos escaños. A ellos se dirigieron.

—¿Qué novedades suceden en Arrebol? —interrogó Rita entre picaresca y curiosa.

—Casi ninguna. La cabrita de Inés está lindísima, pero traviesa y ladina como no se pueden figurar. Es un diablejo; cada día hace alguna nueva fechoría.

—¿Ya le han salido cuernos? —preguntó Inesilla con gracia encantadora.

—Para cuando vayáis, los tendrá grandes.

—¿Luego insisten en que vayamos? —añadió Rita.

—Si tu padre no pone estorbo...

—Pero tenemos que llevar también a D.^a Engracia. A ella le conviene más que a nadie el cambio de aires.

—Sin duda.

—Y ¿cuándo será el viaje?

—Para Nochebuena; pasaremos allí los dos meses de riguroso verano: Enero y Febrero.

—Tengo ganas de conocer a Arrebol —afirmó Rita despidiendo chispas de felicidad por sus ojillos.

—¿Luego no lo conoces?

—Fuí allí de chiquitica; ahora debe de estar muy mejorado.

Florencio sonrió con cierta picardía y dijo:

—No os he contado que pretendo componer la casa.

—¿Con qué objeto?

—Pues ¿con cuál ha de ser? Con el de que estéis allí contentas.

Bruna, en este instante, levantóse del asiento; bien sea por necesidad, bien en obsequio a los alados amorcillos que, posados sobre el cáliz de las flores, oían la charla, esperando oportunidad de disparar sus doradas flechas sin testigos de vista, retiróse un poco y se puso a hacer un ramillete de flores para renovar las que había en el florero de la sala. Inés imitó su ejemplo y corrió a prestarle ayuda.

Continuó la charla así:

—¿Todavía insiste tu padre en ir a Bejucal?

—Insiste —contestó Rita dibujando en su cara un mohín de enfado.

—¿Y no hallas modo de disuadirle tú, que eres su idollito, tú, que eres obedecida por él siempre?

—No sé qué hacer, Florencio. Esos *guates* le llenaron de musarañas la cabeza con las señales de su dichoso santuario. Que ha de ir a sacar ese tesoro, y que ha de ir. Mira, los caprichos de mi papá lo van a matar el día menos pensado. En cualquiera de esos andurriales puede quedar muerto.

—¡Pobre D. Benito! —murmuró el joven.

—¡Florencio, por Dios!; a ti también te estima mucho; adviértele que no vaya a exponer su vida.

—Ritita, tu padre me hace caso siempre que no se trata de tesoros escondidos. Mis palabras serán inútiles, perjudiciales, mejor dicho. Yo tengo ideada una traza para curar a tu padre de esa afición; por lo menos, para contenerlo algo.

—¿Cuál traza? Dímelas, dímelas.

—No te la digo porque...

—¿Temes que no será bastante eficaz?

—Temo otra cosa...

—¡Florencio, por Dios!

—Después que nos casemos, te la digo.

Rita se sonrojó al punto y preguntó algo turbada:

—¿Y por qué no antes?

—Porque... dime, Rita, ¿cuándo nos casamos?

A la sazón llegó corriendo Inés, que acababa de coger un clavel rojo, y se lo regaló a Rita, quien le agradeció con palabras ponderativas el obsequio y trató de retenerla; lo cual entendido por el joven, dijo a la criatura:

—¿A mí no me traes otro?

—Voy a buscarlo, respondió la inocente niña desasiéndose.

—Contéstame, ¿cuándo nos casamos, Ritica?

—No me preguntes eso —refunfuñó ella bajando la cabeza y poniéndose a manosear los pétalos del clavel.

—¿Por qué no te lo he de preguntar? Ya sabes que yo estoy dispuesto hace tiempo...

—Pues yo, no.

—¡Hola, hola!, ¿estás incomodada?

—No me hables de eso; ya te he dicho que cuando muera mi papá.

—¿Así es la cosa?, ¿y por qué no antes?

—No quiero que suframos todos en casa.

—Eso es ofenderme, Rita. ¿Acaso no sabré también aguantar sus genialidades?

Rita no rehistó palabra, y siguió, la cabeza gacha, deshojando la flor con muestras de enfado.

—¿Te disgustas porque no te digo el remedio con que pienso curar la manía de tu padre?

La quisquillosa, sin alzar la vista, afirmó:

—Sí.

—Levanta, pues, la cabeza; mírame siquiera un poquito...

—No quiero.

—A lo menos, no te desfogues destrozando ese inofensivo clavel, embalsamado con tu aliento —increpóle, tratando de arrebatárselo.

—Déjame en paz, niño.

Volvió Florencio a la tentativa de la rapiña, y la otra le correspondió con una leve bofetada, que vino a deshacer en el acto la fanfurriña. Con frecuencia le sucedían a aquella muchacha, amante, sí, pero cojijosa y alteradiza, enfados de esta laya: tan cierto es aquel dicho: «Es imposible ser a un mismo tiempo enamorado y juicioso».

Inesita, que se había alejado cogiendo flores de mata en mata, echó a correr afanadísima, llorando a grito herido, porque una perra, que amamantaba sus cachorros en apartado rincón, la perseguía con dientes gruñidores.

A los chillidos de la chica, que se refugió en el regazo de Rita, acudieron Bruna, con un buen ramo, y, enteramente alarmado, el mismo D. Benito, porque, dicho sea de paso, quería éste a Inés como si fuera hija propia. ¡Caprichos de viejo!

—¿Qué es eso, qué es eso? ¿Cómo no cuidáis de mi remonona? —gritó Lerín con voz de gaita rajada.

—No se alarme usted, que no sucede nada —satisfízole el hermano—. La niña es muy miedosa. Venga, siéntese y dialoguemos un poco.

—Convencido; mas me siento para que me digas aquí, en confianza, como si se lo dijeras a un sordo —profirió D. Benito con acento acaramelado y con mohines muy chuscos—; sí, ¿oyes?, dime cuántas *botijas* de dinero habéis encontrado de las que dejó enterradas tu padre. ¿Cuántas, cuántas, Florencito? Porque, en fin, el que tiene dinero lo tiene todo, hasta la honra, porque los ricos sois muy afortunados. A mí, que soy pobre, cuando menos lo piense, me apedrea-

rán los niños. Pues ¿no me llaman brujo y *cucarrón*?

—¿Botijas de dinero dice usted? —replicó el joven con cierta melancólica sonrisa.

—Sí, hombre; no te hagas el ignorantón. Yo sé que tu padre tenía no pocas, con cada onza como ojos de buey. Cuando yo las veía se me ponía el cuerpo de carne de gallina; sentía un resquemor aquí adentro que me hacía... Como estoy más pobre que las ratas, por eso me sonaban a gloria en la imaginación. ¿Tu padre? ¡Buen cuco estaba! ¿Por qué serán unos tan ricos y otros tan pobres?

Mientras espetaba *Cucarrón* tal riolada de necedades, Rita se mordía los labios de cólera, y Florencio sentía ganas de dar un empellón a aquel viejo descortés y rancio. Con todo, pensando que los descomedimientos, atendido el carácter del que los cometía, eran disculpables, se esforzó por ocultar el disgusto, y respondióle con mucha gallardía, mostrándole los puños:

—Estos son los tesoros que mi padre me dejó: el trabajo.

Rita pisó, a hurtadillas, el pie a Florencio, haciéndole un guiño muy significativo, al tiempo que afirmaba con fingida naturalidad, para que se largase su padre:

—Oiga, papá, parece que llaman en la tienda. ¿Voy?

—Tú, no; ya voy yo —contestó poniéndose en camino y frotándose las manos de gusto.


Entonces Rita dijo en tono suplicante a su querido Florencio:

—Vidita, no le hagas caso; vete, no sea que salga otra vez a molestar...

Comprendió el joven que el consejo estaba bien dado y a tiempo, y se despidió de las dos hermanas, que le acompañaron hasta la puerta principal de la casa.

Verdaderamente estaba razonable la hija de *Cucarón*: no debían casarse todavía; dos almas nobles e ingenuas que en la barca del amor navegaban a velas desplegadas hacia las riberas del feliz ensueño, de ninguna manera podrían embarcar con un fardo tan pesado de egoísmo como era D. Benito, so pena de zozobrar en medio del océano de la vida.

Cosas ocultas.

ARIOS días transcurrieron sin que Florencio hiciese a su abuela la menor pregunta, por más que anhelara avidísimamente entablar conversación acerca de la venida de su hermano al hogar paterno, a ser cierta la noticia que, con visos de tal, diérase D. Benito Lerín. Dando y tomando sobre el particular, no podía entender el mozo qué razones le indujeron a tan extravagante resolución de tronchar en flor la carrera de Juan Andrés, quien, a juzgar por las cartas, vivía deliciosamente engolfado en los estudios que un día le darían, con el título de abogado, pleno derecho a entrar en los derroteros de la ciencia, en cuyo templo hay coronas, no de oro precedero, sino de laurel incorruptible; y tanto más cavilaba, cuanto que su abuela sobradas muestras tenía exhibidas de criterio práctico en vida doméstica, cuyas dificultades orillaba siempre con verdadera suficiencia. ¿Qué secreto designio, pues, abrigaba la buena señora para proceder de esa manera? ¿Por qué lado sería justificable la venida del estudiante? Por lo demás, no quiso nunca tacharla de egoísta o desconfiada porque en las reconditeces de la reserva le guardaba aquel asunto

de familia en que podía mediar él como factor interesante; era harto respetuoso para juzgar mal de ella; a lo sumo, llegó a figurarse que su abuelita, llevada de algún movimiento de extremada tristeza o cobardía de espíritu, una vez que dió el mal paso de llamar al estudiante, no tuvo valor para rectificar su acuerdo; o, por mejor decir, las distancias largas que separaban al uno de la otra habían imposibilitado corregir la orden, a todas luces reprobable. Esta es la conclusión que a Florencio le parecía más próxima a la verdad de los hechos.

Por qué D.^a Engracia no le comunicó antes los propósitos que acariciaba, quedó explicado en una conversación cuyo resumen es como sigue:

Se empeñó D.^a Engracia en que viniese su nieto, porque de sus conocimientos abogaciales habían menester muy mucho para desembarazarse de los pleitos y las pendencias que con motivo del fallecimiento del jefe de familia iban surgiendo, por cuanto, habiendo desaparecido éste de la escena de la vida por modo súbitaneo, y teniendo, como tenía, negocios pendientes con unos y con otros, la arteria y la trampa rabulesca querían hacer de las suyas en aquel hogar pacífico, que hacía las cosas a la buena de Dios. No solía Florencio inmiscuirse en los asuntos de su padre; y si alguna participación tenía en ellos, superficial era y más pertinente a detalles accidentales que al fondo de los mismos.

Documentos sin cancelar, compromisos de dudosa interpretación, cauciones de alcance acomodaticio, etcétera, esto fué lo que encontró D.^a Engracia entre los papeles del finado, a quien, si muchos le ganaban a listo, muy pocos a honrado y bonachón. Creyó inconveniente la señora poner al tanto de ello a Florencio, por no desazonarlo y alarmarlo y por que no se

complicasen las cosas entre él y los interesados, por lo cual precipitó la venida de Juan Andrés, y mientras tanto viró muy ságaz a diestra y a siniestra.

Pero, ¡si era tan adinerada la familia!, ¡si corría la voz de que en aquella casa había mucho caudal cantante y sonante, ya que D. José no era hombre de ensanchar el negocio pecuario, sino de atesorar en las arcas! ¡Aquí de la mala suerte! El dinero todo solía encomendarlo al silencio de la tierra en forma de *santuarios*. Precisamente, días antes de morir, por evitar sospechas, desenterró el principal tesoro y lo trasladó a otra parte, de todos ignorada. Cierto es que siempre que soterraba alguna cantidad avisaba a doña Engracia muy en secreto; pero, como su muerte acaeció imprevista en Arrebol, ¿quién podría adivinar el misterio?

De haber hallado el tesoro, ya lo creo que hubieran salido bien de todos sus acreedores. Con todo, manejados bien los intereses existentes, arreglados los asuntos mortuorios y no dilapidando el fruto del trabajo, a buen seguro que había fondos para que siguiese figurando la casa Meta como una de las más pudientes de Ribaflor y de sus contornos.

De esto dialogaban abuela y nieto, cuando fué anunciada visita. Una señorita con su madre entró en la sala. Siguiéron los saludos, las obligadas preguntas con sus correspondientes respuestas y todo lo que exige eso que llaman buena crianza. Las visitantes, con ser amigas de D.^a Engracia, lo eran más de Florencio, al decir de las malas lenguas, sobre todo la señorita, que tenía patente de jamona y quería que su mercancía doblase el *cabo de Buena Esperanza*. Rita solía apodarla la *Oronda*, porque en ciertas actitudes, en ciertos pujos de marisabidilla, se caracterizaba con muchas reverendas la muy simple; puesto que, idos

los bellos abriles, sólo le quedaban los octubres de la vida, ponía gran empeño en ser interesante en algo. La misma Rita notó que la solterona tenía, entre otros varios gestos amanerados, el de parpadear entornando mansamente los ojos y sonriéndose a la vez cuando creía haber dicho alguna agudeza u observación de gran cuenta.

Muchas veces había cruzado por las mientes de la *Oronda* la idea de que un día pudiera el joven Meta enamorarse de ella; mas Florencio no había sentido sino profunda indiferencia, por no decir desprecio, aunque la galantería le obligaba a fingir cariño, siquiera para agradecer las muestras de intensa amistad que le prodigaba. ¡Para lo simpática que le parecía...!

La *Oronda* solía menudear las visitas a casa de doña Engracia, y más por las temporadas que Florencio permanecía en la población, y claro está que la novedad oportunísima del retrato de D. José le daba motivo razonable para hacer la visita, alcachofarse en grande y echar cuatro soserías, alabando la pintura y recordando episodios que maldita la gracia. Excusado es decir que la madre de la *Oronda* acariciaba los mismos designios de la hija y procuraba ahincadamente verla casada con tan gallardo y afortunado mancebo.

Tales eran los personajes que interrumpieron la conversación de D.^a Engracia y su nieto, la cual reanudada puso por centésima vez patente la insulsez de la jamona. Y si no, que lo declaren estas observaciones suyas:

—Tiene el retrato una expresión bien bella. ¡Muy bonito, muy sentimental! Los labios algo contraídos, como si fuera a llorar. Representa mucha edad D. José; se parece a Juan Andrés mucho.

Y volviéndose hacia atrás, donde quedaba Florencio, añadió, sonriéndose y con los ojos entornados, que

también a él se parecía mucho, pero que él, Florencio, era más joven y más... Terminación que no entendió Florencio porque sintió un vuelco de antipatía en su corazón y se esforzó por no pronunciar esta frase que se le vino a los labios: —¡Ah, grandísima sosa!

Sobre floricultura echó también un cuarto a espadas en la visita: Que tal flor le era muy simpática; que fulanita le había regalado una mata de no sé qué enredadera; que había encargado a quién sabe dónde estas y las otras semillas.

Precisamente divagando sobre este tema, salieron de la sala a los corredores, en que abundaban los tiestos florecidos. El salir fué por insinuación de la *Orenda*; le chocaban la tirantez y seriedad de Florencio en sus visitas y se ingeniaba para buscar esparcimiento con que aparentar frivolidad agradable. Entretenidos estaban viendo una mata de cactus, de muy nueva y ponderada rareza, cuando, de súbito, el cielo raso de la sala se hundió, produciendo estruendoso ruido y formando nubes de polvo, entre las cuales apareció colgado un montón de trapos, y de los trapos salió como un chillido inarticulado. Despavoridos y al estircote huyeron todos, mientras el montón de trapos seguía colgado y rebulléndose, y los chillidos adquiriendo las modalidades de la voz humana.

De improviso, y cuando nadie lo veía, desasióse la mala visión, cayó al pavimento, se rebulló entre polvaredas, se enderezó, tomó forma humana, y se exhibió hecho y derecho el mismísimo D. Benito, que rompió a correr, poniendo los pies en polvorosa por los corrales para escabullirse por una puerta falsa.

Luego que se hubo guarecido en su propia casa, y mientras se aseaba, consta que estaba urdiendo en su cerebro este diálogo, por si acaso le recriminaba alguno:

- ¿Benito, ¿qué hacías por allí? ¿Qué buscabas?
—Nada; era que iba a ver el retrato de José.
—¿Por encima del techo?
—Sí, por encima.
—¿Pues no lo habías visto mil veces desde el suelo?
—Pero quería verlo desde otro punto de vista.
—Si el techo estaba bien cerrado...
—Es que pensaba abrir un agujerito y por allí mirarlo; pero dí un paso en falso y... el estropicio.

VI

De regreso.

TAN pronto como se pudo organizar el viaje en buenas condiciones, Ginés partió al encuentro de Juan Andrés, que a su hogar regresaba a jornadas rapidísimas, en virtud de la carta alarmante que recibiera de su abuela. Inmenso sacrificio demandaba al estudiante aquella obediencia; pero ejecutábala éste con la convicción y presteza que inspira el cumplimiento del deber; tanto más, cuanto que de la rapidez dependía la salvación de su casa, la integridad de su patrimonio y la seguridad de un porvenir en extremo halagüeño para él y todos sus hermanos. Así, no bien se enteró de la necesidad perentoria del sacrificio, dejó a un lado varias sugerencias que quisieron impedirselo y se puso en marcha, sin esperar al peón de Ribaflores que debía acompañarlo en aquellos caminos asaz peligrosos, puesto que no era ningún apocado, ni hombre de intimidarse ante los peligros del viaje, por muy inminentes que se los pintasen ciertas personas que tenían interés por que no se ausentara.

En una posada del tránsito, antes de bajar a las inmensas llanuras casanareñas, había descabalgado, de sobre tarde, para pernoctar. La casa estaba situada sobre una prominencia pradeña, desde la que se colum-

braban los infinitos horizontes del Llano. Fatigado por la marcha, y como abrumado por el peso del dolor que le transía el cerebro, sentóse en un poyo, cara al Llano, y se puso a desenredar la enmarañada madeja de su situación, en que, roto el cabo dorado del presente, no hallaba tampoco muy lisonjero el cabo del porvenir.

Estaba el paisaje bañado de ese tinte opalino y violáceo que la reina de los ocasos derrocha en las tardes opulentas del estío. Ante sus ojos se dilataban las llanuras ilimitadas, de tonos esfumados, monótonamente perdidos en el negro de la noche, que avanzaba por el oriente como maga de lúgubres ensueños. Atrás, las serranías, con sus cumbres irregulares, como enormes búcaros de la flora tropical, las cuales servían de sustentáculos a las exhibiciones de mil fantásticos arreboles que el ocaso derramaba por los ámbitos del firmamento, como extiende en la alcoba la virgen pudorosa los vestidos y dijes de la fiesta nupcial, para ofrecer al Señor en sencillísima plegaria las ofrendas de su gratitud. Adelante, la llanura, esfinge silenciosa, ataviada con los crespones del luto, con aderezos que evocan amargura y desolación, que inspiran nostalgias y recuerdos de ultratumba; la llanura, eternamente sola, en gran manera monótona, melancólica e ilimitada, pero hermosa como el paraíso después del destierro de los prevaricadores; atrás, los Andes, con sus alegres y bulliciosas ciudades, entre jardines y campos pletóricos de vida bajo los influjos de un cielo mágicamente pintoresco y riente con los encantos de la puesta del sol; y adelante, Casanare, con sus selváticos panoramas, en que se esconden algunos miserables pueblos, como se esconden los restos humanos entre las ruinas de un cataclismo.

Fija la mirada en la llanura, el joven abismábase en

reflexiones que envolvían la incógnita de lo venidero, y se acordaba de Bogotá, la ciudad de la cultura y del talento, el núcleo de las más legítimas aspiraciones del progreso, el laboratorio de las afecciones más caras del corazón: la amistad, el honor, la lealtad y la honradez; la ciudad de imperecedera memoria, donde había cultivado la flor de la inteligencia en compañía de alegres y cariñosos amigos, y regádola con el vino de los goces más intensos; donde había visto el panorama de la vida al través de prismatizados cristales, sin notar la ilusión fantasmagórica que los destinos inmisericordes de la realidad presentan en los horizontes de la juventud; y clavaba también la mirada de su alma en el nido de su hogar, sobre el que se cernía el cuervo de la desgracia, agitando sus horrendas alas y extendiendo sus garras retráctiles para arrancar de él las indefensasavecillas de su familia, y la fijaba luego en las vastas arideces de la vida del llanero, sin ambiciones cultas, sin entusiasmos civilizados y sin aquel orden de cosas que cautivan a las almas que han nacido para volar por los espacios del ideal y no para arrastrarse por los fangos donde vegeta el indocto vulgo.

Mientras tanto, la noche iba agitando sus alas y, con manso movimiento, esfumando los débiles arboles del poniente y el raso turquí del espacio inconmensurable. Juan Andrés, como sugestionado, seguía sentado en su rústico asiento, mirando siempre hacia la llanura, envuelta ya totalmente en el tapete funerario de las sombras.

Inopinadamente se oyó el trote de unos caballos que se aproximaban a la puerta de la posada. Un hombre de porte bastante extraño se desmontó, arrendó las cabalgaduras y, saludando de corrida al joven sentado en el poyo, entró a solicitar posada; luego salió a atender las bestias; después, a charlar así:

—Cabayero, ¿usted es mi compañero e posá?

—Para servir a usted.

—Pueo sabé onde va el señó?

—A Casanare.

—Yo de ayá vengo; los caminos están ricos...

—¿Cómo se yama usted?

—Ginés.

—¿De Ribaflores?

—El mismito...

—¿Mayordomo de Arrebol?

—¡Guá! ¿Y cómo lo sabe?

—Yo soy Juan Andrés —dijo el señorito dándose a conocer del todo.

—Pues yo soy un criado suyo que vengo buscándole.

—Y mi familia, ¿cómo está?

—Sin novedad mayó; doña Engracia, siempre malucosa de tanto sufrí. Pero, en fin, tome esta cartica que le manda y ahí verá tó. Ese es el mocho que le traigo, suave como una carretiya y fino como un suspiro —dijo apuntando con la mano hacia el sitio donde se veía un hermoso caballo.

Juan Andrés recibió la misiva y se retiró a su estancia para leerla a la luz de una bujía.

Ginés se quedó afuera descabestrando las caballerías y haciendo los mociles menesteres de su incumbencia. De repente, fijó la vista en la Llanura y gritó alborozado:

—¡Ajá mi tierra, la tierra e Dios; está ardiendo como un insensario!

Efectivamente, en las pampas veíanse, por unas partes, enormes manchas resplandecientes, como lagos de luz intensamente roja, y en otras, relampagueantes y larguísimas vetas del mismo color, que imitaban sierpes que corrían lanzando llamaradas entre volcanes de

chispas y humo. Y se veían grupos de árboles que semejaban ejércitos-fantasmas, iluminados con amarillentas antorchas; en el cielo, las estrellas palidecían al resplandor de los sahumeros de la Llanura; la luna estaba lívida, inmóvil, tras el humo que en oleadas inmensas subía al espacio. A veces veíase avanzar la quema cual un río de incandescente lava que cubría con rápidas avenidas las sabanas, carbonizando los altos pajales y chamuscando el ramaje de los sotos.

Era el tiempo de las primeras quemas de las sabanas, cuando por cien puntos diferentes incendian los llaneros sus pampas para destruir los pastos secos que deben retoñar a entradas de la época lluviosa.

Al otro día, de mañana, Juan Andrés salió a dar órdenes de partida; pero ¿qué órdenes necesitaba Ginés, si ya lo tenía todo a pedir de boca y esperaba que su amo apareciese para tenerle el estribo? Buen llanero era él para que ningún nacido tuviese que coger los caballos, ensillar en un dos por tres, cargar las *petacas* y partir antes que el alba saliera a los balcones a extender las multicolores ropas de la cama de Febo.

—Ginés es un chico listo, es un llanero de legítima sangre —pensó a pocos lances el joven Meta.

Y de éste opinó Ginés, muy acertadamente, cuando masculló para sí:

—Va a sé el rey e los patiquines.

Y lo iba a ser por la hermosura netamente varonil y también por la nobleza de alma que Dios le había otorgado. Su gallarda apostura, vigorosamente constituida, era a la vez de contornos suaves y perfilados; su rostro, delgado, aristocrático, de cutis fino y terso, tenía cierta expresión reflexiva y sentimental, y ese mirar que poseen las almas creadoras y artistas, en cuyas grandes pupilas se transparenta la pasión del entusiasmo. En sentimientos hidalgos era aventajado; con los

necesitados, compasivo; fiel a los nexos de la amistad, entusiasta por todo progreso, de palabra vehemente y fácil, de modales siempre señoriles, y en la lucha por la vida, dotado de tesón, con que sabía soportar el rigor de los golpes como los soporta aquel de quien se dice que es todo un carácter. Sobresaliente en las aulas, queridísimo de sus condiscípulos, quienes veían en él el modelo de los escolares juiciosos y honrados que no llegan a abribonarse nunca, aunque la seducción les brinde las mieles del vicio en copa de oro. Joven y todo como era, en la prensa había publicado artículos científicos y literarios, que llamaron la atención por la penetración y claridad de concepto, y también algunos ensayos poéticos, que le valieron los más entusiasmas encomios.

Tenía, pues, sobrada razón Ginés para juzgar que sería el rey de los señoritos de su pueblo.

Ya cabalgando los dos camino de la llanura, el mozo, que iba delante, soslayó la cara hacia su amo y, señalando con el brazo bien extendido hacia el oriente, díjole:

—Don Juan Andrés, va a salir el sol; verá usted cosa requetebuenísima.

—Así será —contestó el otro, clavando la vista en el lugar señalado— si esas nubecillas antojadizas no lo encubren.

—En la tierra e los guates, hasta el sol es frío y ensutao; aquí es lo que hay que vé.

Poco más anduvieron, y el sol asomó un fragmento de su disco.

—Ahí viene, ahí viene el gran cachaco rojo —gritó el llanero—; hoy sale como toro bravo a la carrera. ¡Guá! ¿No lo ve?

Efectivamente; el sol parecía una coraza sanguinolenta y redonda asomándose por entre cortinajes de oro

y azul, como si fuera la de un gigante que ardía en cólera.

—Bella me parece la salida del sol —respondió secamente el joven; y sacando su cartera de viaje, principió a trazar algunos apuntes.

No le satisfizo a Ginés la frialdad de su señor; creía que iba a deshacerse en exclamaciones de asombro; mas, al notar lo contrario, se calló, como para vengarse de aquella indiferencia que reputaba despectiva. Juan Andrés aprovechó esta circunstancia para contemplar a sus anchas el espectáculo.

No fué tan largo como había pensado Ginés el lapso silencioso, porque el hombre era tal, que reventaba por desembuchar las palabras que le venían a la lengua.

—Patroncito Juan Andrés —rompió el mozo a parlotear—, anda muy cayao; ¿no le gusta mi presiosa tierra? ¡Tanto suspirá!... ¿Tá enfermo?

—Vaya, Ginesillo, ¿a quién no le gustan tales bellezas?; esto es sorprendente; es mejor callarlo que ponderarlo.

Luego agregó:

—Dime, Ginés; no me lo has contado todavía: ¿tienes novia?

—Más linda que las estreyas der cielo...

—Y ¿te casarás pronto?

—Yegandito; si no fuera por este viaje, ya taría casao.

Y, adoptando un tono picaresco, le preguntó a su amo, con esa franqueza propia de los llaneros:

—¿Por eso suspira usted?

—No te entiendo, Ginesillo; ¿qué quieres decir?—interrogó el señorito lleno de curiosidad y entusiasmo.

—Es que yo también suspiro cuando me acuerdo de eya...

Juan Andrés dijo entonces para su sayo:

—¡Caramba! Este hombre es listo como el diantre...
Ginés pensó para sí al mismo tiempo:

—De veritas: er recuerdo e su novia le hace suspirá.
Luego preguntó el amo con mucha llaneza:

—Hablando de todo, ¿cómo murió mi papá?

—No sabemos; pegó corotos atrás, sin que nadie le cantara er *gori-gori*. Sufría e tisi.

—Sí; eso me escribía mi abuela. ¿Estaba allí Florencio?

—No, señó; en er pueblo.

—¿Y sigue mi hermano muy formal en el ható?

—¡Ah, persona es er pa too!

—¿Conque se acomoda mucho con ese trabajo del Llano?

—Va a ser más yanero que su papá.

—¿Y sabes si tiene novia?

—Muy cuca y muy buena mujé; Rita Lerín, la dueña de la mía.

—Me gusta, Ginés, porque si te casas con ella y mi hermano con Rita, todos formaréis una misma familia; tú, mayordomo de Arrebol...

—Y eya, mayordoma —apresuróse a concluir el cachidiablo de Ginesillo.

Y como si tardase mucho en realizar sus proyectos, azuzó el cabayo.

.....

Pero, por más que lo espolease, bien seguro era que al fin de aquella jornada no hallaría, ni con mucho, la simpática población de Ribaflo.

VII

Fragmentos de una carta.

CUANDO yo salí de Bogotá, querida Berta, llevaba el corazón transido de amargura, y, a medida que avanzaba hacia mi país nativo, sentía que una onda de abrumadora tristeza me inficionaba la sangre. ¡Ah!, se cumplió aquello de Dante:

Nel mezzo del cammin di nostra vita...

»Las ilusiones de mis estudios jurídicos iban cayendo a mis pies amarillentas como hojas de otoño; me impresionaban los variados paisajes del trayecto muy transitoriamente; luego invadíame la nostalgia de esa ciudad, donde amé y fui amado con delirio. ¿Verdad, querida mía, que el amor no será un episodio en nuestra vida, sino la clave de todos nuestros entusiasmos y esperanzas?

»Tan buena mi abuelita, que tuvo la delicada ocurrencia de enviarme al encuentro al mayordomo de la hacienda para que me acompañase en el camino; por fortuna, lo encontré al descender al Llano. Bien recuerdo la tarde en que se me presentó, como por escotillón, y me entregó, escrita por mi abuela, una carta de salud, en la cual me hacía revelaciones de gran interés, que me orientaron en las vías que yo debía co-

rrer para desenmarañar las tramas que comprometían los intereses y el honor de mi casa. Esta carta y tu recuerdo, tu recuerdo más que todo, no me dejaron gozar de los mágicos encantos que se ofrecían a la vista del viajero al vislumbrar las pampas orientales con las variadísimas coruscaciones de la aurora y de la aparición del sol, cuando el Llano se dilata como una alfombra inmensa de terciopelo verde. Berta, Berta, me impresionó tanto el espectáculo, que el guía adivinó que mi pensamiento iba fijo en el ser a quien amo sobre todas las cosas. ¡Cuál gocé, y cuál me llenaron de dolor los recuerdos! Te digo de verdad: hubiera querido tenerte a mi lado para que hubieses visto las pomposas bellezas de esta tierra semisalvaje, de la que has oído hablar tanto, pero que es tal, que, mientras no la veas con tus propios ojos, créeme que no has visto cosa sublime, a excepción del mar, con quien tiene muchos puntos de semejanza.

»La vista abarca una extensión profunda, encantadora, de suprema hermosura, en que las proporciones del misterio y la soledad se agrandan y ejercen en el espíritu un imperio irresistible. Se divisa como un océano solidificado, sobre el que se destacan en desiertas lejanías bosques altísimos, como si fueran archipiélagos, que se unen en lontananza con la bóveda celeste, arqueada hasta el suelo como una copa azul. Cuando los impetuosos vientos alisios soplan sobre este mar de verdura, forman como olas espumosas los pajales secos y amarillentos, que se mecen con rítmicos vaivenes. ¡Qué fuera ver esto contigo, a tu lado, oh reina de mis amores!

»Imagínate una inmensa llanura esmeraldina salpicada de bosques y arboledas, de todas formas y tamaños y con todos los tonos del verde que pueda combinar la paleta del más hábil artista; o un misterioso

tablero de ajedrez marcado con cintas de sotos que corren a lo largo de oceánicos ríos de miles y miles de leguas, y esmaltados con grandes lagos que parecen fragmentos de colosales espejos reflejando cataratas de luz, con una atmósfera saturada de aromas de arrañanes, palmeras, cedros y laureles; el aire, lleno de rumores de aves y de brisas; soledad por todas partes... ¿Qué más? ¡Oh! Casanare semeja un paraíso terrenal en el punto de modular el ángel la sentencia de la expulsión adánica, o, si se quiere, momentos antes de ser creado el primer hombre; un circo de generaciones que ya no existen, un pensil babilónico sin sustentáculos, un tapete que dejaron extendido las aguas del diluvio universal. Ni Dante con la fuerza de sus descripciones, ni Murillo con la magia de sus pinceles, ni Mozart con sus más geniales armonías, podrían expresar la magnificencia de estas llanuras. En conclusión: ¿qué es el Llano...? Escribe, Berta, **verde, verde, verde**; escribe trillones de veces esta palabra, y tú serás la primera que has descrito bien una partecilla de Casanare.

»Tengo un proyecto de poesía, una idea descriptiva de Casanare; cuando disponga de tiempo la escribiré con la dedicatoria para ti. Convengamos por ahora en que esta mi tierra es un mar; y ¿sabes qué me pasará a mí, que, cual bajel adornado de gallardetes, flámulas y vistoso velamen de ilusiones, me lanzo a él desprovisto del lastre que tu presencia me proporciona para el equilibrio de mi existencia? ¡Ay!, no, no; mi bajel vaga entre escollos. Mientras bojee estos archipiélagos, pienso barloventear con especial cuidado, para virar pronto hacia los acantilados, desde los que me agitas el pañuelo llamándome.

»El aspecto de mi pueblo te diré que es hermoso en general, donde reina el aseo muy de veras, donde las

gentes son sencillas, limpias en todo y muy amables conmigo. Me tratan como si fuera un sér extraordinario, y no falta sino que me pongan velas y me inciensan, a mí, Berta, a mí, que en puntos de religión soy el que soy...

»¿Mi abuelita? ¡Ah, mi abuelita es una cumplidísima mujer, que tiene más corazón que cabeza, con ser que pasa la raya de lista en lo tocante al gobierno de su casa y de su trato con las gentes! Resulta el paño de lágrimas de la vecindad.

»Sabrás también que mi hermano Florencio es un joven muy simpático, muy trabajador, muy cariñoso con todos, pero le hace falta un bañito de cultura; de haber imitado mi ejemplo estudiando alguna profesión, habría sido lo que se llama un real mozo; tiene amorejos con una muchacha pequeña y bella como una guinda, boca de clavel rojo, dientes marfilinos y reidores; muy viva y alegrilla; tiene miradas de aurora y colores de rosicler, y, con todo, su hermosura no fascina a primera vista; pero conforme uno trata a la joven, va hallando nuevos hechizos, y concluye por considerarla encantadora, galanísima. Vamos, es la Abta del Antar casanareño. El otro día le dije en broma (por que has de saber que es por varias justas razones muy de la casa), le dije que era menuda como un confite, y ella, haciendo un mohín muy gracioso, al punto me salió con esto:

«De los granos que otros días
sembrabas en tus macetas,
el más chico y más fragante
producía la violeta.»

»¿Sabes qué apodo le he puesto, recordando aquel inquieto y complejo tipo de «Casa de Muñeca?» Pues *Nora*; y así le empiezan a llamar cariñosamente Flo-

rencia e Inesilla. También la llamamos *Poupée*. Le queda como de molde.

»Ahora, que estoy escribiéndote, tengo un diablejo en mi cuarto curioseándome todo lo que hay en él; este diablillo es primoroso; lo quiero como si me hubiera salido de la mitad del corazón; tiene ocurrencias muy felices; ésta es Inés, mi hermanita Inés, el botón de oro sobre hojuelas de azucena, la mariposa de mis ensueños, la aurorilla de mis tétricos amaneceres, la candorosa, la angelical Inés, de cutis rosado, con reflejos de perla, formas gráciles y castas, idealmente bonita.

»¿Qué más quieres que te diga? Que hay un grupo de señoritas innegablemente decentes, pero que al acordarme de ti me parecen vulgarísimas princesas del Toboso, y que me tienen en el aire con sus visitas, sus arrestos de elegancia, sus sencilleces de pueblo. Entre todas descuella una a quien Rita apodó la *Oronda*: sosa, gordota, presumida; tiene un sonreír, entornando los ojos, que le deja a uno frío; es jamona de muchas reverendas. Se me olvidaba pintarte a Ginés, el criado de viaje, un hablador de siete suelas; llanero de tuerca y tornillo, que ensarta los chascarrillos y las exageraciones por arte mayor; si fuera tosco, egoísta y metido en carnes, me representaría al propio Sancho Panza. Pienso que él escuderee todos mis viajes, como mayordomo de Arrebol que es; vivo encantado del tal Ginesillo; me han hecho mucha gracia sus habladerías, y, aunque tenga que echar en saco roto muchos de sus pajeriles atrevimientos, he resuelto no desprenderme de él ni a tres tirones.

»De los negocios domésticos, que fueron la causa potísima que me forzó a ausentarme de ti, sábetete que los encontré muy enredados, y buena la hice con venir a coger a tiempo todos los cabos, pues se los habría llevado la trampa. Los râbulas habían sesgado las co-

sas de tal manera, que habrían dado, sin mucho tardar, con toda mi casa en el suelo, para no levantarse nunca, porque Casanare es la tierra de las arterias; y conste que si hablo mal de mi tierra es porque real y verdaderamente es mala, o, por lo menos, tal la reputo. Por todo ello, me atedí, lleno el cerebro de incertidumbres dolorosas y el corazón de angustias inenarrables. No; yo no he nacido para ser llanero en ningún sentido, ni como abogado ni como hacendero; mis ideales y mis gustos son otros muy diferentes. ¿Yo andar palpando tantas desvergüenzas y groseras urdimbres de trapacerías campesinas? ¿Yo entre *tinterillos* tan presumidos como estúpidos? ¿Yo alternando con esta raza de gentes fanáticas? El vulgo me encalabrina con sus groserías detestables; mi escenario es el estudio, el arte, la ciencia. Por eso tampoco, como muy bien puedes comprender, podré nunca avenirme con la impoética vida del llanero, todo el día tratando con peones rudos, dirigiendo obras de corrales, majadas, pastos, ganados cerriles, etc., sufriendo incomodidades ímprobas, esclavizando los impulsos de mi corazón y amarrando las alas de mi fantasía con las sogas de enlazar toros. Por otra parte, quedarme en el pueblo reducido a la vagancia no lo haré nunca, y tampoco concretarme al estudio empírico, porque bien sabes, Berta, que lejos de ti el estudio me sería imposible y de más a más infructuoso en gran parte, ya que es muy palmario que un año de estudio en cualquier capital equivale a diez en una miserable aldehuela. Eso sí, mientras viva por aquí, voy a sacar apuntes de *folklore* interesantes, porque a mí me gusta observarlo todo de rabo a cabo, aunque me apodese *flâneur*, que no lo soy. Te lo aseguro, por ningún caso me demoraré aquí mucho tiempo, fuera de que mis asuntos de abogacía, si me muevo y realizo pronto cier-

tos viajes imperiosos, quedarán bien despachados antes de medio año. Entonces podré parodiar a María Stuardo cuando salía de Francia: *¡Adieu, beau pays...!*

»Ahora me está tirando del brazo mi diablillo y quiere que le hable; no me deja escribir. Con tu permiso voy a darle gusto; después reanudaré la carta.»

—Vamos, pequeña, dime: ¿qué quieres tú de mí?

—Quiero saber a quién escribes tanto...

—A una amiga mía de Bogotá.

—¿Y cómo se llama tu amiga?

—Berta.

—¿Será Norberta? Porque yo tengo una amiga en el colegio que se llama Norberta y la llaman Bertica.

—¿Qué colegio dices?

—El de las Hermanas de la Caridad, tontín. ¿No ves que voy allí todos los días?

—¡Ah, cierto! ¿Ya sabes leer y escribir?

—Y bordar también.

—Sabes mucho, pues, monona.

—¿Y esa tu amiga de Bogotá sabe bordar muy bien?

—Ya lo creo.

—A ver un bordado suyo.

—Mira este pañuelo que llevo en el bolsillo; lee tú.

—Berta Bolzt.

—Algún día la conocerás, Inesita.

—¿Vendrá aquí?

—O yo te llevaré a Bogotá cuando me case.

—¿Y cuándo te casas?

—Pronto; pero, mira, déjame terminar la carta, y luego te diré otras cositas, ¿oyes?

El joven quería desentenderse de la chiquilla, porque comprendió que había hablado, casi inconscientemente, cosas que convenía guardar aún en secreto. Su hermana era una niña precoz...

VIII

Abogado en Casanare.

POR revelaciones autobiográficas sabemos por menudo las impresiones que el país natal produjo en Juan Andrés; y eran las primeras, porque la carta fué escrita sin que transcurriese un mes de la llegada; empero, no conocemos las de los vecinos de Ribaflores sobre el garrido estudiante, que parecía entre bandada de gorriones pavo real, pues, por más que procuraba aplebeyarse, al tratar con ciertos individuos se le notaban siempre rasgos nobles, imposibles de ocultar en quien los hábitos de la educación y el instinto de familia linajuda habían estampado una especial idiosincrasia.

¿Cómo, pues, les pareció a sus ineruditos compueblanos? Educado en los más recónditos gabinetes de la ciencia, acostumbrado a comer oro molido y sesos de colibrí y a pisar alfombras de terciopelo; hombre que no entendía el lenguaje de las cosas ordinarias de la vida, sino el sublime de las ciencias, el lenguaje doctíloco de los más profundos y amenos libros; galán arrullado por sinfonías de los edenes y favorecido con inefables sonrisas de princesas. Así, como Juan Andrés, serían los reyes, y los presidentes de las repúbli-

cas, y los grandes sabios, y todos los hombres memoratísimos, pensaban ellos. A honra, y muy grande, tenían el departir con él, siquiera un rato; que recibir alguna señal de distinción afectuosa era caso de derretirse en dulzuras, principalmente el bello sexo, que se hacía lenguas y ojos del afligranado bogotanito.

Fué el abogado pulcro desde el primer día hasta el último; vistió siempre con corrección; bajándose hacia el vulgo, no se rebajó; siempre cortés, nunca vanidoso ni fatuo; poseía el secreto de la elegancia sin pedantería, y el resorte de la afabilidad y de la benevolencia; no era orgulloso, era aristócrata; no era petulante, y sí caballerosísimo. Por tal lo tuvieron todos, y particularmente su abuela, que se moría de gusto viéndole hecho una primavera de esperanzas; de lo cual se ufanaba también Florencio, cuyas simpatías estuvieron muy luego al servicio de su hermano, sin que al termómetro del cariño fraternal le hiciese descender ni un grado el inclemente cierzo de la costumbre; por el contrario, a medida que Florencio iba conociendo los sentimientos del recién llegado, le manifestaba las efusiones más íntimas de confianza.

Juan Andrés, desde los primeros días, se atareó a brujulear los aspectos sociales que se relacionaban con los asuntos económicos de su hacienda, asuntos cuyo desenlace tenía que diligenciar con viveza. En primer lugar, presentósele el haber de su difunto padre en manos de gentes de honradez dudosa; porque D. José era un buen hombre, incapaz de dolo, que dejaba sus negocios muchas veces a la contingencia de un tramposo, y grandes sumas de dinero sin guarismar, en poder de gentes malévolas, en calidad de préstamo, sin caución segura, a veces entregadas a la buena de Dios; y partidas de ganado vacuno en gran número negociadas, sin documentos de seguridad; y en su ható,

reses ajenas sin consignación y deudas y pagarés de cuantía en insolvencia lamentable.

En esa hermosísima región de Casanare, donde las aves son amigas del hombre, y los bosques sus jardines, y la naturaleza su tienda campal; en el país de las palmeras, de las mariposas y de las orquídeas, nadie creerá que haya fortunas infortunadas, injusticias honradísimas y crímenes laureados por arte y gracia de esos pleitos matrerros, en que de una parte aparece la estúpida ignorancia como víctima, y de otra, la malicia refinada como verdugo. Allí, como en todas partes, había cuervos que iban al olor de las podredumbres. Que lo digan los involucrados asuntos mortuorios de D. José, en los cuales querían hundir el pico de la codicia los rábulas de los contornos; pero ahí estaba Juan Andrés, a cuya presencia sucedería lo que sucede cuando los pájaros sienten venir el ave de rapiña.

No habrían llegado a esos extremos las cosas si la muerte del Sr. Meta no hubiera sido tan subitánea, y si la ciega fortuna, al recorrer las llanuras escoltada por cabalgata de mil peripecias adversas, les hubiera indicado con su mágica varita el lugar donde se encontraban enterrados los cien mil y pico pesos desaparecidos.

Por de contado que, a mal librar, y aun cuando graves reveses sobrevinieran, quedaría lo necesario para seguir perteneciendo a la clase pudiente, sin depauperarse, sin bajar muchos peldaños en la escala social. La lucha era un deber, porque dejar la cúspide de las alturas en que vive la diosa fortuna es siempre doloroso, y más para los que, habituados a sus caricias, principian en la ancianidad a sentir los ásperos rigores de la desgracia. Pongo por caso a D.^a Engracia, que, con su serenidad de juicio y todo, no veía otra cosa que abultadísimos fantasmas de dolor donde sus

nietos sólo vislumbraban sombras pasajeras que trazaban ciertos vampiros al cernerse sobre la casa.

Habiendo, pues, consagrado Juan Andrés algunos días al disfrute de los goces íntimos de familia y a las relaciones de vecindad, y juntamente al estudio de los personajes con quienes tenía que habérselas, comprendió que el buen éxito dependía de cierta mezcla de transigencia diplomática con atisbos de poderosa altivez, que debía informar su conducta para con los deudores y con los acreedores de su padre; dependía, además, de la rapidez de algunas operaciones que era preciso ejecutar en distintos pueblos, para lo cual necesitaba simultanear las providencias y obrar con actividad.

Por de pronto, reclamaba su presencia en un pueblo algo distante el cobro de cierta suma de dinero, como préstamo del difunto Meta a un ganadero de buenos créditos personales. Así, haciendo de tripas corazón —porque es de saberse que a nuestro estudiante no era gran cosa lo que le placía montar a caballo, quizá por no darle el huevo salado a quien dijo que «montar era cosa de origen divino»—, dió orden a Ginés de preparar el viaje; a Ginés, que con el equipo de usanza en el país avió las cabalgaduras muy aderezadamente: silla liviana y de asiento duro, un *cabo de sogá* colgando de la trasera de la silla, un prosaico bayetón rojo y azul, un *porsiacaso* repleto de viandas acecinadas y en conserva, hamaca dentro de la *capotera*, estribos de aro, cuchillo al cinto y una buena provisión de paciencia en los senos del alma contra las mil y quinientas peji-gueras que se presentarían en el camino.

—Te dije, Ginés, la otra vez que viajé contigo a las sabanas de mi tío, que yo no usaría bayetón sino encauchado.

—Patrón —contestó el gracioso llanero—: «en verano, la cobija yevarás; en invierno, tú verás.»

—Eso pesa mucho, hombre, y es muy burdo...

—Yévelo siempre, que si yueve no se moja usted, y por la noche es su frasaá.

—Bueno, te daré gusto; pero ¿para qué lo hemos de llevar extendido sobre los muslos y colgado a los lados?

—Eso es pa si salen bichos bostárselo apresita... ¿Oye? Y para otras cosiyas que por el camino verá...

—Y esto, ¿para qué lo queremos?

—¿Qué? ¿El cabo e sogá? ¡Guá! Y ¿acaso hay aquí potrereros como en el reino? —cotorreó el criado con viveza.

—¿Y también querrás acostumbrarme a no llevar ni polainas ni ruana?

—A mí me estorban esos chirimbolos, don Meta; yévelos si quiere; pero pa hacerse arriba, ¿no son una diablura? Lo que sí cargue usted es el cuchiyó; el que no lo carga no come...

—¡Ah, tierras salvajes...! —profirió el señorito al tiempo que ponía el pie en el estribo para partirse—. Te encargo que me lleves bien esa escopeta, ¿eh?

Entre otras cosas que se charlaron en aquel viaje, fué ésta la que nos conviene declarar:

—Hombre, dime: ¿es cierto que suelen por aquí guardar el dinero enterrado? —preguntó con curiosidad Juan Andrés.

—Sí, señor.

—Y ¿por qué no lo conservan en baúles, arcas, armarios, etcétera?

—Porque de esos peroles no hay casi, y luego, las casas son de bareque, que no pueden atajar a los ladrones.

—Pero ¿no dicen que en Casanare no hay ladrones, que son todos hombres honrados hasta la pared de enfrente?

—Sí, fíate en la Virgen y no corras...

—Y ¿cómo lo entierran? Cuéntame...

—Pues, sensiyamente: una vara e hondo, y meten en el hoyo el *rial* dentro e una botina u hoyita, y más náa.

—¿Y qué amuletos o qué señales tienen para hallar los tesoros tan fácilmente como cuentan?

—Como en too el Yano usté habrá visto que no se haya ni un serrito, ni una piedra siquiera, sino sabana y sabana arenosa, y bosques y más bosques, suelen elegir la pata e un palo machaso u otra cosa que yame la atención. Y pa hayalo meten una variya e fierro hasta que choque con la vasija.

—Comprendido; y ¿cómo no hacen esos depósitos dentro de las casas?

—Lo hacen en veces; pero otras no pueen, porque los hijos y los criaos lo curiosean toito.

El boquirroto de Ginés, al acabar la respuesta, masculló muy pasito:

—Así es como hase ese condenao e pichirre pa topá tanto; tiene más suerte que el diantre; está taquiao e plata.

—¿De veras el padre de Rita topa guacas?

—¿No lo ha visto que carga siempre un bastón con estoque y onde aguaita rastro, ahí está punsando e firme? El otro día se quedó corgando como un *chimbilai* er techo e la casa de usté porque iba buscando *rial*.

No bien había terminado de decir esto Ginés, cuando gritó con alarma:

—Una *danta*, una *danta*, don Juandrés.

Efectivamente, de un bosquecillo donde el retoño de la hierba estaba muy tierno, salía el cuadrúpedo a todo escape, huyendo de los habladores viajeros que la espantaron.

—¡Tras ella! —gritó el joven con más ardor que el caprichoso Carlos III en las partidas de caza de los si-

tios reales, picando con la espuela al caballo—. Quiero conocer el tapir casanareño.

Ginés siguió a su amo.

Con un rápido galope de las cabalgaduras, el tapir, aunque veloz en su fuga, quedó al alcance de los curiosos que le perseguían.

De patas cortas y gruesas, tamaño y forma asnales; trompa pequeña, móvil; cuello grueso y corto, con recia crín; cabeza abultada, en cuya frente se le veía una protuberancia con la que hendía el ramaje; rabo delgado, pelón y retorcido como el de los cerdos; en las extremidades anteriores, a juzgar por las huellas, cuatro dedos, y en las posteriores, tres; tales distintivos le notó el joven Meta. La *danta* se precipitó en un estero pantanoso al mismo instante en que iba a ponerse a tiro de escopeta.

Los cazadores intentaron entrar en la laguna, pero el fango y los jarales de las orillas lo impidieron. El animal, a veces, somormujábase, a veces sacaba la cabeza y resoplaba, pero sin abandonar el agua, porque allí estaba su fuerte, como punto favorito de sus ataques y atrevimientos, ora valiéndose de sus poderosos dientes, ora de los manotazos violentos con que sabe atacar a los enemigos que se le acerquen acosadamente.

Juan Andrés ansiaba capturar la presa, muerta o viva; ensayó con este fin Ginés unos lances de *rejo* para enlazarla, pero fué inútilmente; con lo que no hubo más remedio que acudir al procedimiento de dispararle unos tiros. A fin de maniobrar bien, se apearon en lo seco y dejaron paciendo las bestias, sin amarrarlas; y porque le embarazaba los movimientos, quitóse el señorito el guarniel y lo colgó en la silla; y así, acercáronse de nuevo a las riberas fangosas; después, elegido el punto de ataque, disparó el cazador los dos

tiros de su escopeta. El tapir dió unos saltos feroces, y luego flotó entre ondas de sangre muy roja; cargó el cazador otra vez y le asestó nueva descarga, por si acaso la fiera no estaba fuera de combate. Hecho lo cual corrieron a montar en las caballerías para entrar en el charco a coger la presa; pero..., ¡cosas y casos de Casanare...! Los caballos, espantados por las detonaciones, corrían desbocados camino de Ribaflo. Ribaflo distaba ya casi una jornada. Aquí de la paciencia para sobrellevar una caminata de siete leguas a pie y sin matalotaje, porque lo más probable era que seguirían las bestias hasta la población si, por gran casualidad, no parecía en el camino algún viajero que las atajase.

—Don Juandrés, choquemos patrás; que en Casanare tres y dos no son cinco, y tanta majadería es dejó el cabayo suerto como ponerse a casá e camino...

—Pero... lo peor es que en el guarniel van cantidades de dinero muy considerables y ciertas cartas que... —manifestó el dueño, sumido en esa especie de calma que precede al frenético despecho.

Resultado: al poco rato empezó a enlobreguarse el horizonte, porque la noche extendía sus negras e inmensas alas, y fué posándolas sobre la tierra para cobijar a unos pocos miles de criaturas humanas y a muchos millones de fieras de todo género que cohabitaban en las inconmensurables llanuras.

Juan Andrés y su criado pasaron una noche, no toledana, pero sí casanareña, que es mucho peor.

Las cabalgaduras siguieron camino toda la noche y más.

Al siguiente día los viajeros entraron en la población, y los caballos, no en Ribaflo, sino en Arrebol mismo.

Gracias a lo eternamente solitario de los caminos,

nada faltó del guarniel, aunque los papeles estaban revueltos.

Juan Andrés, despechado, encerrado en su cuarto, pensando en su Aida y sepultados sus regocijos en la tenebrosa cripta del presente, recordó aquel doloroso grito de Radamés...: *Oh valle di pianto...*; pero acabó con esta increpación vulgar:

—¡Ah, tierra de gentes arrocinadas!

Y su conciencia le respondió:

—¡Ingrato, ingrato!

IX

Secretos al aire.

MIENTRAS Juan Andrés se desahogaba en el anterior soliloquio, presa su alma de las más encontradas emociones, su hermano Florencio sostenía con la abuela este interesante diálogo:

—Mamá, debo participarle con el mayor gusto que la casa de la Hacienda está compuesta, y no hay que desaprovechar el buen tiempo para un verano.

—Sí, nos trasladaremos esta semana; los vecinos ya están alistándose.

—¿Irán todos los criados de una y otra casa? —dijo Florencio en son de pregunta intencionada.

—Pues naturalmente —satisfizo la anciana; y luego interrogó también ésta con marcada intención—: ¿Irá contento Juan Andrés?

—¿Y por qué no? —replicó Florencio con extrañeza.

—¿Pero es posible? ¿Es que no has notado nada raro en él? —insistió la abuela con verdadera ansiedad.

—No, señora.

—¿Nada, nada?

—Pues le diré a usted con ingenuidad: sospecho que está muy descontento a nuestro lado.

—¡Vaya! ¿Ha pasado algún disgusto entre los dos...?

—Dios no lo quiera, madre —contestó el joven con resolución. —¿Y por qué me pregunta esto?

—Te lo pregunto, hijo mío, porque me afligiría que por una desavenencia...

—No, no, madrecita; la razón va por otro lado. El está contrariado desde que vino, y aun la misma venida le disgustó...

—Pero si era necesaria, necesarísima...

—Lo comprendo, y él lo comprende también; mas quién sabe qué musarañas tiene metidas...

—¿Será porque suspendió a lo mejor sus estudios?

—En ese caso bien puede calcular que la pérdida ni es grande ni irremediable, porque a otro año los reanudará, y asunto concluído.

Florencio permaneció reflexionando un instante.

La abuela añadió entonces con acento muy doloroso:

—Yo no sé, no sé la causa. ¡Ay, Florencito! ¿Nos habrá perdido el cariño?

—No; eso, de ninguna manera. Juan Andrés no tiene nada de ingrato. Juzgo que lo que le causa tristeza es otra cosa muy distinta. No me la pregunte, porque estoy apenas hilvanando conjeturas.

—¿Crees, hijo, que tendrá eso remedio en Arrebol?

—Opino todo lo contrario. Por fortuna —prosiguió el joven—, no le faltará el ángel de sus alegrías, su Inés, que parece una criatura puesta por la Providencia para su consuelo.

—Así es; da gusto ver a los dos juntos; él se hace un chiquillo con ella. ¡Bendito sea Dios! —Y dijo con gran pena:

—Pero, hijo mío, confíesame al menos una cosa: ¿por qué será que no cumple con sus deberes de cristiano?

Florencio disimuló cuanto pudo su turbación e interrogó:

—Y bien, ¿qué de malo le ha visto usted?

—¡Ay de mí! Temo que tu hermano haya perdido la fe...

—No lo crea usted, madre; Juan Andrés es bueno...

—Y entonces, ¿por qué no asiste a misa los domingos? ¿Por qué no nombra a Dios en sus conversaciones? ¿Por qué habla mal de los sacerdotes del *reino*? ¡Ay de mí!; si mi nieto fuera incrédulo, eso me mataría.

—No se aflija usted, que, como viaja tanto y hace tanto calor en esta tierra, el pobre no está para muchas prácticas de iglesia; por lo demás, él es de muy buen corazón; no he visto hombre tan racional en todo, tan sesudo, tan condescendiente y tan sensible para remediar miserias ajenas.

—Sí, sí, Florencio; pero lo primero es creer, lo segundo orar, lo tercero obrar y lo cuarto recibir; eso enseña el catecismo. Además, sábetete que le encontré sobre la mesa un libro —añadió D.^a Engracia gimiendo—, en el cual leí unas cosas muy perversas contra la Iglesia y el Padre Santo.

Y concluyó con mucha entereza:

—Ese libro tengo que quitárselo cuanto antes; tengo que registrarle su escritorio, porque yo mando en él; yo soy su madre; yo debo salvarlo.

Aquí llegaba la conversación, cuando oyeron claramente ambos a dos que Inés dialogaba con su hermano en la misma puerta de su escritorio:

—¿Sales a la calle, Juandresito?

—Voy a la casa de Rita.

—¿Conque no quieres que te cuente ese cuento?

—Mañana me lo contarás, porque después que haga esa visita debo acabar cierta carta que tengo comenzada...

—¿A tu amiga Berta Volzt, de Bogotá?

—¡Cállate, chiquilla...!

—¿Y cuándo te casas con ella, para que me lleves a Bogotá?

—¡Chitón...!

—Pues ¿no me lo prometiste el otro día?

—¡Chit, chit...!

Juan Andrés, imponiendo silencio a la indiscreta niña con el dedo en la boca, salió, y penetró en casa de Rita. Inés siguió detrás de su hermano.

La señora Engracia y Florencio no habían perdido ni una palabra del diálogo. Asombrada la abuela, dijo al nieto:

—¿Lo has oído?

—Perfectamente.

—Luego Juan Andrés tiene novia en Bogotá y se casa presto. —Y en seguida preguntó: —¿Será ésa la causa de su aburrimiento?

—Ahí creo que está la madre del cordero —confirmó Florencio categóricamente.

—Vámonos —significó con gran resolución la anciana—. Vamos a su pieza y se la registramos ahora que él está en casa de Lerín.

—Abuelita —exclamó el mozo, como oponiéndose a ejecutar tal determinación.

—Te lo mando; acompáñame.

Florencio siguió remiso a su abuela, la cual, rebotando de celo, se imaginaba que con un escrutinio minucioso iba a poner correctivo a la incredulidad de su pobre nieto.

Sobre la mesa había una carta recién escrita, que leyó la señora en voz alta, uno de cuyos principales apartes decía:

«...Aseguran que ciento cuarenta y una vez se cita en el *Quijote* la palabra *corazón*; yo quisiera que en esta mi carta figurara millares de veces, o, por de cirlo de una vez, que recibieras mi corazón hecho carta.

Por lo demás, lo único que sabré decirte es que contigo, Berta de mi alma, la vida aquí no me sería tan enojosa, porque tú eres para las noches de mi existencia la estrella vespertina que, convertida en sol meridiano, mis días alumbra, hasta tal punto, que el mundo de mis amores quedaría ensombrecido si tú desaparecieras de mis horizontes. Por esta razón precipitaré cuanto pueda el arreglo de mis diligencias y saldré de mi tierra, porque fuera de la órbita de tu presencia soy el bólido que se lanza a los espacios para ocultarse en la obscuridad más fría y solitaria.

»Por vida mía no se me olvidan aquellas estrofas, escritas como para ti:

«—Ya que eres grata como el cariño,
 »ya que eres bella como el querub,
 »ya que eres blanca como el armiño,
 »sé siempre ingenua, sé siempre tú.»

»Tú, mi Egeria, mi Circe, mi Cleos, mi Psiquis, mi Eurídice, mi Filomena, mi diosa Razón, y, si creyera en ello, tú, mi virgen María.»

La buena señora hizo un gesto de honda displicencia y prosiguió leyendo:

«Debo confesarte una cosa, Berta; barrunto que la razón de mi desapego a Casanare estriba en el amor que te profeso, porque, en verdad de verdad, no es esta tierra tan horrible como me pareció a primera vista y cual la describen exploradores irreflexivos; aunque no dejo de reconocer que tiene inconvenientes en gran manera duros para que las personas cultas se adapten a ella sin renunciar a ciertas exigencias que la civilización de las ciudades demanda. ¡Si pudieras bilocarte! No vayas a creer que te propongo vengas aquí, no; mas sí te aseguro que no te penaría hacer una viajata a este país, por ejemplo, cuando la felici-

dad extienda sus brazos protectores sobre nuestras cabezas, ungidas con el óleo del amor nupcial.

»Para entonces yo mandaría hacer una casita en las sabanas de Arrebol, a la orilla de un extenso palmar, para que vieras reproducidas con duplicada belleza las arcadas ojivales de la Edad Media, los amplios patios y corredores de las Alhambras y las columnatas de las mezquitas cordobesas, que, como haces de pensamientos, suben a las regiones de lo infinito; verías cómo desflecan sus cabelleras susurrantes las palmas y cuál extienden sus ramas, entrelazándose con las de las vecinas, como brazos acariciadores de amigos, de amigos que se comunican episodios de amor íntimo; verías cómo florecen, dando en cada racimo más de veinticuatro mil florecillas, y cuenta que hay palmares de muchas hectáreas de extensión; verías bandadas de loros de diferentes colores y tamaños, desde el periquito cascabel hasta la guacamaya, de elegante y tornasolado plumaje; verías el cielo casanareño, este cielo, que parece un inmenso fanal cerulescente con alguna que otra errática nubecilla que inspira pensamientos del más acendrado y virginal amor; verías manadas de venados silvestres de rabito blanco que se acercan hasta los patios de las casas, como si fueran amigos del hombre. ¡Berta, Berta, qué bonitos había de criar yo un par de ellos para que te siguieran por las sabanas y los acariciasas con esas tus manos, más suaves que los pétalos del nardo! ¡Y qué variedad de pájaros había de enjaular a fin de que cantasen, al clarear del alba, el himno de gratitud a la mano bienhechora que les pondría el alimento cotidiano en la prisión.

»¿No te gustaría ver los becerritos con la jeta manchada de espuma de leche, y oír el mugido de las pacíficas vacas, de ubres henchidas de néctar, y también



el nervioso relinchar de los potricos que corretean junto a las madres?

»Y ¿qué el monótono paisaje de la Llanura, donde ríela la luna como en un estanque, al tiempo que un rumor solemne y misterioso soliloquio de la madre naturaleza revela los misterios del amor eterno de las almas enamoradas y celosas de la felicidad? Sentados los dos al pie de un naranjo en flor que sacudiera sobre nuestras cabezas lluvias de azahares al impulso de la nocturna brisa, ¿no seríamos felices mirando esas polvaredas de astros plateados que llamamos estrellas, sobre fondo turquí obscuro, y vagar la luna por entre ellas como si fuera un flotante cojín de plata sobre el que se aduerme la diosa de los ensueños?»

Florencio, para dar término a la lectura, que podía comprometer a su hermano, dijo con gran disimulo:

—¡Bah! Esas son tonterías de novios. No leamos más.

La abuela no le hizo caso y continuó:

»Te lo digo con toda mi alma: el estar separado de ti me hace ver todo, aun lo más bello, convertido en feísimos fantasmas; yo hablo delante de mis paisanos mal de esta tierra porque no estás aquí: que jamás me parecerá totalmente encantadora mientras me falte la luz de tus ojos y el perfume de tu aliento.

»Con lo que yo nunca podré transigir es con el fanatismo religioso de estas gentes. Como ves, ya voy encariñándome poco a poco con las cosas de mi tierra, y hasta las costumbres me parecen tener su aspecto bellamente rústico; pero ¿su fanatismo religioso...? ¡Oh!, sólo es comparable a ese linaje de idiotismo que convierte al hombre en máquina movida por una fuerza fatalista...

»Yo no sé por qué los ignorantes, cuanto más reducido círculo de creencias tienen, están más aferrados

a ellas; la fe de los ignorantes es inquebrantable. ¿Por qué? ¿Por qué tan grosera pertinacia? Con todo podré avenirme, menos con esto; no temas, que no seré nunca fanático; tú me encargaste en primer lugar, y más que todo, que no me degradara hasta el punto de confesarme en ningún caso, ya que la confesión es la panacea de los fanáticos.»

Al llegar aquí, acometió a la cristiana señora un temblequeo horrible, del que se sintió desfallecer; mas antes de caerse al pavimento, fué cogida por el nieto y sentada en un sillón. Estaba exámine, cadavérica. Florencio llamó a las sirvientas con gritos alarman-tes; acudieron éstas y avisaron a los de la casa veci-na, los cuales también acudieron presurosos. Tras de Juan Andrés entraron las señoritas de Lerín, D. Be-nito e Inesita al alojamiento del abogado, donde se-guía privada de sentido la anciana señora, recostada en brazos del nieto.

Entre todos condujéronla a su habitación, la acos-taron y llamaron al facultativo.

Luego Florencio se llevó a su hermano al cuarto del accidente, y, desfogando su ira, cogió la malhadada carta, puso el índice en el último punto, cuya lectura había impresionado tanto a la abuela, y gritó:

—¡Infame, ve ahí lo que va a matarla! Tu impie-dad es un puñal que le ha partido el corazón de medio a medio...

Juan Andrés voceó entre colérico y azorado:

—¿Y con qué derecho violáis mis secretos?

—Es tu madre la que manda en ti, ¿oyes? No es una casualidad lo sucedido, ni coincidencia tampoco; ella, con su corazón de madre, viene sorprendiendo en tu conducta el veneno de tu indiferentismo religioso. Hace poco rato me decía: «Si mi nieto fuera incrédulo, eso me mataría.» La has matado ya.

—¡La libertad de conciencia...!— quiso proferir Juan Andrés.

—Calla, necio; no invoques ninguna libertad ante el crimen que has cometido!

Y luego, con verdadera convicción y hasta con elocuencia, añadió:

—Es tiempo todavía; ve y dile que no eres impío; si quieres tirarte de cabeza al infierno, tírate, pero al menos aparenta religiosidad ante ella. Vete, dale una explicación, disfrazla la verdad con algún ropaje que no te deshonne tanto, y no asesines a mi queridísima abuela.

Juan Andrés, con la cabeza gacha y los ojos arrasados en lágrimas, fuése al lecho de la doliente, la asió de la mano y le gritó al oído:

—Madre mía, querida abuelita, que yo no soy malo, yo no soy incrédulo; lo que leyó usted es un capítulo de cierta novela que estoy escribiendo. ¿Oye, madre-cita?

El joven derramaba ardientes lágrimas; Bruna y Rita, conmovidas, lloraron también; Florencio, la cara tapada con las manos, algo traspuesto, destacaba su macizo busto entre el marco de una ventana abierta totalmente, que iluminaba y aireaba la estancia.

—¡Madre, madre, no me aborrezca usted —seguía el abogado—; perdóneme, que es una novela, cosas de fantasía!

La anciana, por fin, dió una fuerte respiración, apretó la mano del nieto y le dirigió muy tierna mirada.

Se presentó a la sazón el médico. A poco la enferma estaba fuera de peligro.

Páginas de una revista.

Y transcurrido un día, pudo, haciendo esfuerzos no pequeños, levantarse de la cama D.^a Engracia, la cual, recostada en una amplia *chaise longue*, encontrábase en sus habitaciones cuando el padre párroco le anunció su visita, para demostrar su cariñosa condolencia a la buena señora por el accidente de que había sido víctima el día antes.

Entrado que hubo el misionero, y después de pasadas las cortesías ordinarias, oyó a la enferma:

—Reverendo padre, se susurra que usted se retira de Ribafflor.

—Señora, me destina la santa obediencia a Bogotá; mi viaje será a fines de verano; por mi parte, aquí me quedaría siempre, pues siento no pocas simpatías por estos mis queridos feligreses. Por lo demás, ¡para lo que valen mis servicios...!

—Una pérdida muy dolorosa representa la separación de usted, padre.

—Quizá no sea tan dolorosa como se figura D.^a Engracia...

—Al menos para mí, su partida será lamentabilísima.

—Gracias, señora.

—Porque mi conciencia —prosiguió la anciana— sin la dirección de usted quedará turbada por mucho tiempo. Padre, no me olvide en sus oraciones nunca, y ahora menos, que las necesito muy de veras.

Y prorrumpió en amargo llanto.

—¿Le sucede a usted algo desagradable? —le interrogó con cariño el misionero.

—Señor mío, estoy herida de muerte; me mata la pena... ¡Ay, padre! Juan Andrés ha perdido la fe, es un mal cristiano —exclamó sollozando la infeliz abuela.

—No lo crea usted, señora; será un joven atolondrado, algo frívolo, pero nada más. Son hoy así, por desgracia, la mayor parte de los muchachos.

—¿Me ve usted enferma? Pues bien, el accidente me provino de que ayer aclaré de improviso las grandes sospechas que abrigaba contra Juan Andrés. Le sorprendí una carta en la cual hacía revelaciones horribles; al leerla, caí desvanecida; luego, volviendo en mí, noté los gritos de mi nieto, que trataba de ocultarme los hechos que tanto mal me habían causado. Me decía que era una carta de cierta novela fantástica que estaba componiendo. Engaño, padre, engaño; mi hijito quiso sanar las heridas de mi corazón con el emoliente de una mentira sugerida por el cariño.

El párroco se quedó meditabundo; su aspecto grave, casi desvanecido a la sazón por la escasa luz que se colaba en la habitación de la enferma por la ventana, discretamente entrecerrada, adquirió tonos de profundo misterio.

—Señora, estemos a cuentas: yo también había comenzado a sospechar que Juan Andrés no era buen católico, sino uno de esos jóvenes envanecidos a nombre de la falsa ciencia.

En esto apareció en escena Juan Andrés, tan galan-

te y tan fino como de costumbre, y dijo, dirigiéndose al misionero:

—¡Ah!, reverendo padre, disimule que no haya venido antes a proporcionarme el gusto de expresarle mis respetos...

—Gracias, gracias, Sr. Meta; usted no falta nunca conmigo.

—Porque usted es en extremo indulgente...

Y al punto el elegante joven, con mucho mimo, colocó su asiento muy junto al de su abuela, a la cual dirigió palabras ternísimas, mientras tenía la mano de ésta entre las suyas.

—¡Admirable grupo! —exclamó el párroco—. ¿Conoce usted el cuadro de Ary Scheffer que representa a santa Mónica y a su hijo Agustín a las orillas del Mediterráneo?

—No, señor, no lo conozco.

—Pues usted con su abuelita está reproduciéndolo al natural.

Cualquiera hubiera advertido que D.^a Engracia irradiaba felicidad teniendo a su lado al nieto querido, de quien ahora recibía caricias como nunca las había recibido de atrayentes y dulces. En la fisonomía de Juan Andrés se transparentaba el talento, la ternura, las efusiones de un corazón noble y las ansias de hallar la felicidad en los dominios de la ciencia.

—Lo que sí me satisface plenamente es ver a mi mamá señora muy mejorada de ayer a hoy —dijo el joven en tono de jovialidad.

—Así es, siento mejoría por segundos —confirmó la anciana a renglón seguido.

Y el padre cura, galantemente, significó:

—Es que el Sr. Meta puede resucitar a los muertos a fuerza de prodigar atenciones y cariño.

—Mil gracias, padre; es usted muy amable. Lo que

interesa es que la abuelita sane del todo y prontamente, para que no se retarde más nuestro veraneo.

Y luego:

—Supongo que tendremos el gusto de verle a usted por allí.

—Haré lo posible por complacerles; por de pronto les agradezco muy sinceramente las bondadosas atenciones que me guardan.

—Tanto más debe ir, padre, cuanto que el mayor-domo insiste en que su boda sea allí, por las razones que ya usted sabe.

—Sí, sí —contestó el sacerdote—; démosles gusto a esos pobrecillos, cuando les sobra razón para que se verifique su matrimonio en el hato. Pero les prevengo a ustedes que allí no podré permanecer más de tres días, porque es ganga de los párrocos el morir al pie del cañón.

—Y ¿cuándo piensa visitarnos?

—Yo con tiempo y sazón les avisaré.

—Eso es; así le mandaremos caballo con Ginés, que es un muchacho magnífico.

Empujando reciamente la puerta, lanzóse de sopetón Ines, que salía del colegio.

No fué poco lo que se alebrón la pobre niña cuando notó la presencia del religioso.

—Saluda, hija mía —balbució D.^a Engracia después de besar a la chica—, saluda al reverendo padre, que viene a visitar a tu abuelita enferma.

Hízolo muy avergonzada, por lo cual el sacerdote le prodigó fiestas y la obligó a trabar conversación así:

—¿Te gusta la escuela?

—Mucho.

—¿Y eres muy juiciosa?

Aquí la niña agachó la cabeza en silencio, teniendo que responder por ella la abuela:

—Poca cosa: aquí en la casa no quiere muchos días repasar sus lecciones por jugar con su hermano.

—Eso dice la mamá sólo por ver qué cara pone Inesilla. ¿No es así? —dijo el padre defendiendo a la niña de la nota de holgazana.

Y luego añadió con entonación cariñosa:

—A ver, a ver, Inesita, tus progresos escolares. Léele un poco a la abuelita.

Soltó entonces el misionero los brazos, que tenía cruzados, sacó de la faltriquera cierta revista literaria, le marcó a la niña con el dedo en una página y volvió a cruzarlos circunspectamente.

Sonriéndose, la niña paseó los ojillos preguntones por la cara de su abuela y de su hermano, y como ambos le instasen con gestos a que leyera, hízolo así con voz muy clara:

«Alberto de Ferronays se había casado con Alejandrina de Alopens, ahijada del emperador Alejandro de Rusia. El era católico, ella protestante. Es preciso leer el *Relato de una Hermana*, diario último de su amor y de los dos años tan rápidos de su matrimonio, para tener idea de la belleza y de la elevación moral de aquellos dos grandes corazones. Alberto había hecho todas las diligencias posibles para convencer a Alejandrina; mas ésta, no obstante haberse acercado mucho a la verdad, rehusaba tenaz dar el paso, el último paso que le separaba de él. Un día tuvo Alberto una inspiración sublime. En la iglesia, al pie del tabernáculo, de rodillas ante su Dios, ofreció su vida en precio de la conversión de su esposa.

»Dios la aceptó.

»Como en terreno propio, penetró la enfermedad en el pecho del caritativo consorte, y lentamente le fué consumiendo. Alejandrina ignoraba el misterio de aquella muerte que se acercaba, pero la veía avanzar

sin piedad. Su corazón desgarrado asíase al último resto de esperanza. Un día Alberto la vió llorar, y llamándola le dijo dulcemente: «Querida esposa mía, ¡si Dios me llamara para sí...!» Ella no oyó lo demás, y, ocultando la cabeza entre sus manos, prorrumpió en amargos sollozos.»

Inés cesó de leer, restregóse con fuerza los ojos y manifestó que no veía bien. Al punto corrió Juan Andrés a abrir más la ventana. Y prosiguióse la lectura comenzada:

«Al día siguiente, Alberto tuvo una crisis; asustada la esposa, mandó a su joven hermano en busca del médico. Este llegó luego, examinó al paciente, habló en secreto con el hermano y se retiró en seguida. Cuando el hermano se quedó solo con Alejandrina, ésta temblaba convulsivamente, no acertando sus labios entorpecidos a pronunciar una sola palabra. —¿Qué ha dicho? ¿Qué te ha dicho? —le preguntó hondamente emocionada la pobre mujer.—Ha dicho, respondió el joven, que es preciso llamar a un confesor. —¡Oh, Dios mío!, exclamó Alejandrina, ¿en tal caso se halla? ¡Oh, entonces yo quiero ir con él, yo me hago católica!

»Y de repente, como si Dios tomara posesión de su alma, sintió que descendía sobre ella la fuerza y el valor.

»Algunos días después, en la cámara de Alberto, y enfrente de su lecho de muerte, arregló su esposa un altar, y en él puso, alrededor de la cruz, todas las joyas, todos los encajes y todas las flores de su boda. Un sacerdote celebró allí la misa, ayudándole el anciano padre del moribundo, y asistiendo conmovidos sus hermanos y hermanas, que no cesaban de orar y de llorar en silencio. Al evangelio, se adelantó Alejandrina vestida de hábito blanco y ceñidor azul, colores de la Inmaculada Virgen..., leyó en alta voz su

abjuración, la entregó en manos del sacerdote, y después se volvió al lecho de su esposo moribundo, arrojándose en sus brazos.

»Continuó el santo sacrificio; en medio de aquel gran silencio se veía el brillo de las lágrimas que corrían y se oía el rumor de suspiros ahogados... A la comunión, el sacerdote se volvió con la hostia en la mano y la dividió en dos partes...; dió la primera a Alberto: era su viático para el gran viaje, y la otra a Alejandrina: era su primera comunión. La muerte sobrevino al poco tiempo; las últimas palabras de Alberto fueron un himno de acción de gracias.

»Más tarde, Alejandrina encontró en la última página del diario de su esposo estas sencillas frases:

»Dios mío, mi petición va a cumplirse; siento que me muero; vuestra divina voluntad hará, pues, que mi ángel entre en el seno de la Iglesia... Yo no os pido más que la fuerza de voluntad para consumir mi sacrificio... Ella y yo nos volveremos a ver dentro de poco cerca de Vos, ¡oh, Dios mío!, en vuestro inmenso amor.»

Terminó la lectura; Juan Andrés y la niña poco o nada habían comprendido; ella, por inocente; él, por perverso, o, más bien, por ignorante.

D.^a Engracia, con la cabeza sobre el pecho, parecía rendida por sueño profundo; estaba sin poder llorar, oprimida de dolor, casi anonadada.

El padre misionero, cayendo en la cuenta del alcance que podía tener el susodicho relato, aplicado a aquella familia, sentíase confuso, como si acabase de cometer una falta, un abuso de confianza y de amistad.

¶ solas.

No es cierto que Juan Andrés fuese lo que se llama en sentido estricto un volteriano. Su abuela y los que le seguían la pista por este lado de la religión observaron ciertos hechos que le delataron como racionalista, pero bien lejos estaba de tanto como parecía; mas, sea como fuere, débese indicar que, de haber recibido educación menos cristiana que la que recibió en el seno de la familia, y si su natural no hubiera sido tan recto, hubiérase sumergido en el ateísmo más tenebroso, para no salir de él nunca, a juzgar por las doctrinas que le inculcaron en las aulas y por las influencias de su *acudiente*, que era avanzado en el camino de la negación religiosa; pues siempre tendrá su mucha razón lo que dice Schiller: «El hombre es un retrato de sus dioses.»

A Juan Andrés le gustaba algo de la religión, y mucho de ella le repugnaba horriblemente, como si la religión fuera una cosa divisible, parte sana y parte corrompida. Sobre todo, el fanatismo... ¡Oh!, el fanatismo se le antojaba imperdonable.

Pero ¿qué entendía por fanatismo? Cabalmente en tal categoría entraban todos los actos de piedad; casi

todo era fanatismo para él. Por eso cuando la voz de la lógica argüíale aquello de que el hombre es específicamente el *animal religiosum* de los antiguos, recordaba en su descargo aquella infame absoluta de Marat: «El águila va sola, los pavos forman manada.»

Una de las cosas que le impedían enveredar sus razonamientos hacia la verdad religiosa y desbrozar los senderos que a ella conducían, era el compromiso adquirido con Berta, su prometida, la infatuada Berta, que, para deshonor de su sexo, rayaba en impiedad más alto que Juan Andrés, debido a la educación que recibiera en el hogar doméstico y en los colegios de Europa donde completó sus conocimientos de marisabidilla. La Victoria Colonna del siglo XX apellidábala Juan Andrés; pero sin razón, porque ni en hermosura ni en talento calzaba tantos puntos como aquélla, y, además, carecía del entusiasmo de la fe y del corazón en que sobresalió aquel gran genio del cristianismo.

Por otra parte, traía recomendación muy explícita de Berta de no dejarse prender en los sofismas de la gente de sacristía. Su plan de defensa, en último caso, sería callar, pero no ceder; aguantar todo, pero no rendirse a nadie que no le demostrase la verdad con sólidos argumentos; y en caso de extremo apuro aparentaría religión, y mientras tanto precipitaría el viaje de regreso a Bogotá todo lo posible, a fin de no verse en la necesidad de una ruptura con su señora abuela y sus hermanos, a quienes reputaba fanáticos impenitentes.

Prudente fué y comedido el joven desde que llegó a su hogar, pues ni ofendió a nadie en sus creencias ni alardeó de sectario; antes bien, rindió culto a la galantería, alabando las obras ajenas que iban informadas de profunda religiosidad, aunque él las creyese

erróneas. Y como acaeciesen las cosas tal cual hemos visto, hubo de amainar todo el velamen y embarcar en su bajel algunas cargas de fe postiza; por manera que, bien a pesar de sus primeras resoluciones y por sobre las malaventuradas insinuaciones de Berta, tuvo que declararse católico y dar pruebas de práctico, aunque mejorable.

Amén de estas razones, estaba de por medio la vida o la muerte de la abuela, a quien amaba con toda su alma. Si adoptaba el partido de la descarada incredulidad, sería realmente su asesino; hacía-se preciso, por tanto, llevar el cargamento de fe falsificada un poco más tiempo, aunque la botase en las playas de Bogotá para entrar viento en popa en el puerto de las ciencias y del arte.

En virtud de esa situación veíase obligado a ejecutar actos de que se burlaba en sus adentros y contra los que protestaba con perfecto desdén; pero, por si o por no, ello es cierto que los ejecutaba. Que un casamiento, pues Juan Andrés había de ser el primer invitado, y con este motivo veía y oía cosas de que se resentía su orgullo de racionalista; que un entierro, o un bautizo, o una fiesta de iglesia, allí estaba comprometida la presencia del señorito bogotano; siempre en jaque Juan Andrés.

—Por fortuna —decía él—, es tan sencilla mi abuela, que con una mentirilla la he resucitado; y luego dirán que sólo la verdad obra milagros. ¡Qué gran sentencia la de Walter Scott, cuando dijo: «Una mentira buena aprovecha más a un enfermo que una verdad mala!» Y este inglesito no se mamaba el dedo. Sí; aparentaré religión, y aun me las daré de fanático por un par de meses, que es lo que puede durar aquí mi permanencia, y con eso está remediado todo: *comme il faut*... Pero, ¿qué diría Berta si me viera ir a misa,

oir los sermones parroquiales y codearme con gentes que comen padrenuestros gloriados y beben agua bendita? ¡Voto al chápuro, que voy andando muy de buenas en el camino de mis arrestos beatíficos, porque ayer, no más, me convertí por insinuaciones de Walter Scott; esta mañana estuve de visiteos íntimos con el párroco, que de bóbilis bóbilis se atrevió a compararme con San Agustín, y esta noche estoy haciendo propósitos de oficiar de santo por unos dos meses! ¡Si me viera Bertica! Cuando se lo cuente, ¡cuál se va a reír! ¡La estoy oyendo alabar mis ingeniosos procedimientos!

—Juandresito —llamó a la puerta Inés—, abre, que te traigo el café yo.

—Entra, angel mío —contestó el joven, abriendo de par en par la puerta de su habitación—. ¡Hola! ¿Por qué me traes tú el café? ¿No están ahí los sirvientes?

—Es que yo misma quiero traértelo.

—Gracias, gracias; ¿cuánta soldada me llevas?

—Yo no te cobro nada —contestó candorosa la niña.

Juan Andrés arregló la luz de la lámpara, se sentó en la hamaca, que tenía colgada en la pieza, y se dispuso a tomar la taza de café.

—Está muy caliente; déjamelo en la mesa.

—No, bobito; tómalo como yo lo tomo.

—¿Cómo lo tomas tú?

—Se coge la taza en una mano y el plato chiquito en otra; se echa al platico un tris, se sopla y se toma el sorbito del plato; luego se echa otro poco, se sopla y se bebe, y así hasta acabar.

—¿Eso es lo que se llama tomar café a la llanera?

—Sí, porque así es muy sabroso.

—Bien, voy a hacerte caso, pero bebo yo un sorbo y tú otro; ¿oyes?; sorbito y descanso, como hacen los pollos cuando beben agua.

Y luego preguntó a la niña:

—Inés, ¿qué te ha pasado esta tarde en el colegio? Cuando viniste te ví ojerosa, como si hubieras llorado; luego comiste poco. Dime, ¿qué te sucedió?

—A mí, nada; una niña dijo una mentira muy grande delante de todas, y la Hermana la castigó por embustera y por hipócrita.

—¿Y qué castigo la puso?

—Que la escupiesen la saliva.

—¿Cómo es eso? Expílicate mejor.

—Es que dijo la Hermana que los mentirosos merecían ser escupidos en la misma boca; y por eso mandó a la chica embustera que echase una escupitina al suelo y que todas escupiésemos en la misma saliva.

—¿Y tú también escupiste?

—Sí, pero me dió mucha pena, porque la niña lloraba tanto...; ¡pobrecita!; a todas nos dió mucha lástima, y todas escupimos llorando...

—¿Y qué mentira dijo tu condiscípula? Cuéntamelo todo.

Al preguntar esto, el joven cogió a su hermana, la reclinó en la hamaca y la puso sentada sobre las piernas; la chiquitina se dispuso a hablarle haciéndole monerías y retorciéndole los finísimos bigotes; mas en el acto oyeron que les llamaban de afuera para que viesen una flor de cactus, rarísima, inclasificada, que estaba precisamente abriendo su primer broche.

Juan Andrés entonces significó a su pequeña compañera:

—Vámonos, ya me lo contarás después; mas antes dime: ¿si yo te dijera un embuste, por ejemplo, que no te quería nada, ¿me escupirías a la boca?

Inés hizo una mueca graciosísima y contestó:

—No, a ti te besaría muchas veces.

—Bésame, pues.

El ósculo del amor fraternal dió fin a la conversación.

Alrededor de la susodicha mata de cactus estaban con bujías encendidas, cuya luz languidecía a los rayos de una luna plenísima, Florencio, los Lerín, la Sra. Engracia y aun las sirvientes de la casa, viendo la flor primicial que el tiesto les brindaba, y cuya aparición había sido objeto de vehementes ansias desde el primer día que plantaron el esqueje. Por de contado que nada quisieron decir a Juan Andrés de la existencia de la planta, porque deseaban sorprenderle gratamente, dado que él gustaba de tomar notas y apuntes de todo lo raro que caía en sus manos.

Que le agradó muchísimo la flor y que se manifestó sumamente complacido con todos, queda por dicho; tanto así, que prometió escribir unas estrofas en su loa.

En seguida penetraron en la sala, y continuó la tertulia con el tema de la flora, exquisita y bellísima, que se conocía en Bogotá, el elogio de la cual fué hecho por Juan Andrés a instancias de Rita, y entre ésta y los demás (excepto D. Benito, que se durmió al oír hablar de tales cosas) sacaron a relucir las rarezas de la flora casanareña, que, si es espléndida y multiforme en los bosques, vive desmedrada en los patios domésticos por muchas causas enemigas que la destruyen.

Mientras parloteaban de unas y otras flores, llevando en el palique la voz cantante Rita, cualquiera pudo notar que doña Engracia se ausentó de la reunión por unos instantes. Fué a la estancia del abogado a dejar un libro en secreto.

Por fin, la tertulia tocó a su término. Rita, al despedirse, dijo con acento de niña mimada:

-Los versos sobre el cactus, señorito bogotano, ¿me los dedicará usted, eh?

—Sí, *poupée*, por supuesto.

El joven dirigióse en seguida a su cuarto de estudio resuelto a principiar entonces mismo la poesía, para cuya debida ejecución, después de acodarse un rato sobre la mesa meditabundo, trazó en una cuartilla, a vuelta de pluma, los siguientes pensamientos, que constituían el plan de la obra:

«Desde la cuna hasta el sepulcro, el camino está sembrado de flores sugeridoras; flores hay para los párvulos; flores tiene la adolescencia para señalar las épocas amorosas; flores la felicidad nupcial; flores de cáliz caedizo el desengaño y la hartura voluptuosa; flores fúnebres que recuerdan los triunfos de la vida de los que bajaron al sepulcro. Coronase de rosas la juventud; la flor del naranjo embalsama los tálamos nupciales; sueñan los poetas y artistas con la flor de la apoteosis. Los escudos señoriales hicieron hablar a las florescencias más perfumadas el lenguaje del honor y de la bizarría; los mármoles de los sepulcros y los códices de la época medioeval son jardines en miniatura. Pero, ¿qué mucho, si en las pirámides de Egipto y en los hipogeos tebanos, en los papiros, jeroglíficos y en las gargantillas de las momias hay residuos de floraciones muertas? En las flores han depositado todas las generaciones los secretos más íntimos e importantes de la vida. La camelia, reina de las flores, es como la vestal que envejeció ofrendando su belleza a los ídolos; es hermosa, pero inodora; es fina, pero infecunda; es como un alma sin amor. El oriental jacinto es la flor del olvido sin esperanza. Las multicolores campánulas evocan anhelos de corazón desdeñado. La amapola es una protesta iracunda; parece huella de un pie sangriento, gotas de sudor convertidas en sangre. El jazmín huele a bellezas virginales. El clavel blanco es emblema del beso infantil; el rojo, del beso de los enamorados; el amarillo, del

beso de los amantes nostálgicos. La violeta es como la púdica desposada que se esconde entre los muros de su hogar para aromatizar el nido de sus amores. Los racimos de la lila son como los brotes de ilusiones en la época primaveral del corazón. Y la peonía, la anémoma, el crisantemo, las orquídeas, el alelí, el tulipán, la magnolia, la siempreviva, todas, todas las flores, ¿no son añicos del arco iris que se deshizo el día que se desposó la luz con el mundo? ¿Y la flor del cactus? Es una gota blanca de esencia caída de la región estelar; es un rayo de luna convertido por el amor del silencio en una materia orgánica, nívea, olorosísima...»

En llegando aquí, la imaginación incendiada del poeta no comunicaba a la pluma más luz, por lo cual detúvose el joven a reflexionar, divagando la vista por unos y otros objetos de encima de la mesa. De improviso la clavó en un libro puesto en un lugar algo recatado; cogiólo por curiosidad y leyó en voz alta lo del dorso: *Confesiones de San Agustín*; y abriéndolo:

—¿Por qué autor? —se preguntó frunciendo el entrecejo—. ¡Bah! ¡Confesiones...! ¡Confesiones...! ¡Qué horror...! ¡Por un tal San Agustín...! ¡Cosas de mi abuela! ¡Si fueran las confesiones de Rousseau...!

Y botó el libro con rudo desprecio, diciendo:

—¡Fanatismo...! ¡Pobres gentes...!

Entonces se oyó tras de la puerta como un suspiro ahogado y ruido de faldas que se ausentaban. Juan Andrés se lanzó allá, miró por el agujero de la cerradura y tartamudeó, con el semblante demudado:

—¡Parece mi abuelita! ¿Me oiría...?

Efectivamente, era la buena de D.^a Engracia, que poco antes había colocado en la mesa de estudio la obra que le remitiera el padre cura; y ahora, para ver la impresión que le producía al nieto el hallazgo del libro, acechaba curiosa...

Veraneando.

MUCHO se había bregado con caballerías, cargas, indumenta de equitar, despedidas y todo lo que antecede y acompaña a un viaje en aquella tierra, donde el caballo es el único elemento de locomoción; pero, en fin, ya estaban nuestros veraneantes marchando hacia Arrebol; ya se aproximaban a los risueños edificios de aquella hermosa campiña; ya veían arremolinarse en la caballeriza los peones que esperaban por momentos la llegada de los viajeros; ya les agitaba blanco pañuelo el simpático Florencio; ya la polvareda de que iban rodeados se ensanchaba; ya el trote de las caballerías imitaba el confuso redoble de cien tambores; ya gritaban unos con algazara y otros henchían de aire los pulmones con honda satisfacción; ya estaban todos en Arrebol, rebosantes de felicidad y de alegría.

¡Arrebol! Origen de la riqueza de la familia Meta; presa atrapada por leguleyos y defendida por Juan Andrés; ¿futuro nido de los amores de Rita y Florencio...? *Chi lo sé.*

La casita es alegre, recién compuesta y pintada, amoblada a la espartana, techumbres de palma, con

un patio salpullido de árboles frutales: naranjos, nísperos, cocos, etc., y un jardinzuelo. Muy cerca extiéndose cierta alameda que viene a ser como un pebetero que purifica el ambiente, y caprichoso abanico que airea la casa y le presta benéfica sombra.

El patio y el edificio están circunvalados por cercas de estacones verticales, entre cuyas rendijas vegetan vistosas parásitas; por todos los lados se dilata la Llanura, inconmensurable, desierta, silenciosa, con perspectivas de tonos azul y verde difundiéndose en el horizonte en línea imperceptible, como para significar el abrazo eterno del cielo con la tierra, de lo infinito con la pequeñez del globo sublunar. Algunas palmeras yerguen solitarias su destrenzada cabellera y abaniccan la inmensidad; sobre el fondo del firmamento se destacan como si fueran estrellas de reflejos verdes. Manadas de reses vacunas y de caballos pastan en las cercanías de la casa. Los veraneantes van a pasar una temporada de felicidad. Arrebol es un oasis.

Y lo fué para todos, menos para el famoso *Cucarrón*. Contó Ginés que éste, antes de salir de la casa para montar, había entrado y salido como siete veces, y que ya estaba montado, cuando, acordándose de que el agujero de la cerradura de la tienda quedaba abierto, se apeó con la mayor cachaza y lo tapó con una bolita de papel. Por el camino anduvo harto cabizbajo, y desde que puso el pie en Arrebol no le asomó a los labios ni la menor sonrisa; únicamente se entretenía con la chiva de Inés.

Para Juan Andrés fué el veraneo una tregua en sus tareas y gozó de firme. No le parecía ya tan improba la vida del Llano, a pesar de sus rusticidades. Y no podía menos de cambiar la casaca en este sentido: un corazón de poeta tiene que amar los sitios pintorescamente enselvados, porque la poesía halla sus delicias

en morar donde la mano del hombre no ha sembrado la semilla de la flor del loto; el poeta no ve las espinas del camino de la gloria, o, si señala huellas sangrientas, nada le importa, porque sabe que la sangre del entusiasmo es la madre de las grandes concepciones. Por eso Juan Andrés íbase encariñando cada vez más con las costumbres de sus paisanos, siquiera le proporcionasen dolores físicos y, a veces, no pequeños sobresaltos.

Lo único que le contrariaba, en medio de las delicias del veraneo, era la idea de que se retardaba unos días más su vuelta a la capital de la república, donde coronaría su carrera y realizaría los idílicos ensueños de su matrimonio.

Rita sí que gozaba a sus anchas en Arrebol. ¿Acaso no hacía años y años que su padre, el histérico D. Benito, por apegarse aferradamente a las roñosas ganancias de su comercio, no le había dado el gusto de sacarla al campo libre? A Rita se la veía henchirse de satisfacción. ¡Qué retozos infantiles con Inés! ¡Qué charla aquella en que parecía una cotorra, con tantas agudezas y donaires, que era una bendición de Dios! ¡Qué ansia de pasear por el bosquecillo inmediato, cazar mariposas y cantar todas las canciones habidas y por haber! ¡Y qué de jugar con la cabrita, traviesa, revoltosa, amiga de golosinas y de correteos! Y ¡cuál se desternillaba de risa cuando se topetaban con chuscas arremetidas la chica y su juguete! Fué por entonces cuando Juan Andrés, acordándose de la cabra blanca de Dinorah, le puso por nombre al animalejo *Bellak*, nombre que cambió Ginés por *Bellaca*, e Inesita por *Bella*.

¿Habéis oído cómo cantan antes de formar el nido de primavera los jilgueros? Pues, jilguerilla Rita en Arrebol, ¿no estaba también próxima la época de ani-

dar allí? Además de esto, la muchacha, que tenía humillos de celosa, disfrutaba a sus anchas de la presencia cariñosa de su amante. En Arrebol no le podía disputar el amor de su prometido... ¿quién?, la *Oronda*, la señorita de la sonrisa con los ojos semicerrados. Pues ¿no les sorprendió Juan Andrés a los dos, Rita y Florencio, a la sombra de un hermoso naranjo del patio, pocos días después de llegar, hablando así?

—Niégamelo, niégame que estuviste con ella mucho rato y te reías de lo lindo.

—Calla, *poupée*; ¿yo reirme con ella? A lo más, me reiría de ella al ver lo necia que se va volviendo.

—Sí, eso lo dices tú; pero, ¿por qué pasas las horas muertas en su casa?

—Sencillamente, porque con sus sosadas me retiene hasta que rompo por lo sano. Es una calamidad entrar allá: la madre por un lado, ella por otro y su papá y sus hermanos por todas partes...; en fin, que salgo con la cabeza hecha un bombo.

—¿Y por qué vas?

—Porque me llaman con cualquier excusa.

Diciendo esto, Florencio, que mientras la conversación había recogido distraídamente unas florecillas de azahar, se las arrojó al rostro a su amada y

—Toma —díjole—, para que no tengas celos de la *Oronda*.

—Sí —exclamó la otra fingiendo enojo—, a mí me das las flores marchitas, estrujadas; a ella...

Juan Andrés, oculto detrás del naranjo, atisbaba todo; una carcajada suya le delató. Rita huyó ruborizada llamando a Inés. Cuando estuvieron solos los dos hermanos, el primogénito, muy serio, preguntó:

—¿Tú fuiste quien me dejaste en el pueblo sobre la mesa este libro?

—¿Qué libro?

—Este —contestó el joven, sacándolo del bolsillo—:
Las Confesiones de San Agustín.

—No lo conozco —dijo Florencio, haciéndose el desentendido.

—¿Que no lo conoces? ¿Luego tú no obraste de acuerdo con la abuelita?

Florencio, con entonación y gesto de mucho ascendiente, le increpó de este modo:

—¿Qué historias son esas, hombre, qué historias son esas que hace días te traen tan cariacontecido, por más que trates de disimularlo? Estás sufriendo porque te da la gana. ¿No tienes confianza con tu hermano para descubrirle el pecho?

Juan Andrés bajó entonces la cabeza como un niño acobardado.

—Ven aquí —le dijo Florencio, llevándolo hacia la extremidad del patio, cabe unos plátanos, donde había uno inclinado hasta el suelo, que les sirvió de asiento—. Habla; ¿qué te pasa?

—Hermano, soy el más infeliz del mundo. Cuando te veo reír con Rita, se me van los ojos tras ti; yo sufro mucho, muchísimo.

Y bajó más la cabeza y empañáronsele de lágrimas aquellos ojos de mirar dulcemente triste.

—Sí, lo comprendo; estás enamorado y ausente de tu querida Berta.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó tímido Juan Andrés.

—Por las cartas de marras y por lo que dijo en tu puerta cierto día Inés.

—Tienes razón; se me olvidaba —aprobó con la cabeza, doblegada todavía.

Y a continuación añadió:

—Berta es una muchacha lindísima e inteligente; es una Victoria Colonna, es una Julia Donna, es...

—Tan descreída como tú, o más, según infero, por-

que hasta protestante resulta —le interrumpió con dureza Florencio—. ¿No es así?

—Florencio —exclamó el hermano alzando la frente, surcada por prematuras arrugas horizontales—: yo no soy incrédulo, pero me indigna el fanatismo, me subleva la superchería. Te digo lo que siento: si hubiera abierto mi corazón completamente a todo lo que me enseñaban en las aulas y a todo lo que he leído, hoy sería un perfecto descreído; pero no lo soy. A veces quería yo mismo degradarme; empero, un impulso secreto no me lo permitía; mi corazón no puede ser ateo. Estoy persuadido de que aquellas palabras de Hamlet: «hay en el universo más cosas de las que puede soñar la filosofía», son una fórmula cierta. No puedo avenirme con la negación de Dios; esa negación es fría, es dolorosa. En mí existe un fondo de verdad religiosa que no he podido corromper con las hediondeces de la impiedad. No, no soy incrédulo; pero tampoco comulgo con ruedas de molino.

Florencio dejaba hablar a su apesadumbrado hermano, que prosiguió de este tenor:

—Comprendo, sí, que en fuerza de la costumbre contraída al lado de los discípulos, y sobre todo por complacer a Berta, me dejo llevar del desafecto o de la repulsión que me causa ese frívolo pietismo de los católicos, aunque hay momentos en que me parece ese sentimiento una cosa buena en su principio, si bien ridícula por ciertas relaciones de la vida social; y en esos momentos quisiera ser virtuoso, porque lo bello y lo bueno, dondequiera que se encuentren, me subyugan, me arrastran. Berta, sí, es descreída; yo a su lado pareczo un beato. Tiene afirmaciones que me asustan, pero ¡la amo tanto...! ¡Es tan hermoso su carácter...!

Dos gruesas lágrimas rodaron de sus ojos y cayeron sobre el libro que tenía en las manos. De repente, vol-

viendo a la idea principal, que se le iba borrando, suspiró dolorosamente:

—¡Luego fué mi abuela, ella misma, quien puso este libro en mi mesa, y ella la que el otro día me atisbaba por el agujero de la cerradura!

—De este modo se explica —indicó Florencio— que nuestra abuelita haya padecido una recaída tan tenaz.

—¡Ya no me creerá si le digo que soy bueno! —habló entre dientes Juan Andrés.

—Hay que creer a las obras; obras son amores...

—Mi mamá señora está herida de muerte —profirió Juan Andrés desentendiéndose de la lógica—; no hay evasiva, tengo que aparentarle mucha virtud.

—No —repitió Florencio con valentía—; no aparentes virtud, sé bueno de veras.

—No puedo ser fanático...

—Lo que no puedes es ofender y deshorrar la memoria de toda tu parentela.

—La libertad de conciencia... —dijo Juan Andrés.

—Que calles; la conciencia te dice que eres un desagradecido, un descastado.

Juan Andrés musitó medio vencido:

—Si Berta conviniera en...

—Respóndeme —le interrumpió enardecido Florencio—; por dar un gusto indebido a una mujer de Bogotá, ¿vas a permitir que nuestra abuela muera transida de dolor, y vas a tener pecho para ver cómo se consume día por día? Vete de Arrebol; vete volando a tu Bogotá. No te necesitamos. Más quiero la vida de ella que todas las riquezas de este mundo. Por lo menos, retírate de aquí, auséntate por largas temporadas, porque tu presencia es dañosa para su salud.

Dió un codazo Juan Andrés a su hermano, advirtiéndole:

—Calla, que ahí viene.

En efecto, a espantar la cabrilla de Inés para que no estropease una manada de pollitos recién salidos del cascarón, que parecían flores amarillas rodando por el suelo, iba la buena señora, sin sospechar que por allá estuviesen los nietos.

—Mamá —gritóle amorosamente Juan Andrés—, hoy sí que está usted animosa. ¡Cuidado con una insolación! ¿Por qué no manda a una criada que cuide de esos animalillos? Su estado es todavía harto delicado.

—Gracias a Dios amanecí hoy muy aliviada. ¿Qué hacéis por ahí, hijos míos, qué hacéis por ahí? —interrogó la abuela en tono de caricia.

Juan Andrés experimentó una breve turbación para contestar, y, tras embarazosa pausa, salió del apuro acudiendo al expediente de Walter Scott:

—Por aquí... casi nada; leer un poco.

—¿Y qué leéis? —añadió D.^a Engracia acercándose al grupo.

—Siéntate aquí un poco, mamá —dijo Florencio sacando el pañuelo y poniéndolo sobre el húmedo tronco del plátano en que ellos estaban sentados—; siéntate en medio de los dos.

Juan Andrés le rodeó mimosamente la cintura con el brazo.

—Lee, pues; por mí no se quede la lectura.

Abrió el joven donde tenía un registro y leyó lo siguiente:

«CAPÍTULO VI.—*De lo mucho que sintió Agustín la muerte de su amigo.*—11. Mas ¿para qué hablo de esto, pues no es ahora ocasión de haceros preguntas, sino de confesaros mis miserias? Yo era miserable como lo es cualquier alma aprisionada con el amor de las cosas percederas, que, cuando las pierde, la despedaza el sentimiento, y entonces es cuando conoce toda su miseria aun antes de perderlas.

»Así me hablaba yo en aquel tiempo, y lloraba amarguísimamente y descansaba en mi amargura. Tal como ésta era mi miseria, y más que a aquel amigo mío amaba yo la vida miserable que tenía, pues aunque quisiera trocarla, con todo eso no quisiera perderla por él, como se refiere de Orestes y Píldes (si es que no sea fingido), que querían morir el uno por el otro, o entrambos al mismo tiempo, porque tenían por mayor daño vivir el uno sin el otro. Pero no sé qué afecto, muy contrario a éste, había nacido en mí, pues tenía grandísimo tedio de la vida y miedo de la muerte. Yo creo que cuanto mayor era el amor que le tenía, tanto más aborrecía y temía a la muerte, como a enemiga cruelísima que me le había quitado, y juzgaba que ella había de acabar de repente con todos los hombres una vez que había podido acabar con aquél.

»Así cabalmente me hallaba yo, que bien presente lo tengo. ¡Ved aquí mi corazón, Dios mío; he aquí todo mi interior!; ¡ved que no lo tengo olvidado, esperanza mía, que me limpias de la inmundicia de semejantes afectos, atrayendo a Vos los ojos de mi alma y librando mis pies de los lazos que me tenían enredado! Me admiraba de que los demás mortales viviesen, pues había muerto aquel a quien yo amaba como si no hubiera de morir, y más me maravillaba de que, habiendo muerto él, viviera yo, que era otro él. Bien dijo Horacio, hablando de un amigo suyo, que *era la mitad de su alma*, porque yo creí que la mía y la suya habían sido una sola alma en dos cuerpos. Y por eso me causaba horror la vida, porque no quería vivir a medias y como dividido, y por eso quizá temería el morir, por que no muriese de todo punto aquel a quien había amado tanto.»

—¿Se cansa mi abuelita? —preguntó cariñosamente el lector.

—No, hijo; puedes leer más. ¡Qué corazón el de ese santo!

—Verdaderamente, mamá; yo no he visto manera más intensa de apreciar el sentimiento de la amistad; esta página es de un poeta y de un enamorado.

Y sin más comentarios, prosiguió:

«CAPÍTULO VII.—*Cómo se salió de su patria por no poder aguantar este dolor.*—12. ¡Oh, qué locura no saber amar a los hombres humanamente!»

—¡Hola, señores de la lectura! Vengan al comedor —gritó la diminuta hija de Lerín.

—Esperen un poco —contestó algo contrariado Florencio.

Rita, picada de curiosidad, se acercó cautelosamente al grupo.

—Escucha, Ritica —le dijeron—, ¡verás que cosa tan buena!

Y continuó el lector:

«¡Oh, qué necio hombre era yo, pues las cosas humanas las padecía sin moderación! Y así, me acongojaba, suspiraba, lloraba, andaba turbado, incapaz de descanso y consejo. Traía mi alma como despedazada, ensangrentada, impaciente de estar conmigo, y no hallaba dónde ponerla.»

—¡Lindo! —exclamó Rita, impaciente y vivarachita—. Pero vámonos, que se hace tarde.

—¡En marcha! —significó Juan Andrés, dando el brazo a su abuela, con la cual avanzó hacia el comedor, llenos ambos de consoladoras esperanzas.

Rita y el otro se quedaron un paso atrás; aquélla pellizcó en el brazo a Florencio, y murmuró por lo bajo:

—Esto, para que se lo cuentes a la *Oronda*—. Y rompió a correr, diciendo en voz alta:

—Voy aprisa a que sirvan la sopa.

XIII

¿Un paso adelante?

HALLÁNDOSE Juan Andrés entre este dilema: o aparentar mucha religión, para desimpresionar a su abuela, o consentir en su muerte y en que todos los de casa le mirasen por encima del hombro, como a bicho de peligrosa índole, optó por lo primero, empero muy parapetado tras la trinchera de la contumacia, para no otorgar nuevas concesiones; y, en consecuencia, aprovechaba todas las circunstancias a fin de hacer ver, principalmente a D.^a Engracia, que, si no era del todo creyente, por lo menos caminaba hacia la conversión a paso de gigante. ¿Y qué mejor conversión ni qué niño muerto? Desde el punto que le oyeran nombrar a Dios y a María Santísima con frecuencia, y hablar bien de la religión, y le vieran asistir a misa y visitar al padre cura, ¿por qué dudar de sus ideas religiosas? ¿No es eso señal de buen cristianismo? Pues ya estaba convertido definitivamente; ya podía remozarse su madre y cantar un *Te Deum* su inexorable hermano y las timoratas Lerín, que se santiguaban antes de hablar con él, porque creían ver al diablo, muy peludo y hosco, metido en su cuerpo.

—Pues bien; demos una gran prueba de que estoy vuelto y muy vuelto hacia Dios y hacia la Santa Madre

Iglesia —se dijo cuando supo que iba a llegar el padre a Arrebol—. Le propongo a mi abuela, que es de tantas creederas, ir yo mismo al pueblo para acompañarlo en el viaje; en el camino peroro al buen clérigo, advirtiéndole que soy muy católico, que me gusta la religión, que el clero es el portaestandarte del progreso, y, ¡santas pascuas!, me lo cree a pie juntillas, me alaba delante de mi abuela, y estoy canonizado. Y lo mejor es que en uno habrá dos santos —añadió burlescamente—, porque San Juan y San Andrés son dos nombres distintos y una sola persona verdadera; vamos al decir, de una pedrada cazaré dos santos. ¡Psch! También el patriarca de Ferney comulgaba para engañar a los campesinos.

Con tales intenciones se acercó a su abuela y le pidió permiso para irse a Ribaflor con objeto de acompañar al señor cura, porque él tenía mucho gusto y se honraba en agasajar a tan respetable sacerdote, ilustrado y de ejemplar conducta.

Algo así como una inyección de salud recibió la buena señora con la noticia que le participaba su queridísimo nieto, por lo cual le dió su bendición y le vió muy gustosa salir hacia el poblado, precedido de su inseparable Ginés, a quien incumbía más que a ninguno prestar sus servicios entonces, por cuanto se trataba de *escuderar* al padre que venía a casarlo, a entregarle en perfecta posesión la media naranja de su matrimonio.

Ya lejos de la hacienda, rompió el silencio el criado con su acostumbrada hilaridad:

—Este año sí que le ayudaré a misia Engracia pa la fiesta er Carmen.

—¿Por qué dices eso?

—Porque teniendo una costilla más, ¿a ver cómo no podré meté el hombro bien metío?

—¿Pues qué? ¿Mi mamá hace la fiesta del Carmen?

—¡Guá! ¿Y usted no lo sabe? Echa percha que da mieo. Es lo mejorcito que aquí se ve. ¡Ave María!, ya lo verá usted; va a decir que ni en Bogotá.

—No, Ginés, yo no lo veré, porque para entonces pienso estar en la capital de la república.

—¿Luego se va el señorito tan aina? Aguaita, que por aquí tres y dos no son cinco.

—Espero hacer un viaje a Arauca, y si de allá salgo con bien habré ganado más de la mitad de mis andanzas.

—¿A Arauca dice usted? Pues no se abra a un lao con yo; Arauca es lo que hay que vé.

—Bueno, hombre, bueno; te llevaré con mucho gusto.

Entre ratos de hablar y ratos de callar, éstos menudeando más al principio que al fin de la jornada, y aquéllos al fin más que al principio, como suele suceder, llegaron al pueblo, y en tiempo competente fué Juan Andrés a la casa cural a ponerse a disposición del padre con exquisita delicadeza.

Al punto de la mañana, el padre y su fino acompañante, seguidos del mayordomo, picaban espuela hacia Arrebol, adonde llegarían bien entrada la tarde. Por el camino hubo conversaciones de varias layas. El joven, alguna que otra vez, pretendió echar el agua al molino de la religión, buscando oportunidad de exhibir la harina de su estupendo catolicismo; mas se daba tal maña el cura para torcer el rumbo y salir por los cerros de Ubeda, que dejaba maravillado no poco al abogadillo.

—Padre, ¿se realizará este verano su viaje al interior de la república? —preguntó el joven por disimular la contrariedad que le producía el sesgo que tomaba la conversación.

—Comienzo a opinar que no; uno se admira de cómo se pasan los meses, sin más ni más, en este Casanare de Dios.

—Verdaderamente; yo creí que estaría también despachado a la fecha, y resulta que estoy empezando. En las regiones desiertas, los años equivalen a un día en las ciudades.

—Dice usted bien, Sr. Meta. Yo no podré salir pronto, porque me suplican los vecinos que les ayude a la apertura de un camino —prosiguió el religioso.

—¿Qué camino?

—El que debe comunicar este pueblo con el de X.

—Pero la vía actual no es mala del todo, según entiendo.

—Sí, mas es muy larga; el camino en proyecto abrevia las distancias dos días y viene a ser todavía mejor que el de hoy. Ciertamente tiene un inconveniente gravísimo...

—Acaso la soledad?

—No; la soledad no es un inconveniente en Casanare; todos los caminos son horriblemente solitarios. La dificultad consiste en que hay que atravesar una zona habitada por indios salvajes.

—¿Los temibles guahivos?

—Esos. Pues bien; usted sabe de sobra que tales nómadas no tienen relación alguna con los blancos, cuyos enemigos declarados son; por manera que hay que garantizar la seguridad de los viajeros u obligar a los indios a variar los parajes de sus correrías.

—Lo comprendo. A usted le respetan; usted quizá sepa su lengua, y si no hace los primeros trabajos de exploración todo será inútil, ¿verdad?

—Ni más ni menos.

—¡Ah, padre! ¡Siempre el clero a la vanguardia de la civilización!

Tanto llamaron la atención al religioso semejantes palabras, que miró de reojo por ver si asomaba a los labios del que las pronunciara la sonrisa del que ironiza.

Una pausa de silencio: el golpeteo de los cascos de las caballerías levantando polvo; el rumor de los vientos alisios al rizar con ondulante vaivén los pajales interminables de las sabanas; el sol en el cielo, sin nubes, deslumbrador, casi blanco, incendiando la tierra; los ganados y las aves sesteando a la sombra de los oasis; tal era el panorama.

—¿Y cuándo piensa llevar a cabo esa épica hazaña?
—prosiguió el joven.

—Antes de la entrada de aguas.

—¿Qué trayectoria hay que recorrer?

—Desiertos y más desiertos.

—¿Sin orientación determinada?

—Casi, casi a la ventura.

—¿De modo que a últimos de marzo saldrá la expedición exploradora?

—¿Y por qué me lo pregunta usted con tanto interés? —dijo el padre algo escamado. ¿Por ventura desea usted agregarse a los exploradores?

—Con muchísimo gusto; pero debo partir para Bogotá.

—¡Oh, no se acuerde usted de Bogotá, Sr. Meta! Yo le ruego que nos acompañe, y no sólo yo, sino también las autoridades y señores principales de Ribaflores le van a instar a que forme parte de la comitiva, pues sus conocimientos pueden valer mucho en ese arduo viaje. ¿Lo oye, D. Juan Andrés?

—¡Padre, padre! —exclamó rehusando la honra—. Ni que fuera yo lo que Garcilaso para Carlos V, o lo que Virgilio para Augusto. En todo caso, lo haría con el fin de aumentar mis observaciones folklóricas.

—Cualquiera que sea su intención, decídase usted, mi amigo.

—Pues ¿sabe usted que no me haré mucho de rogar? Al fin y a la postre, estoy previendo que mi partida de regreso se ha de retardar más de lo justo. Y ¡quién sabe cómo vendrán las cosas! Por otra parte, las emociones de explorar lo desconocido deben proporcionar harto deleite. Creo que las luchas de David Livingstone no me sentarán mal.

—Mire usted: si nos acompaña, le prometo poner a su disposición algunos apuntamientos de la flora y la fauna, de la etnografía y de la lingüística comparada de los idiomas indígenas que aquí se hablan, y otras cosuelas.

—¿Usted es también aficionado a eso, padre?

—Un poco.

—¡Ah, qué observaciones tan preciosas habrá hecho usted! ¿Por qué no las ha publicado ya?

—¡Son tan pocas y tan fútiles! Temo me apliquen aquello de Hamlet: *Palabras, palabras, palabras...*

—No, padre; todo lo nuevo, por poco que parezca, no es fútil ni es poco. Conque a publicar esos estudios.

—No, señor; más bien los voy a poner a su mandar para que usted los utilice como guste.

Juan Andrés hizo una pausa y se puso a reflexionar cómo un sacerdote podía ocuparse en estudiar esas cosas. ¿No dicen que los curas y frailes sólo chorrean teologías rancias y picotean salmos y credos y letanías? Si esas materias son propias de los progresistas y librepensadores, ¿por qué el clero se mete en terrenos vedados?

—¡Bah! —se dijo por fin—, este padre es una excepción de la regla; es ilustrado, sí; pero esos curas de misa y olla...

Y prosiguiendo la caminata, le preguntó con especial curiosidad:

—Padre, ¿le llegan muchos periódicos y revistas?

—Algunos; mas le prevengo que me puede contar entre aquellos de quienes decía Fray Luis de León que «con tener diez pares de libros llenos de polvo en su aposento han satisfecho el nombre de letrados.»

—Vaya que sí —objetó con exquisita amabilidad el abogado—; por eso diría el otro que el principal talento de los hombres superiores debe ser el de hacerse perdonar su superioridad—; y añadió luego: ¿Y usted me los podría proporcionar?

—¡Ah! ¿Cómo no? Dispénsese, que si no se los he ofrecido de antemano ha sido por inadvertencia. Pero ¿cuándo será que me considere su servidor con todos mis posibles, mi querido D. Juan Andrés?

Aquí espetó el joven un *Dios Nuestro Señor se lo pague* que dejó aturdido al colocutor.

Ginés iba dado al diablo porque no podía meter baza en la conversación, y a veces echaba a silbar algún aire de la tierra.

—Este país casanareño, ¿cómo no ha producido muchos hombres ilustres ni en política ni en ciencias, ni en ningún otro ramo del saber humano? —observó Juan Andrés, con objeto de sondear los conocimientos del padre, a quien empezaba a cobrar simpatía y admiración por su carácter agradable y franco.

—No lo extrañe usted; sería pedirle peras al olmo. Casanare nunca, nunca ha tenido muchos habitantes. Y el que dijere lo contrario se engaña miserablemente. Luego, en las condiciones desfavorables en que siempre ha estado, ¿cómo había de producir muchos talentos?

—Dice usted la verdad, padre; no conozco otro personaje célebre de Casanare que el general Juan Nepo-

muceno Moreno, natural del antiguo pueblo llamado La Fragua, hoy suburbio de Moreno, a quien dió nombre dicho general, que fué insigne prócer de nuestra Independencia. ¿Sabe usted acaso de otro?

—Sí, señor.

—¿Notable?

—Notabilísimo. Nació en el antiguo pueblo de Santiago de las Atalayas, hijo de los primeros exploradores y colonizadores de esa región; redujo a vida civilizada grandes multitudes de salvajes a fuerza de sacrificios; fundó varios pueblos; introdujo telares de algodón, y yeguas y vacadas para beneficiar los terrenos; impulsó mucho la agricultura, etc., etc.

—¿Cómo se llamaba?

—Era fraile lego: Fray Cristóbal de Alarcón. Oiga usted, Sr. Meta —continuó el cura con intencionado dejo—: se casó, tuvo tres hijos, enviudó y se metió religioso en el convento del Desierto de la Candelaria.

—¿Dónde está ese convento?

—Cerca de Tunja.

—¿Luego era de la misma comunidad de usted?

—Sí, señor.

Al oír esto, exclamó el abogado con acento de ingenua complacencia:

—Eso es, eso es; siempre el clero actuando de principal agente de la cultura....

Preparativos de boda.

SEÑORES —dijo Juan Andrés, estando todos en el comedor a la hora del desayuno—, propongo una paseata al bosquecillo, en levantándonos de la mesa.

—¡Aceptado! —clamaron la mayor parte de los comensales.

—Sí, vayamos a coger flores para adornar el altar-cito en que se ha de celebrar mañana el matrimonio de Ginés —añadió el proponente.

—Pero que venga también el Rdo. Padre— indicó Inesilla.

—Que venga, pidieron todos.

Dicho y hecho. Con el último bocado en la boca, los paseantes caláronse los sombreros, requiriendo las sombrillas unos y los bastones otros, proveyéronse de canastillos, y, ¡hopo!, en derechura al bosque.

Eran las ocho de la mañana cuando salieron de la casa como pájaros desbandados; el sol inundaba la llanura de luz intensamente amarilla; sobre las hojas espejeaban los rayos; tal cual gota de rocío, en lo más recatado de las frondas, parecía un diamante de vistósísimas facetas a punto de evaporarse; oleadas rumo-

rosas de aire, cada vez más fuertes, remecían los árboles y los sacudían y empujaban violentamente, haciéndoles tremolar sus ramas y arrancándoles crujidos, ora de súplica, ora de cólera, ora de llanto; fantasmas con los pies hincados en el suelo, por castigo de espíritus inclementes, semejaban estar condenados a tolerar incesantes vapuleos y sacudimientos de las aéreas furias. Era el poderoso rodar de los vientos alisios sobre las inmensidades del desierto, el ventilador periódico de aquellas zonas tórridas, en que simultanean las olas de miasmas deletéreos y las de riquísimas fragancias.

Juan Andrés hubo de mayorear en aquella sazón, y en tanto que la turba juvenil apretaba el paso y se dividía muchacheando por los intrincados senderos del bosque, quedóse al paso del Rdo. Padre párroco y le acompañó, procurándole todo aquello que le solazara.

—¿A que no le han dicho todavía a usted, Sr. Meta, que por acá hay palmeras de *seje*? —preguntó el misionero, dando gran importancia a sus palabras.

—No, padre, no sé cómo son, ni las he visto nunca.

—¿Conque no? ¡Usted que lo anda preguntando y figgando todo! ¡Si ese aceite es muy usado por aquí y aun por el interior de la república!

—Sí, del aceite he oído hablar algo, pero no conozco la palmera.

—Pues, sí, Sr. Meta; la tal grasa está llamada a entrar en las oficinas de la terapéutica nacional como sucedánea del hígado de bacalao, y con tanto provecho como la quina y la hipecacuana, aunque con distintas virtudes. Vamos a ver si columbramos algún ejemplar.

—Ginés, mi buen Ginés —gritó el sacerdote llamando al criado—, guíanos a un grupo de palmeras de *seje*.

Y caminaron bosque adentro detrás del muchacho, que apenas pensaba en otra cosa que en la boda que iba presto a realizar.

—Helas aquí, D. Juan Andrés —dijo el padre al pie de dos palmeras.

—No me parecen ni altas ni hermosas en comparación de otras especies —observó el joven.

—No, señor, es propio de la especie *Elaeis melanococca* tener el tronco robusto y no esbelto, coronado por frondas cuyos pecíolos están provistos de espinas procumbentes y de floración unisexual.

—¡Lástima! ¡No tiene ni una flor!

—Pero tiene en cambio un hermoso racimo de fruto; ¿quiere usted conocerlo?

Guinés se adelantó a desgranar con una vara algunos cuescos que cayeron por el suelo, angulosos y de color entre carmelita y carmíneo. Y principiaron a cascarlos.

—¿Ve usted esta envoltura pulposa? Pues de ella sale el famoso aceite. La almendra no vale para nada. Cuecen los guahivos y los sálivas, que son los únicos que la benefician, esta corteza, y, aunque con procedimiento tan rudimentario, obtienen resultados provechosísimos.

—¿Y no se conoce la planta en otras partes de la república?

—Creo que no, pues, fuera de las hoyas hidrográficas del Meta y sus afluentes, y también del Vichada, no tiene distribución geográfica. En las costas occidentales de Africa dicen que sacan el llamado aceite de palma, que en los mercados europeos tiene aplicaciones industriales en las bujías, jabón, y como lubricante de las maquinarias. En las islas Filipinas benefician un aceite llamado tagulaguay, que sana las heridas como por milagro.

—Los mismos usos tendrá nuestro seje, ¿verdad?

—Más, mucho más, Sr. Meta. Vea usted: aquí lo usan contra las afecciones del sistema respiratorio, catarros, tuberculosis, pulmonías y, además, ¡cosa rara!, contra la sífilis, la malaria y anemia y las manifestaciones neurálgicas.

—Y ¿está todo eso comprobado?

—Comprobadísimo —dijo sin vacilar el padre cura—; sobre todo, su acción tónica en los pulmones le hace ser un reconstituyente de mucha energía, al par que digestivo y favorecedor de la expectoración.

—Entonces ¿tendrá elementos análogos a los alcaloides del bacalao?

—Eso se resolverá el día que lo analicen química y terapéuticamente nuestros sabios. Por de pronto, es un hecho su gran digestibilidad y asimilabilidad en los organismos gastados.

—Patroncito —chacarreó Ginés—, crealo usté, yo he visto tísicos flacos, flacos como un peine, y se curaron apresita. Y la tosigón se cura lo mismito.

—Bien, Ginés; por lo que se ve, quieres echar algún chascarrillo de los tuyos; pues échalo, hombre; pero ponte en seguida a la vanguardia, y volvamos ya a reunirnos con los otros compañeros de expedición, que es tarde.

—Pues punto en boca, y er que quiera sabé qué le sucedió a nor Antonio, mi compadre, que vaya a Salamanca.

Y echó adelante a paso más que largo, silbando una tonada, por no callar del todo.

En esto afluyeron de varios puntos los paseantes adonde les aguardaba el padre: éstos, con hojas adheridas a los vestidos; aquéllos, rasguñados; las mujeres, despeinadas y las faldas sin aliño; Inesilla, en pernetas; pero ninguno con las manos vacías, porque traían flo-

res, hierbas olorosas, musgos, helechos, parásitas, líquenes y ramos de hojillas tiernas.

Y aquí de las narraciones de apuros y de episodios chuscos, afortunados hallazgos y de peripecias de todos los estilos. Mientras tanto, fueron deshilachándose en pequeños grupos, conforme avanzaban hacia la casa. Ginés acercóse por unos momentos al padre misionero y se quedó hablando con él de sus cosas.

—Qué sabio es ese padre —afirmó Juan Andrés, que iba adelante—; sabe de todo; el otro día conversamos de historia, de geología, de literatura, de astronomía, y en todo me revelaba cosas que me dejaban atónito.

—¿Conque sí? —indagó Florencio muy satisfecho.

—Lo que te cuento; mira, chico, yo gozo hablando con él.

—¿Y cómo le dejas solo con ese parlanchín de Ginés?

—Es que sin duda le habla alguna cosa de su matrimonio. ¡Está el pobre muchacho tan entusiasmado!

He aquí el interesante diálogo que sostenían:

—Un escrúpulo muy regrande es lo que le voy a contar —decía Ginés poniendo sordina a sus palabras.

—Habla con toda confianza —le contestó el cura alentándole a contar sus cuitas.

—Pues ya sabe usted que mi patroncito es medio descreído...

—Yo no sé nada.

—¿Nada? Echa por su boca sapos y culebras que da grima. Que si los curas, que si los frailes, que si los santurrones, que el matrimonio civil, que si la libertad, y qué sé yo qué más.

—No será tanto como dices, hombre; es que hay cosas que tú no las entiendes.

—Sí, too será; pero lo que yo digo es que delante de usted tiene un modito e hablá, y delante e mí otro.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que yo le consulto a mi paequito si podré seguir sirviendo al amo sin agravá mi alma; porque yo cristiano soy y cristiano quiero morir, y si hablo con herejes quedo descomulgao. Dígame, por mi alma, ¿seguiré consertao con él?

—Sí, Ginés, no tengas cuidado por eso; sigue siendo muy servicial y bueno con todos los de esta hacienda y no los vayas a dejar ahora que te casas. Ya ves que te han favorecido mucho, y a la que va a ser tu esposa, también.

—Eso sí, pae; toitos me quieren y don Juan André también; pero decía yo porque por ahí dicen que es judío y endiablao. Y ahora que voy a tené mujé, si me la yega a decí esas cosas tan malucas, se me resabia, y la mujé mala es un infierno; la mujé mía es buena cristiana, usté lo sabe, y hacendosa y amiga del trabajo. Por eso le consulto a mi paesito.

—No tanto; esos son díceres de la gente. No hagas caso. —Y alzando la voz, llamó a Juan Andrés para darle un corte a cercén al diálogo, que ya le iba resultando un poco fastidioso.

Juan Andrés con el Sr. Cura, y Florencio un poco adelante con las Lerín e Inesilla, prosiguieron caminando.

—A tu padre, Ritica, no le he visto en este paseo. ¿Dónde diablos estará?

—¡Ay!, cuánto me apeno, Florencio, por él. ¿Acaso le has visto hacer migas con alguno desde que llegó a Arrebol? ¿No le notas de continuo ir y venir solo, meditabundo, hecho un memo? Retirado de todos, sólo encuentra sus delicias en jugar con *Bellak*. ¿Estará volviéndose loco? Te digo que padezco horriblemente.

—¡Buscando tesoros! —musitó Florencio—. ¡Pobre D. Benito!

—Dime, ¿cuándo le das el remedio a mi padre para que se cure de su manía?

—Cuando nos casemos.

—¡Dale bola! —refunfuñó la irascible muchacha—. O herrar o quitar el banco.

—¿Qué, deseas que lo ensaye pronto?

—Muy pronto, si ha de ser de positivos resultados.

—De su eficacia no respondo.

—Tú verás.

Era el momento en que los paseantes llegaban a la casa, sofocados de calor, sudando a chorros, pero perfectamente satisfechos de su caminata matutina y del acopio de flores que llevaban para la capilla que proyectaban inaugurar al día siguiente.

A hora oportuna, como elegida por Rita y Juan Andrés, la primera a título de prónuba y el segundo como representante del padrino, que lo era Florencio, y como bogotano, que conocía los secretos de ornamentar todo lo ornamentable, al decir de Rita, dieron comienzo a la obra del altar, ayudados y curioseados por todos los de la casa, criados y dueños; por todos, digo, menos por D.^a Engracia, que, enfermiza como se encontraba, no podía darse el gusto de cooperar personalmente en ello, mucho más cuando tenía que atender al padre, con quien deseaba departir a solas.

Dejemos, por lo tanto, que se ponga toda la casa en movimiento; que Juan Andrés y Rita presidan el arreglo de la capilla, instalada en una habitación espaciosa con vistas a los corredores y al patio; que se muevan y que se agiten, y que hinquen clavos, y que cuelguen guirnaldas y festones, y banderolas, y randas de tela, y los más vistosos cobertores, y otros aderezos de gala, y que lo floreteen todo, mientras nos trasladamos a una sala donde el padre misionero y la señora inválida platican sentados en cómodas mecedoras.

—Verdaderamente, Sra. D.^a Engracia, hay motivos para alegrarse del giro que van tomando las cosas. Él mismo se ha situado en un terreno harto favorable; casi le aseguro a usted que Juan Andrés será un San Agustín.

—Que Dios le oiga a usted, padre; pero temo mucho que no se realicen sus predicciones, pues todo eso que hace es pura apariencia o hipocresía.

—Es cierto, mas eso mismo constituye un triunfo; él podría haber despreciado el qué dirán, los respetos de familia, y hacer gala de incredulidad.

—¡Ay, padre, me duele tanto el que mi nieto simule con tanto descaro esas cosas sagradas!

—Tiene usted razón; su conducta viene a ser para con Dios una burla, pero este crimen es menor que el de la irrisión pública y descarada. Además, practicando esos actos de piedad, aunque no tenga fe en ellos, irá imbuyéndose poco a poco en lo bueno, se familiarizará con cosas que antes le repugnaban, verá las bellezas de la religión, sus maravillosos efectos, su organización, en gran modo perfecta, y, se lo digo a usted, señora, Juan Andrés tendrá un cambio notable, que quiera que no.

—Padre, ¿y por qué no le va usted hablando para convencerle cuanto antes?

—No pienso metodizar ataque alguno polémico ni decirle por ahora una palabra. Más aún: aunque él me sacase la conversación, yo la eludiría. No es tiempo. Muy en sazón hay que hablarle.

—En fin, padre, obre como mejor le parezca.

—Ahora lo que interesa es no dejarle ir a Bogotá; hay que retenerlo entre nosotros todo lo que se pueda, y, entre tanto, que haga buenas obras, pues es más cierto de lo que parece que para ir a las regiones de la fe se tiene que proveer uno de buenas obras. Detengá-

moslo en Ribaflores mucho tiempo, hagámosle hojear libros, revistas y periódicos de buen origen, y verá usted el fruto sin tardanza. Por supuesto que él es agudo y ve venir las cosas; por lo mismo insiste en ausentarse; así que, señora, válgase de cuantos medios le sugiera el corazón para impedir su retorno. El alma de Juan Andrés es como un salón regio sin luz; y la región de la luz es el campo.

Fué estorbada de pronto la conversación con la presencia de Rita y Juan Andrés, que, jadeantes y colorados a fuerza de trajinar, aunque rebosando de satisfacción, se colaron en la sala, diciendo a la anciana que se acercase al oratorio, pues querían que el cuadro de Nuestra Señora del Carmen, su cuadro favorito, que iban a colocar al momento, quedase en medio del altar, a gusto de ella en todo y por todo. Así es que se trasladaron todos a la improvisada capilla.

La anciana hizo traer su mecedora, cogió el cuadro, le limpió el polvo, y después murmuró muy por lo bajo, imprimiendo un ósculo en los pies de María:

—¡Virgen Santísima, conviérttemelo!

Nupcias.



juzgar por los preparativos que se hacían para la boda, alguien podría creer que se casaban dos patricios romanos.

¡Y qué risueños les parecieron a los novios aquel día los rosicleres de la aurora! Les sorprendió su aparición en agitado pervigilio, porque mientras aguardaban la hora más feliz de la vida, la imaginación estaba destilando sobre su pecho sabrosísimas gotas de felicidad, con cuyos dulzores la luna de miel que hacía años vieran alzarse en las regiones de los ensueños sería cumplida.

¿Y Florencio y Rita? Por una lógica asociación de pensamientos, el connubio aquel, en que figurarían como padrinos, tenía algo de sugestivo, algo docente, algo que auguraba la realización de mágicas delicias reservadas en los senos de la Providencia, que complacía en demorar el enlace armonioso de sus corazones.

En Arrebol todo es movimiento: los novios, acicalándose con los arreos de boda; los padrinos, ídem de lienzo; ruido y más ruido en el oratorio, en la sala, en las alcobas, en los corredores, en el patio, en las caballerizas y dondequiera. Varios convidados de los hatos

vecinos van llegando; jinetes y caballerías, alojándose convenientemente; a grandes intervalos, el monaguillo anunciando con una campanilla que se acerca el momento de la nupcial ceremonia.

Están los novios en la sala, junto a sus padrinos, a punto de salir; se agrupan los huéspedes en la capilla y en los corredores; Inesilla, con un canastico, anda alombrando con flores el tránsito y el pavimento del oratorio; marchan los novios radiantes de letífica sencillez; preséntase el sacerdote, y, revestido de los ornamentos sagrados, los recibe y da principio a la ceremonia.

Y abre sus labios para recordarles la importancia suprema de aquel acto, con el cual se vinculan las almas con el nexa sacramental ordenado por Cristo; rememora las inconstancias del amor terreno y cómo el lazo conyugal y la ley de la generación de los cuerpos son realidades cuya belleza típica se halla en Dios mismo.

¡Gran sacramento! —les dice con una entonación solemne—. Desde que Adán, reclinado en el lecho más bello de las florestas, soñó el sueño de la generación y descendencia de los siglos, y vió al despertarse que Eva había surgido de su costado, más hermosa que todas las hermosuras del paraíso, y sintió y admitió el destino de ser tronco genético del árbol humano y representante de la paternidad divina en la formación de la humanidad, el mundo ha fundamentado el matrimonio en un cambio de actos libres, con recíprocos derechos y deberes. Consorcio meritísimo que radica en un acto de libertad y finaliza en la más dulce de las esclavitudes, la esclavitud del amor, en cuya virtud el hombre da a la mujer el corazón, y la mujer se lo da al hombre, quedando los dos entrelazados con una cadena áurea de delicias, de altas efusiones y de nobilísi-

mos goces. El matrimonio católico representa la abdicación del dominio individual en aras del amor; es la santificación del amor; es una fusión de fuerzas conjugales por el amor.

De aquí surge la ley de la sociabilidad, para complemento recíproco del hombre y de la mujer. La mujer es corazón; el hombre, cerebro; la mujer es gracia; el hombre, fuerza; la mujer es ternura; el hombre, majestad; la mujer es flor; el hombre, vástago. Tal es la belleza armónica en el desarrollo de la ley que rige al matrimonio de los cristianos.

Después de estas enseñanzas, el ministro ofició, presenciando el connubio, para lo cual interrogóles según el ritual ordena. A la novia, cuando pronunció el «sí», tal vez porque el corazón se le deshacía en inefables ternuras, se le deslizaron algunas lágrimas; el novio también, como abrumado por la pesadumbre de los deberes que contraía, dejó de ser el descarado y liviano Ginés y se aturrulló un poco.

A continuación procedió el padre a rociarlos con agua bendita, y en seguida a bendecir las arras, que recuerdan los regalos patriarcales de Abraham a Sara, de Isaac a Rebeca y de Jacob a Raquel, como prenda de fecundidad, y a ponerles los anillos, como señal de pudor y de ventura, y, por último, asiéndolos por las manos, a introducirlos hasta el pie del altar recitando el siguiente salmo:

«Bienaventurados los que temen al Señor, los que andan por sus caminos.

»Porque comerás de la labor de tus manos, serás feliz y bien te sucederá.

»Tu mujer, como vid abundante, en los flancos de tu casa. Tus hijos, como renuevos de olivos, alrededor de tu mesa. Así será bendito el hombre que teme al Señor.

»Bendígate el señor de Sión, y verás los bienes de Jerusalén todos los días de tu vida.

»Y veas a los hijos de tus hijos, paz sobre Israel.»

Luego, los desposados se arrodillaron ante el ministro de Dios, quien, vuelto hacia ellos, pronunció con gran unción estas oraciones:

«El Señor de la gloria celestial os bendiga, Rey de todos los Santos. Amén. Y os dé la dulcedumbre de su dilección y haga que os alegréis con la felicidad del presente tiempo. Amén. Y con el gozo de tener descendencia para mucho tiempo, os dé habitación en las mansiones celestiales, Dios que vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.»

Acto seguido, el sacerdote volvióse hacia el altar y empezó el augusto sacrificio de la misa, para atraer sobre aquella feliz pareja las bendiciones del Altísimo.

El infortunado Juan Andrés estaba triste y preocupado entre los concurrentes a la boda. Sin duda sentía en el fondo de su espíritu una tribulación muy grande. Y no es extraño; allá en sus adentros librábase un recio combate de sentimientos y recuerdos antagónicos; por una parte, la majestad de la liturgia sagrada y sus altísimos misterios refulgiendo con luz hermosa y casta; y por otro lado, la inteligencia del joven, oscura, fría como un sepulcro, como una noche de tormenta, en frente de las claridades benéficas del dogma, que con caricias dulcísimas le exigían fe y amor. Él, que creía que el matrimonio católico era una pamema inventada por el egoísmo del clero medioeval, y que abogaba por el reinado del matrimonio civil en todas las sociedades. ¡Qué desengaño! ¡Qué horizontes tan puros le descubrían las enseñanzas de la Iglesia!

Y entregado a sus propias reflexiones, se decía a sí mismo: «¿Por qué en el jardín de los matrimonios cristianos no se derrumba el árbol floridísimo del amor, a

pesar de ser azotado a veces por las más terribles tempestades? ¿Por qué la cadena de azahares que une a los desposados no se quebranta al tajo de la espada calumniadora? ¿Por qué en la larga sinfonía de ese epitalamio no se oye la nota discordante de los celos? Y cuando los cónyuges ven el objeto de su amor con los ojos cansados de la ancianidad y no con el prisma de la juventud, ¿por qué no lanzan el grito del desengaño? Y cuando suben por el áspero camino de la monotonía doméstica a coger la bandera de la felicidad, ¿por qué no se fatigan? Y cuando la marea de la pasión juvenil descende, ¿cómo no se cambia el nivel de la dicha?»

Tales eran los pensamientos del joven abogado mientras se iba consumando el sacrificio eucarístico; y una voz, la voz de la gracia, le susurraba al corazón:

«¿Sabes por qué? ¡Oh, infeliz! Porque Dios no bendice un amor libre, sino un amor sacramental; ni bendice sólo la hermosura del cuerpo, sino la del alma principalmente; no bendice un amor solitario y egoísta y efímero, sino la plenitud del amor: amor de padre, de hermano, de amigo y de mártir. De aquí la afectuosísima e indisoluble unión del nexo, cuya vitalidad perdura, en ciertos efectos, más allá de la tumba. ¡Pues qué! ¿Por ventura las obras de Dios son incompletas? ¿Por qué santifica el tálamo? ¿Para qué colma de bendiciones al sacerdocio doméstico? Mira allá arriba, ¡oh, infeliz joven!, y verás el complemento de esa unión descansando en la luz de la gloria, que, en lugar de destruir los afectos buenos de los hombres, los avalora infinitamente; mira a lo alto, alma desolada, que andas envuelta entre los velos de la ignorancia; mira, y verás cómo los corazones huérfanos, las víctimas de la viudez, perpetúan con muy grande excelsitud el enlace amoroso de las bodas. El himeneo glorificado por

la presencia del Cordero divino no tiene solución de continuidad, no conoce fin; el amor conyugal será en el cielo más firme y legítimo que en la tierra; las pos-trimerías del matrimonio cristiano son mejores que las primicias; la flor del amor doméstico se convierte en fruto sabrosísimo en el edén de la bienaventuranza.»

Un movimiento del ministro del altar y el sonido de la campanilla disiparon las cavilaciones en que se abismaba el joven Meta. Llegó la comunión de los desposados: Jesucristo hecho manjar se comunicaba a las almas para henchirlas de paz y de fortaleza con que sobrellevar las flaquezas de la vida; Jesucristo, repartiéndose por igual al hombre y a la mujer para dar la norma de esa igualdad de amor que debe reinar en los hogares; Jesucristo, aceptando real y perpetuamente los votos de los recién casados.

Por último, el sacerdote asió a la esposa de la mano y se la entregó al marido pronunciando estas sacramentales palabras: «Compañera os doy y no sierva: amadla como Cristo ama a su Iglesia».

He aquí la exaltación de la mujer, el apoyo de su rehabilitación social por virtud del cristianismo.

—¡Berta, Berta! —suspiró conturbado el joven—. ¿Quién bendecirá nuestro matrimonio? ¿Qué consue-
los nos esperan para más allá del sepulcro? Si el ma-
trimonio católico es fanatismo, ¿qué será el civil?

La función religiosa había tocado a su término.

Se levantaron los desposados, y, seguidos de sus pa-
drinos, salieron de la capilla, repartiendo a los concu-
rrentes sonrisas y miradas de felicidad. Luego se di-
rigieron a la sala entre el bullicio de los convidados,
que les daban sus parabienes.

Rita le dijo a Florencio a las calladas:

—¿Lo viste? Estaba llorando.

—¿Juan Andrés, dices?

-Sí, el mismo.

—¡Chitón!

En cambio, Juan Andrés, volviendo a cobrar la calma ordinaria, que la saludable lucha entre la concupiscencia y la gracia le había turbado, dió una vuelta por entre las matas del jardín, como para despejar la cabeza y respirar aire a pulmón lleno; creía que llevaba en el rostro las huellas del dolor y deseaba borrarlas. Y tras unos instantes fué a reunirse al grupo de adentro, murmurando para su capote:

—Sí, he llorado; pero ha sido por acordarme de Berta. ¡Es tan linda! ¡Es tan inteligente! Ella sabrá disculparme cuando yo le cuente todas estas beaterías que estoy haciendo.

Y luego, con orgulloso desdén, añadió:

—¡Vaya! A lo mejor creerán estas gentes, si me han visto, que voy a ser un Constantino. ¿Yo fanático? ¡Nunca!

No obstante, formó una buena resolución, a saber. no decir a Ginés ni la más mínima palabra que atacase sus creencias. Le comenzaba a infundir cierto respeto aquel hombre ungido con tan santas bendiciones. Y entró limpiándose el sudor con el pañuelo.

Entre unas y otras cosas, llegó el mediodía.

Si muy honrados estuvieron los cónyuges con la aparatosa ornamentación del oratorio doméstico y con el cortejo y la calidad de los padrinos, no menos lo iban a estar con el idílico banquete que les esperaba. La antigüedad y fidelidad de los servicios de entrambos criados les hacía acreedores a ello; y, por otra parte, la boda se verificaba en el seno de una familia cristiana que, si sabía mantener incólume el principio de autoridad, no alambicaba las cosas hasta el punto de reducir a los domésticos a esa condición servil a que suelen someterles las aristocracias modernas.

Así, pues, para complemento del festival, se banquetearía en mesa común, con asistencia de todos, ricos y pobres, en el patio, debajo de unos naranjos, en mesas improvisadas *ad hoc*. Todos ocuparían sus puestos alrededor de viandas apetitosas y vinos exquisitos; lo geórgico se couniría de ese modo a lo aristocrático.

Y no podía estar más delicioso el tiempo: en el apogeo de su poderío, el astro rey se desmenuzaba en partículas infinitesimales de luz candente, y derramaba con verdadero derroche la fuerza mágica de mil combinaciones de color, tonos de sangre viva, sobre el jardincillo y sobre las sabanas, que se dilataban, como somnolientas, al otro lado de las estacadas del patio. El dombo del cielo veíase nítidamente azul, de una transparencia ideal, con algunas nubecillas ondulantes que, cual si fuesen ninfas embozadas, corrían hacia el ocaso en aéreos vehículos a sacar de sus gabinetes las estrellas de la noche para adornarse con ellas y acompañar a la reina de los ensueños amorosos, la luna; a veces remedaban jirones de vestes con urdimbres de lana de los corderillos de la Arcadia, o aves blancas enviadas por los vientos con mensajes misteriosos al sol, cuyos ardores velaban un momento, y proseguían voladoras hasta donde él tiene un tálamo con cortinones de púrpura en que refrigerar parece la fatiga de su gigante carrera. ¡Oh! Aquellas nubes sobre el cielo azul turquí con reflejos de ópalo inspiraban pensamientos de ese amor y esa esperanza con que sólo los niños y los que entienden los secretos de la felicidad se embriagan dulcemente.

En el Llano reinaba ese rumor solemne que produce el rodar de los alisios cuando cree oír el llanero un incesante grito que le convida a las luchas con la ferocidad del desierto; rumor tembloroso, monótono, sublime, como debió de ser el eco del primer himno que

la creación entonó a Dios en el instante de salir de la nada.

Los distantes bosques remedaban erupciones de materia vegetal en brusca ebullición. Con intermitentes sacudidas, agitadas en el patio, las matujas en flor fingían mariposas que revoloteaban o juguetes caídos del cielo. El ángel de las nupcias cristianas agitaba sus alas sobre los naranjos florecidos, y, de cuando en cuando, con suaves estremecimientos de las ramas, caía sobre las mesas una lluvia de azahares y, a veces, de abejeros de luz, que se estrellaban sobre los cubiertos y vajillas.

¡Qué delicioso rato pasaban los comensales! Aquello tenía conjuntos los atractivos del *lunch* y los del *picnik*. Estaban allí los desposados, que no cabían de puro felices en sus cuerpos; allí los padrinos, haciéndose caricias; allí Inés, y a su lado la blanca *Bellak*; allí D. Benito, con su rostro rechoncho, bigotes imitación cepillo, comiendo a mandíbula batiente; allí Juan Andrés, de ingenio vivaz y discreto, pero con ojeras de insomnio, o, más bien, con esas huellas que se notan en el rostro de los que sufren moralmente; allí estaba también, junto a la achacosa D.^a Engracia, que en aquel día parecía remozarse y bañarse en ufania, allí estaba el padre párroco, armonizando con su grave presencia los festejos del himeneo.

Concluído el banquete, quedaron en amplia libertad los desposados; y digo en libertad, porque gente de la guisa de Ginés está en aprietos como dos en un zapato cuando se les exige por mucho tiempo formas comedidas. Así, pues, saliendo de la tutela de los padrinos y patronos, se enrolaron entre los de su clase, y tardaron menos de lo que va de misa a vísperas en armar un *joropo* de órdago allá mismo donde habían estado las mesas. Buena oportunidad para que el joven Meta

hiciera observaciones sobre la coreografía. Y nuestro Child de Arold lo hizo metiéndose de lleno entre las cuadrillas de los bailarines, mientras que la gente machucha, por huir de la resolana y del polvo, entraba en la sala.

Apenas se había arrellanado ésta en cómodas butacas, respirando a pulmón henchido aromosas oleadas de azahar, entonados por los que bailaban en el patio, se oyeron estos hermosos cantares:

Yo vide una garsa blanca
con el pico colorao
sacando e una laguna
un corazón maltratao.

Las estreyas en el cielo,
la luna en el carrisal,
boquita e caña durce,
¡quién te pudiera chupá!

Los cogieron al vuelo Rita y Florencio; mas aquélla por disimular el rubor que le asaltó, dijo al oído de su amante, con quien estaba en un ángulo de la habitación:

—¿Para la fiesta de Nuestra Señora del Carmen piensas confesarte?

—Sí.

—Pues comulgaremos juntos.

—¿Comunión de novios como la de hoy?

Rita se rió de la ocurrencia y agregó al punto:

—Es que ese día va a hacer la *chatica* su primera comunión, y es bueno que la acompañemos todos los de entrambas casas.

—Menos Juan Andrés —concluyó Florencio.

—Tal vez le dé vergüenza y se confiese.

—¡Que si quieres!

—¿Por qué?

—Porque está apurando el viaje mucho.

—Le detendremos hasta ese día.

—Ni aun así. Conozco la historia de su corazón; no se confesará, porque se lo impide Berta.

Y con una entonación dulcemente amorosa, añadió, haciéndole a Rita una caricia:

—Tú no eres así.... ¿Verdad, Nora?

Patos, al agua.

ESTA vez la idea fué de Rita, exclusivamente de Rita; y por el origen se podrá deducir si pertenecía al género serio o al divertido, o si podría encajar mejor en una tragedia que en un entremés. Dicho se está que muchos desecharon el proyecto por descabellado y no aceptaron la invitación de la provocadora; pero otros lo acogieron con todo entusiasmo y lo elevaron a la categoría de los hechos.

No lejos de la casa, circuído por grandes cordones de selvático arbolado, brillaba cual inmensa lámina de acero bruñido un *estero* que, por lo ancho y tranquilísimo, incitaba a navegar en cualquier embarcación. Los excursionistas debían ir a pie, provistos de matalotaje, por si acaso se retardaba la vuelta.

—¡Que levanten el dedo los que quieran acompañarme a un paseo por agua! —gritó la loquilla con ademanes de amazona.

Florencio, Juan Andrés, Inesita, Bruna, y pare usted de contar. Ginés iría de timonero; *Cucarrón*, ¡quién sabe hacia dónde se dirigiría aquel día en busca de... aventuras! Nada diremos del reverendo padre, que conocía Casanare palmo a palmo, con todas sus bellezas

y deformidades, y que había soportado las crudas y las maduras en los muchos años de ministerio, y, por tanto, banderizaba el partido de los que consideraban este paseo como inadecuado para los que habían pasado aquella edad con que distinguían los romanos los *seniores* de los *senes*.

A pesar de los pesares, apenas amaneció el día, toda la gente joven acudió presurosa a la cita, con su avío correspondiente por lo que pudiera suceder, y todos, al verse juntos, exclamaron con enorme algazara:

—¡Al agua, patos!

Hacia el estero, pues, caminaban, cuando acertaron a pasar cabe los corrales, donde estaban en aquella hora ordeñando. Las vacas, abiertas las patas traseras, y en una de las delanteras amarrado muy corto el becerrillo, que forcejeaba con el pescuezo apretado por aplicar a la ubre la jetica reluciente, rumiaban como satisfechas al sentir los chorros de leche que el ordeñador les sacaba, y que, oreados por las primeras bocanadas de la brisa matinal, sobre las vasijas chillando y espumosos caían. Y ¿cómo no beber deleitosos sorbos de la recién ordeñada leche, robándosela a los becerritos, que se quedaban mirando con grandes y afligidos ojos?

—No perder el tiempo, señores paseantes —significó Florencio, saliendo del corral el primero—; es menester embarcarnos antes de que el sol tenga fuerza para achicharrarnos y la brisa para volver la canoa.

A la presencia de los bulliciosos jóvenes, multitud de aves alzaron el vuelo hacia los árboles de las próximas riberas. ¡Lindo espectáculo! El agua, en gran manera mansa y cristalina, como plata fundida en una concha verde, copiaba los arboles de la aurora, el ramaje de las márgenes, salpicado como estaba de las azoradasavecillas que acaban de posarse en él; tal cual

ave, más suspicaz que las otras, remontábase lanzando un canto de alarma o de burlona despedida, y su sombra a flor de agua se escurría.

—¡Al agua, patos!

Embarcados en una liviana canoa, flotaron al impulso del canaleta de popa, manejado por Florencio, y al de proa, que goteaba sartas de perlas en manos de la atrevida hija de Lerín. La embarcación se deslizó suave como una pluma de gaviota. Al principio navegaron en silencio y casi sin rumbo, porque el goce suavísimo los llevaba por completo suspendidos. ¡Oh!, ¡son tan sugestivos los soliloquios de las lagunas! Mas pronto se hicieron dueños de sí mismos, y principiaron a vociferar, escaramuzar y chapotear como unos sin juicio.

Estando bien lago adentro, notaron que había en él más vivientes que los que a primera vista parecían; algunas reses vacunas despuntaban los tiernos retoños de las plantas ribereñas; los garzones, caminando a grandes trancos sobre las cenagosas aguas de las extremidades, picoteaban acá y acullá con su serpentino cuello; a veces lo enarcaban a modo de interrogante; revoloteaban con susto las garzas de rico plumaje; rizando la sobrehaz, se deslizaban los patos de diferentes clases con sus manaditas de implumes crías; el martín-pescador cerníase en los aires y se arrojaba con ímpetu al agua, sacando con el pico pececillos de nácar; los torpes *chiquires* zambullíanse en la profundidad y, levantando borbollones de agua, se apresuraban a salir a los juncales; a flor de agua, los *tereceyes* asomaban las cabecitas, imitando burbujas que se disipaban al más leve movimiento; las *babas*, extendidas en las orillas de la laguna, silenciosas y formidables como las estatuas monolíticas chinas que marcan el camino del sepulcro de la dinastía *Ming*, parecían

los centinelas encargados de custodiar aquel panorama bellamente salvaje. ¡Aquí de las escopetas! ¡Qué alboroto! ¡Qué remolinos de pájaros asustados! ¡Qué brollo de agua al zambullir de los animales acuáticos! Tiro va y tiro viene, gritos y risas, escaramuzas y alarmas, pusieron en movimiento a todo bicho viviente. Tan grande acopio de aves cerníase revoloteando sobre sus cabezas, que momentos hubo en que la canoa bogaba a la sombra. Así de ricas son en volátiles las lagunas casanareñas.

El sol y el viento, después de haber dejado a los paseadores disfrutar un par de horas, querían hacer de las suyas, poniendo a prueba el valor de aquellos *navegantes* atrevidos. Así lo comprendió el experto timonero, que viró hacia la ribera de desembarque.

Tuvo Ginesillo entonces una ocurrencia muy del gusto de Juan Andrés. ¿El señorito quería conocer de cerca la *cachirre* o baba? ¿Quería ver en qué se distinguen las babas de los caimanes? Pues andando. Mas ¿de qué manera coger vivo tan temeroso animal? Pues sencillamente, a la llanera.

Dispuesto el mayordomo a dar fe de su extraordinaria destreza, echó a correr hacia casa, no tardando en regresar jinete en un caballo. Examinó el punto donde estaban los saurios asoleándose; se acercó a ellos cautelosamente, a caballo, con una parte de rejo en forma de rollo, con su correspondiente lazada de nudo corredizo, en la mano derecha, y la otra extremidad del mismo rejo en la izquierda; alzó la primera en alto, le imprimió un movimiento de rotación sobre su cabeza, y con un fuerte y certero impulso arrojó el rollo y la lazada sobre la cabeza de una cachirre que estaba como dormida. La sacudida que dió el saurio al sentirse enlazado fué espantable; pero Ginés, volviendo grupas, arrolló la extremidad del rejo a la cabeza de

la silla y salió al trote, arrastrando la fiera hasta lo limpio de la sabana. De cuando en cuando el inmenso reptil se armaba sobre sus cuatro patas, combaba el espinazo, hincaba la cola, erizaba sus larguísimas mandíbulas y ponía resistencia tal, que detenía al caballo, le hacía esparrancarse, bajar la cabeza, hinchar el pecho y tirar de frente, entesándosele los vigorosos músculos con violenta crispatura.

El arrastre de la fiera era presenciado de lejos por los alegres excursionistas.

Por fin Ginés dió una vuelta con el caballo alrededor del tronco del árbol para enredar el rejo, y siguió halando en línea recta. Así el enorme saurio fué arriándose y quedando pegado al tronco, sin campo para acometer. Entonces se apeó el llanero y, ayudado de Florencio, aseguró bien las amarras.

Podían ya acercarse todos sin acobardamientos.

Avido el folklorista de analizar el colosal lagarto, púsose a apuntar en su cartera algunas observaciones. En el ínterin decía Rita a Ginés toda asustada:

—Y si en vez de resistirse a avanzar la baba hubiera corrido hacia ti, ¿qué hubieras hecho?

—Pues salí en carrera.

—¿No te hubiera alcanzado?

—Ni riesgo; este mocho es relansino.

Con una vara larga azuzaba Florencio a la bestia fe-roz; ésta daba horribles coletazos, que sonaban como cuando se golpea el suelo con un madero.

—¿En qué se distingue la baba del caimán, Ginés? —le preguntó con gran interés el abogado.

—En que el caimán tiene el espinazo dentao como una sierra, y la baba lo tiene liso.

—¿Y en qué más?

—En que el caimán es intrépido y acomete, y la cachirre no.

—¿No será la baba la hembra del caimán?

—¡Gua!, onde hay caimán no hay baba, y donde hay baba no hay caimán; el caimán vive en aguas corrientosas, y la baba en los esteros y cañaas.

—¿Es cierto que las babas, algunas veces, cuando se secan los esteros en el verano, se quedan enterradas todo el invierno en el barro?

—Sí; yo he visto algunas. Lo que no sé es si la baba también se traga a los hijos, como el caimán.

—¿Qué es eso? ¿Qué dices? —interrogó con viveza Juan Andrés, dejando de apuntar en la cartera.

—Es que apenas los caimancitos salen del huevo, que está depositao en la arena de la oriya, los espera la caimana, y a todos los hijos que no se dirigen en el acto al río se los traga.

—¡Ca! —dijo el joven—; eso es que con la boca coge a los que se descaminan y así los lleva al agua.

—¡Hola! ¿Qué jinete es aquél? ¿Quién va allí? —gritó con sobresalto Rita, mirando hacia un bosque no lejano.

Todos dirigieron allí la vista, quitándola del saurio.

—Un toro lo persigue —dijo Juan Andrés.— ¿Quién será?

—¡D. Benito! ¡Es él! Le acomete un toro de esa manada, que es la más brava y salvaje de todas.

—¡Virgen del Carmen! Le alcanza —gritaron las mujeres.

—Ginés, volando, volando, márchate a ayudar a D. Benito. Acompáñalo adondequiera que vaya.

Como era imprescindible coger el caballo que trajera Ginés y aprovechar el rejo para, en caso de necesidad, defender a D. Benito, todos huyeron, alarmados por dos peligros: la acometida de la baba, que iba a quedar suelta, y la de las reses, espantadas por la presencia del anciano.

Juan Andrés cogió a cuestras a Inesita, que rompió a llorar de susto; los demás, cada cual por donde Dios le dió a entender, apretaron el paso en dirección de la casa.

Tan pronto como Ginés los vió fuera de peligro, se acercó al saurio y con mucha serenidad le cortó la rosca de rejo que le oprimía el pescuezo.

Y partieron de estampía, la baba hacia el estero y el mozo hacia donde cabalgaba el viejo caprichoso que se metía imprudentemente por entre aquellos peligros.

Cuando le dió alcance,

—Pero, ¡por Dios y la Virgen Santísima! ¿Pa onde choca? —le increpó el mayordomo.

—¡Ginesillo! —contestó *Cucarrón* con su voz de flautín—, ¿no has visto por ahí mi sombrero? ¿No ves qué desgracia? Se me ha caído en la carrera, y este rocín del diablo se me desbocó por eso. Y es un sombrero nuevo que lo estrené para venir a temperar. ¿Lo viste por ahí? Hombre, no es cosa de perderlo. ¿Verdad que no es cosa de que compre otro sin disfrutarlo? ¡Y yo, que estoy a la luna de Valencia!

—No se acuerde usted de esa bicha. ¿Quién se mete orita a toparlo entre ese ganao tan bolero? Después vendré yo y se lo buscaré. Volvamos a casa.

—Bueno, hombre, bueno; pero me lo has de buscar con juicio y cuenta.

Y luego añadió con mucho retintín:

—¿A la casa has dicho, Ginés? No, no; vamos allá, a la sombra, y hablaremos. Tengo que decirte cosas que han de ser tratadas con confianza completa, ¿entiendes?, pero con mucha reserva, porque, si no, todo se perderá, sin poderlo remediar nunca.

—Entonces, choquemos pa aquella mata e montemos ayacito, que aquí corremos riesgo tuavía.

A buen trotar encamináronse al bosquecillo frondoso designado por Ginés.

—¿Qué tiene usted que decir? —habló el mayordomo descabalgando a la vera.

—Cuéntame, mayordomo de mi corazón —chilló el viejo echándole la mano al hombro con mimitos muy chuscos—. ¿Por aquí habrá muchos *entierros*? El finado José olía a onzas a mil metros. ¿Tú sabrás decirme qué sitios frecuentaba? ¿Qué camino era su favorito? ¿Por qué lados volvía a la casa por la tarde? ¿En qué partes has visto luces por la noche? Porque todo esto y otras cositas que tú pudiste observar servirán de mucho para que yo, con toda la práctica que tengo, pueda topar al fin las oncitas de José. ¿Oyes? Por supuesto que tú entras a la parte; vamos por mitad, como buenos amigos, o algo más de la mitad.

—¡Ah, D. Benito, D. Benito Lerín! —exclamó el agudo Ginés después de reflexionar un instante—; yo le seguí la pista al finao, y pueo desí a usted que no es por aquí, sino por otro medio e sabana por onde está el nido e las morocotas.

—Hijo mío, ¿por dónde? Ginesillo de mis entrañas, gran amigo mío, ¿por dónde debemos buscar esos reales? La mitad te ganas; como tres y tres son seis. Dí-melo, que te vas a taquear de plata en un santiamén.

—¿Usted sabe onde es la *Madre viejo*?

—Sí.

—¿Ha visto ayá tres palmas reales?

—Sí.

—De éstas, en línea recta hacia onde sale el sol, un palo e aceite.

—Sí, sí.

—¿Usted escarbó ayá?

—No.

—¡Ah, pues!

—¿Conque allí estarán los tesoros de José? ¡Si esta misma tarde pudiéramos ir...! Había de ser solos, sin que nadie sepa ni la ida, ni el regreso, ni nada, porque ya ves que corre peligro el hallazgo; ¿y a qué exponernos, entiendes?

—No piense en eso, hombre e Dios; la *Madre viejo* está requetelejísimos; se gasta un día yanero, largo y estrecho.

D. Benito estaba trémulo; sus ojos de berbiquí, abiertísimos y como cansados de mirar al vacío o a parajes imaginarios; quiero decir como en acto de zahoriar; sus bigotes de cepillo, hirsutos; respiraba dicha, y habría sido capaz de abrazar al mayordomo si se le hubiese venido a las mientes. Pero sí le vino el mostrarle una parte de sus proyectos frustrados aquella mañana. Y así le manifestó con mucho misterio:

—Ven, Ginesillo, te voy a enseñar dónde acabo de llevarme un chasco con una guaca. Ven y verás. Precisamente venía yo de escarbar aquí; y la suerte maldita me engañó ahora como me engaña siempre. Porque, eso sí, estoy más pobre que Carracuca.

Cucarrón se internó en el paraje soteño, seguido del mayordomo, que iba sonriéndose de puro pícaro. Y al pie de un arrogante laurel que descollaba sobre todos los otros árboles con opulenta gallardía:

—¿Ves? —le dijo el que tenía alma de avaro calcinado—. Este hoyo que está aquí recién hecho..., trabajo en vano. He estado toda la mañana escarbando con el cuchillo. Mientras vosotros estábais paseando, yo aquí. Trabajo perdido... Aquí he sudado la gota gorda. Trabajo perdido para siempre.

—Y ¿por qué cavó usted aquí? ¿Qué señal tiene?

—Mira —añadió tocando con el dedo en el tronco del árbol un signo borroso que representaba una R—. Esto quiere decir *reales*.

—¿Sí, eh? —profirió Ginés, conteniendo la risa que le retozaba.

—Conque a lo dicho, Ginés. Mañana, o cuando tú gustes, es decir, cuanto antes, nos vamos calladitos a *Madre viejo*, donde hay en medio de la sabana dos o tres palmas reales, de las cuales, echando una línea recta hacia el Oriente, se columbra un árbol de aceite, y al pie de este árbol, o por allí cerca, está el entierro, ¿no es así?

—Cabalito.

—Ahora, sí, buen mayordomo, vamos por mi sombrero —prorrumpió el viejo rompiendo marcha—, pues no lo dejo perder ni a tres tirones.

Los ganados altivos pacían ya mansamente, apartados de la ruta que llevaban D. Benito y Ginés. Así es que pudieron retroceder fácilmente y recobrar el asendereado sombrero.

Ya en la casa de Arrebol, se aproximó Ginés a Florencio y le habló de esta suerte, abemolando maliciosamente la voz:

—¿Recuerda usted aquel día que veníamos del apartaero, que entramos a sombría a la mata del aceítico?

—¿El día de San Juan?

—Sí; ¿y recuerda que usted mismo, con la punta e mi cuchiyó, hizo una R muy grande en la corteza del palo del aceítico?

—Sí, por cierto; era la inicial del nombre de Rita. Te lo dije, Ginés. Bien, ¿y qué quieres decirme con eso?

—Pues que D. Benito la vió y leyó *reales*.

—¿Y escarbó como de costumbre?

—De ayí mismito venía cuando lo persiguió el novio bravo.

XVII

Nocturnal.

Es de noche. En agradable tertulia están los excursionistas bajo los árboles del patio: unos, ocupando mecedoras; otros, en hamacas colgadas de las ramas; Florencio, sobre la hierba; Juan Andrés y su hermanita, reclinados en una hamaca; Lerín, zaqueando en idas y venidas.

Derrama la luna reflejos de plata por la llanura, haciéndola como fosforescente; millones de estrellas, como pupilas de hadas misteriosas, presencian con flébil parpadeo el desfile de la diosa blanca, que recorre sus jardines azulinos en vehículo de nácar, tirado por una cabalgata de insomnios y de plácidos ensueños. Bate la brisa sus alas rumorosas y perfumadas, y el bosque y las hierbecillas silenciosas se remecen también recibiendo sus caricias. Mientras tanto, en el patio de Arrebol reina la felicidad de los espíritus unidos por nexos de íntimas, afectuosas, efusiones. La conversación, sin embargo, no está animada. Hay instantes en que todo se sepulta en el silencio, en medio de ese silencio imponente de la llanura que sólo es interrumpido por los mugidos de los ganados, los ladridos de los perros, el graznar de las aves nocturnas y los ecos de las fieras del desierto. ¿Estarían aburridos los veraneantes?

No; los misterios de las noches casanareñas merecen una especie de culto; horas hay de suprema dicha que se profanan hablando; en la luz lunar se esconden armonías de un lenguaje misterioso; hay silencio que habla.

Juan Andrés, que se mecía con rítmico vaivén, sentado en la hamaca con su hermana, mirando hacia la copa del árbol que los cobijaba, díjole con suave cuchicheo:

—Mira, Inés, por los claros del ramaje. ¿No ves cómo aparecen las estrellas y se esconden? ¿Serán ojillos curiosos y envidiosos que nos miran?

—No tal —afirmó entrometiéndose Rita, que oyó la observación—. Parecen más bien bandadas de mariposas blancas.

Rióse el padre de la ocurrencia y propuso:

—Vamos a ver; diga cada cual un símil respecto de las estrellas.

—Parecen flores blancas del jardín del cielo —dijo Bruna.

—Parecen agujeritos por donde sale la luz de la gloria, hechos por los flechazos de Luzbel en la pelea con San Miguel Arcángel —discurrió Florencio.

—¿No parecerán cuentas de un rosario de alabastro? —opinó D.^a Engracia.

Con un palmeteo benévolo, acariciador, acogieron los tertulios las palabras de la buena anciana.

—No, no; me equivoqué —volvió a decir Rita—, es que el cielo tiene alfombras bordadas de oro y plata, y las estrellas son unos puntos que se les escaparon por el revés a los angelillos cuando las bordaron.

—A ver, chatica, ¿y a ti qué te parecen las estrellas? —le dijo el padre misionero con cierto dejo mimoso.

—Pues la superiora del colegio dijo un día que las

estrellas son los ojos de las madres, que desde la gloria velan por sus chiquitines.

—Ca, Inés, ¿no diría que son la forma material de los besos maternos?

—A usted le toca ahora, D. Benito —exclamaron todos a coro.

—No es nada de eso —dijo el viejo, dejando de pasear y careándose con todos—. Las estrellas son millones de pesetas que están cayendo de arriba y nunca llegan al bolsillo.

Así estaban quimerizando, cuando se acercó un peón con una carta para Juan Andrés. ¿Alarmante? Ni mucho menos. En ella le decían que era tiempo de trasladarse a Arauca, porque allí lo aguardaban ciertos personajes muy relacionados con la causa mortuoria de su padre con quienes debía hacer arreglos de mucho bulto. No sorprendió a nadie la especie porque la esperaban desde días atrás.

—Conque ¿por fin se va usted a Arauca? ¡Linda población! A comercial y rica, ninguna le gana. Es la sultana del Llano, observó el religioso. Arauca es una princesa desterrada al desierto.

—Sí; me fuerza la necesidad. Iré y de paso calmaré el prurito que siento de conocer ese puerto fluvial.

—Y ¿cuándo piensa usted realizar el viaje?

—Lo más pronto posible.

—¿Su regreso?

—Pronto también.

—Le pregunto porque no se me olvida una promesa de usted.....

—¿Cuál?

—La que hizo usted de acompañarme a la expedición para la apertura del camino de Ribafloa a X.

—Si me es posible, cumpliré mi palabra cual corresponde a un caballero.

—No empiece a excusarse, amigo mío; su presencia nos es necesaria.

—Padre, son excusas justas.

—¿Y si todos le rogásemos...?

—¡Que se quede todo el invierno, que se quedel
—prorrumpieron los circunstantes con unánime clamoreo.

—A esta súplica, Sr. Meta, se unirá la de la municipalidad y otros votos respetables. ¿Qué dice usted?

Tozudo el joven, respondió con aplomo:

—Lo veremos.

—Entre tanto, señores míos —observó el misionero—, ¿no les parece a ustedes bien que entremos en la capilla a rezar el santo rosario? Se está haciendo ya tarde.

—Lo que usted guste.

—Propongo una cosa —exclamó Rita—; rezarlo esta noche a la pampa, aquí mismo donde estamos. ¡Es tan sabroso el sereno...!

—¡Aprobado!

Así, pues, presidido por el padre, principió el devoto acto, en el cual tomaron parte activa todos, incluso D. Benito, aunque sin dejar de pasearse por el patio, y Juan Andrés, que prosiguió en su hamaca sentado.

Los que están acostumbrados a orar en los templos de las ciudades, entre columnatas y arcadas adustas y frías, viendo, sí, primores de arte cristiano, pero por dondequiera limitaciones y estrecheces que publican la pequeñez del hombre, ¿han saboreado alguna vez las delicias de la plegaria al raso, en un campo silencioso y odorante, teniendo por bóveda el firmamento espolvoreado de luz, por ámbitos los de la creación, por altar la conciencia, por incienso la brisa y por cirios las estrellas? ¡Oh poesía de la oración nocturna



en medio del desierto, donde impera Dios con sus grandes atributos creadores: el silencio y el amor! ¿Y habrá algo comparable a un rosario rezado a la luz de los astros, silentes y melancólicos, que van deslizando por recatadas inmensidades, mientras el murmullo de la plegaria repite una y muchas veces a la Madre de Dios el himno de sus triunfos durante su éxodo por este valle de lágrimas?

Terminado el rezo mariano, se expresó el padre misionero así:

—Se me ocurre una cosa: que desde mañana se dé comienzo a una novena a Nuestra Señora del Carmen por la prosperidad del viaje de D. Juan Andrés.

—¡Magnífica idea! —exclamaron todos con entusiasmo.

—Acepto, siempre que la dirija el reverendo padre —contestó el favorecido.

—¡Bien dicho, eso está mejor todavía! —indicaron los otros para manifestar al párroco cuánto era el gusto de haberlo tenido en la hacienda aquellos días y cuánto mayor se lo proporcionaría si prolongara su permanencia.

—Muy amables son ustedes conmigo —insinuó el misionero—; quisiera tener modo de complacerles en eso, pero mi ministerio exige que el domingo esté sin falta en Ribaflores. Debo ausentarme mañana mismo.

—Yo considero —repuso Juan Andrés— que sin usted no se puede hacer la novena correctamente.

—¿Cómo no? Usted es mi mejor substituto; le encargo, pues, que la dirija.

Juan Andrés sintió el estímulo de una carcajada al considerar que iba muy derecho hacia la meta de los fanatismos y beaterías de que abominaba tanto.

—A este paso voy a llegar a obispo, y si me apuran... ¡Oh muletas del papa Sixto! —dijo para sí.

Luego se dirigió al misionero:

—¡Ah! Es demasiado honor el representar a un sacerdote como usted, ilustradísimo y bondadoso.

Aquella noche, acostado ya Juan Andrés en el mismo cuarto que Florencio, como solían cuando pernoctaban en la hacienda, cogió éste un libro y se lo entregó diciendo:

—¿Seguimos leyendo las *Confesiones de San Agustín*?

—Tengo sueño, pero, en fin, sigamos con esas *Confesiones*, que no me van pareciendo malas del todo. ¡Si estuviesen escritas con menos misticismo...!

Acomodó bien la bujía en la mesita de noche y leyó:

«CAPÍTULO VIII.—*Cómo Agustín se retiró a un huerto de su casa, y lo que en él sucedió.*—19. En medio de aquella gran contienda que en lo más íntimo de mi corazón había yo excitado y sostenido fuertemente con mi alma, lleno de turbación así en el ánimo como en el rostro, me volví hacia Alipio atropelladamente y exclamé diciendo: ¿Qué es esto que pasa por nosotros? ¿Qué es lo que nos sucede? ¿Qué es esto que has oído? Levántanse de la tierra los indoctos y se apoderan del cielo, ¿y nosotros, con todas nuestras doctrinas, sin juicio ni cordura, nos estamos revolcando en el cieno de la sangre y de la carne? ¿Por ventura nos da vergüenza el seguirlos porque ellos van delante de nosotros? ¿Y tendremos vergüenza de no seguirlos?

»Dije no sé qué otras cosas a este modo, y, arrebatado del ímpetu de mi interior congoja, me aparté de Alipio, que, sin hablarme palabra, atónito y espantado me miraba, ya porque no hablaba yo las cosas que solía, ya porque echaba él de ver que con mi semblante, con las mejillas, con los ojos, con el color, con el tono de voz, explicaba yo más bien el estado de mi alma que con las palabras y sentencias que decía.»

—¡Qué periodos tan bellos! ¡Qué numerosos y mu-

sicales! Y el traductor cómo sabe castizar el romance! Autor y traductor, en verdad, son grandes literatos —indicó Juan Andrés.

Florencio, sin proferir palabra, continuó:

«Había un pequeño huerto en la posada...»

—Basta, Florencio, por esta noche. Ya he dicho que tengo mucho sueño; estoy como con fiebre; vamos a dormir.

—Bueno, pues, hasta mañana; que duermas mucho.

—Igualmente.

Y apagaron la vela.

De allí a poco, Juan Andrés quedó profundamente dormido...

Y soñó un sueño misterioso más consolador que el de Escipión cuando se le apareció su abuelo, el vencedor de Cartago.

Una figura humana batiendo níveas alas como de ángel revoloteaba sobre su cabeza..., susurrábale palabras de amor... y púsole en los hombros una cosa que pendía sobre el pecho y las espaldas...; ¿un escapulario?

No pudo saberlo porque se despertó de la pesadilla a las voces de un criado que gritaba desde la puerta:

—¡Señoritos, que ya es hora! ¡Va a salir el sol!

XVIII

Cucarrón.

CON motivo de la vuelta del padre misionero a Ribaflor, reinó en la casa movimiento general. Intentaban salir a despedirle todos, todos, menos doña Engracia y D. Benito; aquélla, por enferma; éste, por zahorí, aunque, según él, por enfermo también; ¡le dolía tanto la cabeza...! No obstante, a poder de ruegos lograron hacerle montar para que formara parte del acompañamiento un rato siquiera.

Y partieron todos escoltando al amable párroco, que salió haciendo votos por la omnímoda prosperidad de aquella familia tan piadosa.

No habían avanzado media hora, y el vejete se despidió para regresar a Arrebol... Florencio y Ginés se cruzaron unas señas misteriosas. La cabalgata siguió camino adelante. Y, llegado que hubo el momento de apartarse del misionero, los acompañantes volvieron grupas y tornaron al patio de la casa. ¿Estaba allí don Benito? ¡Qué había de estar!

—¡Ah, hombre de ser caprichoso! —manifestó Rita indignada.

—No tengas cuidado, Rita, voy a buscarlo.

Los más descabalaron, y Florencio y el criado, ti-

rando de las bridas a sus cabalgaduras, dieron la cara otra vez a la sabana.

—¿Conque eso pasó, Ginés?

—Ni más ni menos.

—¿Le dijiste que en la *Madre viejo*, echando una recta de las dos palmas al aceite...?

—Sí, señó.

—Allá está, pues, ese pobre hombre.

—Choquemos pa la *Madre viejo*.

Después de una breve pausa, tornó a hablar el mayordomo:

—¿Y cuándo le hacemos la voláa?

—¿La de la luz y demás?

—Esa. Me muero por verlo corré como un venao cuando le pica la brisa el tigre.

—¿Sabes que me da pena haçerle eso?

—¡Guá! ¿Y por qué?

—¿Y si lo sabe Rita?

—Quiá, ¿quién va a ser ese charchero?

—Es que todo se sabe en este mundo, y si Rita se me pone brava...

—Más bien se lo agradecerá a usted.

—Aunque logremos la enmienda de ese terco de hombre, siempre me parecerá el procedimiento algo durillo —agregó Florencio.

—No haiga mieo, patrón Florencio. Anímese, que ora es la ocasión. ¿No ve que tenemos compañía él y yo de buscá entierros?

—Has de saber, Ginés, que Rita me insta para que le quite a su papá la manía.

—¡Guá! ¿Lo sabe eya?

—El modo, no.

—Naita debía sabé.

—Tienes razón, hombre.

Interin amo y criado van muy campantes buscando

a *Cucarrón*, adelantémonos, no para alertarle, sino para fisgar todos los movimientos del viejo. El cual, luego que se desprendió del acompañamiento del párroco, habiendo de antemano resuelto inspeccionar el lugar del tesoro que Ginés le indicara un día, fué aprisa y corriendo, entonces mismo, porque le pareció día propicio para andar a solas, por cuanto todos iban obsequiando al ilustre huésped. Llegó el zahorí al punto señalado, amarró el caballo a las palmeras consabidas y se puso a echar cálculos y visuales en todos sentidos, mascullando palabras incoherentes que revelaban las ansias de topar el codiciado tesoro. A continuación de las visuales principió a sondar acá y acullá con el estoque del bastón; y era de notar en el vejete lo descompuesto de sus facciones y lo original de sus interjecciones malhumoradas, sus conjuros y pataleos, porque salían fallidos sus cálculos.

En faenas tales hallábase a la sazón, cuando los jinetes que dejamos atrás dieron vista al zahorí; aquéllos arrendaron las cabalgaduras en un sitio oculto, cercano de las palmeras, y, agazapados, se acercaron al punto en que maniobraba el otro.

Ni por asomos podía advertir éste la presencia de los peligrosos fisgones, pues tenía concentrada toda su atención en su maniobra. Precisamente entonces había dado la punta de su estoque en una cosa que hacía resistencia al sondeo, por lo cual, con la celeridad de un galgo cuando quiere desencovar la liebre, comenzó a escarbar con un cuchillo.

—Aquí, aquí está el tesoro cuya existencia fué delatada por Ginesillo —se decía el viejo—. El estoque ha tropezado con la botija. A cavar, a cavar, que no está muy honda que digamos.

Y, arrodillado, escarbaba ávidamente.

—Ya huele a onzas —proseguía en su monólogo—;

ya casi quiere aparecer el brillo de las onciñas. ¡Pobre José! Voy a mandarte celebrar una misa para que veas que fui y soy buen amigo.

Y ahondaba en su excavación de lo lindo.

Los otros, escondidos, aguardaban el desenlace.

De golpe, empezaron los ojos del zahorí a entrever una cosa parduzca, caliza, dura; aulló de alegría, se enderezó y dirigió los ojillos a todos lados rápidamente, como temeroso de ser visto; se agachó otra vez contra el suelo más y más y metió la cara en el agujero, extrajo otro poco de tierra y, ¡oh caprichos de la suerte!, no fué el tesoro de Aladino, ni el de la lámpara maravillosa, ni el cofre en que estaba el gran secreto del taoísmo chino, robado por los bonzos; lo que sacó entre sus manos convulsas fué algo más..., un zancarrón de caballo, venerable como el de la Meca.

Tan atortolado quedó el anciano con su hueso, que ni siquiera advirtió que se le venían por la espalda Ginés y Florencio conteniendo la risa:

—¿Qué hay, D. Benito? —le dijeron.

¡Oh, sombra de Hamlet! ¡Oh, brujas de Macbeth! ¡Oh, visión terrorífica de Dante, aquella que tenía en la mano su cabeza, a modo de lámpara, y que exclamó: ¡Ay de ti! Como si el espíritu de D. Pepe hubiese salido del hueso y tomado forma humana para increparle, así el padre de Rita abrió los ojos y la boca desmesuradamente, y tartamudeó tras de embarazosa pausa:

—Amigo... Amigo mío..., no lo crea usted..., yo no busco..., es decir...

Reprimió Florencio las ganas de reír a todo trapo al ver la pinta de aquel miserable, en tanto que éste, recobrando el seso y reconociendo a los aparecidos, trató de disimular su turbación así:

—Nada; ¡pcht!, era un *cachicamo* que se me escon-

dió en esta cueva...; ¿no veis los huesos...? Es decir, como había un hueso de caballo, el animalito se asustó.

El joven Meta contuvo el prurito de la risa otra vez al oír tamaños despropósitos, y siguió la broma, fingiendo que daba crédito al embuste.

—¿Tan llanero usted y se ha olvidado de que los cachicamos no ven por delante, sino por detrás? Si el hueso estaba adentro, ¿cómo pudo verlo el cachicamó al meterse?

—No, hombre; es que el bicho no entró así, o... es que veía por todas partes. Si no, ¿crees tú que se me habría largado?

Esto dijo Lerín, desaturdido y chillando ya con fuerza y levantándose del suelo para volver a las palmeras, donde estaba su caballo. Cuando a ello iban los tres, Ginés buscó oportunidad de hablar al oído del viejo.

—Don Benito, ¿ha topao argo? ¿Sí o no?

—Mil rayos te partan, grandísimo trapacero.

—No, D. Benito, que los riales deben está más ayacito, ponde sale el sol.

Una buena pieza de tiempo pasó sin hablarse, camino adelante; el viejo iba pensando en el modo de dar con el tesoro, aunque estuviera en los infiernos, y los otros resolviendo acechar los pasos para darle una corrección mayúscula.

—¿Y adónde ibais vosotros? —les preguntó al fin.

—Buscando unas reses que han dado en desgargar-se —adelantóse a contestar el criado.

—¿Pues no ibais a despedir al reverendo padre?

Y sin esperar más, asoció otras ideas de esta guisa:

—Cierto que a mí me dolía mucho la cabeza; mas cuando regresaba, se me puso de manos a boca un venado; me provocó cazarlo, y por eso llegué a estos lugares tras él; luego lo perdí de vista, y entonces me

salió ese cachicamo condenado, que no he podido cogger, como has visto, Florencito, y tú también, Ginés.

Y tras de un brevísimo silencio, agregó:

—Hablando de todo, ¿cuándo acaba Juan Andrés de pleitear? Porque ya lleva... ¡tres meses!, y que se va y que se va, y nunca lo veo irse.

—A mi hermano le están saliendo las cosas bastante bien; no sé cuándo concluirá de metodizarlas totalmente.

—Que es listo como el aire ya se ve —dijo el futuro suegro—, porque para salir libre de las uñas de estos leguleyos que se encovan por estas madrigueras del diablo, se necesita Dios y ayuda; bien que se comprende, porque el más tonto de capirote, tratándose de dinero..., ¿quién se deja echar la zancadilla? Con todo, hay que convenir en que el mozo sabe dónde tiene su mano derecha, y que, así como así, no le podrán arrancar el bolsón de morocotas que dejó a su familia José, que gloria haya.

—Sí, señor —observó el yerno—; mi hermano es y será nuestra salvación; le urge regresar a Bogotá, y, según entiendo, no vendrá más a su tierra.

—¿Nunca, nunca?

—Así juzgo yo, D. Benito.

—Pues sí que estoy de malas, Florencito —exclamó el viejo rascándose detrás de la oreja.

—¿Por qué?

—Sí yo iba creyendo que estaba enamorado de mi hija Bruna.

—¡Ni en chanzas!

—¡Ah, mi hija, tan formal y tan juiciosa! Es la mujer que le conviene, Florencio, la mujer que le conviene, porque él, abogado, inteligente y honrado, y ella muy mujer de su casa... ¿No ves? Bruna nació para Juan Andrés, así como tú para Rita. ¡Qué bonito

sería verte a ti con Rita y a tu hermano con Bruna! ¿Qué tal, Florencio, esta idea?

—Muy bien, señor; pero Juan Andrés ni siquiera ha pensado en eso.

—Hombre, hombre, ¿no has observado que la habla con mucho cariño, la ofrece el brazo en los paseos, la regala flores, se sienta junto a ella y otras cositas?

—Esos son caldos de borraja —pensó el joven.

El del cachicamo prosiguió hablando:

—¡Qué pareja tan buena, por Dios santo! El ni es amigo de licores, ni trasnochador, ni malgeniado, ni orgulloso, ni gastador; y ella, recogida, laboriosa, económica y callada como una pared. Pronto se harían los más ricos del pueblo; con esas cualidades y la riqueza de Juan Andrés se llenaban de dinero en un par de años; tontos serán si no se casan. ¿Qué me dices a esto, Florencio?

—Que tiene usted razón.

—¿Por qué no le echas una indirecta?

—¿Yo?

—¡Ah, si Bruna hallara un marido tan rico y tan juicioso como él! Porque, eso sí, es doctor, y como si no lo fuera: con todos habla, hasta con el más pobre; no se le ve en jolgorios con los otros patiquines del pueblo, y, ahora, hasta devoto y rezandero se ha vuelto. ¿No es verdad?

—Algo.

Sobrevino un intervalo silencioso, que fué roto esta vez por Florencio, casi al llegar ya a casa.

—Lo que debiera usted decir a Rita es que nos casemos pronto.

—¡Cómo! ¿Acaso de ella depende?

—Sí, señor.

—¿Y por qué no querrá casarse al instante mi hija?

—Caprichos suyos.

—Hagamos, hagamos un trato: yo le digo a Rita que se case contigo, y tú le dices a Juan Andrés que se case con Bruna.

Entonces terció Ginés, que reventaba de empacho de mutismo, y dijo:

—Y D. Benito, que se case con doña Engracia; los tres en el mismo día.

En aquel momento vieron salir del patio y venir hacia ellos la cabrilla de Inés con un collar de flores y en los cuernos sendos ramilletes; había conocido al viejo Lerín y salía a su encuentro lanzando temblorosos balidos. Se vislumbraba también en la puerta de la casa, esperándoles, un grupo de personas.

XIX

Despedida.

EN seguida que estuvo preparado el viaje, Juan Andrés entró solo en el cuarto de su abuela, que no podía madrugar a causa de sus achaques, y, sentado a la cabecera del lecho, trató de decirle palabras cariñosas por mitigarla, en lo posible, la pena de la inmediata separación. Dulcísimos coloquios trabaron, en los que dominó la nota triste del adiós largo, doloroso, incierto.

—Te vas, hijo mío, a Arauca —exclamó la anciana presa de profunda emoción—; ¡quién sabe si hallarás, cuando regreses, muerta a tu abuela, que te ama tanto!

—Por Dios, no me diga eso; usted está en condiciones de vivir muchos años.

El cariñoso nieto enjugó el sudor de la frente a la abuela. Esta volvió lo más que pudo hacia él su macilento rostro, mientras murmuraba:

—Mis días, hijo de mi alma, están contados; la lámpara de mi cuerpo sólo tiene ya unas gotas de aceite; hágase la voluntad de mi Dios; yo únicamente deseo verte feliz y, más que todo, buen cristiano; pero cristiano de veras, ¿oyes?

Con dejos tan tristes y amargos pronunció la venerable abuela las postreras palabras, que le hicieron al joven estremecerse cual si le hubieran clavado un alfiler.

Después de una pausa angustiosa, agregó la enferma:

—¿Te acuerdas, Juan Andresito, de aquella relación que leyó Inés en una revista del padre misionero al otro día de caer yo enferma? Versaba sobre unos recién desposados; el marido ofreció su vida a Dios en obsequio de la conversión de su consorte. ¿Recuerdas?

—Recuerdo —afirmó el joven, inclinándose sobre la frente de su abuela, que besuqueó silenciosa pero efusivamente.— No, usted no haga ese sacrificio por mí; yo estoy convertido; yo soy buen cristiano. Hoy mismo paso por el pueblo y me confieso y comulgo. Viva muchos años usted, madre de mi corazón; yo la quiero con toda la efusión de mi alma.

Doña Eugracia lanzó entonces una mirada muy expresiva con que pareció envolver a su nieto para sondear el fondo de su turbulento espíritu. Aquella mirada tenía la fuerza inherente de este reproche: ¡Hipócrita! ¡Seguirás siendo un hipócrita!

Y en voz alta:

—No hay remedio; yo muero porque soy muy anciana; por otro lado, padezco atrocemente de mis antiguos achaques.

—¿Es que me exige usted —sollozó el joven— que no me ausente?

—No, no; parte cuanto antes; confío en que Dios me concederá volverte a ver... en el cielo.

Abuela y nieto permanecieron un instante con los rostros unidos. Por fin, Juan Andrés se arrodilló y le pidió la bendición.

Era la primera vez que imitaba a su hermano, quien

lo hacía siempre, como es costumbre en toda la comarca. Y se retiró de la alcoba con los ojos húmedos por las lágrimas.

En el instante de la despedida colmáronle de caricias todos: Inés lloró sin consuelo; D. Benito, como conocedor del camino, hizole algunas advertencias; Rita y Bruna le llenaban los bolsillos y las alforjillas de la montura, de cotufas. Florencio montó para acompañar un rato a su hermano, que partió de la casa como maquinalmente abstraído en atormentadoras reflexiones, casi sin corresponder a los cariños que le demostraban los otros; asaz le embargaba el recuerdo del coloquio con su madre. Ahora veía en toda su amplitud el crimen de su irreligión; ante su abuela, toda sencillez y bondad, él era un monstruo repugnante que se alimentaba de viandas pútridas y se embriagaba con el mosto de lo desconocido, menospreciando el alimento saneado, incorrupto de la Iglesia. ¿No había sido en otro tiempo candoroso y amable como Inés? Y su abuela ¿no había formado en su frente la señal de la cruz como en la de Inés y Florencio? Y besándole sobre el corazoncito ¿no le había comunicado las benéficas corrientes de la fe cristiana que purifica por la sublimidad de sus ideales y la piedad de sus enseñanzas? El ángel puro y feliz estaba ahora cambiado en monstruo; aquél era hechura de su querida abuela; éste, de los profesores del colegio, impíos, calculadores, egoístas; una mujer le había dado la sangre, la educación y la hacienda, y, en retorno, le exigía que amase a Dios; otra, en vez de darle, le quitaba todo, hasta el sosiego; y, a trueque de un amor carnal y versátil, le exigía la abdicación de sus ideas y la paz de su conciencia. Doña Engracia y Berta: tales eran los puntos antagónicos en la lucha de sentimientos que sumían al joven como en un abismo.

¿Y la sofística de sus deducciones irreligiosas? ¡Ah!, esa sofistería era un grupo de faramallas inconsistentes que se desvanecía a la luz del hogar, y a la luz que derramaban las buenas costumbres de sus compueblanos, quienes obraban y no discurrían, practicaban y no filosofaban vanamente. ¿Qué le retenía en el mal camino? ¿Algún crimen oculto de aquellos que imprimen para siempre el sello de la reprobación social y religiosa? No; Juan Andrés era honrado; su alma, bien nacida, jamás se había prostituído con semejantes bajezas; antes bien, tendía por naturaleza a lo correcto, a lo bello, a lo grandioso, en cualquier lado que se le presentase. ¿Qué lazo, pues, le ligaba las alas de su espíritu para que no volase por los espacios de lo verdadero? Algunos puntos de doctrina religiosa, cuya negación estaba de moda entre los sabios superficiales; pero, más que todo, el recuerdo de una mujer a quien amaba con todo el corazón y todos los sentidos, o sea con el alma perturbada por los halagos de la carne y la sangre. Berta, Berta era la sirena que le atraía desgarrándole el corazón; Berta el sombrío personaje que obligaba al nuevo Guillermo Tell a disparar la flecha sobre la cabeza del miembro más querido de su familia. Por otra parte, doña Engracia había hecho el sacrificio de su vida en pro de su nieto más querido. Si llegaba a fallecer, ¿era demostrativo de que Juan Andrés se convertiría en buen católico? Y si se convertía éste, ¿tendría que renunciar a sus amores con Berta? ¿La muerte de la anciana implicaba su conversión, y su conversión, la pérdida de su idolatrada amante? Y si no renunciaba a Berta, ¡qué vida tan amarga le esperaba a su abuelita! ¡En qué tormentos tan crueles la sumergiría! ¡Cuán acervos los últimos días de su existencia!

No obstante, bien podría suceder que Dios ni acep-

tase ni dejase de aceptar el sacrificio de la buena señora, y en ese caso, viviera ésta o muriera, nada se deducía en orden a los destinos del nieto.

Por lo demás, con suplicarle al padre misionero que le dijese a su abuelita que era ya muy bueno y que se había confesado, la buena de doña Engracia cambiaría de opinión y empezaría quizá la reposición de su salud. Empero el misionero no seguiría la teoría de Walter Scott sobre la mentira; era integérrimo; no vendería una partícula de verdad por todos los tesoros del mundo. De todos modos, *paciencia y barajar*, que diría el aduendado personaje de la cueva de Montesinos.

En estas urdimbres laberínticas de reflexiones iba engolfado cuando su hermano Florencio, que le acompañaba, quiso despedirse de él.

—Hasta aquí, no más, Juan Andrés.

—Gracias, Florencio, muchas gracias.

Juntaron los caballos cuanto pudieron, y, sin desmontarse, se abrazaron.

—Adiós, consuela a la abuelita y dile que seré muy bueno.

—¡Desgraciado! —musitó Florencio— ¡Dios te perdone!

En el transcurso de aquel día nada o muy poco habló Juan Andrés con el mayordomo; y, aun en los días subsiguientes, no les dió a las conversaciones aquel giro familiar y donoso que gastaba con el criado, quien, por más que probó varias veces a proporcionarle algún consuelo, fallida salió toda diligencia.

¡Y tantas y tantas apuntaciones folklóricas como pensaba hacer durante la travesía! ¡Todo frustrado! No le llamaron la atención, como otras veces, ni la hidrografía y topografía, ni los insectos, ni la flora, ni las costumbres de los pueblos y hatos por donde

pasaba, ni los modismos y fraseología de sus habitantes, ni las manifestaciones geológicas, ni fenómeno alguno de los que le rodeaban. ¡Infeliz joven! Dos nombres, como dos puñales, pugnaban de continuo en su corazón, sangrándoselo, haciéndoselo añicos: Engracia y Berta.

De esta especie de alelamiento fué parte a sacarlo el espectáculo de la llamada selva de VANADIA. Es tal que un viajero en buena cabalgadura apenas puede cruzarla en tres días consecutivos: piso completamente plano, pero salvaje en grado inconcebible y surcado por cuatro ríos grandísimos, casi paralelos, y por muchos regatos de aguas mansas. Por entre el corazón de esa inconmensurable selva va el camino que parece un túnel de verdura, tan angosto y bajo, que el jinete tiene que agacharse con frecuencia contra la silla para poder pasar, sucediendo a veces que la indumentaria queda hecha girones; ni un pedazo de cielo alegra la vista; árboles de todas formas y tamaños, volátiles variadísimos, fieras y alimañas en abundancia; allí no hay vivienda humana; el viajero lleva sus bastimentos y por la noche cuelga la hamaca de una rama y se duerme pensando en la cercanía de un suceso trágico; no es raro oír el rugido del tigre o del león que andan alrededor del campamento, en que se cebarían a no brillar la hoguera que convenientemente se enciende al anochecer; aventurado es viajar uno solo; la caravana simplifica y aminora los peligros; quizá se derrumba con estruendoso fragor un corpulento y frondoso árbol, destrozando en la caída los pequeñuelos que le rodean; bandadas de insumables monos aturden con su algarabía; el corazón se oprime, siente ansias de luz, y las ráfagas de aromas delicadísimos, pasando por putrefacciones de hojarasca y oquedales cenagosos, fastidian en vez de recrear el sentido; todo huele

a humedad; ya ensueña uno que se va a convertir en árbol, la sangre en savia, en agua el seso... En la *Divina comedia* falta la descripción de un tormento semejante.

Pero ¿cuál no será la gratisima impresión que uno recibe al salir del túnel verde-oscuro y ver enfrente de sí un río anchísimo, manso, silencioso, como una inmensa randa de raso ondulante, doselado por un cielo espléndido de luz y de colores?

Ha llegado el viajero a Arauquita; el aspecto del paisaje cambia sin dejar de ser selvático y solitario, porque el camino sigue la orilla del río, aguas abajo, por entre una avenida de cafetales, cacaotales y platanares esbeltos y abundosos. El algodón alterna con el arroz; la yuca con la sandía; la sarrapia con los naranjos; allí se ve toda clase de legumbres y verduras; tres horas anda el caminante viendo a la izquierda el río que baja mansamente y a la derecha tablares de exquisitas hortalizas y plantíos; de trecho en trecho un bohío pajizo que domina las plantaciones, envuelto en las floridas cortinas de la selva; allí la naturaleza, bendecida especialmente por Dios, prodiga sus fuerzas productoras; Arauquita es un oasis de opulencias vegetales; es el cuerno de la abundancia vomitando ricos productos. En paraje parecido se inspiraría Bello para componer su canto a la zona tórrida. Sirve el cauce de línea divisoria entre Colombia y Venezuela, y siendo aplicable a la margen venezolana lo dicho de aquende el río, puédese decir que éste pasa por entre dos paraísos, o, mejor dicho, un día rompiendo los diques partió en dos aquella zona maravillosamente fecunda y bella.

De aquí a Arauca dos días de navegación, aguas abajo; el trayecto no puede ser más hermoso: hermosos los bosques de las márgenes, hermosas las ondas

plateadas que levanta el viento, hermoso el acompañado golpeteo de los remos que van sacando lluvias de perlas que se prismatizan al rayo del sol, y hermosas las tonadas del remero:

Muchachas casanareñas
Rogá a Dios por mi vida,
Porque me voy a embarcá
En una canoa podría.

Marinero soy, señora,
Con el cuerpo arquitranao,
Onde quiera que me asiento
Ayá me queo pegao.

En la cáscara e un guevo
Me atrevo a pasar el mar,
Con la pata e un samuro
Me atrevo a canaletiá.

Yo no le temo al bogá,
Que al bogá, yo bogaría,
Pero le temo a los remos
Cuando van en la crujía.

Y también es hermoso el pernoctar en las playas arenosas, al rayo de la luna, colgada la hamaca de dos estacas hincadas en la arena, oyendo el rodar de las ondas y el susurro de las auras estivales; cuando no se acuesta el viajero metido en la arena de la playa, en obsequio de la comodidad y de la higiene.

Tal le pareció, por lo menos, a Ginés todo esto, cuando saboreando un buen tabaco en la canoa exclamó por finiquito de sus impresiones:

—¡Guá! Sí que es requetebonito fumá en Colombia y escupí en Venezuela.

Para verdades el tiempo...

Ya en Arauca, con buen resultado activó Juan Andrés varias diligencias atañederas a los intereses de su finado padre, y, entre otras, canceló ciertos documentos de cuentas no liquidadas. Todo ello asaz demostraba que, aunque abogado joven, no era imperito.

Demoróse en esta localidad más días de los que señalaba el itinerario, debido a que se le presentó un asunto rarísimo en el cual quiso mediar con sus servicios profesionales. El no sabía iba a ser un instrumento para que la ley ineludible de la Justicia eterna tuviese aplicación congruente y vigorizara los vínculos sociales que unen a los pueblos en confraternidad política y religiosa. Verdaderamente que batalló mucho su espíritu antes de resolverse a aceptar compromisos para defender la indicada causa; mas a ello se decidió, primero, llevado del entusiasmo juvenil que estimula a saborear los dulces goces del noviciado, midiendo las fuerzas con un rival poderoso, y también, por sacar la cara en pro de los fueros de la legalidad, razón por cierto muy en armonía con su carácter.

El caso era el siguiente: hubo un matrimonio en Arauca de lucido abolorio y de pingües caudales, cuyos herederos legítimos eran dos hijas, tan honradas como favorecidas en dones de naturaleza, aunque de poco roce social, a causa de habitar continuamente en el ható, sin más educación que la rudimentaria y sin más cultivo del espíritu que el que puede sugerir la lectura de algunos libros antiguos y raros.

La una, Brunequilda, entrada en la edad núbil, contrajo relaciones amorosas con un joven igual en riquezas y limpieza de cuna a ella, relaciones que fueron fomentadas por algún tiempo con rectitud de miras e ingenua reciprocidad.

El joven vivía en Ribaflores y viajaba á la continua por tener ocasiones de corresponder a su pasión amorosa, al mismo tiempo que ejecutaba negocios pecuarios de trascendencia, puesto que también su riqueza consistía en derechos patrimoniales fincados en ganadería. Un poco más de tiempo, el matrimonio se habría verificado; la parca, sin embargo, les hizo una jugarrera inopinada arrebatando a los padres de las jóvenes araucanas en pocos días, y, por ende, frustrando la boda en aquel entonces con gran sentimiento de entrambas partes. Mas lo peor del caso fué que las infelices se quedaron a merced de un rábula, que con sofisticas racionaciones torció el curso de la verdad haciendo desaguar el patrimonio en su propio bolsillo, y, más que en el suyo, en el de cierto farsante de parentela postiza, con título de albacea, a quien mercenariamente servía. Es decir, los bienes de la sucesión mortuoria quedaron en poder de un abogado malo y de un albacea pésimo. Público, y muy público, vino a ser el tejemaneje de este albaceazgo contra las hermanas huérfanas; la acción, no obstante, de la vindicta pública tiene sus limitaciones, y aunque clamase el

pueblo entero justicia, los contrafueros no eran subsanados.

De abogado oficiaba un allegadizo, oriundo de Bogotá, que hacía pocos meses demoraba en la comarca, joven aventurero, arrojado allí por cierta tormenta política como los restos de un naufragio, o más bien como las materias purulentas brotando de herida gangrenosa.

El albacea, dándose las de muy señor y pariente, hacía tiempo que era parásito de la casa. Habíase nombrado a sí mismo confidente y consejero del padre de los jóvenes en otro tiempo, y, avanzando cada día más en los campos de la intimidad, quiso formar parte integrante de la familia ya huérfana dando la mano de esposo a Brunequilla, no llevado por el cariño, sino por el sórdido intento de apoderarse de la hacienda, cuando no por un amor innoble y poco casto.

Cuánto era para temer y dilatar aquel enlace, por parte de la huérfana, deducirás de las negativas rotundas que ella le daba, porque en todo pensaba la muchacha menos en casarse con el tal; tretas bien pensadas y mejor urdidas en los laboratorios del albacea y del abogado, quienes obraban consultivamente, impidieron la realización del empeño.

Aquí empezó la lucha entre el mequetrefe ambicioso y el ganadero ribaflorense.

Un día que el de Ribaflores iba camino del hato, en el que vivía la pretendida, fué asaltado junto a una arboleda; dos disparos simultáneos de pistola le sorprendieron, con los que fué herido el caballo; mas no le incapacitaron para perseguir a los emboscados, que eran dos miserables peones de vaquerío sobornados por el rival, que anhelaba quitarlo del medio con proceder tan villanos. Luego después, como no se intimidase con este trance el caballeroso pretendiente y

persistiese en el dicho casamiento, acaeció que en las mismas calles de Arauca le armó el albacea un zipizape tan extemporáneo e impropcedente, que los circunstancias tacharon de grosero en su cara al atropellador y le culparon toda responsabilidad.

Al otro día del caso, habiendo ido el amante de Brunequilda al hato en son de visita, llegó a la casa el pérfido albacea, e impropcedándole, desafiándole descaradamente, le urdió descomunal zambra; más aún: ardiendo en ira al ver que en aquel hogar todos le recibían desairadamente, sacó un arma de fuego y apuntó al de Ribafflor, que a la sazón encontrábase en la sala acompañado de las dos hermanas; éste acudió a la justa defensa y disparó la suya contra el rival, mas una muy imprevista contingencia hizo que el proyectil se descaminase e hiriera en el pecho a la hermana de Brunequilda, que cayó de bruces arrojando bocanadas de sangre.

A esta desgracia siguió otra mayor: que a fuerza de mil sagacidades y macas manipuladas por el abogado que le guardaba la espalda al albacea, levantóse un proceso criminal en que salió muy comprometido y responsable en el hecho sangriento el inocente ganadero. Interin que este juicio llevaba su tramitación muy a gusto del fementido albacea, Brunequilda, sola y sin valimientos, aislada en su hato, llena de cuitas, apesadumbrada por la trágica muerte de su hermana y por la pérdida de su prometido, que no volvió a Arauca, y asediada de las infames caricias del albacea, comenzó a dar señales de locura. Lleváronla a la población; estaba demasadamente loca; su demencia consistía en llorar y reír casi simultáneamente, y en invocar un nombre, siempre un nombre, el nombre de su amado; salía a la calle, a los suburbios de la población, llamando a su amante entre lloros y risas; a

veces huía a pie de su hato, se acostaba a la intemperie y arrojábase a los ríos con riesgo inminentísimo de perder la vida. No había duda: la infeliz era una demente en estado perfecto e irremediable.

Con todo, algún médico afirmó que el desequilibrio de sus facultades intelectuales no constituía un caso patológico que la ciencia debía declarar como incurable; de todo se trató, no obstante, menos de restablecerle la salud. ¿Qué podía apetecer el albacea sino la muerte de la joven ya que no se casaba con ella? ¿Buscaba otra cosa que su hacienda? ¿No era el matrimonio un medio, el más expedito, para robarle sus haberes? Y puesto caso que había impedido el enlace con el caballero de Ribaflores, ¿no era buen camino, para sus depredaciones, la enajenación mental, y mejor aún, la muerte de Brunequilda?

Así fué transcurriendo el tiempo hasta que un día ésta desapareció del todo, por más que indagóse su paradero por medio de comisiones investigadoras de la policía y de los particulares que proce lieron a su busca. Cierta vez circuló la noticia de que habíanse encontrado sus ropas en la orilla de un río, y, más abajo, en una playa, huesos humanos, lo cual inducía a creer que se había ahogado deliberadamente, o que, al bañarse, había sido devorada por algún caimán. De todas suertes su desaparición era irremediable. Tal era la opinión general.

Batían palmas al albacea y el abogado, triunfantes ya; ahora sí era fácil adueñarse del hato, muy a mansalva, porque el ganadero ribaflorense bastante ocupación tenía con desenredarse de los lazos que ellos le tendían con motivo de la sangrienta tragedia de marras; y, respecto de los parientes de la desequilibrada, que, como legítimos herederos, podían disputarles la presa, eso poco les preocupaba, porque a cau-

sa de su extrema pobreza y rusticidad, no había temor de que se alzasen a mayores. En resumen: la injusticia por arte de birlibirloque salía triunfadora.

Al joven de Ribaflo, cuando pagó la condena, que una sentencia de cohecho dictara, no se le volvió a mentar más, y pasaron y pasaron los años echando sobre los hechos consumados la pátina del olvido. ¿Cuáles serían, cuando apareció Juan Andrés, las reminiscencias de un suceso de treinta años de viejo, en una población que renueva los elementos de su sociedad con rapidez pasmosa, como puerto fluvial que es?

Sin embargo, nada más cierto que para verdades el tiempo, y para venganza Dios. La llegada del joven Meta, abogado de profesión, hombre de pluma, que principiaba a descollar en la prensa de Bogotá, fué una circunstancia ocasional por la que se levantó la punta del velo del olvido y aparecieron los restos chorreando sangre; restos que, adhiriéndose los unos a los otros, reconstruyeron el cuerpo del delito, recobraron la vida y con voz contundente clamaron justicia.

Y fué que uno de los herederos de la causa mortuoria de Brunequilla, comprendiendo toda la importancia que tenía la personalidad de Juan Andrés, bien que no disponía de cuantioso dinero para entablar pleito, consultóle el caso, y, hecho bien el estudio de las cosas, resultó que la justicia, en nombre del heredero aquél, podía aún recoger sus fueros pisoteados.

Mas ¿qué misterioso lazo existía entre el joven Meta y los herederos de Brunequilla para querer reivindicar un crimen de treinta años? ¿Por qué Juan Andrés, a pesar de toda su repugnancia a demorarse en Casanare, tomaba a pechos el pleito y juraba defenderlo aunque pereciese en la demanda? Porque el ganadero de Ribaflo, favorecido con el cariño de

Brunequilda, la pobre loca, loca de amor, aquel joven encausado por malas artes como homicida, castigado por un tribunal, deshonrado ante las gentes, aquel joven era su padre: era el mismo José Meta.

He aquí, pues, convertida una causa ajena en propia, y cómo entraba en los lindes del amor filial y del pundonor vindicar la memoria de los finados y manifestar la podredumbre del albacea y del rábula insidiosos, quienes por los peldaños de la villanía habían trepado a las alturas de una riqueza fabulosa y nada limpia.

Lo malo era que el leguleyo aquel, en seguida que sacó los pingües honorarios de sus trapacerías, regresó a Bogotá, en donde se perdió su nombre por entre el mar revuelto de una capital, y el albacea, repleto de bienes robados, internóse también reino adentro. ¿Se pondría la justicia en la pista de estos dos sujetos? Probabilísimamente, porque Juan Andrés era, a más de buen hijo, abogado muy hábil, infatigable y, sobre todo, amigo de lo justo.

Así, pues, los días que estuvo en Arauca se ocupó en desenredar el patrimonio de los Metas, actuando las diligencias en cuyo seguimiento había ido, y, además, en estudiar la cuestión que se relacionaba con el episodio novelesco de la juventud de D. José. Concluído lo cual, emprendió marcha de regreso a su hogar, con el propósito de volver a ultimar procedimientos que entonces no podía por la premura del tiempo y por la circunstancia de que necesitaba apersonarse con algunos individuos que fueron testigos presenciales de los sucesos luctuosos que motivaban la nueva litispendencia.

Sin del veraneo.

AL tocar Juan Andrés en Arrebol, de vuelta de su viaje a Arauca, quienquiera puede imaginarse las escenas domésticas que se desarrollarían a su llegada. Doña Engracia, estrechando con sus trémulos brazos al nieto, experimentó algo así como una inyección de vida, hablando aquel día con animación durante la mesa y comiendo con gran apetito, sensaciones de que hacía tiempo estaba privada; Inés dejó de travesear con su chiva y con Rita, y se pegó a su hermano para contarle de pe a pa todo lo ocurrido durante su ausencia; Rita se volvió un catecismo haciendo preguntas sobre las gentes de Arauca, y singularmente sobre el bello sexo.

Y ¡qué amable se mostraba el mozo con unos y con otras! ¡Cómo, sonriendo a todos, se esmeraba en complacerles y agradarles! A fe que tenía razón el padre misionero cuando decía que el alma de aquel joven era como un salón regio, al que le faltaba únicamente la luz de la gracia. ¿Y Ginés? ¿Es de creer que el hablador sempiterno de Ginesillo estuviera callado y sin despertar interés alguno? Que lo diga un corrillo de

su calaña, ante quien expone sus impresiones de viaje con briba muy ingeniosa.

Florencio, que oía de lejos la conversación, aparentando un gran enfado, gritó para cortarla:

—Ginés, no seas dicharachero, no bufonees tanto; deja esa charla y tráeme aquella pomada de Bogotá que está en ese cuarto, para curar al caballo zaíno.

—¿Del cuarto de los chécheres dice usted?

—Sí, hombre, ahí, entre los trastos viejos, tal vez dentro de un cajón grande, debe de haber un tarro de pomada que me regalaron como cosa especial; veamos por primera vez su eficacia.

Y fuése Ginés al cuarto dicho, que no tenía más destino que guardar las cosas inservibles o las de poco uso, y que, por lo mismo, estaba casi siempre cerrado. Aquel día, con motivo de la venida de Juan Andrés, estuvo abierto algún tiempo, pues en él metieron dos voluminosas cajas de curiosidades científicas recogidas por el viajero: parásitas, osamentas, pieles, cortezas de fibras textiles, trozos de maderas raras, aves disecadas y otras cosas al simil.

Se dirigió allí canturriando el mozo, empujó la puerta, y al ver que ésta ofrecía resistencia más que regular, creyéndola cerrada, se fué disparado a buscar la llave.

Entre tanto, ¿qué pasaba adentro? Pues una escena verdaderamente cómica: D. Benito Lerín, que hacía tiempo se moría de ganas por registrar la habitación, que siempre encontró cerrada, al verla en buena sazón, zampóse silenciosamente en ella, entornó la puerta y a registrarla se puso parte por parte. ¡Oh, había en aquel misterioso lugar soterrados tantos tesoros...! Mas, ¡cuál sería la zozobra del viejo al sentir los pasos de uno que trataba de entrar allí! ¿Se dejaría ver entelarañado y polvoriento? ¿Qué iría a buscar el mal-

dito Ginesillo a aquellas horas? Y pensándolo y haciéndolo, abrió el cajón más grande, especie de arca, que tenía botellas, tarros, herramientas agrícolas, se ocultó entre los objetos e hizo en seguida caer la tapa. Decididamente, Ginés entraría, haría lo que tenía que hacer y no le descubriría.

La puerta se abrió y se oyó esta voz del criado:

—Aquí huele a feo; estas oscuridades son condeni-yas. ¿Que saque el tarro que está ayí? ¿Quién sabe cuántas cucas habrá adentro?

Si Ginés hubiera fijado la atención cuando se aproximaba al cajón misterioso, habría observado que traqueaba aún la tapa. Era que el viejo temblaba de afán y halaba hacia adentro desesperadamente. Ginés trató de abrir ésta, pero no pudo, y pensó para su interior:

—Será mejor sacar el armatoste a la luz del patio y darle una limpia por dentro, no sea cosa que haya alguna culebrita.

Corrió a la puerta y gritó a uno de los peones que por allá andaba:

—Vení y me ayudas a sacar esto.

Y cogiendo el mueble entre los dos, lo sacaron al patio... ¡Pesaba tanto...!

¿Qué recurso le quedaba al vejete? ¡¡¡Desmayarse de angustia!!!

.....

Poco después, Florencio y el mozo, aplicando al caballo la pomada, conversaban muy por lo bajo:

—¿Ve usted qué terco de hombre? Hagámosle una buena pa que escarmiente...

—¡Pobre D. Benito!

—Hagámosle ya la voláa, mi amo. Bien se lo merece el muy ladino.

—No; dejémosle en paz, hombre; a mí me da pena lo que puede sufrir ese pobre señor con la broma...

—Ni riesgo; mire usted: si no me ayuda, se la hago yo solo. Créame, con eso le quitamos la mañita pa siempre. Y ha de ser luego, porque no hace mucho que le oí decí que se volvía con su familia un día de éstos.

—Pues con ese objeto únicamente es lícito darle la broma: con el de quitarle esa maldita inclinación que tiene a buscar tesoros ocultos. Con otros fines, créeme, Ginés, jamás consentiría yo una acción semejante.

—Amenito señó; el lunes por la noche comenzaremos la función; usted hará de escribano, que yo no sé escribí.

—Bueno, Ginés, pero has de ser muy prudente y avisado.

En efecto; bien entrada la noche del indicado día, cabalgaba Ginés con el viejo D. Benito hacia un lugar muy frecuentado por éste, pasando por el denominado *Madre viejo*, que ya conoce el lector. En esto, divisaron nuestros nocturnos viandantes una luz en la copa del árbol de aceite cabe el cual se suponía enterrado un codiciado tesoro de onzas. Ginés fué el primero que la vió, y al punto, fingiendo gran asombro, dijo a su compañero:

—D. Benito, ¿aqueya lucecita, eh?

—¡Oh!, la veo, sí, la veo; real seguro, real a manta.

—¡Quién sabe!, aqueya luz es peligrosoña...

—No, hombre; esa luz es el espíritu de D. José, que estará en penas mientras no se saque la guaca: apretemos el paso, Ginés.

—¡No juegue, por la Virgen —suspiró éste con burlesca sonrisa.

Y de repente, aparentando más terror que al principio, rompió a decir:

—Vea que la luz se mueve hacia nosotros; corramos aína.

—Tienes los ojos a componer, Ginés; ¡qué se ha de

mover, que se ha de mover la luz! Está quieta. ¿No la ves? Más bien va retirándose.

—Pues quédese usted con Dios, que yo me largo a la carrera.

Y fingió salir disparado hacia la casa.

D. Benito permaneció indeciso; luego le siguió, pero remoloneando.

—Corra, por Dios —le gritaba Ginés fingiendo un canguelo horrible—; sáquele el cuerpo a esa lucecita, que ya se acerca mucho.

Por fin, el miedo, que es más contagioso que el valor, se comunicó al viejo, quien puso los pies en polvorosa, aunque receloso de que su huída fuese imprecendente.

Aquella noche no durmió, ¡qué había de dormir!, ni pegó los ojos el atolondrado *Cucarrón*. A veces le provocaba dejar el lecho y volver sobre sus andadas hacia el árbol de la luz; a veces sudaba de zozobra pensando en la suerte que correría si iba allí; porque lo cierto era que el caso presentaba caracteres tan desacostumbrados como terribles: él sí había sido afortunado tal cual vez en sus pesquisas de hurón, pero siempre guiado por dices y consejas de las gentes, nunca, empero, por luces que avanzaban. De que la luz argüía tesoro, ni la menor duda le quedaba; ignoraba únicamente el modo de compaginar lo real con lo misterioso, y recelaba un tanto por el peligro de la aventura.

En estas y otras cavilaciones pasó una larguísima noche, noche de insomnio, y vió llegar el alba con su derroche de alegres resplandores. Madrugó más que de costumbre el viejo; dió tiempo a que le sirviesen el desayuno, salió al campo, volvió a la casa, y tornó a salir y entrar con señales de hondísima preocupación. En una de estas salidas, hízosele el enconradizo Ginés y le preguntó con mucho sigilo:

—¿Qué hubo anoche?

—Nada. Estoy que me muero de susto; yo me voy con mis hijas cuanto antes a la población; soñé que me quemaba el corazón la luz. ¡Una cosa atroz! ¿Oyes?

—Es decí, ¿qué usted no vuelve payá?

—Ni aunque me arrastren; esa luz es del mismísimo diablo.

—Tiene usted razón —concluyó el mayordomo—, es candela roja del propio infierno.

Y se retiró convencido de que el miserable viejo mentía con toda su alma. Lo cual quedó asaz demostrado cuando le vió montar a caballo y salir en dirección a la *Madre viejo*, a una hora en que difícilmente podría notar nadie su escapada.

Por cierto que es lo que anhelaba el picarón de Ginés, quien había colocado una linterna en el árbol de antes e inventado el viaje a caballo para que la viera D. Benito, y ahora fingía desconocimiento pleno del caso. Así, pues, *Cucarrón* fué en derechura al sitio donde brillara la luz en la noche anterior. Llegó al pie del árbol, desmontóse y procedió a examinar una por una las ramas. Nada de particular descubrió; de repente fijó sus ojillos de berbiquí en una cavidad que al pie del tronco muy disimulada se veía; velozmente metió la mano, y la única cosa que topó fué un papel arrugado y amarillento, en el cual estaban trazadas estas palabras muy borrosamente: «En el hueco del matapalo que está más próximo hallarás lo que buscas; desnúdate de medio cuerpo arriba; quítate el calzado y el sombrero, y antes de destapar el *coroto* haz juramento de no volver a buscar más tesoros, suceda lo que sucediere; desde el momento en que faltes al juramento... ¡ay de ti! También guardarás perpetuo silencio sobre lo que suceda. A nadie dirás nunca lo que te va a pasar. Si lo dices, ¡ay de ti! ¡ay de ti! ¡ay de ti!»

Ni más ni menos: allí estaba Tchan-Jao-lin desenterrando los escritos misteriosos del monte Pesung, pero le faltaba la diosa Ju-nin que se los explicase.

A la verdad, ¿cómo un hombre tan supersticioso y tan imbuido en cuentos de esta ralea había de suponer que aquello era una patraña de ningún viviente? ¡Pobre *Cucarrón!* A pique estuvo de perder la cabeza de puro contento; zumbábanle los oídos, latíale el corazón con vehemencia, y todo lo veía de un mismo color; por mejor decir, nada veía; y si sentía algo era temblar la tierra a sus pies; por un instante creyó morirse de satisfacción y alegría.

—Todo está bien —dijo para su sayo—, todo, todo.

Una sola cosa le produjo hormigueo en el corazón: lo del juramento de no buscar más tesoros. Eso sí tenía algunos bemoles; pero mirando bien la cosa, ¡qué juramento ni qué ocho cuartos!; no debía entenderse un juramento absoluto y perpetuo; debía ser condicional, ¡claro está!, nada más que condicional, o sea que le obligaría... mientras no topase nuevos rastros de otro tesoro.

Así discurría el aduendado avaro mientras que se desvestía según y conforme la prescripción del papel, que parecía ser escrito de letra y puño del mismo D. José Meta.

—Allá veo el matapalo, allá está— chilló en un acceso de alegría. Y se fué desalado hacia él.

En realidad de verdad, vió al punto una cavidad grande, como es frecuente que las tengan esos árboles; mas notó que estaba tapada con terrones y broza con no poco disimulo y arte. ¡Oh! ¡Gran felicidad! ¡Allí habría un gran montón de oro! Destapó la boca con exaltado pulso, y topó con una olla de barro cocido que tenía la boca herméticamente cerrada. ¡Fuera dudas! ¡El tesoro! ¡El tesoro! Sentóse en el suelo a sus

anchas, colocó entre las piernas la olla y se dispuso a destaparla con la cabeza casi pegando con ella. De súbito, se llenó de pavor su corazón; lo del juramento, ¡oh!, era una condición insoportable. ¿Conque no volvería a desenterrar tesoros? ¿Conque aquella afición que había cultivado desde la niñez iba a fenecer entonces? Pero ¿qué hacer? Engañar la conciencia no se puede; su testimonio es inapelable; y por más que daba vueltas a su chirumen para inventar una componenda, no le venía a las mientes. Por fin, disfrazando su irresolución con las exterioridades del despecho, dió a la botija recio golpe contra el suelo, y..., ¡oh castigo de la codicial!, entonces se presentó la escena de un hombre semidesnudo, descalzo, barrigón, cuellicorto, cabezudo y zanquilargo, acosado por un enjambre de irritadas avispas.

A la diabla salió por la sabana chillando y manoteando con furiosas contorsiones; llegó donde estaba el caballo y montó despavorido; pero a los pocos pasos el jinete voló por el aire, y el brioso animal, saltando como una cabra, corrió de estampía por la llanura, perseguido como iba por los himenópteros zumbadores. ¡Oh incubones mitológicos, salvadlo!

Que se cayó del caballo..., y que llegó a Arrebol a pie, hecho un eccehomo, porque las avispas no le dieron tiempo para coger sus vestidos ni sosiego para reponerse del susto, se deja comprender fácilmente; pero con la particularidad lamentable de que llevaba un brazo malherido y el cuerpo acribillado por los agujijones. Tampoco es necesario pintar la alarma estrepitosa que se produjo en la casa. Unos ayeaban, otros acudían al botiquín casero en demanda de lo conveniente, otros le acosaban a preguntas.

—No es nada —repetía el infeliz viejecillo—, no es nada; es que me fui a bañar, y, cuando estaba en pa-

ños menores, una nube de avispas cayó sobre mí con terrible fiereza.

Y luego, como estuvo a solas con Ginesillo, le manifestó la verdad lamentándose:

—¡Ay, éste es un castigo del cielo! Un ánima me ha espantado en... Yo tuve la culpa, porque no me avine a cumplir bien un juramento... ¡Ay!, Ginés, ahora sí prometo que nunca volveré a...

El desventurado sintió en la punta de la lengua como una picada de avispa, y se acordó de la cláusula que le exigía riguroso silencio sobre lo sucedido, y al punto cesó de hablar.

—¡Guá! Seguro que usted iba buscando guacas —le increpó Ginés fingiendo desagrado, al par que contenía los borbotones de risa que le acometían—; eso ha sido por *Madre viejo*; ¿la lucecita, eh? ¿Conque el ánima de D. José, y bravita ella?

Por de pronto hiciéronsele las primeras curas en Arrebol; y, apenas se vió en actitud de montar, lió sus cargas la familia Lerín, poniéndose en marcha para Ribaflores, y con ella los otros veraneantes. La cabeza de *Cucarrón*, vendada en todas direcciones, parecía una esfera armilar.

Nunca tal se vió el asendereado caballero D. Quijote por los desolados campos de Montiel.

Delirios.

No fué leve la enfermedad que a D. Benito le sobrevino a resultas de los tragicómicos episodios que en Arrebol, con lo del escondido tesoro, sucedieron, pues la malaria, arrebujaada con un manto de contusiones y aguijonazos, calósele de rondón en el cuerpo, produciendo, con sus pútridas influencias, un foco que envenenaba la sangre del infeliz enfermo, cosa que no previeron los autores del percanee.

Y ¡cuánto no lo sintió el bueno de Florencio, al ver ahora al pobre anciano hecho un estafermo descuajaringado y muy en peligro de perder la vida! Pero a fe que, por cuantos modos le fueron posibles, el entuerto que ocasionaran un día sus inconsiderados procederres procuró resarcirlo asistiendo día y noche al paciente, por espíritu de compensación muy caritativa; por lo demás, si él permitió la desgracia, fué con intención de que produjera ventajosísimos resultados; y, en resumidas cuentas, es cierto que de ningún modo cooperara, a saber que la salud de D. Benito iba a padecer tan graves estragos.

Los sucesos habían ido más allá de la cuenta y pasado la raya de la broma; mas, al fin y a la postre,

el fallo de las inculpaciones ¿podía recaer de lleno sobre Florencio? Sea lo que fuere, permanecía a la cabecera del enfermo, como si fuera éste ni más ni menos que su padre, sirviéndole con todos los posibles: recibía las visitas del facultativo y oía sus órdenes para cumplirlas con delicadísimo esmero; se anticipaba a Rita, a Bruna y a D.^a Engracia en servir los alimentos y toda clase de confortativos al doliente; presidía las discretas y agradables conversaciones que éstas y algunos amigos íntimos de la casa entablaban para solazar el ánimo de D. Benito; trasnochaba velando su delirante dormir y, por decirlo de una vez, asumiendo los títulos de hijo, médico y enfermero.

Mientras tanto, pasaban días y más días sin que presentara la fiebre sesgos favorables y sin quebrantar tampoco la constancia del enfermero, que, ojeroso y trasnochado, esforzábese por no parecerlo y no cejaba en el noble propósito de restituir la salud a su futuro suegro. ¿Qué le importaba que dijeran ciertas gentes que era un indelicado que prematuramente asumía el papel de yerno, con desdoro de la reputación de Rita? Esta y su padre, por su parte, correspondían con gratísima fineza a los desvelos del joven. Eran de oír las bendiciones de aquél y los parabienes que a su hija Rita daba por la suerte de haber encontrado para marido un sujeto de tanta hombría de bien; y por otro lado, también era una gloria observar cómo Rita, haciéndose en ocasiones la distraída o la inhábil, dejaba a Florencio que prestase servicios a su padre, mientras que le miraba embelesada, rebotante de felicidad, y diciendo para sus adentros que era el galán más acabado que había debajo de la capa del cielo, bueno de toda bondad.

—Sí, no hay que dudarlo —pensaba—; él es capaz de aguantar a mi papá todas sus genialidades. ¡Lo

quiere tanto...! ¡Es tan bueno...! Yo soy la que procedo malamente con no acelerar el día de nuestro matrimonio: sí, sí, lo reconozco; el carácter de mi padre no es óbice para nuestra felicidad. Porque ¿quién me quita darle gusto?

Y en las horas que los cuidados del enfermo se lo consentían, ingeniábase en compensar los desvelos de su fino amante con charlas y mimos de buena crianza.

Pues cuando el médico declaró que el Sr. Lerín había entrado en los linderos de la convalecencia, ¿cuál no sería la satisfacción de todos, máxime la de Florencio, que creyó ver cancelada por entero la deuda de irrespeto contraída en Arrebol?

Empero, véanse los caprichos de la tornadiza y pícaro suerte: D. Benito que deja las proximidades del camposanto, y Florencio que las toma en posesión. ¿Cómo fué eso?, se preguntaban todos asustados; y él les contestaba benévolamente que la fiebre palúdica provenía de haber comido a destiempo no sé qué frutas y de haberse bañado en condiciones antihigiénicas; cuando la verdad neta era que de los pervigilios habidos durante la enfermedad del Sr. Lerín.

¡Fiebre palúdica, o sea el rey de los espantos casanareños! Y por cierto que le arreció no poco.

Y Rita ¿en qué moneda le pagó?

—¡Pobrecillo!, ¡qué bueno es! —discurría ella—. Por sus extremadas atenciones para con mi padre está padeciendo lo indecible. ¡Cómo nos ama! ¡Qué alma tan hermosa tiene! ¡Ay! ¡Diera media vida por ahorrar un minuto de dolor a mi Florito!

Y en el ínterin, preparando medicamentos y más medicamentos en casa, y pasando a la del enfermo con el fin de ayudar a D.^a Engracia en el manejo de la casa y en el cuidado del aposento del joven, aunque sin olvidar las formalidades que pedía el decoro, no te-

nía punto de descanso. Así que unas veces se encargaba de los menesteres de la despensa y vigilancia doméstica, en reemplazo de D.^a Engracia; otras, asociada a Bruna o a Inés, permanecía las horas muertas en la alcoba del paciente. A disposición de éste tenía, pues, todas las donosuras de su genio, amablemente jugueterón; se compadecía de sus dolores con mucho sentimiento; acariciábale con palabras dulces como trinos de jilguero, mientras parpadeaba aceleradamente para contener algunas lágrimas que empañaban sus fulgurantes pupilas; apelaba al gracejo y a la burla exquisitamente irónica, sin dejar de asumir de vez en cuando actitudes de dueña y señora para obligarle a tomar las medicinas del caso. Y cuando el joven, entre el incendio de la fiebre, prorrumpía en arrebatos de delirio, ¡ay de Rita! ¡Cómo, rasgado su corazón de angustia, se arrodillaba ante un cuadro de Nuestra Señora del Carmen que en la alcoba había, y derramaba llanto de amor rogando a la bendita Virgen!

En cierta ocasión, Florencio rompió a delirar en voz alta; a su lado encontrábase D.^a Engracia, Inés y Rita; la primera hubo de salir de la pieza por una urgente necesidad, por manera que Rita quedó arrojando el recrudecimiento de la fiebre. Sentóse la joven muy próxima a la cabecera, acomodando sobre su enfaldo a Inesilla, quien asió la mano de Florencio, besándola con entrañable compasión. En toda la casa reinaba absoluto silencio; las ventanas de la alcoba apenas dejaban pasar algunos lampos de luz difusa y desvaída, cuyos tonos se amortiguaban más y más al través de las cortinas; un reloj de pared meneaba su péndulo en la sala contigua con tedios de monotonía, cual si quisiera remedar la fatigosa respiración del enfermo, que musitaba incoherentes razonamientos unas veces, y otras profería palabras parecidas a lamentos,

y también prorrumpía en risotadas que entraban por los oídos de Rita como un manojo de espinas. El rostro de Florencio veíase encendido como la grana; en ocasiones, un desasosiego intenso obligaba al febricitante a cambiar de postura, revolviendo espantosamente los ojos y sacudiendo la cabeza como buscando aire. Rita e Inés limpiábanle el sudor y le componían la ropa.

Una tarde en que la fiebre llegó a su período más agudo, dió la espalda a las enfermeras y comenzó a declarar, en pleno delirio, el episodio de las avispas y los medios que a tal resultado condujeron. Todo, todo lo descubrió, si bien en sentido de pena y arrepentimiento.

Rita oyó las revelaciones. ¿Qué experimentó su corazón? Como si una mano de gigante se lo hubiera es-trujado, notó que le faltaba aire respirable, que invadían la habitación sombras de noche eterna, que olas de abatimiento corrían por sus venas; poco faltó para que cayera muerta al pie del lecho; fría y lívida como una difunta, tambaleándose como una desequilibrada y bajando bruscamente a Inés de las rodillas, salió de la estancia, pasó a su casa y se arrojó en un diván, sin pensar, ni ver, ni sentir nada. El vacío caótico por todas partes; la fría desilusión, descomponiéndose en copiosa nieve que descendía sobre ella, entumeciendo el presente y el porvenir de sus ensoñamientos amorosos. Ni una lágrima asomaba a sus hermosos ojos; no podía llorar...

Encontróla en esta situación Bruna, quien, a fuerza de prodigarle ternezas e instarle a que le revelara el motivo de sus padecimientos, consiguió volverla a la vida real y arrancarle un torrente de lágrimas.

Abrazadas las dos hermanas, se esforzaban por mitigar, el dolor la una, y la otra por manifestar su in-

dignación con palabras de pasión, de fuego, de lava ardiente. En los arrebatos de su coraje, señalaba Rita la serie de grados que tienen esos caracteres impresionables que creen ultrajado su mayestático decoro con... cualesquier insignificancias. Así, que el raudal de lágrimas se convirtió en chorro de palabras incoherentes, y más tarde, de razonamientos ridículamente cavilosos, concluyendo en una calma de acerbo abatimiento.

—Florencio es un salvaje. ¡Quiso matar a papá! ¡Hipócrita! ¡Mil veces hipócrita! ¿Yo casarme con él? ¡Nunca!

Y erguía su menudo talle con ondulaciones felinas y meneaba los ojos como un basilisco, mientras que su hermana, abrazada a ella con amorosa compasión, procuraba hacerle posar la cabeza en su pecho, cal-mándola.

—No son cuentos de nadie —continuaba—; él mismo lo ha manifestado todo. ¡Infame, cruel! Una hija no puede perdonar las injurias hechas a su padre. ¿Que le quiera? No merece tener corazón, ni honra, ni felicidad, ni nada. Cuando yo deje de llamarme Rita Lerín le perdonaré esta injuria.

Enteróse D. Benito de los lloros y se acercó a la joven, diciéndole:

—¿Qué tienes, hija mía?

—Nada; no me pregunte qué tengo; no le contestaré ni una palabra.

Y para cumplir mejor su resolución, desasióse de la hermana y precipitadamente se internó en su al-coba. Bruna la siguió. D. Benito se quedó asustado.

En el entretanto, algo interesante acaecía en la casa de Florencio.

Aun cuando había quedado sola Inés en el cuarto de éste, la pobre niña, presintiendo una desgracia, sa-

lió precipitada a comunicar a su abuela la repentina escapatoria de Rita. Sospechó la señora hubiera acaecido algo desagradable, por ejemplo, que el enfermo la hubiese dado algún desaire violento o dicho palabras agresivas, delirando como estaba. A este respecto interrogó a la chica, quien manifestó lo suficiente para dejarla enterada de lo ocurrido. Con lo cual volvió a la cama de Florencio en el instante en que la fiebre aflojaba ya las contráctiles garras, como muy satisfecha de tener postrado al vigoroso mancebo.

—Hijo, ¿estás mejor? ¿Qué te duele? —decía la abuela poniéndole en la sien la mano y frotándola con suavidad—. ¿Ya se te pasó el desvarío? ¿En qué pensabas, hijo mío?

Volvió la cara Florencio agitado y preguntó:

—¿Dónde está mi *Poupée*? ¿Se fué Rita?

—Sí, hijo, tenía una ocupación urgente en su casa.

—¿Y hace mucho?

—Cuando empezó a subir la fiebre.

Quedóse mirando al vacío Florencio un breve espacio, y exhaló un suspiro muy hondo.

Más tarde agregó:

—Que venga ella a darme un sorbo de agua.

—Vete, Inés —mandó la abuela—, vete y dile que la llama Florencio, corre.

La niña pasó a la casa de enfrente y entró hasta la alcoba en que se hallaban Rita y Bruna entregadas a las torturas más amargas.

—Que vayas, Norita, que te llama mi hermano Florencio.

—Dile que no me da la real gana.

Así contestó, haciendo un ademán despectivo, que dió susto a la inocente niña, la cual regresó y dijo:

—Rita está muy brava, mucho, mucho; ha dicho que no quería venir.

El joven gritó con acento muy lastimero:

—¡Rita, Rita de mi corazón, ven...!

A este grito de amor sólo contestó el reloj de la habitación con su monótono *tictac*, como si fuera la voz de un duende burlesco y cruel...

XXIII

Razón de la sinrazón.

Cómo la pizpireta de Rita unía en sus manifestaciones idiosincrásicas lo álgido de la ira con los extremos de la caricia afectuosa, no lo podría explicar sino el que formó el corazón de la mujer. Era, a la verdad, un enigma extremadamente complicado su carácter, con esa dualidad de tendencias que la rodeaban, como halos de refulgencias inarmónicas; o, si se quiere, era un árbol injertado que, conforme crecía la rama de su cariño a Florencio, más frondosos medros se notaban en la rama de su irascibilidad, a cuya sombra revoloteaban bandadas de caprichosas genialidades que pretendían ajar las flores del amor, los frutos destinados para las trojes del matrimonio.

Por esta vez, alguna causa abonaba, ciertamente, el berrinche que sufría la joven; pero era extracto de sombra de razón, valga la frase. Cariñosísima hija, no podía tolerar que D. Benito quedara envuelto ridículamente en la cobija del menosprecio, sin que los culpados expiasen su reato pagando hasta el último adarme de responsabilidad. Porque, ¿cómo haría buen semblante al que se burlaba de su padre, aunque éste tuviese más defectos que canas, y aquél cualesquiera derechos a su estimación y afecto?

La buena de D.^a Engracia, luego que vió una coyuntura aceptable, pasó a conferenciar con Rita, para allanar las dificultades que originaron las revelaciones con ocasión del delirio de su nieto publicadas; porque ha de saberse que Rita no tornó a poner el pie en casa del enfermo; y, aunque habían transcurrido siete días y más, muy resuelta se mantenía en no volverlo a poner así la hicieran pedazos; durante el cual tiempo, Florencio, por fortuna ya en estado de convalecencia, dos veces habíala llamado, y otras dos recibido rotundos nones que afligian su espíritu cruelmente, mortalmente, como si cayera sobre su pecho una mole de piedra, la mole de Sísifo.

Digo que la Sra. Engracia entró a platicar con la vecinita, la cual, sin embargo, se sostuvo tiesa y retiesa, no queriendo ceder ni un punto en sus derechos lesionados; y no es que la anciana le mendigase el cariño para su nieto, que en rigor no lo necesitaba, sino que pretendía arreglos concordativos en beneficio de la amistad misma, es decir, por amor a entrambos mancebos, quienes era de temerse terminaran dando al traste con los andamios de la fábrica matrimonial, en tanto que sus corazones permanecían tan trabados, que ni a tres tirones podría nadie desunirlos. En los reservados escondites de su ancianidad la discreta señora guardaba recuerdos de cosas y casos que no la dejarían quedar por mal pensada o ligera en sus juicios; el tiempo sería testigo; de no transigir ellos, sobrevendrían circunstancias de mal cariz que tergiversarían aun lo más recto; que todo lo grande es un compuesto de pequeñeces, y lo mismo da que la mariposa del amor aplastada quede por un millón de menudas infidencias que por el enorme peñasco del desprecio.

Convenía a todo trance no llevar a mayores el resentimiento, puesto caso que el atolondrado joven no

cometió la falta bajo la razón de la pravedad, sino movido de muy hidalgas intenciones; mayormente que no previó las consecuencias del caso, ni como cooperante activo figuró en el desenvolvimiento de los percances; a lo sumo, se le podía tachar de indelicado, culpabilidad que estaba resuelto a expiar tan pronto como pudiera apersonarse con la ofendida.

En vista de tales razones expresadas por la anciana, lejos de contentarse la joven, se engolondrinó con mayor pertinacia, quedándose muy en sus puntos y resolviendo, contra viento y marea, gobernar con imperita mano el bajel de su honor ofendido, mas que naufragase el de sus promesas conyugales. Aunque, valga la verdad, no iba tan allá su intento, pues jamás se le pasó por el majín una ruptura seria con su futuro.

Poco fué lo obtenido por doña Engracia de la primera entrevista; del fruto de la siguiente, celebrada por los dos jóvenes ofendidos, juzgaremos al oírles la conversación.

Macilento, bien arropado y apoyado en un recio bastón, atravesó Florencio la calle dispuesto a echar un cuarto a espadas en casa de Rita, cuando ni de D. Benito ni de D.^a Engracia pudo ser atisbado. Bruna le proporcionó convenientes maneras de carearse con su hermana, quien, muy estirada y olímpica, recibió al visitante.

—Tenga la fineza el señor Meta de ocupar un asiento, —dijo la hija mayor de Lerín con acento frío y ceremonioso.

—Rita, vengo a que me perdones cualquier falta que haya cometido.

—No sé, caballero, qué es eso de cualquier falta...

—Por Dios, queridita, desenójate; yo únicamente pretendí corregir a tu padre para acelerar más y más nuestro matrimonio; confieso que me desmandé, pero

recuerda también que tú me instaste una y mil veces a que pusiera por obra...

—¡Falso! —voceó la Lerín, movida de desapoderada acedia—; a mi padre lo amo más de lo que piensa usted. ¿Yo incitarle a cometer atropellos? ¿Y contra el ser que más amo en este mundo?

—No precisamente a eso, Ritica; pero sí querías, como yo, su enmienda.

—Pero no por medio de procedimientos bárbaros...

—Sábetete que fué imprevisto el desenlace y que me dolió en el alma...

—Eso se llama añadir a la ofensa la mentira.

—Calla, Rita; aborrezco la mentira de medio a medio; tú que me conoces debes hacer más justicia a mis sentimientos.

—¿Yo que le conozco a usted? —chirló airada—; quien lo conozca que lo compre. Hasta ahora creía que era usted un caballero, y resulta que es usted un hipócrita, un hombre cruel, sin pizca de sentimientos humanitarios. ¡Cómo! Si ahora se atreve a ultrajar así a mi padre, ¿que sería después del matrimonio? ¡Oh! Usted es el que no conoce a Rita Lerín, pobre, pero invulnerable en sus afectos filiales. Usted, sí, usted es el que no me conoce, y por eso sin duda tiene la necia pretensión de divertirse conmigo como si fuese yo una muñeca.

La joven decía esto carifruncida, colérica, trémulo el labio inferior y con acento vibrante, mientras Florencio permanecía en su silla, pálido el rostro por la debilidad física y el sufrimiento moral, sobre todo; principiaba a ver que el arrebato de Rita era algo más vehemente que en otras ocasiones, y que se situaba ella en puntos de ataque tan escarpados e inaccesibles, que, más que esperanzas de victoria, ofrecía al adversario vías de dolorosa retirada. Verdaderamente el

mancebo no atinaba con el busilis del enojo. —¿Por qué habla así Rita? —meditaba en aquel instante—. ¿Cómo ha llegado la quisquillosa a convertirse en indómita fiera? ¿Qué se hicieron aquellas niñadas y rabietas pasajeras? ¡Si diría yo en mi delirio algo muy afrentoso que no sucedió!

—Bueno, mujer —añadió saliendo de su abatimiento—: ¿qué revelé yo soñando? ¿El episodio, acaso, de las avispas? Y eso ¿qué significa para que te pongas así?

—¡No ataque lo más sagrado de mis afectos, el amor de mi padre! —gritó sulfurándose la diminuta muchacha, hasta el punto de abandonar su asiento y adelantarse hacia el joven con ademanes de loca—. Querer matar a mi pobre padre, desvalido y anciano, y luego decir con irritante frialdad: «¡No hay motivo para ponerte tan rabiosa...!» ¿Es acaso que yo no tengo corazón, o que tengo en lugar de corazón un pedazo de corcho?

—No, por Dios, Rita, no hables así; quiero decir que debías haberme disimulado todo, porque mi buena intención...

—¡Basta! —gritó enrabiada la otra—; evítame el disgusto de mostrarle el camino de la calle.

Y diciendo esto, la joven indicaba la puerta de salida con el índice duramente crispado.

Florencio creyó por un momento morir de angustia; mas, una vez que hubo recobrado el sentido de sí mismo, vió su honra profundamente maltratada y creyóse obligado a defenderla cortés, pero enérgicamente.

—¿Es decir, que me despachas? —dijo por fin el joven con entereza y dignidad.

Y se puso en pie.

—Caballero, mi enojo no menguará nunca —contestó orgullosamente Rita.

—Está bién —balbuceó aquél, tembloroso de cólera y saliendo a grandes pasos de la habitación.

Y ya en la puerta:

—Por lo menos, que no sepa nada D. Benito.

Rita, por única contestación, hizo un signo de desprecio y le volvió la espalda.

¡Ah, de la venenosa Isabel de Inglaterra lanzando aquel rabioso grito a Essex: *Go and be hanged!*

Luego que la vengativa hija de Lerín se vió sóla, sintió borbollar la sangre en su corazón con fuertes palpitaciones y exclamó llena de satisfacción:

—Bien, bien; ahora ya puedo estar tranquila y contenta, pues he vengado la honra de mi querido padre; que sepa ese bruto quién es la hija de D. Benito. ¿Yo dejar pasar impune ese atrevimiento? Hoy lo hace con él; mañana haría cosas peores conmigo. Nada, nada; he cumplido con mi deber.

En tanto que hablaba así trataba de poner en su puesto unos juguetes que Inesilla dejara tirados; mas lo hacía con tanta prisa y agitación, que no notaba que cometía ridículos adfesios en su faena.

—Claro está que cuando él vuelva —proseguía su monólogo— lo trataré con menos dureza, y como me quiere tan locamente, todo tornará a su primer estado; pero que nadie me diga que yo acabo de obrar mal; porque ese alocado de Florencio se lo merecía todo. ¡Vaya si se lo merecía!

Y vuelta a ordenar las muñecas y títeres, y vuelta a mirarse al espejo para componerse el cabello, que participaba del desorden que alteraba el alma de la joven.

—Pero... ¡Si me he puesto colérica! ¡Estoy que ardo! ¡Horror! ¡Si me sale el fuego por la cara..!

Y se tocaba levemente con la palma de la mano los carrillos color de grana, y se abanicaba con el pañuelo.

—¡Ave María! ¡qué enfados estos...! Pero ¿no me he de poner brava con esas cosas de Florencio? A fe que me la ha de pagar más y más ese pícaro; cuando vuelva a verle, que sí le veré, le he de cobrar con usura este disgusto que me ha dado.

Otro manoseo a los juguetes de Inesilla y nuevo arreglo del cabello, mientras decía:

—¡Qué cosas pasan en este mundo, Dios mío! La verdad es que razón para esto, razón que digamos, no la había. Con que él me hubiera dicho lo ocurrido, yo no me hubiera puesto así. En fin, le perdonaré con mucho gusto para que vea que su Nora es compasiva y clemente.

De este modo pensaba la muy quisquillosa, a medida que le iba pasando el disgusto, mientras Florencio reflexionaba de estotro, entrando en su alcoba y dejándose caer sin alientos en la cama.

—¡Mujer, incomprensible mujer, que me robaste el corazón para despedazármelo cruelmente! ¿Por qué me acabas de matar? ¿Qué espíritu maligno se ha apoderado de ti para sugestionarte con sus maleficios? ¡Ah, tú no eres la misma! Aquellas rabiets y genialidades fugaces se han convertido en tempestuosas iras. ¿Es que los verdaderos caracteres de tu genio estaban ocultos hasta ahora? ¡Cómo has envenenado mi pobre corazón con el tósigo del desencanto!

Estos pensamientos embargaban su ánimo mientras se mesaba los cabellos y despedazaba la ropa de la cama. De vez en cuando lanzaba un lamento desgarrador que parecía un rugido, y continuaba:

—Mucho te he amado, Rita, pero la fuerza de la desgracia me ha arrebatado tu querer. ¿Qué digo? ¿Me amaba por ventura ese basilisco? ¡No me amaba, no me amaba! Nunca como hoy he visto mi paciencia sometida a tan dura prueba. Yo la hubiera estrangula-

do como a un maniquí; pero no sé quién me debilitó el brazo y me quitó todo arranque de fuerza... ¡Me insultó! ¡Hasta quiso poner sus manos en mi cara...! ¡Oh, y me despachó cínicamente, brutalmente! ¡Esa no es Rita, la Rita de mis ensueños!

Y de pronto, tras una prolongada pausa, añadió sentándose en el borde del lecho:

—Pues bien, ella lo quiso... ¡sea!; pero juro no volver a hablarle desde hoy; deshechos quedan todos los compromisos; yo también tengo honor; le ofrecí modos de decorosa avenencia, y los rechazó; yo también rechazaré todo avance y hasta todo intento de aproximación. Es imposible casarme con una demente rematada. Rita es una loca... Rita expiará su falta... la expiará, no lo dudo.

He aquí cómo acababa de partir la tijera del orgullo la inconsútil urdimbre de los compromisos amorosos. Florencio, herido de muerte por la afilada lengua de Rita, reconocióse incapacitado para en adelante implorar perdón; una ola sanguínea de indignación le trastornaba el seso.

Mientras se desarrollaba esta escena, Inés acertó a pasar cerca del cuarto de Florencio, cuando éste exhalaba los más hondos suspiros; y como saliese la niña en busca de su abuela, que estaba en la iglesia, para contárselo, Rita la vió y la llamó melindrosamente:

—¡Hola, Inesilla! ¿parece que estás muy asustada?

—Sí que lo estoy, Ritica.

—¿Y por qué?

—Porque oí a Florencio que lloraba y se quejaba mucho. Voy a llamar a mamita.

—¿De veras?

—Sí, déjame, que voy a llamar a mamita señora para contárselo.

—Hija mía, y ¿no me das un beso...?

Inés no se detuvo, lo cual contribuyó no poco a que Rita comprendiese algo las intemperancias de su genio. Sin embargo, como queriendo rechazar toda idea de arrepentimiento, meneó nerviosamente la cabeza y, quitándose de la ventana, exclamó con sarcasmo:

—¡Vaya con el delicadito! Aun querrá que pase a consolarle. Pues allá se las componga.

En una habitación contigua a la de Rita desarrollábase otra escena. D. Benito, suelta la corbata, sudoroso, con el sombrero de medio lado, con los ojillos muy abiertos y como reconcentrado su pensamiento en una sola idea, está terminando de tapar un frasco de vidrio, en el cual escribe acto seguido este marbete: *Hallado en Arrebol*; pégalo en la botija, dale el último vistazo, y principia a contar sus pasos con misteriosa andadura; empero, de súbito siente hacia la entrada del cuarto un ruido sospechoso y que se abre la puerta todo lo ancha que es; entonces el atolondrado viejo quiere ir aceleradamente a esconder el tesoro en el cofre; pero al intentarlo, da con él en un mueble, lo quiebra con estrépito y ruedan en distintas direcciones monedas de oro, produciendo un ruidillo como de risas maliciosas. Al punto vuelve la vista a la puerta...


¡Riámonos de Atila a las puertas de Roma, de Fernando a las puertas de Granada, de Mahomet a las de Constantinopla, de Guillermo a las de París, en comparación del pánico que produjo en el corazón del codicioso, al ver allí, en el umbral, a la cabrita *Bellak*, la inseparable compañera del vejete, cuyo capricho de traérsela al pueblo le iba costando caro!

Con la agilidad de un galgo corre el infeliz Lerín hasta la puerta, espanta al animal, y, cuando ha recogido su tesoro, se pone a conferir consigo mismo lo siguiente:

—Y luego dirán que es bola lo de los santuarios. Nadie me quita de la mollera que los antiguos escondían todo, todo el oro, dinero y alhajas y fincas; aquí está la prueba..., y ¡qué prueba, Santo Dios! Pues mira, Benito; no hagas caso de las rechiflas burlescas, y a seguir buscando gvaquitas, aunque te llamen *Cuca-rrón* y en ocasiones halles, en vez de tesoros, enjambrés de avispas que te acribillen.

XXIV

Por las pampas.

QUEL año habíase prolongado de tal modo la época de la sequía, o sea del verano, que ni con el preludio de un aguacero había anunciado el invierno que iba a sacar de sus aéreos escondites el húmedo manto con que envuelve la Llanura. Las incommensurables pampas dejaban paso libre a los exploradores; por eso se dieron en Ribaflor las providencias convenientes para ejecutar los trabajos en busca de una nueva vía, breve y fácil, que pusiera en comunicación a dicha ciudad con el vecindario de X, según estaba proyectado, empresa por cierto muy realizable si se asociaban todas las fuerzas vivas de la localidad. Y digo todas, porque no se podía prescindir de la del Padre misionero, toda vez que el trazo del nuevo camino tenía que ir por manidas infestadas de salvajes nómadas, terriblemente hostiles, los cuales, por espíritu de previsión maliciosa, en modo alguno permitirían la apertura de dicha senda para evitar el trato del civilizado, ya que a éste lo reputan perseguidor nato de las razas que habitan el desierto; y solamente prestan oídos a los misioneros, a cuyo ministerio rinden omnímodo vasallaje.

Por esta causa la presencia del Padre entre los ex-

ploradores era de suma necesidad; y si agregamos que, además de ministro de Dios, era hombre netamente progresista y de gran competencia en ciencias naturales, podríase concluir que el misionero acometió con gusto la empresa poniendo al servicio de ella todas sus aptitudes.

Se acompañó al efecto de Juan Andrés con intención segunda, pues, fuera de la ayuda científica que prestaría el estudioso joven, quería dirigir la manobra de tal modo que refluyera, siquiera fuese indirectamente, en beneficio espiritual de su alma. Amén de esto, con unas y otras demoras, correría el tiempo tan rápido, que imposible sería al estudiante dirigirse a Bogotá en prosecución de sus estudios; así acabaría de cobrar afición al terruño nativo y hogar materno, primer paso de su conversión religiosa, y, por consiguiente, quedándose todo el año, a buen seguro que, si no llegaba hasta la meta del bien, andaría muy cerca de ella.

A la expedición no debían ir más que cinco individuos o seis: el Padre, Juan Andrés, el inevitable Ginesillo y unos peones con acémilas. ¿Y por qué ninguno más? El misionero manifestó que estorbaba cualquier otro que se agregase, tanto porque la estación de las lluvias, muy próxima ya, no permitía otra cosa sino explorar el terreno, como, sobre todo y principalmente, porque mayor número de viandantes excitaría la suspicacia de las tribus enemigas que serían capaces de malograr para siempre la empresa.

Todo así dispuesto se prefijó el día de la partida; llegado éste, se lanzaron nuestros exploradores hacia lo desconocido y solitario de esas llanuras, en que las olas de purísimas esencias que aromatizan el ambiente no han sido aún clasificadas en los gabinetes de la civilización.

Nada, absolutamente nada singular presentóseles a la vista en la primera jornada, como que transitaban por vías harto conocidas del público. A la segunda, que era en la que se desviaban de las rutas vecinales para inspeccionar nuevos rumbos, tampoco vieron cosas que merezcan llegar al conocimiento del lector, si no es que digamos la manera como atravesaron el primer río anchurosísimo e invadeable que toparon. Con muy sabia precaución habían cubierto las cargas de las acémilas con anchos cueros vacunos, cuyos orillos estaban agujereados a fin de combarlos formando un zurrón mediante una sogá corrediza. Así lo hicieron tan pronto como se cercioraron de que no podían vadear el río. Colocaron en el zurrón las sillas de montar, las cargas y demás impedimenta, y echándolo a flote cogió un diestro nadador una punta de la sogá sujeta al zurrón y logró pasar al otro lado, dejando previamente asido en la ribera de partida otro cabo de la sogá para poder volver la rudimentaria embarcación; conque tirando de uno y otro lado, según convenía, pasaba y retornaba el vehículo conduciendo el matalotaje y a los mismos exploradores.

Ginés no quiso someterse a ir sentado sobre tan mal lastrado bajel, por lo cual, después de desnudarse y desensillar su caballería, montó en ésta a pelo, púsose la ropa sobre la cabeza y... a pasar, se dijo. Y nadó el caballo de lo lindo con el jinete en sus lomos, representando al vivo la fábula del histórico centauro.

Fué a punto de anochecer cuando todo el convoy estuvo a salvo; por lo tanto, no se pudo pensar sino en preparar la ranchería cabe los árboles de la orilla para dormir lo más cómodamente posible, no sin haber acopiado abundante leña y encendido fogatas, a cuyo resplandor se asustasen las fieras ofensivas. Así, pues, mientras los peones hacían los menesteres del caso, el

Padre y Juan Andrés, sentados sobre el cantil del río que se deslizaba sosegado copiando en sus aguas los arboles del poniente, ordenaron sus puntos y observaciones de camino, y luego conferenciaron:

—Reverendo Padre, sin duda que usted conocerá *Las Confesiones de San Agustín*.

—¡Ya lo creo...! ¿Y usted?

—También.

—¿Hermosas, verdad?

—Hermosísimas, divinas, inimitables. Tienen el interés de una novela con un algo íntimo, impalpable, acariciador, que se infiltra en la esencia de la sangre como un bálsamo.

Al Padre dióle un vuelco de alegría el corazón; pero tuvo suficiente serenidad para ocultar la buena impresión que le causaban las palabras del joven, el cual, o era un comediante consumado, o un François Copée en flor.

—Vino a mi poder ese libro —dijo el joven abogado— sin solicitarlo, más aún, sin quererlo, y lo que es más todavía, repugnando con toda mi alma su lectura; empecé, no obstante, a hojearlo, se lo digo con franqueza, por consideraciones de familia, y con eso, hoy en día, reconozco que el libro ha dulcificado ciertas intemperancias de mi espíritu y le ha suavizado muchas asperezas; porque, con ser un poema del hombre en busca del ideal amoroso, acaudala tesoros de sentimientos nobles, como que procede de un gran personaje que tenía más corazón que cerebro, siquiera lo apoden águila racional de los primeros siglos del cristianismo. ¿Verdad?

—Sí, señor, pero acaso el libro está un tantico recargado de unción espiritual, según es de subjetivo y filosófico...

—Al principio así me pareció, hoy no me parece eso.

El Padre, con pausado acento y cruzando los brazos ante el pecho, dijo en un tono algo oratorio:

—A los que están familiarizados con cierto linaje de lecturas, les puede ésta parecer por extremo mística; pero las almas ávidas de luz, sedientas de dulzura, que padecen de esa enfermedad que podríamos llamar *hidropesía del corazón*, para esas almas, afirmo de mío que las *Confesiones* del gran Obispo de Hipona son una expresión acabada de felicidad. Dicen que Alejandro Magno ponía debajo de las almohadas, al acostarse, la *Eneida* para que le inspirara sueños divinos; he aquí lo que debe hacer el poeta y el sabio con este libro de San Agustín.

Arrojó entonces el joven, distraídamente, al río, que se deslizaba a sus pies, unas yerbecillas que volvía y revolvía en sus manos; volaron aquéllas esparcidas y quedaron al ras del agua flotando perezosamente; y él con la vista en ellas quedó absorto en hondos pensamientos; su frente, surcada de prematuras arrugas horizontales, pintábase en el río. La noche iba desvaneciendo los tintes violáceos y rojos que reflejaban en las aguas imitando inundaciones de sangre o charcos de oro en fusión; se refugiaban las aves noctívagas en los arbolados invadidos por las sombras; en el cielo asomaban pálidas, muy pálidas aún, las estrellas; la brisa susurrante, al agitar las frondas, imitaba el cuchicheo de los que rezan, o esa vibración intensa, sorda, de las multitudes que llenan las ciudades con inmenso hervor. Digno escenario del grandioso asunto tratado por Juan Andrés y el misionero. ¡La ciencia de un grande hombre en la maravillosa inmensidad de las pampas!

El mayordomo de Arrebol se acercó a los conferenciantes para ofrecerles las viandas de la cena y el descanso de las hamacas.

Luego, todos conciliaron el sueño, después de haber encendido enormes hogueras que chisporroteaban estruendosamente.

Al otro día, la luz de la aurora iluminó el campamento entre amagos de lluvia, la cual, si no torrencial, fué suficientemente copiosa para avisarles que no disipasen los días en bagatelas y detalles. Siguió un buen rato cellisqueando, a pesar de lo cual enmaletaron y rompieron marcha.

No bien se separaron de la ranchería, advirtió Ginés que una bandada de monos descendía por las ramas de los árboles, unos tras otros, mojados y entumecidos, e íbanse arrimando a las hogueras que aun ardían. Los viajeros, picados de curiosidad, atisbaban la maniobra de los coludos platirrinós que, haciendo contorsiones y gestos, por cierto muy animales, calentaban sus miembros y frotábanlos como para apurar del deleite hasta la mínima parte; a medida que engrosaban el corro, crecían las dificultades y los aprietos para su refocilación; mas lo peor de todo era que los tizones iban apagándose, y, por consiguiente, entristeciéndose los antropomorfos.

—¿Usted guarda simpatías, señor Meta, por la teoría transformista?

—La conozco, pero una dificultad demasiado poderosa me impide profesarla.

—¿Y cuál es esa dificultad?

—La imposibilidad de que se transformen las especies animales por medio de la selección natural.

—¿Se transformen qué?

—Las especies animales, digo.

—¡Ah, muy bien, que me place!

A continuación Ginés, mirando con fruición hacia la fogata, exclamó en son de burla dirigiéndose a los monos:

—Hola, mico viejo, atiza tantico la candela. No seas tan bruto.

—¿Ve usted? —dijo el religioso volviéndose hacia el inteligente joven.— ¿Ve hasta dónde llega el ponderado instinto de imitación de estos bichos? Esos monos no son capaces de hacer lo que el más rudo de los salvajes; atizar el fuego, por ejemplo. Necesitan el calor, lo quieren, y, sin embargo, dejarán apagar la lumbre.

—¡Oportuna observación, Padre!

Y prosiguieron la caminata sin detalles episódicos que merezcan narrarse.

Cruzando iban una despejada sabana, a eso del medio día, cuando columbraron a lo lejos un bulto que se movía de uno al otro lado.

¿Una res vacuna? Nó; allí no llegan los ganados. ¿Un tigre o un león? No tenía trazas de serlo. Con todo, entre el pajal, ora adquiriría la visión formas humanas, ora de cuadrúpedo.

Aseguraba Ginés que era animal porque él habíale visto el rabo muy largo. Para salir de dudas, hizo el misionero uso del anteojo y exclamó alborozado:

—¡Un salvaje! ¡Oh! ¡Magnífico hallazgo! ¡A él!

Todos en el acto dispusieron a galopar para darle alcance; pero el Padre los detuvo diciendo:

—De ningún modo debemos llegarnos en tropel; cuando mucho, uno o dos, para no alardear de fuerza; yo solo con D. Juan Andrés; los demás que esperen aquí hasta que les avisemos. Estos indios desconfían de todo, y por eso conviene que estén convencidos de que son superiores a nosotros; de otro modo nos sacrificarían, a pesar de todo el ascediente que yo pueda tener sobre ellos.

Dicho lo cual, sacóse del pecho y dejó al descubierto un crucifijo de regulares dimensiones, prendido de un

cordón de cáñamo. Después dijo a sus compañeros con resolución:

—¡Andando!

—¿No correremos peligro?—preguntó Juan Andrés.

—No; en el nombre de Dios nos abriremos paso.

A los pocos minutos el salvaje descubrió que se le acercaban los jinetes, y apretó a correr, empero fué alcanzado sin tardanza. Estaba desarmado y asustadísimo.

El Padre, sabedor como era de su lengua,

—No temas —le habló— soy el misionero; vengo buscando a tu tribu. ¿Dónde está?

—¿Vienes solo?

—Solo...

—¿Buen corazón?

—Como siempre.

—¿Qué buscas ahora?

—Hablar con tus gentes. ¿Dónde están?

—Aquí, en la costa de Rioturbio. Yo les llevo este zurrón de raíces. Pero, dime otra vez, ¿vienes solo?

—Te digo que solo, y os traigo muchos regalos; atrás quedan las cargas.

—Pues voy a avisar a la gente; no pases de Rioturbio hasta que llegue mi *capitanía*.

—Corre, pues; o si no, espera para que conozcas a los peones que me acompañan.

A una señal éstos se aproximaron. Ginés tembló de pies a cabeza al ver al nómada desnudo por completo, las guedejas de la cabeza largas, los ojos oblicuos, la mirada perspicaz y dura, los pómulos salientes, y el color de las carnes como el de las cosas tostadas por el sol.

¿Y el rabo que se le había visto? Pues no le faltaba motivo al llanero para decir que el salvaje mostraba formas de rabo, porque el indio, que estaba en carnes,

llevaba un tonelete de corteza de árbol con un apéndice que parecía caudal.

—Aquí estará el error de los exploradores que nos vienen contando haber visto hombres con rabo, cosa que favorece la teoría darwinista—, manifestó Juan Andrés, mientras el salvaje con su provisión de raíces se alejaba más que de prisa.

Y Ginés se quedó regañando:

—¿Qué harán esos brutos puaquí solos como fieras? ¿Porqué no saldrán a ayudarnos como peones e vaquería? Les daríamos ropa, herramientas y se harían cristianos, útiles a todos. ¡Tienen unos gustos estos condenados...!

Juan Andrés, por su parte, hizo el siguiente comentario:

—¡Qué valiente es este Padre! La verdad es que yo no me atrevería a tanto. Y bien; ¿qué diferencia hay entre él y yo? ¿Por qué esa influencia suya entre los salvajes? Los salvajes y la Religión, ¿cómo se dan la mano?

Interin el misionero giró la mirada del alma por los ricos avarientos y por los holgazanes del país y por los adoradores de la diosa concupiscencia, y formuló este pensamiento:

—La nación que se precie de culta teniendo nómaditas, es indigna de figurar entre las civilizadas.

Una noche entre salvajes.

A Rioturbio dirigieron sus pasos los caminantes, temiendo no poco por la calidad del recibimiento que les harían los indios. Probable era que no les permitieran proseguir las exploraciones, y tal vez que no les diesen la cara, lo cual equivalía a un reto, de cuyos resultados nadie podía arrendar las ganancias a los viajeros.

Sea como fuere, había que aventurar el todo por el todo y proseguir hasta el sitio de la cita, al que llegaron a tiempo en que las viandas suelen estar a pedir de boca, porque van condimentadas con la salsa que Cervantes llamó la mejor del mundo: el hambre.

Acababan de saborearlas junto a las aguas del acantilado, cuando una caterva de salvajes, gritando estruendosamente, asomó por entre el bosque. Hombres fornidos y bien musculados, mozallones y ancianos, todos revueltos, todos desnudos, todos demostrando gallardía de fuerza, detuviéronse un momento al borde del cantil, antes de saludar a los viajeros.

A los peones y a Ginés, de miedo, les dió un soberano patatús. ¿Qué mucho, si el mismo Juan Andrés se imaginó ver una legión de precitos antropófagos que venían, como los de Julio Verne, a arrancarles el co-

razón? Únicamente el Padre, avezado ya a tales encuentros, conservóse con calma, y de un vistazo comprendió que aquéllos venían en son de paz, sin desmando.

En pelotones descendieron los hijos de las selvas, y poco después se agregaron abigarradas multitudes de mujeres y niños saludando al misionero que les bendecía con el crucifijo que pendía de su cuello.

Asíase Ginesillo de la manga del sacerdote, y, a ser fácil, debajo de sus vestiduras se metiera, descajado el rostro, temblorosas las piernas, sin saliva que poder tragar; hecho un esperpento, no hacía sino mirar por encima de los hombros, a un lado y a otro, con el rabillo del ojo, porque a cada instante creía que millares de uñas de aquellos feísimos demonios le caían encima para descuartizarlo. Y no digamos que el criado se acobardaba por cualquier higa, pues en las cacerías del tigre, así como en los trabajos vaqueros y otras faenas de mucho empuje, se las pintaba solo: era un guapo de pelo en pecho; y ante aquellos hombres, sin embargo, que no eran moco de pavo, se le cayó el alma a los pies, creyendo morir de susto. Poco a poco le vino el resuello, y ya más sereno, pudo ver que no se lo engullirían, puesto que no se cuidaban de él un pito; mas también que toda su atención la fijaban en los regalillos que el misionero les distribuía.

Apenas se terminó la repartición propuso el Padre ir a pernoctar en la propia ranchería de ellos, y allí, en medio de familiares regocijos, indicarles el proyecto del nuevo trazo, solicitando primero su aprobación y después su eficaz apoyo, con lo cual quedaría desvanecido un buen número de dificultades de orientación y de tránsito, por cuanto los salvajes conocían palmo a palmo los desiertos que iba a cruzar la caravana.

Mas a pocos lances dedujo que los indios se opondrían a la apertura de la vía, y aun a la aproximación de los exploradores a las tiendas salvajes. A pesar de todo, era fuerza ganarles la voluntad y no cejar hasta que la prudencia les impusiera como hecho ineludible la retirada. Por eso insistió una y otra vez en trasladarse al bohío siquiera por una noche. Los nómadas le negaron la hospitalidad, aunque no con brusco rechazo. ¡Pues vaya usted a pedir a unos salvajes etiquetas! Mucha gracia fué que no los echasen con cajas destempladas tan pronto como pudieron barruntar el objeto del viaje. Empero que algo muy singular ocurría en el campamento cuando tan tercicos andaban en no hospedarlos, sospechólo el Padre, y así se lo manifestó a Juan Andrés en sazón oportuna.

Por último, tras de mucho instar, partieron todos hacia la ranchería, que constaba de un caney o cobertizo sobre estacones, sin paredes ni edificaciones adherentes, ni ajuar de ningún género, con que se acreditaba así la forma errante de su vivir, la grandísima miseria y el atraso en que pasan sus días los desventurados y el grado de salvajez en que están sumidos. Hamacas chapuceras y ahumadas colgando del maderamen, cachivaches de cocina, aljabas, flechas, arcos y lanzas, ovillos y madejas de fibras textiles de palmera, *moriche* y *cumare*, cueros secos de toda clase de fieras, manojos de plumas multicolores para la fiesta de los novilunios y tasajos acecinados de carne, es lo único que vieron por todas partes; los indios, sentados o acostados en las hamacas y aun en el suelo, hablando su gutural y áspero lenguaje y llenándolos de confusión y espanto; ni aves domésticas, ni animales de laboreo, ni señal de industria alguna; extensos plantíos de plátano y yuca, sin maíz ni legumbres de ningún género; y después de esto, el abandono, la barbarie, la

degradación con todas sus derivaciones y señales, y, lo peor de todo, muertas las esperanzas de rehabilitación para siempre.

La noche, con brusco sacudimiento, vino a echar el crespón de las sombras sobre aquel desconsolador escenario, para que se presentasen los objetos con proporciones más deformes y sugiriesen visiones macabras en que las personas parecían evocaciones de aquelarre.

A Ginés y a los peones ni por esas se les quitaba del magín que sería la última noche que pasarían entre los vivos; también alarmaron bastante aquellas cosas a Juan Andrés, cuyo sagaz espíritu no pudo sacarles el jugo que sacara en circunstancias normales; él, que tenía el don de la originalidad y de la gracia en sus apuntes; él, que veía el lado poético de todas las cosas sin esfuerzo ni amaneramiento, hallábase desconcertado, enjuto el cerebro, sin osadía en su imaginación, y sin ese deleite inefable que produce el estudio de asuntos desconocidos.

Por lo que hace a reflexiones sobre su conciencia, a la manera que ilumina el relámpago los ámbitos del espacio, así clarificaba su alma un pensamiento que le inducía a creer que era muy lógico hubiera un modo efectivo que pusiese en comunicación a la criatura racional y pecadora con la divinidad esencialmente misericordiosa para impartir su perdón al que infringiese sus eternos mandamientos. ¿Y cuándo más prudente que entonces aprovechar esa cosa llamada *confesión*, si en el momento menos pensado podía quedar atravesado por una lanza o asaeteado miserablemente?

Estas saludables ideas tomaban más fuerza de impresión cuando llegaban a sus oídos unos ayes lejanos que parecían de un moribundo. ¿Quién los exhalaba? ¡Y ninguno de aquellos seres degradados que se revol-

vían y charlaban en la choza a la claridad de una humosa tea, se hacía cargo de las necesidades del que ayeaba! ¿Se lo avisaría al misionero, o sería aquello un detalle decorativo de sus costumbres supersticiosas, no desconocido del Padre que proseguía sin inmudarse?

Distrájolo de estos temores un género de música nunca oída por él, formada por tambores roncros y silbatos de caña, con los que principiaron a cencerrear, bailando grotescamente con movimientos que recordaban las danzas pírricas de la antigua Grecia, como pleito homenaje hacia el Padre, según manifestaron, aunque después se supo que la zambra tenía por fin impedir se oyeran los alaridos que salían de entre el bosque. Así transcurrió la noche llena de zozobras y tétricas lucubraciones, hasta que Dios arrojó sobre el mundo las cataratas de su risueña luz para consuelo de los viandantes y para que vieran el desenlace de este espeluznante episodio.

Entre unos árboles no muy distantes de la ranchería se hallaba amarrada a uno fuertemente por los pies, y las muñecas vueltas a la espalda, una mujer no joven. La cabellera desparramada y recia tapábale el rostro manchado de sudor, lágrimas y sangre; abotagados los ojos, tenía una mirada algo más que feroz, esa mirada pérfidamente reposada que se pinta en el rostro de los patibularios, que no quieren reconciliarse ni con Dios ni con los hombres; la piel de las muñecas, reventada a causa de la apretura de los cordeles, las manos y los antebrazos, con sangre coagulada, y a sus pies una alfombra de sangre seca también. No le faltaban huellas de hermosura desgastada, de encantos desvanecidos por las asperezas de la cerril vagancia. ¿Era una criminal patibularia? Indudablemente. ¿Por qué causa? El misionero, que ni a fuerza de ruegos y ardides

alcanzó de los salvajes el privilegio de acercarse al lugar del suplicio, no pudo saberlo entonces.

Lo cierto del caso es que en el momento de la ejecución, él, acompañado de los verdugos y de toda la tribu, penetró en el bosquecillo; la mujer, que notó se acercaban, los miró con marcado desdén; mas al distinguir entre la turba al misionero dió un vuelco y un rugido en gran modo vehemente y pidió a gritos que se aproximase; no querían los salvajes acceder; la infeliz se retorció y clamaba con crecientes ansias, anhelando hablar con el Padre; pero ellos pretendían todo lo contrario, y aun trataban de tumultuarse caso de que el misionero intentara arrimarse a ella.

Es indescriptible la lucha que se trabó entre el sacerdote y la turba, que pedía la muerte inmediata de la criminal. Ultimamente el cacique convino en que se aproximara un instante nada más y en presencia de todos. Voló el Padre al patíbulo y sobrevinieron unos momentos en que se vió a la mujer hablar al oído del otro con ansia, con avidez, con aspavientos de loca; al Padre se le vió lagrimar, cada vez movía la mujer los labios con más prisa, el silabeo de su hablar crecía, y si el murmullo de la turba, que desaprobaba la tardanza, no hubiera crecido, cualquiera habría oído claramente las palabras de la infortunada. Impacientes ya, los indios gritaron al misionero que se retirara, porque seis flecheros iban a arrojar sobre el desnudo pecho de la mujer sus proyectiles; efectivamente, los salvajes dieron un paso adelante, obedeciendo a la voz del cacique, y entesaron sus arcos; la multitud calló. Entonces el Padre se interpuso entre la india y los flecheros, de rodillas, con los brazos en cruz, pidiendo a gritos que le exigieran cualquier sacrificio, pero que no la matasen. Al ver la actitud del misionero el cacique dió oídas a la propuesta movido de curiosidad. Después de

muchas vacilaciones se convino en que la india fuese entregada viva al misionero y expulsada para siempre de la tribu, a condición de que el Padre no prosiguiese la exploración del camino e hiciese entregar para el *Novilunio de la tortuga* diez de los mozos prisioneros de guerra que la tribu vecina les había robado en la última refriega, y el derecho de pescar en Rioturbio que la misma tribu les quitara.

Lo cual implicaba un grande, grandísimo sacrificio de parte del misionero, supuesto que debía emprender dilatado viaje en época lluviosa para rescatar a los prisioneros y cumplir lo demás pactado, á costa de mucho dinero; pero era tal aquel sacerdote de Dios, que daría por la salvación de un alma toda su sangre. Acto continuo el mismo Padre cortó los lazos que tenían amarrada a la mujer; ésta dió un salto, abrazó al misionero manchándole el cuello y los vestidos con sangre, y cayó exánime en tierra: la vehemencia de la alegría y también la debilidad le habían arrebatado el vigor.

Apenas volvió en sí rompieron marcha hacia atrás los expedicionarios, dando gracias a Dios por haber salido ilesos de tan peligrosas aventuras. Al verlos partir parecían no querer desamotinarse del todo ciertos grupos de salvajes. Con ojos de espanto la india volvía la cabeza atrás, desconfiando de los feroces nómadas, y avivaba las bestias sin cesar, guiando la caravana por atajos. Cuando estuvieren fuera del alcance de la tribu detuviéronse para respirar libremente, recuperar el sueño perdido y arreglar con distintas prendas de indumentaria un ropaje para la rescatada.

—Padre —llegó a lanzar Juan Andrés esta frase como síntesis de hondas cavilaciones—, los salvajes son animales incorregibles.

—D. Juan Andrés —replicó el misionero dolorosamente—, aun hay otros animales mucho peores.

—¿Cuáles son?

—Los impíos y los ricos avarientos.

Y callaron los dos, como si meditasen silenciosamente en esta verdad indiscutible.

Que la india libertada, por gratitud, agasajase a su modo al Padre, por ejemplo, guiándole la cabalgadura por los mejores sitios, andando largos ratos delante de él como espolique; que le aderezara los arreos de la silla y le regalase agua en cucuruchos de hojas olorosas, cogida por ella misma de la parte más limpia de las corrientes, nada de extraño tenía, ni que hiciese lo propio con el señorito Juan Andrés; empero, Ginés, que las cogía al vuelo, advirtió además que ella fijaba su mirada, demasiado escrutadora, en el joven, con insistencia y al parecer con fruición muy íntima, y advirtió una ocasión, en que creía ella no ser vista de nadie, que se acercó a Juan Andrés por las espaldas e imprimió un ósculo en las extremidades de la ruana. Por eso discurrió al punto que la mujerona aquella era de malísima catadura. «Cuando la iban a matar sus compañeros, por algo sería...»

Mejor que Ginés había observado el misionero las acciones deferentes de la india para con su socio de expedición, y por algo también se hicieron la salvaje y el religioso esta intencionada pregunta:

—¿Cómo se llama ese joven?

—Cállate, no seas curiosa; ya lo sabrás.

Más psicologías.

La gran novedad en cuanto llegaron a Ribaflores los viajeros no fué el fracaso de la nueva vía, supuesto que desde un principio había muchas probabilidades de que las ordas errantes empecerían toda obra de exploración al través de los inmensos terrenos que ocupan; ni fueron tampoco las chuscas peripecias que contaban; fué, sí, la aparición de la vieja guajira con la historia de los estupendos acontecimientos que atrás van narrados. ¡Qué crímenes no habría cometido para querer los indios tratarla así! ¡Vaya con la india! ¡Qué perversa no sería, y qué arrapiezo les había caído en la población! Preguntarle a ella por su vida y milagros, era lo mismo que preguntarle a un poste, porque como no sabía hablar en lengua corriente, claro es que el misterio seguía indescifrable para todos, menos para el Padre, que muy por entero debía saber la urdimbre de sus días cuando la quiso salvar a trueque de tantísimos sacrificios.

Con instancias apretadas y muy de antemano Juan Andrés manifestó al misionero que deseaba guardar en su casa a la desdichada, dado caso que su señora madre no lo llevase a mal; pero, ¿lo llevaría a mal la bonachona mujer, si se desvivía por hacer bien a todos,

como si de Dios hubiera recibido la gracia de la oblación de sí misma en beneficio ajeno? Convino el Padre en depositarla en casa de la familia Meta, que era como depositarla simultáneamente en la de las vecinas Lerín, las cuales cooperarían con mucho gusto a su educación cristiana. ¿Rita?... Buena era ella para no inmiscuirse en un asunto de tanta novedad y a la vez tan de su gusto, pues en lo tocante a blandura de entrañas para con los necesitados su corazón era un joyelito de sentimientos misericordiosos. Lamentó más bien que no se la hubieran entregado a ella directamente. ¡Con qué gusto la enseñaría a rezar y los oficios domésticos, y la haría mujer de servicio, y luego ella misma sería madrina en su bautismo acompañada de... ¿Florencio?, no, de él no, mientras siguiera tan arriesgado que hasta el saludo casi ya le negaba; acompañada de Juan Andresito, quien más derechos que otro alguno poseía al padrinazgo. Hasta el nombre de pila tenía ya elegido: Carmen se llamaría la viejecilla.

Por cierto que no dió en el clavo al elegirlo, porque, si hubiera discurrido un poco, habríala llamado Dolores, o Angustias, o Soledad, ya que llorando y gimiendo en los rincones más apartados de la casa se pasaba la infortunada largas vigiliás. ¡Pobrecilla! Llorar que llorarás, ni el más leve lenitivo se pudo encontrar para calmar sus penas.

—Se acordará de su tierra —suponía Rita—, y le parecerá esta vida nuestra, monótona, y aburrida. Además, tendrá marido y quizá hijos que a la fecha estarán en dura horfandad. ¿Cómo no sufrir la pobre india con la separación?

Al pensar de esta guisa turbábasele el espíritu, y se proponía querer a la india y prodigarle cuantas caricias pudiera, para lo cual procuraría atraérsela a su casa y tenerla a su lado temporadas enteras.

En verdad que a buena hora llegó la infeliz salvaje al hogar de la Sra. Engracia y al suyo, porque, con la violenta ruptura de las amistades con Florencio, y habiendo mediado algunas circunstancias que iban ahondando el vallado de separación, convenía la presencia de la advenediza a fin de que con la ocupación de la catequesis religiosa y demás enseñanzas se le fueran a Rita tantos y tantos pajarillos de la cabeza y tuviesen tregua sus hondos pesares; porque es lo cierto que, a seguida de poner de patitas en la calle a su novio, éste adoptó un método de vida capaz de desconcertar a la mujer más coqueta, y fué no manifestarle resentimiento alguno, antes bien, haciendo de tripas corazón, disimuló su enojo, y aunque hablaba con ella en las ocasiones que la cortesía lo reclamaba, nunca soltó palabras de reproche ni que indicaran siquiera deseos de tocar el punto delicado, cosa que anhelaba con vehemencia la exaltada joven, la cual, al portarse tan airada y cruelmente con él, víctima fué de un impulso irascible, tanto mayor cuanto que procedía de motivos basados en un exagerado amor filial. Así es que Florencio la saludaba cuando topaba con ella de manos a boca, y conversaba, aunque siempre ceremoniosamente, con un género de frialdad que la dejaba confusa.

Rita, claro es, comprendiendo, como comprendía, este cambio de su exprometido, no digamos que le limosneaba a las claras un pedazo del pasado cariño, pero sí se hacía la encontradiza y disponía las cosas de tal laya que coincidieran con un entusiasmo del joven o con una coyuntura de expansión amistosa, para que *pian pianito* saliera aquél del almenado castillo de la indiferencia en que vivía y tornase a recorrer ju-guetón las balsámicas campiñas en donde mariposearon los angelillos de aljaba y flecha de oro. ¡Cuánto se

había engañado! Imaginaba que el tan afectuoso joven no podría vivir sin su Poupée, y que, pasados los primeros días del disgusto, volvería a ser la dueña exclusiva de todas las dulzuras de su alma noble y generosa; y ahora resultaba que Florencio, como cada quisque, tenía su casquillo de amor propio; ahora comprendía Rita que hay en los afectos pasionales límites que no se pueden transgredir impunemente; que aun el más ciego enamorado tiene una hora fatal en que las ilusiones más bellas se convierten en horribles fantasmas, si la luz de la pasión con que se ven las cosas llega a pasar por el prisma de una prueba asaz amarga y humillante.

Con todo, el mal tenía remedio, y el remedio dependía de Rita, que era en verdad la más responsable por no haber dominado a tiempo la cólera. Estaba arreglado el asunto con darle una satisfacción digna a Florencio, si no con palabras, con cualquiera de los mil secretos recursos de que disponen las hijas de Eva para expresar sus sentimientos.

¿Satisfacción? En eso precisamente estribaba el busilis de la avenencia. No podía dársela aunque lo amaba con alma, vida y corazón, porque —decía— ¿cómo iba a quedar su reputación humillándose? ¿Dónde se ha visto que la mujer diga en tales casos al hombre: perdóname y casémonos? Y más cuando su falta nacía de una exageración de afecto filial, circunstancia que, lejos de ser deshonrosa, realizaba su proceder hasta quitarle casi toda responsabilidad.

Con esta divergencia en el pensar y frialdad mutua en el tratarse, uno y otro, atrincherados tras un parapeto inexpugnable, fueron disparándose flechas de aparente desprecio, y según atirantaba más el arco uno de los contendores, esforzándose el otro por ganarse la palma de los desdenes. Cada cual procuraba demos-

trar más indiferencia, más olvido de los primitivos amores y más alegría por haberlos olvidado, cuando era muy cierto que cada acción de éstas les causaba acerba pesadumbre; y siempre con la mira de que cada uno cejase en su empeño y fuera el primero en ceder el campo y pedir componendas: que ese era el objeto de todos sus actos y no otro. Así es como empezaron por dejar la clase de enamorados y pasaron a la de amigos, después a la de convecinos, más tarde a la de compueblanos y, por último, a la de irreconciliables enemigos. Era de ver cómo los muy fatuos evitaban encontrarse o fingían no verse para no saludarse, o practicaban cosas ridículas para ofenderse recíprocamente, o hablaban ante gentes comadreras mal del otro para que éstas chismeasen e hicieran saber que ya no se querían nada.

Por lo demás, si en un principio cuidaron de que D. Benito y D.^a Engracia no se dieran cuenta de los crecientes grados de enfado, a la larga, rota la valla de los humanos respetos, siguieron terne que terne demostrándose el desprecio que no sentían y el olvido que era muy ajeno de sus pechos.

Sobre todos los demás lamentaba esta contienda la sencilla D.^a Engracia, quien trabajó cuanto pudo para evitar que las cosas pasaran a mayores. Inés bien pronto advirtió la enemistad, aunque desconocía a fondo las causas; de Bruna nada se diga, pues era la confidente de su hermana, a la cual consoló grandemente más de una vez, bien que reprobaba sus proceder y tendía, cuando aún era tiempo, a que los sucesos tomasen otro giro; porque si, a decir verdad, reprochaba en Florencio los medios indecorosos de que se valió para corregir a su padre en Arrebol, también comprendía que quedaba muy atenuada la falta por la buena intención y por las pruebas repetidísimas de con-

trito que diera antes del rompimiento. De modo que Rita en su hermana, y Florencio en D.^a Engracia y Juan Andrés, a quien todo se lo contó de cabo a rabo, a raíz y en el decurso de los hechos, tenían buenos consejeros, que pretendieron siempre cortar todas las raíces del cáncer de la discordia. Lo bueno del caso consistía en que todos, como si estuvieran de acuerdo, guardaban silencio delante de D. Benito respecto de los motivos de la enemistad, que respecto de la enemistad misma, no podían guardarlo, toda vez que eran notorias las manifestaciones animosas de entrambos.

Aquí de la *Oronda*, aquella señorita gordiflona, pálida, engolondrinada, que al sonreirse bajaba los párpados mansamente como para hacerse la elegante y graciosa; aquí la aparición de esta figura en el escenario de los celos, traída adrede por Florencio como rival de la otra, para hacer capitular incondicionalmente a la orgullosa vecinita. Por esto, y nada más que por esto viósele a Florencio frecuentar más que de costumbre la casa de la Oronda, acompañarla en los paseos, bailar y bromearse con ella y obsequiarla muy galante, máxime cuando podía ser visto de Rita. ¡Oh! ¡Cuánto gozaba Florencio en mortificar a ésta y verla ponerse de mil colores!

Anticipemos, en descargo de la honra de Florencio, que si ahora tales demostraciones de afecto hacía a la rival de Rita, nunca fueron precedidos de una palabra explícita que le ligara con formales compromisos de matrimonio, ni mucho menos, porque Florencio, al servirse de ella como de señuelo o comodín, no quiso engañarla, sino tan sólo permitir que se engañara, en lo cual no era del todo excusable, pero sí quedaba su reputación a salvo de las reclamaciones que pudiera hacerle la Oronda, caso que llegara él a avenirse con su queridísima Rita. Y ¿llegaría a creerse la Oron-

da que Florencio, deshechas las relaciones con la otra, se casaría con ella? De sobra que lo creyó. ¡Cómo se emperifollaba y pomponeaba la pobrecilla y exhibía todas sus elegancias, sin excluir la de la sonrisa parpadeante, reputándose dueña del corazón de Florencio! ¡Qué de castillos hacía en el aire cuando trataba el asunto con su madre! ¡Y cuál entesaba su abultado talle, dándose aires de vencedora, cuando pasaba por delante de Rita o asistían juntas a alguna reunión de sociedad!

Y mientras tanto, al simultanearse tales encontradizos afectos, el joven sentía su corazón pungido por el aguijón de la tristeza. ¿Gustarle la Oronda? ¡Válgame Dios! Rita era su encanto, Rita estaba dentro de su corazón, Rita era dulce como la miel, su aliento de azahares, sus manos de odalisca, sus ojos de gloria, su aire de princesa. No era posible hubiera en el mundo mujer tan linda, tan buena y tan capaz de hacer feliz su corazón. ¡Oh! Cuando se tropezaban sus miradas (por de contado que las rehuían súbitamente para indicar desprecio), ¡cuán dulce, cuán luminosa, cuán consoladora le parecía a Florencio su Nora! Experimentaba por un momento cierta impresión como de extático deleite, y como si una onda de bálsamo se extendiera por todo su cuerpo. No, no podía aborrecer a Nora, a aquel delicioso conjunto de belleza y bondades; no la aborrecería jamás, jamás, aunque una fuerza oculta desbaratara la torre ideal de sus ensueños. ¡Ay!, quizá no llegaría a poseer tal tesoro, pero ¿odiarlo...? ¿Compartir su corazón con otra mujer, y menos con la Oronda? Mil veces no.

Y entonces, ¿por qué no salvar la barrera de orgullo que le separaba de su exnovia y arrojarle a sus pies diciéndole: «te amo, te amo, Rita de mi alma»? ¡Oh, eso no!; ella, que le había despreciado, ella debía

sentarse en el banquillo de los culpados para ser abuelta... Y si no, que rodase la rueda del tiempo: mientras tanto padecería los pervigilios más tremendos, pesadillas que le obligaban a prorrumpir en gritos de agonía; padecería la soledad del corazón, que es la peor de todas las soledades; llevaría su amante memoria clavada con una espina, mas no podía, no debía solicitar él la reconciliación; que ella se desencaprichase por sí misma.

Idénticos afectos y reflexiones pasaban por la hija de D. Benito; y en lo que toca a la Oronda, se mordía la muy quisquillosa de rabia los labios pensando que una mujer tan vulgar fuese la favorita de su Florencio. Por más que, cuando con calma daba y tomaba sobre ello, siempre concluía que era de todo punto imposible que Florencio amase a la Oronda de veras. ¿Quién era ella para que pudiese robar el corazón a un sujeto tan discreto y tan noble como Florencio? Pero no era éste el que provocaba las amistades, era la grandísima Oronda, era la gran orgullosa y archivieja que por todos los modos y maneras se esforzaba por conquistárselo; y más que la Oronda, su madre, sí, su madre que no soñaba en otra cosa que en casarla con marqueses y duques, sin acordarse de que no tenía ni pizca de sangre azul en sus venas; y si algo representaba en la sociedad ribaflorense, por el brillo del dinero era únicamente, que no por título de hermosura, ni nobleza, ni prendas morales, ni nada.

Así estas dos almas, nacidas para amarse deliciosamente, estos dos jóvenes, que debían conllevar unidos y venturosos el yugo del matrimonio, arrastraban la pesada cadena de la desdicha y tiraban de ella en direcciones opuestas, tratando de romper el vínculo del amor con que los ligara el cielo.

Tenía razón el poeta de Mantua: *Luctus ubique.*



Mientras llueve.

ULTIMOS de Abril! Epoca de lluvias, la inauguración del invierno con sus majestuosos rigores, con el estruendoso séquito de tempestades, huracanes y chubascos diluvianos, y el rejuvenecimiento de aquella naturaleza exuberante, amodorrada por los calores de la sequía. El invierno llanero, el tiempo de los nubarrones preñados de rayos y retumbantes estruendos que se citan para luchar por no sé qué derechos de ocupación y conquista en los espacios siderales, o por desempeñar el servicio de la fecundación universal de las cosas; la estación de los dolores físicos, de las dificultades inauditas para la traslación de los viajeros, de los bravíos acometimientos de la naturaleza contra su rey nato, el hombre.

De sobre tarde habíase desencadenado una tormenta precedida de espantables truenos y relámpagos; la lluvia caía en alas de un huracanado ventarrón que azotaba los objetos como con cíngulos de plomo. El nublar era monstruoso.

La Sra. D.^a Engracia, desde que se hubo declarado la estación lluviosa, sentíase más enferma y, según que arreciaba el temporal, empeoraba su estado físico, que

era una alarma continua; muchos días guardaba cama rigurosa.

Aquella noche le ocurrió a Juan Andrés visitarla.

—Siéntate junto a mí. ¡Qué bueno eres! Tú vienes ahora porque no me impresione tanto la tormenta. ¿No es verdad? La tempestad no me asusta; cuando una es vieja y está para morir, poco le importan esas cosas.

—No, usted no va a morir tan pronto.

Sonrió la anciana y agregó con donaire:

—Por lo visto eres mal médico; desde que me dió aquel ataque primero me estás prometiendo mejoría y tu abuelita no levanta cabeza.

Sin mala intención díjolo la señora, pero Juan Andrés experimentó como un pellizco en el pecho, porque recordó la génesis del mal y su desarrollo.

Y repuso:

—Mi mamá cavila mucho y eso la perjudica.

Un lapso de silencio que sobrevino dejó oír los silbidos del huracán que arremetía contra las ventanas y se colaba por las rendijas; en el patio caía el agua, gruesa, pesada, cual una lluvia de cristal fundido.

—¿Quieres que te pida un favor, Juan Andresito?

—¿Cómo no?

—¿Oyes la tempestad? Considera como estarán esos caminos... Pues ya sabes lo que te pido.

—¡Oh! mi querida madre, eso no, eso no; debo ausentarme sin más demora; nada me sucederá si viajo con prudencia.

La señora dió un fuerte suspiro y pronunció:

—¡Me moriré sin verte!

—¡Jamás, nunca! Usted mejorará dentro de pocos días.

Ambos, obligados por la tirantez de la conversación, callaron. Un relámpago azuloso iluminó la alcoba; y seguido, estalló un trueno de esos que parecen

efecto de un derrumbamiento ciclópeo, a cuyo estampido rimbombante parece trepidar el mundo, e hizo estremecer a los colocutores.

—Respóndeme: ¿Quieres irte a Bogotá dejándome morir?

Sobrevino otro silencio, tras el cual

—Bueno, bueno —contestó el joven con tono de pesarosa resolución—; me demoraré aquí mientras usted se repone y deja la cama.

—¡Dios te lo pague, hijo de mi corazón! —exclamó la anciana, llevándose a los labios la mano del joven y besándola efusivamente.

Entonces sintió el nieto una de las más grandes complacencias que se pueden experimentar: proporcionar un consuelo al que padece. Así es que, movido por esta noble satisfacción, díjole con mucho mimo:

—No se quejará usted de mí; ya ve cuánto la quiere su nieto y qué bueno es...

—Sí, me quiere mucho, pero...

—¿Qué?

—Todavía quiero verte mejor de lo que eres.

—¿Mejor?

—Siendo buen cristiano.

—Y ¿cómo es uno buen cristiano?

—Cumpliendo todos los deberes, todos.

—Por ventura ¿no los cumplo?

—Quiero que te confieses.

Aquí del expediente de Walter Scott.

—Si me confesé en Bogotá antes de venirme. ¿Otra vez quiere usted que me confiese?

—Sí, para la fiesta de Nuestra Señora del Carmen. Juan Andrés meditó un poco y concluyó:

—Convenido, pero será en Bogotá; imposible que yo me detenga aquí tanto.

En concluyendo de decir esto entraron en la habita-

ción los de la casa, dispuestos a tomar el *refresco* allí mismo, por acompañar a la enferma. Dió la coincidencia de que estuviese en casa Rita, que no pudo retirarse temprano a la suya por causa del temporal, y por eso hubo de figurar en la tertulia hasta muy entrada la noche. Por donde se comprenderá que la riña de los enamorados era personal, de modo que entre los vecinos todo seguía lo mismo que antes. Habiendo, pues, llegado la hora de tomar el *refresco*, hízose la general convocatoria, a la que asistió la hija de Lerín, pero no Florencio que se quedó en su habitación porque... le dolía mucho la cabeza. ¡La atmósfera estaba tan cargada de electricidad...!

Se habló durante el rato de los preparativos de la fiesta de la Virgen del Carmen. Anualmente se celebraba por encargo de la familia Meta; era ruidosa, animadísima, porque a los encantos intrínsecos, por decirlo así, que posee ese título de la Virgen María, uníanse los aparatos de un festival popular y llamativo en extremo. Este año había que echar la casa por la ventana; alguna novedad, alguna originalidad; pues ¿por ventura no estaría Juan Andrés, que les ayudaría a organizar las fiestas? Por más que se le había metido en la cabeza ausentarse para su dichoso Bogotá, ¿cómo iba a negar la prueba de cariño que todos, todos le exigían, consistente en que permaneciera hasta esa fecha? Mayormente que se trataba de bautizar a la guajiva aquel día, con todos los festejos que imaginarse pueden. Y esta idea que era de Rita, a cuyo cuidado corrían las disposiciones espirituales de la catecúmena, fué aprobada por unanimidad con alborozo. Hermoso y nuevo, como parte integrante del programa de la fiesta, sería eso de bautizar a una india casi anciana; y si el nombre de pila era Carmen, mejor todavía, y si el padrino del bautismo era Juan

Andrés, muchísimo mejor. ¡Ya lo creo que aquel año iba a resultar la fiesta con mucha originalidad!

Como se ve, la tertulia andaba fecunda en *gayas* teorías, fáciles de ejecutar; alguien, sin embargo, puso el reparo de que Carmen no estaría en capacidad para recibir el bautismo, a lo cual replicó la catequista que, no solamente el bautismo, mas también la confesión y comunión, con tal que prosiguiese la india tan formal como hasta entonces. Si era una bendición de Dios ver qué aprisa aprendía el castellano y cómo le daba ciertos giros difícilillos, y traía a cuento palabras nada vulgares a pesar de sus chapurreos. Y lo mismo en el aprendizaje de los oficios domésticos. Pues, ¿creeríase que sabía hacer ya las cosas como otra cualquier sirvienta? ¿Habrás visto mujer más aguda? Daba gusto, verdaderamente daba gusto verla en sus faenas, trabajadora, ordenada, silenciosa y discreta, aunque con alguna brusquedad en sus modales. ¡Oh, si fueran así todas, a fe que cualquier sacrificio era flaco para sacralas de los desiertos! Y cuenta que no trajo a colación entonces Rita cierta sospecha que tenía muy atravesada en el pecho, a saber: que un día que dejó el bastidor de bordar en cierto estado, halló al otro día huellas de trabajo ajeno, nada charro, cuya autora responsable debía de ser, ¿quién si no?, la misma india, que, hurtando al sueño una pieza, la había empleado en ensayar sus habilidades, llevada del espíritu de imitación. Por donde se venía en conocimiento de que Carmen podría hacer su primera comunión sin escrúpulo, por lo tocante a las espirituales disposiciones; había, pues, para el programa un número harto simpático.

Y situado el terreno de los festejos de iglesia, ¿por qué no extender, como desarrollo genuino de ese número, la comunión obligatoria para todos los de ambas casas, sin descontar a los sirvientes? A esta insinua-

ción de la enferma siguió la aprobación más entusiasta de los tertulios. ¡Justo! Todos, sin excepción, debían hacer ese obsequio a la Santísima Virgen. ¡Qué hermoso ver en el comulgatorio conjuntamente a doña Engracia, a Juan Andrés, a Florencio, a Rita, a Bruna y a D. Benito! Sí, también a D. Benito, y de quitarle la pereza se encargaba su acuciosa hija, respondiendo de un buen éxito, porque tenía resortes muy finos, testigo la experiencia, para impulsarlo hacia los horizontes de la piedad.

El frunce desdeñoso que hizo Juan Andrés con los labios no pasó inadvertido para D.^a Engracia; para los otros, sí, a causa de haberles impresionado muy mucho un descomunal trueno, quizá el trueno de despedida.

Rita recalcó que lo más acertado y oportuno sería que comulgase Juan Andrés para que vieran las gentes que la Religión es lo mismo en las capitales que en las aldeas; que también los sabios y los elegantes sabían ser muy católicos, amén de que hacía por lo menos siete años que no se había confesado..., se entiende en aquel pueblo, en su pueblo natal; pues uno es ser bueno a las calladas y otro en público.

—Con que ya lo habéis oído —clamó Rita dirigiéndose a los criados, que estaban sirviendo las viandas—, a confesarse todos para la fiesta del Carmen.

Que la sustentante de esta proposición se ganó un voto de aplauso bien merecido, es claro.

Pero la más grande de las novedades fué la expuesta a continuación por la señora Engracia, consistente en la primera comunión de Inés. Inés, a la sazón, dormía profundamente en el enfaldo de Rita. ¿Conque iba a comulgar la chatica? ¿No sería muy prematuro ese acto? No, porque la madre directora del colegio había-selo propuesto a D.^a Engracia y díchole que, si no fuera por ciertas razones de congruencia social, se lo

habría aconsejado antes. La niña era precoz, y que lo era con tendencias de angelical devoción lo atestigüaba el hecho siguiente:

Explicando a las niñas la clase de catecismo estaba la hermana profesora, y trataba sobre la presencia de Jesús Sacramentado, o de la Eucaristía, y de lo amoroso que es el Señor, especialmente para con los niños buenos, para los que le ofrendan flores de virtud. Finalizada la catequesis, tocóles salir a los patios para la recreación; mas de improviso, sin ser vista de nadie, desapareció Inés. Bien pronto la echaron de menos, y supusieron las condiscípulas que, aunque contra su costumbre, se había ido a casa sin permiso. Poco antes la habían visto coger unas florecitas en el patio. En alarma estaban todas cuando se presentó con un ramilletito cabizbaja y con los ojos húmedos por las lágrimas; la hermana llamóla para averiguar el por qué de la ausencia, y ella, arrojándose en sus brazos, comenzó a decirle con mucho sentimiento que no había querido hablar el Niño Dios; que ella le decía que le abriese la puerta del sagrario y no quiso; que debía estar incomodado; que ni su ramo de flores había aceptado. Comprendiendo la hermana que la chica, emocionada por la explicación del catecismo, habíase ido a la iglesia a ofrecer a Jesús Sacramentado aquel ramo, díjole que no se trataba de flores naturales, sino de flores del corazón, flores de buenas obras. Seguía inconsolable la prófuga y no renunciaba a quedarse sin ver a su Niño Divino, por lo cual la otra trató de consolarla indicándole que acaso Jesús estaría dormido y que por eso no le abrió las puertas, a lo que ella objetó diciendo que se había subido al altar, llamado duro, muy duro, en la puerta y que no contestaron adentro; que también miró por el agujero de la cerradura y que no vió nada: todo estaba obscuro. Re-

plicó la hermana improbándole primero aquellas acciones de subirse al altar y tocar a la puerta del tabernáculo, porque las niñas no deben irreverenciar el presbiterio ni así llamar en ninguna puerta, y menos en atisbar por los agujeritos; y después, excusando al Niño Jesús, agregó que si no abrió, sería porque estaba de visita en la casa de algún buen cristiano que había comulgado. Entonces repuso la reconvenida que quería ser muy buena y comulgar para que la visitase también a ella.

¿Qué tal? ¿Este rasgo abonaba o no en pro de la candorosa niña? ¿Podían exigirse más candideces de ángel a una criatura?

Rita, sintiendo en su pecho ardimiento de cariño, inclinó el rostro sobre el de la chicuela, apartó un rizo que le colgaba sobre la nívea, sudorosa frente, e imprimió un ósculo tan sonoro como entusiástico. La chica estremeciéndose y respiró con fuerza, como si hubiera sentido una corriente de ternura, y prosiguió profundamente dormida.

Refunfuñando la tempestad buscaba ya en las selvas escondite para pernoctar, y al sacudir sus amplias alas, antes de desaparecer, rociaba con menudas gotas las inmensas llanuras.

Era tiempo de que reposara la enferma y se retirasen todos, mas antes de hacerlo, la hija del vecino epilogó con la agudeza ingeniosa que la distinguía:

—Programa de fiestas:

«Esencia, presencia y potencia de Juan Andrés.

Confesión de todos los miembros de las familias Meta y Lerín.

Bautismo y primera comunión de Carmen, siendo padrinos Juan Andrés y Rita.

Primera comunión de Inés.»

De las fiestas cívicas se trataría en otra sesión.

XXVIII

Infringulis.

LA quietud más silenciosa reinaba en casa de doña Engracia, quien hallábase enferma sin salir de su habitación; Inés estaba en casa de Rita; Florencio y Juan Andrés en la calle con no sé qué novedades de barrio, y la servidumbre en sus respectivos lugares y oficios. La sala principal estaba desierta; por consiguiente, la ocasión brindábase muy propicia para entrar en ella; la guajiva abrió sigilosamente la puerta y se coló, entornándola con precaución para que no chirriase. Ya adentro, púsose a mirar de hito en hito el retrato que representaba al jefe de toda la familia, D. José; gruesas lágrimas rodaban por los párpados de Carmen, y ni un quejido ni un suspiro exhaló ésta; con la mirada fija parecía como petrificada por el dolor, abstraída en un recuerdo torturante que le absorbía todos los actos reflejos de su conciencia. Hubo un momento en que la salvaje se avalanzó al cuadro y puso los labios ardorosamente en la mano de D. José; un beso muy ruidoso, febril, resonó en la estancia; la india cayó de rodillas ante el retrato.

En tal actitud se encontraba la neófita, cuando se abrió de par en par la puerta de la sala, y se presentó

de rondón Inesilla, viendo arrodillada a la guajiva que no tuvo tiempo de cambiar de postura ni de ocultar la turbación de su espíritu. Inés soltó una carcajada creyendo que rezaba a su padre reputándolo imagen de santo, por lo cual clamoreó, muerta de risa:

—No, tonta, no le reces a mi papá; mamita Engracia me ha dicho que él no es santo; ven aquí y te mostraré a quién debes rezar.

Y la guió a otra habitación donde su abuela tenía una especie de capilla. Turbada como estaba la salvaje se dejó conducir hasta allí como un corderillo.

—A la Virgen sí se le reza; rézale mucho, porque te van a bautizar pronto, ¿oyes?

La otra volvió espantada los ojos hacia la niña con ademán de extrañeza escudriñadora.

—Sí, ¿no lo sabías? Te van a hacer cristiana pronto y te van a llamar Carmen. ¿No te gusta ese nombre tan bonito? Y mira, van a ser padrinos Rita y Juan Andrés. Con que ya lo sabes, reza aquí mucho, que yo voy a llevarle a Rita un pañuelo suyo que se dejó en la sala olvidado.

.....

La noche, cual maga de visiones tétricas, mojando en charcas de tinta su enorme brocha, va destiñendo las hermosas coloraciones del ocaso y retiñendo de sombras los cielos y la tierra; quedan, sin embargo, en blanco, en blanco lechoso, esos puntos titilantes que llamamos estrellas. La población de Ribaflores está sumida en tinieblas; algún que otro transeunte vaga por las solitarias calles.

A tales horas se ve salir de la casa de doña Engracia un bulto confuso, una persona arrebujaada, de andar rápido; atraviesa algunas calles y penetra en la casa del padre párroco, sin vacilaciones ni timideces; pide una entrevista con él y le es concedida al punto.

—¡Padre mío! —exclama la visita con entonación alarmante—, acabo de saber que el día de Nuestra Señora del Carmen quieren bautizarme.

—Ya lo sé, mas no temas; yo me encargo de impedir cumplidamente la realización de ese proyecto. No te bautizarán.

Expresarse así el párroco y adelantarse para cerrar la puerta, puesto que iba a trabarse una conversación que no conviene la sepa el lector, todo fué uno.

Al rato la guajiva, que no era otra la de la nocturna visita, regresaba de incógnito a su domicilio, un tanto consolada, pero con los ojos abotagados, como hartos de llorar...

Detrás de ella entraron en casa Juan Andrés y Florencio, charlando animadamente sobre asuntos relativos a la causa asumida por el primero en favor de aquella señorita araucana que se ahogó en un río, según se dedujo por haber hallado en la ribera toda su ropa y después en una playa algunos huesos de mujer.

—Y ¿quién es el que te escribe esa carta? —le interrogó Florencio.

—Un pariente de la difunta Brunequilda recomendado por mí —contestó Juan Andrés encendiendo la luz en el cuarto.

—De suerte que si los datos resultan tales como los relata esa misiva, hay esperanzas no sólo de ganar el pleito, sino de recuperar cuantiosos haberes...

Al tiempo que hablaba despojábase del sombrero y la chaqueta, que le impedían los cómodos movimientos para airearse en una hamaca de amplios flecos.

—Claro está; si vive el albacea y tiene riquezas fabulosas, como dicen, la acción de la justicia le alcanzará irremediablemente, y los bienes cohechados vendrán a poder de la legítima sucesión.

También el abogado tomaba actitudes de reposo en

una butaca de rejilla, sosegando el calor que les produjo el tránsito por la calle.

—Las diligencias que abonan en pro de esa causa —agregó— están listas, corrientes, obrando en los tribunales con debida forma. Como sabes, defendiendo a los herederos de una alienada que se ahogó *ab intestato*, y lo hago por hidalguía, o no sé cómo se llaman esos sentimientos que la memoria veneranda de nuestro padre despertó en mí. Hoy día veo el pleito como ganado; el albacea sé que no puede alegar insolvencia de ninguna especie.

Y se levantó para abrir del todo la ventana, porque el calor era sofocante. También acomodó la lámpara de modo que las bocanadas de la brisa no agitasen la llama. Las habitaciones de la casa de enfrente estaban iluminadas. Las ventanas parecían manchas rojizas.

—¿Y tus honorarios? —preguntó Florencio.

—Ni un real, Florencio; es cuestión de dignidad, ya te lo he dicho.

—¿Y cuándo se podrá ejecutar esa sentencia?

—Antes de medio año, echando mucho retraso.

—Y entonces... tus estudios en la facultad de derecho...

—Está visto; entre unas cosas y otras me obligaréis a suspenderlos. Ahora me ruega insistente nuestra abuela que me demore hasta la fiesta del Carmen; pero yo te aseguro, aunque pase trabajos a porrillo, que me largo a Bogotá en cuanto pase ese día.

—Sí, lo comprendo—dijo socarronamente el que se mecía en la hamaca—; ya sé que tu Berta te aguarda con impaciencia. Te aburre nuestra casa; no te agrada la sencillez de nuestras costumbres de pueblo; en fin, no seré yo quien te desconcierte esos proyectos de viaje.

—Calla, hombre, que en mi sangre corre un hilo de

nobleza; no soy indiferente a los goces del hogar...

—¿Qué?—agregó Florencio en son de incredulidad burlona.

Al comprenderlo el otro dijo entre ofendido y altivo:

—Que no me has conocido del todo; estimo la familia y tengo apego a este terruño más de lo que tú crees.

—Entonces ¿a qué esos afanes?—interpeló Florencio, y añadió dando un muy sentido suspiro, porque la figura de Rita se le pintó en la imaginación:—¿Piensas de veras casarte con Berta?

—Ya lo creo.

—¿Para venirme aquí?

—Según y conforme: si quiere ella... Por lo que a mí hace, esta tierra me va gustando; vine aquí como un criminal va a presidio; ahora, empero, me agradan las sencilleces rústicas de los llaneros. ¿Verdad que son muy poéticas?

—Y más que poéticas, Juan Andrés; son cristianas.

—Vamos, pesado, no me vengas a sermonear.

—¿Yo?... hace tiempo que juzgo estás dejado de la mano de Dios.

—Pues que esté.

En eso se oyó chirriar una ventana de la casa de enfrente, como si la abrieran. Brincó de la hamaca Florencio para curiosear si era Rita quien se asomaba. Sí, era la misma Poupée, que como viese gente en el cuarto de Juan Andrés y opinara ser el dueño de la habitación, habló así con la confianza de vecinos:

—Juan Andrés, Juan Andrés, ¿qué tal sigue la señora D.^a Engracia?

Oír esta pregunta y retirarse de la ventana el atolondrado Florencio fué obra de un periquete. Él, que sorbía los vientos por mirar a su querida Rita, nada deseaba tanto como hacerle creer que la aborrecía y

que en todo se ocupaba menos en ella; por eso con tanta brusquedad se ocultó tras de las cortinas. Rita, a su vez, así que notó la operación del de la ventana, entró en sospechas de quién era y se apresuró a manifestar:

—Pregunto a D. Juan Andrés si sigue bien su señora abuela.

El aludido ocupó el puesto abandonado por su hermano en la ventana.

—Muy buenas noches, Rita; ¿qué tal estás?

—Bien, muchas gracias.

—Pues mamá sigue en mejoría notable; pronto la veremos convalecida.

—¡Amén de Dios!—exclamó la vecina.

Y bajando la voz increpóle con doble intención:

—Maluco, si te confiesas, se curará del todo. ¿Oyes?

—¡Oh, por mí no ha de quedar!—dijo el otro con mucha frescura.

Mientras tanto Florencio temblaba de susto o de gozo, o no sé qué clase de emoción es esa que siente el que acaba de perpetrar una acción descortés, porque Florencio, retirándose de la ventana, pretendió demostrar a la exnovia un acto de menosprecio.

Breve rató duró la conversación, al cabo de la cual Florencio, que traspuesto seguía escuchando las palabras de Rita con siete oídos, le tiraba bonicamente a Juan Andrés de la manga y le instaba por lo bajo:

—Dile, dile que me pida perdón; dile que ella es la mala y que la toca humillarse la primera.

Para terminar el coloquio ventanero, Rita recomendó:

—Salúdame a D.^a Engracia y a la chatica también. Hasta mañana.

Florencio sintió de lleno la amarga soledad de su corazón, y musitó:

—¡Y a mí no! ¡¡¡Descorazonada!!!

—¿Habrás visto hombre más testarudo? —increpó el hermano volviendo a ocupar su butaca a tiempo que el otro también se sentaba en el columpio.— Eres un tonto de capirote y sufres porque quieres; te devanas los sesos sin motivo; parece mentira que tengas veintitrés años; yo diría que eres un chiquillo.

—Ella tiene la culpa— arguyó con abatimiento el desdeñado.

—¡Qué culpa, ni qué niño muerto! Los dos la tenéis a cual más. Tú eres un bolonio, y ella otro tanto. Vamos a ver: Rita te echó de la casa de muy malos modos, ¿no es así?

—Sí, sí; me echó de su casa ignominiosamente, y eso no se hace con nadie, y menos conmigo.

—Ciertamente, pero tú te mostraste después muy vengativo.

—¿Y me inculpas por eso?

—Mucho, porque ya que conocías su caletre, debías haberle dispensado la falta como una de tantas.

—Es que después de cien primillas, aguantar no es fácil.

Esto lo dijo dispuesto a espontanearse con su hermano.

Juan Andrés lo entendió así y dijo:

—Pues de aquellos polvos nacen estos lodos; quiero decirte que por no haberte mortificado un poco entonces, ahora estás que revientas de pesadumbre. Desengáñate, hombre, debéis cuanto antes daros a partido.

—Ella, la primera.

—Tú, para vencerla en bondad.

—Ella, que es la culpable.

—Está visto; no lleva esto trazas de arreglarse nunca: la terquedad, el orgullo, os van a matar de tristeza.

Entonces Florencio dejó de mecerse en la hamaca y tomó una postura altiva, diciendo:

—¡Ah!, es que esa mujer está buscando trazas de enredar cada día más... ¿No ves qué chischiveos tan..., especialmente con el *Catire*, cuando yo puedo notarla? ¿A qué echa por su boca rosas y claveles contra mí? ¿Por qué ventanea tanto? ¿Por qué esas risotadas de burla cuando paso por delante de ella? No, no, Juan Andrés, ella debe volver sobre sus pasos y hacerse digna de que la perdone.

—Cállate —le arguyó el hermano—; en eso de coquetearías, los dos vais a la par. Tú, gran celoso, ¿qué me dices de la Oronda? ¿Eh?...

—Yo lo hago por darle a Rita en la cabeza, por nada más.

—Pues ella hará eso con el *Catire* por vengarse de ti. Estáis pagados.

Una breve pausa cortó el acalorado diálogo, que fué reanudado de este modo:

—Dejemos a un lado la cuestión de cuál de los dos es más responsable, y contéstame: ¿Tú la quieres?

—¡Caramba! Más que a mi vida.

—Pues ella te quiere que te adora. Es otra Dido que se muere por su Eneas.

—¿Cómo lo sabes?

—Ella me lo ha dicho.

—¿Hace poco?

—Poco.

—¿Cuándo?

El abogado calló.

—¿De veras te ha dicho que me ama mucho? —exclamó el pobre joven, empañada la voz con inflexiones de llanto.

—Como te lo cuento.

—Y ¿qué más te dijo?

—Nada más.

—¿Y cómo te lo dijo?; a ver, circunstáncialo todo con sus propias palabras. ¡Ay! ¿Te confesó Norita que me quería mucho?

—Sí.

—Pues entonces...

—Entonces ¿qué?

—¿Cómo no me pide perdón?

—¡Dale que dale! No te lo pide porque no debe.

—Y ¿quién debe, pues?

—Ninguno.

—Explicate, por Dios —manifestó Florencio con voz empañada por la ansiedad.

—Debéis amistaros sin pedir os perdonos, ni explicaciones, ni nada parecido, porque si empezáis por esos preámbulos acabaréis por tirar os los trastos a la cabeza para siempre. ¿Entiendes? Tú la quieres; ella te quiere; luego pelillos a la mar, y a bogar por el golfo de la ilusión amorosa, a formar un hogar, que sea el puerto, y a traficar con las energías de la juventud para adquirir la felicidad de la vida. Un apretón de manos y, si queréis, un abrazo, pero sin hablar; yo oficiaré de testigo de vuestro pacto recíprocamente benévolo, y... aquí paz y después gloria.

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

—Que ella no querrá —tartamudeó el acongojado mancebo.

—Acabemos. ¿Me das atribuciones omnímodas para arreglar el asunto?

—Sí, pero...

—¿Me las das o no?

—Sin humillaciones mías.

—Eso lo veremos; por lo pronto yo empeño mi palabra de que Rita Lerín será tu esposa.

—¡Ojalá Dios!

En casa del Sr. Lerín, quien estaba embutido en un sofá, duerme que te dormirás, se produjo el siguiente dialoguillo entre las hermanas, mientras que los Meta estuvieron sosteniendo el suyo:

—¿Le crees a Juan Andrés, Bruna?

—¡Quién sabe! —murmuró Rita con aire de honda hesitación.

—Pues yo sí opino que se confesará para la fiesta de Nuestra Señora del Carmen. El es de muy buenos sentimientos; observa una conducta intachable; cada vez se le ve más adicto a las cosas de Religión. Sí, Nuestra Señora del Carmen es invencible; el triunfo se queda para ese día; Rita, lo verás.

Ésta, después de una pausa, indicó entre tímida y conmovida:

—Oye, y no se lo digas a nadie, el otro día le sorprendí en el jardín leyendo un libro, no sé qué libro, y alcancé a oírle esta expresión: «Soy hijo del despecho, y suicidio es mi nombre.»

—¡Oh! ¿Suicidio? —pronunció aterrada Bruna.

—Sí, y otra vez repetía en alta voz, como loco, paseando por el corredor: «Blücher o la noche; Berta o la muerte.» Yo no sé qué quería decir con eso. Y además Florencio opina como yo: él me tiene dicho varias veces que Juan Andrés no se convertirá; y que si lo apremian mucho, preferirá quitarse la vida. Y Florencio siempre acierta.

Un estrepitoso ronquido del viejo, a resultas del cual se despertó, puso punto final al diálogo.

La fiesta del Carmen.

EL despertar del 16 de Julio fué sobrado emocionante. Cuando el ángel de las auroras principió a quitar del pabellón del firmamento los crespones de la noche y a reemplazarlos por encajes arrebolados y joyantes, otro ángel, el paraninfo de las grandezas del Carmelo, descendió del paraíso en un rayo de luz, se posó sobre el campanario de la iglesia y, replegando sus alas de blanca mariposa, preparóse a desgranar de los broncees sagrados una lluvia de notas entusiásticas sobre los hogares que amaban a la dulcísima Reina de los cielos y tierra, María. Los repiques del alba fueron prolongados, risueños, como carcajadas de niños juguetones, como murmurios de riachuelo que se desliza, como zumbidos de alas colúmbas, como rociada de perlas sobre un pavimento de vidrio. Recordaban el grito fervoroso de la humanidad alabando a la Madre Divina; remedo de las voces de los videntes bíblicos que saludaran el advenimiento de la Flor del campo, brotada en el tallo de Jesús, sobre las colinas del Carmelo. Las ondas sonoras recorrían velozmente el espacio y se deslizaban así por la alcoba del rico como por la choza del labriego, recordando a todos el triunfo de la Virgen sobre las rebeldías de la

carne, la glorificación eterna de Aquella que, saliendo del mar amargo de nuestra naturaleza, se elevó como vestigio humano, en forma de nubecilla, a lo más alto del cielo, para descender luego cual rocío de gracias, cual lluvia que traería al Justo. Emulación de las grandes armonías, el toque del amanecer inspiraba cualquiera sentimientos de pleitesía y devoción mariana; eran los campaneos el lenguaje del amor, la voz dulce de ultratumba, el grito anhelante de la madre que tras larga ausencia abraza a los hijos de su corazón.

En todas las casas se comienza a notar el trajín de las faenas diarias; se abren puertas y ventanas para recibir las caricias de la luz y los primeros aleteos de las auras mañaneras y el pitío y el gorjear de multitud de aves que pernoctan en los frútices de los patios y en las florestas vecinas. Más temprano que en ningún otro se muestra esto en los domicilios de doña Engracia y D. Benito, porque se disponen los dueños a ir a la iglesia para recibir la sagrada Eucaristía. Todos se mueven en orden al mismo fin, en el tocador unos, organizando el servicio doméstico otros, pero sin alarma, sin alboroto, economizando las palabras con respeto religioso y poseídos por cierta apacibilidad beatífica. De la casa del Sr. Lerín ya salen todos engalanados y marchan hacia la iglesia, menos las dos hermanas, que cruzan la calle y se cuelan primero en la casa de la Sra. D.^a Engracia, quien las espera acomodada en una silla de manos para hacerse conducir al templo, enferma y todo, porque no quiere aceptar la comodidad que le ofrece el Sr. Cura: la comunión en la casa; pues se le antoja ser más edificante cumpulgar en la iglesia rodeada de la familia. Se finalizan los preparativos, y es conducida en hombros de cuatro robustos servidores, escoltada por las hermanas Lerín y por Inés y Florencio.

Y Juan Andrés, ¿dónde está? Desde por la tarde encontrábase reducido a la cama víctima de una horrible *jaqueca*. ¡Oh, mal bueno para excusas! ¡Cuántas mentiras se cometen en tu nombre! Sobrevinole como resultado de trabajar tanto la víspera enjardinando la iglesia, las andas de Nuestra Señora y no sé qué más cosas al símil. Eso es, enfermo de fanatismo religioso. ¡Pobrecito! A fe que su abuela no podía quedar descontenta de su conducta. El había mostrado más celo que todos juntos por el esplendor de la fiesta; estaba resueltísimo a confesarse, ¡ya lo creo!; pero la *jaqueca*, vamos, la pícara *jaqueca* tenía la culpa.....

El grupo entró en el recinto sagrado; un olorcillo a cera e incienso mezclado con varios aromas que despedían los floreros y ramos de la ornamentación hicieron sentir cierta satisfacción devota; la luz matinal, en haces difusos, quebrábase en los relieves de los objetos metálicos, dándoles un aspecto de claridad mística y arcana; profusión de macetas y randas festoneaban los muros y los intercolumnios; artísticas agrupaciones de bujías y ramos olorosos por dondequiera; una limpieza y orden nimios en todos los detalles hacían del templo como un camarín de intensas sugerencias para que las almas en la ascensión de las preces entreviesen algo del ideal de sus esperanzas.

No se hizo esperar el sacerdote, porque luego que sintió a la anciana y su cortejo acercarse al altar fué a administrar la comunión.

La mesa se llenó varias veces de comulgantes que se aproximaban y se retiraban con esa bella confusión de clases y sexos sancionada por la religión, bajo cuyo manto se amparan, sin excepción de personas, todos los que aspiran a la santificación de la vida por la unidad de fe en el Redentor del mundo. ¡Coincidencia! Florencio y Rita, sin sospecharlo ni por asomos, co-

mulgaron juntos, codo con codo; aquélla notó la circunstancia al punto, sintió ofendido su amor propio y quiso cambiar de puesto; mas por un sentimiento respetuoso al lugar y a la ceremonia permaneció quieta. Después, al hacer sus *mementos*, rogó a la Divina Majestad con enternecimientos muy sensibles que ablandara el corazón de *aquél* para que no fuera tan vengativo y orgulloso y para que se arreglaran las cosas como mejor conviniera.

En despejándose el comulgatorio de la afluencia, quisieron los criados de la anciana arrimarla con la silla gestatoria hasta la sagrada Mesa; el ministro, empero, como lo advirtiera, se adelantó con el copón en la mano y comulgó a la enferma en el mismo sitio en que estaba colocada. Por aquel apergaminado rostro, surcado de arrugas, con expresión de profunda tranquilidad de espíritu, se deslizaron algunas lágrimas... Allí mismo, pegada a su abuela, de la que no había querido apartarse, recibió por primera vez el Santísimo Sacramento Inés, trajeada angelicalmente, con encajes y velos blancos que se replegaban como adormecidos con languidez armoniosa, o caían en gráciles senos, ondas de espuma que guarnecieran un capullo de azucenas, la flor de la inocencia. Radiante de ventura la niña, soslayó los ojos hacia su abuela y advirtió que ésta, abatida, la cabeza contra el pecho, lloraba en silencio y que un nombre se escapaba de sus labios: Juan Andrés.

¿Quién puede entender el mirífico lenguaje de la niña y de la anciana hablando con Dios, que moraba dentro de su pecho? ¿Qué duo de plegaria brotaba de sus almas en aquel instante sublime? La experiencia y la inocencia, en admirable nexo, dirigían sus votos al Altísimo; la luz de la aurora espiritual unida a los encantos del poniente; un corazón coronado con las

canas del desengaño y otro nimbado con pétalos de azucenas; un alma bañada en la sangre de la expiación de la vida y otra en las dulces emanaciones del candor; Inés sentía en su espíritu el primer ósculo del amor divino; la anciana, el beso de despedida; para Inés era la primera comunión; para D.^a Engracia, quizá la última, el viático.....

Sobre el gentío inmenso que colmó la iglesia al tiempo de la misa mayor y sobre la fervorósísima predicación del párroco, alusiva a la fiesta carmelitana, huelgan los pormenores.

A eso de medio día obligaron al enfermo de *jaqueca* a que abandonara el lecho y asistiera al almuerzo, que se sirvió en la misma habitación de D.^a Engracia. Tampoco, por lo mismo que se trató de un esparcimiento íntimo, hay que decir que, ante la conciencia de los concurrentes, Juan Andrés era como un miembro dislocado de la familia y una nota muy inarmónica en el ajuste de aquella comensalía, y que él, a su vez, no dejaba de reconocer las fealdades del contraste y de considerarse por ende inmerecedor de las atenciones que le demostraran entonces.

Llegó la hora de la procesión religiosa. ¡La procesión! El gran detalle de las fiestas populares, el gusto de los gustos con que los cristianos espacian su fe en una esfera de manifestaciones solemnes que tienden al honor de Dios y de su Santísima Madre, el acto que más agrada a las muchedumbres, por asociar a la serie de complacencias individuales la del pleito homenaje a Dios en forma triunfalmente colectiva.

Los bulliciosos repiqueteos de las campanas y las salvas y los estampidos de los cohetes dieron la señal del desfile. Las ventanas y balcones rebosaban de gente. En las bocacalles pululaban grandes multitudes

que se iban incorporando a la religiosa comitiva, entre la que descollaba, hermosa y triunfante, la imagen de la Virgen. Destacábanse en las ventanas de las casas Meta y Lerín los bustos de los respectivos habitantes; a D.^a Engracia, hundida en su silla gestatoria, junto a una ventana, la acompañaba Juan Andrés, situado tras el respaldo de la silla, porque pudiese espaciar la enferma bien la mirada; en otras habitaciones, con vistas a la plaza, había grupos de amigas y amigos con Florencio, asomados también.

La procesión seguía su curso alrededor de la plaza lenta y majestuosamente. Mirábala el bogotano sin emoción, desdeñoso, con el sombrero puesto... a causa de la *jaqueca*; un poco se conmovió cuando vió pasar por delante de la ventana la cruz procesional; luego oyó algunas notas de los cánticos, como perdidas en el viento y entre la lluvia de los gritos argentinos, metálicos, que los bronces del campanario derramaban; su conmoción fué más intensa cuando advirtió distintamente las voces del coro procesional y las pisadas de la multitud silenciosa que desfilaba ante su vista. De seguida apareció enfrente la imagen de Nuestra Señora como una visión celestial que por sobre las piadosas apiñadas muchedumbres que le ofrendaban plegarias de fe pura, esparcía bendiciones omnímodamente bienhechoras. La inválida bajó emocionada la frente y dió un hondo suspiro; Juan Andrés, movido por un impulso secreto, se llevó la mano al sombrero para descubrirse; mas en sus oídos resonó el eco de la palabra *fanático*, pronunciada allá en Bogotá, y también se imaginó el orgulloso que todos lo retaban, que querían imponerle a viva fuerza la fe, y por eso desistió de quitárselo con un movimiento brusco que revelaba la violencia que se hacía; pero notó simultáneamente dentro de su corazón una voz arcana, al par

que suave y amorosa, que le llamaba *ingrato*, y se lo quitó por fin.

¡Oh! Pero ¿qué acababa de ver? ¿Era Inés aquella niña vestida de negro, coronada de espinas, descalza, con una cruz a cuestas, que iba delante de las andas de la Virgen? Sí, era ella...

La Virgen e Inés pasaron... pasaron...

Qué más sucedió, él no lo supo; en un estado como de autómeta salió de la habitación, buscó la puerta de campo y divagó por los suburbios del poblado, sin pensar en nada. De cuando en cuando alguna ráfaga de viento le traía notas del canto religioso. El estallar de los cohetes sonaba para él como aplausos lejanos.

Sintió de súbito la anciana una emoción de piedad: irguió la cabeza y tendió sus brazos hacia el espaldar del asiento para abrazar al nieto, dando un grito que llegó a oírse en la calle.

—¡Hijo de mi corazón!

En vano; sus brazos se extendieron en el vacío; el hijo de su corazón divagaba lejos, como divagan los restos del naufragio antes de ser arrojados a la playa por el oleaje de la tormenta; o mejor dicho, iba huyendo y braceando por librarse de Dios.

En la procesión incidentes de mayor nota no acaecieron; faltaba, con todo, desarrollar el programa de fiestas cívicas, una de cuyas importantes partes consistía en ciertas carreras hípicas por la plaza, en las que tomarían parte colectivamente los principales jóvenes, bajo la dirección de Juan Andrés, quien había nombrado reina de la fiesta a Rita para que colocase un lacito de cinta en el pecho del vencedor, y en asocio de éste organizase un baile en honor de la sociedad ribaflorense.

El fin principal de este juego era buscar un medio de bienquistar a la joven con Florencio. ¿Cómo? Sen-

cillamente, conviniendo todos los jinetes en obrar de modo que triunfara Florencio, para que así uno y otro tuvieran oportunidad de zanzar los óbices del respeto humano y del orgullo que se oponían a la unión. ¡Vaya que si tendrían oportunidad!

A la plaza, pues, a lucir los caballos, aquellos caballos llaneros dignos de la brillante oda compuesta por el árabe Omaya.

El gentío afluía por todas partes; en las ventanas, balcones, palenques y palcos, crecía por minutos; el palco de la reina, al pie del grupo de cocoteros, en medio de la plaza, veíase animadísimo; figuraba una jaula de avecillas entre un pensil florido; allí, al lado de Rita, la flor y nata del bello sexo, con aires de damas de honor, era el centro de las idas y venidas de los jinetes, que recorrían en todas direcciones la plaza, aguardando la hora del torneo.

Empero, algo desagradable se observaba en los jóvenes que formaban parte activa de la fiesta. ¿Dónde estaba Juan Andrés? ¿Por qué causa no comparecía, ya que era el iniciador de aquel linaje de hipódromo?

No obstante su ausencia, las carreras tenían que llevarse a cabo, puesto que todo estaba listo. Con efecto, despejaron la plaza, y apercibióse en bando una cuadrilla de ocho jinetes, de lo más lucido de la sociedad. Aquello era un verdadero espejo de gracia. Rita tenía en Florencio los ojos clavados, y tan gallardo se le antojaba, que no dudó ni un punto de que sería el triunfador. Florencio, por su parte, sentía ansias de oír la señal de partida, persuadido de que su caballo era veloz como el rayo, ave sin alas, viento condensado, el mejor de las ganaderías del contorno. ¡Oh, qué ocasión tan bella para reanudar los amorcejos con Rita! ¡Bendito Juan Andrés, que le proporcionaba,

sin él sospecharlo siquiera, una manera decorosa de llegar a la meta de sus vehementes deseos!

Sonó la hora: los ocho caballos lanzáronse a la pista ligeros, magníficos; los espectadores prorrumpieron en palmoteos y vítores; luego sucedió tal silencio, que el galopar monorítmico y la respiración jadeante de los cuadrúpedos en contorno de la plaza percibíanse. Tal era la anhelación del público. A las pocas vueltas algunos de los ocho se declararon en retirada; más tarde otros cedieron el campo, y, por último, se vieron galopar únicamente los corceles de dos jinetes rivales, a cual más resuelto a llevarse el triunfo: Florencio y el *Catire*.

Este, que abrigaba el designio, todavía no muy público, de cortejar a la Lerín desde que se hizo patente la ruptura de Rita con Florencio, no quería cooperar a la apoteosis de su adversario, sino antes bien, dueño de un ligerísimo alazán, acariciaba la idea de salir triunfante.

El público rompió en un aplauso estrepitoso al ver a los dos jóvenes cabalgando rapidísimamente. Rita, encendida como un clavel rojo, con el lazo en la mano, nerviosa, convulsa, sentía su corazón prensado, por la incertidumbre del triunfo; hubiérale empujado para que dejara atrás al atrevido contendor. Por unos instantes la espectación fué intensísima. Los caballos volaban entre polvaredas que al rayo de sol parecían nieblas de oro; una estela luminosa, ascendente, dejaban tras sí, flotaba y se perdía en los aires. Ya los corceles no se llevaban de diferencia ni una línea, cuando ¡ay!, el de Florencio dió un paso en falso y comenzó a cojear.

¡Perdido!

Un aplauso general, espontáneo, frenético, resonó en obsequio del vencedor. Este se acercó a la reina,

ofreciéndole homenaje de sonrisas amorosísimas; pero ella, con el semblante cadavérico, sentíase morir... ¡Adiós para siempre las felices ilusiones de un instante! ¡Su correinante de fiesta ya no sería Florencio! En el jardín de su alma truncadas yacían las corolas de sus primaverales ensueños por la racha del sino implacable, y brotaba la zarza de la quimera envuelta en las brumas del recuerdo más doloroso.

En seguida se procedió a la corrida popular de toros, en que no hicieron ridículo papel los jinetes coleando los bichos con brava pujanza, acompañados de un puñado de valientes que capeaban de lo lindo.

Mientras el toreo, vayamos en busca de Juan Andrés. En un estado anímico, en que no sabemos si predominaba la desesperación o el remordimiento, o la fuerza de los recuerdos, o la vergüenza, se dió a discurrir por las afueras del pueblo sin rumbo fijo, sumido en un mar revuelto de pensamientos incoherentes, intranquilizadores.

¿Inesita, aquella niña chapada a lo ángel, ostentar las insignias del sacrificio, ella, tan inocente, tan candorosa? ¿Quién dirigía aquella escena que le reprochaba sin palabras su conducta, cuando ya estaba resuelto a firmar de grado todas las enseñanzas de la Iglesia, si no fuera por consideraciones a Berta, a aquella hermosísima mujer que en el camino de la vida le había asaltado y robado el corazón y no quería entregárselo? ¡Terrible disyuntiva! O dar gusto a toda su familia entrando de lleno y sin hipocresía por el sendero de la religión, o perder inmediatamente a Berta. Con estos dares y tomares vino a sentirse fatigado: arrimóse al tronco de un árbol, la vista clavada en el suelo con fijeza de hipnotizador. Desde allí oía la gritería y los aplausos que levantaba la multitud ovacionando a los de la plaza. El sol en la oblicuidad del

ocaso, atravesando el ramaje, iluminaba el ceño de su rostro con un rayo de luz.

Y pensaba también que Rita y Florencio habían ya sentido el florecimiento primaveral de sus amores; que a la fecha no se esquivaban sus miradas ni se rehuían sus caricias. ¡Felices! Dentro de poco, en unidad de creencias y de aspiraciones, bendeciría el cielo el vínculo de la felicidad conyugal, mientras él seguía cargando el fardo de un amor imposible, o por lo menos incompleto, porque la irreligión de Berta no le daba derecho a la posesión plena de su alma ni al disfrute de los goces de la familia, pues la diferencia de religiones establecería una pugna completa por la educación de los hijos.

Por lo demás, trataba de consolarse ideando que con el tiempo lograría reducirla a buen partido, y así entraría en su casa la plenitud de la dicha. No había por qué acelerar los procedimientos; iría, sí, cuanto antes a Bogotá; seguiría de la misma manera que hasta la fecha; exploraría las disposiciones de Berta, y, si llegaba el caso, cumpliría los deberes religiosos a ocultas, con el mayor secreto, sin que lo supiese ella.

¿Juan Andrés se engañaba a sí mismo?

Esta componenda entre su conciencia y el reato, como resultado de tanta cavilación, le permitió desaturdirse y recapacitar que era imprescindible acudir a la plaza y seguir el curso de las fiestas, aunque tuviese que disculpar su ausencia con un ataque nuevo de... *jaqueca*.

XXX

Efemérides de un álbum.

RITA escribió en su álbum diario, porque álbum tenía desde que Juan Andrés le regaló uno muy elegante traído de Bogotá; escribió después del baile lo siguiente:

«16 de julio, día del Carmen. Un rayo de esperanza; vi el cielo de la felicidad por un momento, sólo por un momento; me siento morir... ¡Virgen Santísima, sálvame!»

Mientras la joven se desviste y arroja los atavíos de su tocado y se arrodilla ante un cuadro de Nuestra Señora del Carmen y deja deslizarse algunas lágrimas, hojeemos las páginas del álbum a la ligera, desde el

2 de abril. Acabo de cumplir un deber filial; he zurrado la badana de lo lindo a Florencio; lo he puesto de vuelta y media; después de Dios los padres son los primeros, dice una máxima.

Día 6. Mi padre me ha preguntado otra vez el motivo de mi disgusto, pero estoy resuelta a ocultarle la verdad siempre. Inés comprendió que hay algo desagradable entre los dos. Que lo ignore también, lo más que se pueda, ese angelito.

Día 14. Florencio se muestra desdeñoso conmigo;

parece que se enrabió demasiado; tomó la cosa muy a pechos; pero, ¡que la pague! Yo tengo razón. Se fué a Arrebol sin decirme adiós; es la primera vez que se va sin despedirse... ¡Dios mío!, ¡qué desagradable es ver a un hombre tozudo, vengativo, contra las pobres mujeres! Puede ser que yo me excediera, como afirma Juan Andrés; pero ¿cuánto le va a durar el resentimiento? Sin embargo, estoy cierta de que me quiere con toda su alma; no podrá vivir sin mí mucho tiempo.

Día 15. ¿Por qué habrá regresado tan presto? ¿No podrá tener sosiego en la ausencia y vendrá a reconciliarse? Y si es así, ¿cómo tarda tanto en acercarse? Paciencia. A la noche es segura la entrevista.

Día 16. ¡Oh, qué desdicha la mía! ¡Cuánto sufro: ¡Se fué otra vez sin hablarme ni una palabra! Más aún! yo estaba asomada a la ventana, y, al pasar por delante, a caballo, tosió.

Día 28. Llegó de la hacienda macilento, ojeroso, pálido. Dicen que no ha estado enfermo; eso es que sufre por mis rigores y desdenes. ¡Pobrecito! Mas, ¿por qué lo compadezco? No cedo en nada, pase lo que quiera.

Día 1.º de mayo. Nos juntamos en la pila del agua bendita, en el templo, yendo al ejercicio del mes de María; lo miré, entraba muy serio; él no me miró. ¡Qué orgulloso!; pero advertí que se puso en un lugar desde el que podía mirarme. Yo volví la vista disimuladamente varias veces y tenía clavados los ojos en mí: cuando notaba que yo le dirigía la vista, evitaba el encuentro de las miradas. ¡Dios nos perdone! ¡Es tan triste vivir así...!

Día 2. ¿Guardaré más las flores secas? ¿Las botaré? ¿Se las enviaré a él para que sepa que yo también tengo honor? ¿Y su retrato?

Día 3. Baile en casa de mis primas. A mí, ni una

vez; a la *Oronda* la sacó a bailar infinidad de veces con mil carantoñas. Todo el mundo conoció la cosa. Se me caía la cara de vergüenza. Todas las atenciones para esa sosaza, más fea que mandada hacer; es imposible que la quiera Florencio; eso es por darme en la cabeza. Yo no la puedo estomagar. ¡Y cómo se vuelve unas mieles ella al recibir las caricias de mi nov...! ¡Dios mío! ¿Hasta cuándo? ¡Ay de mí! Si él me dijese una sola palabra, yo lo perdonaría. ¿Cómo no? Una sola palabra... ¡Florencio, Florencio de mi corazón...! Dime una vez siquiera tan dulcemente como antes, *Norita mía*, y te perdonaré.

Día 12. La *Oronda* va diciendo que él me dió calabazas para siempre; que habla de mí perrerías; que soy malgeniada, presuntuosa, fea. Ella sí que es chismosa y fea de verdad. Cuando está con él se la pasa tosiendo con una manerita...

Día 18 de junio. Esta mañana, estando reunidos todos en la casa de enfrente, Florencio me dirigió la palabra muy cortés. ¿Será que está ya reconocido? ¿Será que ya no le intereso nada, nada absolutamente? Me llamó por mi nombre; me dijo delante de todos que estaba encantadora; yo me puse encendida; me picaba el rostro, y con tanto gusto me sentí, que no tuve en un rato conciencia de mí misma. ¡Me ama! ¡Me ama! ¡No lo dudo!

Día 30. Me han dicho que a la *Oronda* le ha regalado un abanico muy elegante el día de su cumpleaños. ¿Será verdad?

Día 1.º de julio. ¡Julio! ¡Y ni principios de reconciliación! Esto es un infierno. Me aseguran que estoy pálida. ¿No lo he de estar al ver que ese rencilloso evita toda ocasión de hablarme? Hoy nos dejaron solos un tris en el corredor de su casa; no sé si lo hizo adrede Juan Andrés, o fué por casualidad; pero no me dijo

él una palabra... Que el día estaba muy hermoso; que las flores del patio muy frescas; que Bellak hacía muchos destrozos en ellas... eso, eso es todo lo que me dijo el gran mentecato. Temo que se ha desencariñado conmigo del todo. Antes tan preguntón, ahora tan discreto; antes tan caprichoso, ahora tan ceremoniástico y tan...

Día 2. Boda de Manolito Ruiz: estoy invitada; éste se casa, aquél se casa, ellos se casan, todos se casan. ¡Ay, nosotros no nos casamos!

Día 4. En el programa de la fiesta del Carmen entra que se confiese. ¿Se acusará de que me aborrece, de que me tiene odio? ¿Se acusará de lo mal intencionado al hacerme sufrir tanto? ¡Quizá se convierta!

Día 10. Al fin yo soy la *Reina* del torneo dispuesto por Juan Andrés. Lo veremos. Si Florencio entra en la lucha, es porque me quiere; si no me quiere, si me aborrece, si no me puede ver, como dice la *Oronda*, no entrará a formar parte de la cabalgata, no consentirá que yo le ponga el lazo y sea su compañera de baile. Lo veremos... Pero ¿qué digo? ¿Acaso no puede entrar al torneo por ganarse el premio solamente sin pensar en la mano que lo adjudica? De todos modos ¡que gane el premio! Se lo deseo con toda mi alma.

Día 13. ¡Soy feliz! Me ama; lo sé, no puedo dudarle ya. Me lo ha dicho Juan Andrés. Aquí no hay sino un poquito de respetos humanos; de modo que si yo voy y le digo: te amo, él será capaz de postrarse de hinojos y pedirme mil perdones y llorar como un niño. El día de Nuestra Señora, ese día se arreglará todo, cuando yo le ponga el lazo, cuando bailemos juntos, en fin, en mil y tantas ocasiones como tendremos ese día. ¡Ay, Virgen del Carmen!

Lita, en acabando de llorar, se levantó, y lo primero que hizo fué encerrar con llave el álbum en el ca-

joncito más reservado de su mesa tocador, el cual ni a Bruna le permitía curiosear. Y se acostó.

¿Para dormir? No; para hilvanar en las sombras sus ensoñamientos amorosos. ¿Podría por ventura conciliar el sueño quien tenía el magín encendido como una estufa y el corazón aporreándole el pecho con un martilleo tan sordo como tenaz? Sin embargo, la pobre niña quedó envuelta en los blancos ropajes del sueño que la noche extiende con eficacia irresistible poco antes de ceder el turno a su rival, la aurora; pero en vez de posar Rita su imaginación en los confortables cojines del vacío, la dejó flotando en los espacios donde las pesadillas y los sonambulismos cuchichean y se dicen misterios que son entendidos a medias por los mortales.

Soñó que D.^a Engracia había fallecido y que Florencio se había ido a Bogotá con Juan Andrés, una vez que arreglaron los asuntos de herencia; y que en Bogotá había requerido aquél de amores a una bogotanita muy bella con quien se casó, por insinuaciones de Juan Andrés, pero que resultó muy casquivana, por lo cual Florencio padecía de una manera atroz; que ya no retornaría a Ribaflor, sino de paso; que Inesita también estaba en Bogotá en un colegio en que enseñaban muchas cosas modernas, pero de religión nada; y, por último, que Florencio se acordaba mucho de Rita, que siempre la amaba y que no hacía sino maldecir la hora en que le dió gusto a su hermano respecto de la elección de esposa en Bogotá.

Su despertar fué peregrino. Los claros del alba entraron por los resquicios de las ventanas como chorros de oro en polvo; oíanse los pajarillos parlotear a lo lejos como chiquillos traviosos; cuando Rita abrió la ventana, una oleada balsámica creó su enguedejada cabellera, inspirándole venturoso sosiego. No, no; era

una simple pesadilla; en la casa de enfrente no había novedad; allí estaba Florencio con toda su familia. ¡Bendito sea Dios!

Rita, naturalmente, salió rendida de la alcoba, como magullada; su espíritu, empero, estaba regocijado al sentir la realidad de una vida no tan torturante como la que había soñado.

¡Carta! He aquí lo primero que recibió de manos de una sirvienta apenas se dejó ver Rita en las habitaciones. ¿Cuya sería? Por la letra parecía de Florencio. Ya casi no conocía su letra... ¡Hacía tanto tiempo que no veía ni una esquila suya!... De un rasgón rompió el sobre y leyó la firma. Un frunce de incalificable significación se dibujó en su rostro. El contenido era este:

«Querida Rita: En el camino de mi vida apareció usted como una estrella que conduce a la región del nacimiento de la dicha; hace tiempo sentí en mi corazón una imperiosa necesidad de decirle a usted una palabra que expresase todo mi amor; por no hallarla adecuada he tardado tanto en acercarme a sus pies. Anoche en el baile quise expresársela; hoy, mudo y perplejo, sólo puedo implorar perdón, perdón por la rudeza de mi lengua, perdón por la tardanza, perdón quizá por la inoportunidad. Si me perdona usted, Rita, y tiene la bondad de contestarme diciéndomelo, entonces podré aproximarme a usted personalmente, y a su lado, aprendida de sus labios, he de articular debidamente esa palabra que necesito modular para ser feliz, comunicándole a usted la felicidad de mi corazón.»

Rita no tuvo paciencia para terminar la lectura; estaba trémula, los ojos encendidos; pequeña crispatura en los labios, un temblorcillo en todo el cuerpo le hacía agitar el papel en la mano. Aquella carta era... del *Catire*. Hízola añicos y de un puñado los arrojó a la calle, desparramándolos el viento rumorosamente:

unos cayeron al pie de la ventana, otros arremolinados ascendieron un poco y en caprichosas trayectorias bajaron como copos de nieve para ser pisoteados por los transeuntes.

¡Desengaño tras desengaño! ¡Desilusión tras desilusión! Estaba visto: Rita tenía que amainar el velamen de su orgullo si quería entrar en el golfo apacible de la amistad con Florencio. Ella fué la que cometió la grosería de despedir de su casa al joven en ocasión en que éste le pedía y le instaba admitiera sus excusas; ella en los primeros días del rompimiento se mostro inexorable, luego... ahora forzoso era que por su parte fuesen apartándose los estorbos para realizar una aproximación decorosa.

Así discurrió la joven, y de acuerdo con estas resoluciones procedió en su obra entonces mismo, porque con el pretexto de visitar a D.^a Engracia fuese a la casa vecina, donde hallaría ocasiones a manta. A la sazón estaban en la pieza de la enferma Florencio e Inés dándole los buenos días. Florencio salióse pronto de intento. Muy mala noche había pasado la paciente, y tan mala, que a la madrugada intentó llamar a todos, porque creía que eran llegados los últimos instantes de su existencia; la alarma, no obstante, había desaparecido.

Advirtió Inés que su hermano mayor tardaba en levantarse y corrió a llamarlo para que viera a la abuela y a Rita.

—Entra, Inesita—dijo desde adentro el mozo.

—Buenos días.

—Los tengas, mi nena.

—¿Dormiste bien?

—Muy bien; como que son las ocho y estoy acabando de vestirme. Mira, tráeme ese cuello y esos puños.

—¿Ya no tienes jaqueca?

—Hoy no; ayer me dolió mucho la cabeza.

—¡Hum! dijo la abuelita que te dolió por no confesarte.

—No lo creas; me dolió muchísimo.

Y prosiguió perfeccionando los detalles de su acicalamiento.

—¿Y tú te confesaste, Inés?

—Yo sí me confesé.

—¿Y no le tuviste miedo al Padre?

—¡Si el Padre no es bravo!

—¿Y qué pecados le dijiste?

—¡Ajá! ¿Y tú eres cura?

—Como le dijiste el otro día a mamá Engracia que querías confesarte con la Superiora del colegio...

—Pero ella es buena y tú malo.

—¿Quién te ha dicho, nenita, que yo soy malo?

—Mamá Engracia me dijo que eres malo, y que no quieres a la Virgen, y que no llevas su escapulario, y que no rezas cuando vas a acostarte.

—¿Con que eso te dijo?—afirmó el joven sonriéndose mientras retorcía sus bigotes ante un espejo.—Y luego, volviéndose a ella:—Dime otra cosa: ¿quién te vistió ayer de luto, y con corona y cruz? ¡Qué fea estabas!

—Ritica me vistió.

—¿Y para qué te vistió así, si no era Viernes Santo?

—Me dijeron ella y mamá que para hacer penitencia por ti para que la Virgen te hiciese bueno.

—No, no te dirían eso.

—Y me dijo también mamita que te confieses luego.

—Está bien; el domingo me confieso contigo. ¿Oyes?

Se rió la niña de la ocurrencia, y sospechando que si permanecía más con su hermano corría riesgo de que intentara ponerlo por obra, salió corriendo del

cuarto, desde cuya puerta le advirtió con mucha gracia:

—Conmigo no; con el Padrecito. Y me dijo la abuela que si tú no quieres a la Virgen María que yo no te quiera. Y no te voy a querer, y no te voy á querer...

El joven llevóse el índice a los labios, imponiendo silencio a la chiquilla, que se dirigió otra vez a la habitación de la enferma diciendo a voz en cuello:

—¡Y no te voy a querer, y no te voy a querer!...

Muerte de doña Engracia.

DESAHUCIADAMENTE vivía doña Engracia; lámpara de alabastro, próxima estaba a consumirse para siempre el aceite misterioso de la vida. Tras el espacio de relativo reposo que gozó en la madrugada asaltáronle ataques paroxismales. El facultativo lo tenía dicho: aquel organismo vivía como de milagro hacía días. Llegado que hubo el doctor y diagnosticado, aseguró que de aquel día no pasaba la vida de la anciana.

Esta no se cansaba de decir a los que la rodeaban:

—Nuestra Señora del Carmen es muy buena conmigo; hoy la veré en el cielo.

Y si alguno trataba de proferir esas promesas halagadoras de *buen tono* que se suelen dirigir a los moribundos, replicaba:

—Dejadme morir, dejad que se cumpla la voluntad divina.

Al medio día presentóse en la alcoba el Padre misionero, quien al interrogarle si estaba tranquila

—Mucho, Padre mío—respondió la paciente con agónica asfixia—. ¡Mis nietos! Vele por mis nietos...

¡por Juan Andrés! Y le dirigió una mirada de intensa súplica.

—No se apene por ellos. Dios le ha de conceder a usted más, mucho más de lo que le pide.

Y habiendo comprendido el sacerdote que el tiempo apremiaba, procedió a administrarle los últimos Sacramentos.

¡Qué consternación tan insólita en los habitantes de Ribaflores al percatarse de que una de las matronas más respetables desaparecía de la escena de la vida! ¡El otro día alegrías y fiestas, hoy llanto y procesiones lúgubres; ayer regocijos por dondequiera, hoy luto de muerte!

Avanzaba la tarde, hosca, cruel, inmisericorde. Una caduqueza cadavérica, realizada por la blancura de los almohadones, pintábase en el rostro de la agonizante; sus miembros iban perdiendo vigor, su respiración tomaba cariz de estertórea; tenía razón el médico: estaba a punto de muerte.

—Madre —le preguntó Juan Andrés en cierto momento que creyó iba a complicarse el rápido desenlace de su agonía—, ¿está usted mejor? ¿Qué le duele?

—Nada, hijo mío... estoy bien...

Y volvió pausadamente la vista por los ámbitos de la habitación con una expresión ansiosa.

Rita, que se hallaba allí, asió a Inesita por el brazo y salió a los corredores, dando a la enferma ocasión propicia por si acaso quería recomendarle algún asunto.

La moribunda extendió su acartonado brazo en ademán de posarlo sobre su nieto.

—Estamos solos, madre. ¿Alguna recomendación doméstica?

—¡Doméstica...! —musitó la agonizante meneando la cabeza.

Y luego después:

—Toma —le dijo quitándose del cuello con dificultad una medalla de Nuestra Señora del Carmen—, toma; esta es mi única recomendación.

La recibió Juan Andrés, y quiso guardarla.

—No, quiero que te la pongas... ahora mismo....

El joven se detuvo, lleno de ansiedad, porque se le exigía lo que él reputaba archifanatismo.

—Te lo mando; y deseo que... durante los funerales... la lleves... bien visible.

Juan Andrés obedeció.

—Bésala.

Y la besó con movimiento como automático.

—Y te mando... que te confieses... ¿Me darás gusto...? ¿Cumplirás mi última voluntad...?

Experimentó Juan Andrés un calofrío en todos sus miembros, una especie de desmayo; luego, una reacción subitánea de ardimiento, de energía, como si una onda eléctrica le abrasara las entrañas, y con un sacudimiento brusco se apartó de la cama y voceó prorrumpiendo en lágrimas:

—¡Sí...! ¡Sí...! ¡Sí!

Y salió de la habitación tapándose la cara con las manos. Nadie se atrevió a profanar su dolor con curiosas preguntas...

Una figura de ultratumba, envuelta entre los arreboles crepusculares, aparece en el ocaso; en una mano trae un símbolo; no es guadaña, es una palma; en la otra, el cuadrante del tiempo; a su paso se balancean las frondas y caen las hojas secas, quejándose; el susurro de la brisa imita el ruido de sudarios de seda que se arrastran; entra en la habitación y saluda a la enferma con una sonrisa; siéntase en la cabecera del lecho, apoya las sienes de la moribunda en su regazo y empieza a musitar a su oído frases cariñosas; la enfer-

ma cae en un estado de marasmo dulce; sus pupilas impregnadas de bondad adquieren una fijeza inconsciente: la fijeza del último sueño; su rostro apergaminado se tiñe de un amarillo marfilino; cada vez es más angustioso el resuello; la visión sigue murmurando al oído frases entre sonrisas consoladoras, y mirando al cuadrante de cuando en cuando. Unos minutos más y el cuadrante anuncia la hora; la visión pone la mano sobre el corazón de la agonizante, el corazón cesa de palpar y del pecho se exhala una como nube de lilibal incienso, que recoge en su relicario el ángel de la agonía y se ausenta volando. Con su alateo las últimas coruscaciones del poniente se ensombrecen...

De cómo se conlloró en la casa y cuántos amigos acudieron a ver a la amable muerta y de los preparativos de funerales y sepelio, no es para dicho por menudo en este lugar.

Depositóse el cadáver en la sala, como en cámara ardiente, hasta que llegó la hora del entierro.

Un pormenor interesante: Juan Andrés llevaba la medalla de su abuela a lo público, por sobre la pechera. El, después de practicar las más inverosímiles y encontradas acciones, víctima como era de acerbo dolor, se acercó al féretro iluminado con amarillentos blandones, y se sentó a leer el libro favorito que llevaba siempre consigo, las *Confesiones* de San Agustín:

«CAP. XXII.—Al mismo tiempo que yo cerraba los ojos al cadáver, se iba apoderando de mi corazón una tristeza grande que iba a resolverse en lágrimas; pero mis ojos, obedeciendo al violento imperio de mi alma, absorbían toda la corriente de su llanto, tenían que vencer y padecer mucho. El joven Adeodato, luego que mi madre dió el último aliento, comenzó a llorar a gritos; pero a persuasión de todos nosotros se sose-

gó y calló. A este modo era también lo que yo experimentaba, pues aquel primer movimiento que con pueril flaqueza me quería hacer prorrumpir en llanto y gemidos a la voz y precepto de mi alma, como de sujeto más prudente y juicioso se reprimía y callaba. Porque no pensábamos por conveniente acompañar con lamentos, gemidos y sollozos la muerte de mi madre, por ser éstos unas demostraciones con que por lo común suele llorarse la infeliz y desgraciada suerte de los que han muerto, o con que al parecer se significa que se han consumido enteramente o aniquilado. Pero mi madre ni había muerto de modo que se le pudiese temer algún infeliz destino, ni había muerto de todo punto, lo cual teníamos por verdad muy cierta, ya atendiendo a la pureza de sus costumbres y método de vida, ya a su fe no fingida, sino verdadera, ya también por muchas otras razones que nos lo aseguraban»...

Una avenida de sentimientos dolorosos asaltó su ánimo y se arrojó el mancebo al túmulo, poniéndose de rodillas y reclinando la frente sobre el cadáver; un instante permaneció inmóvil, mudo; los cirios crepitaban; oscilaba la llama proyectando movibles amarilleces sobre los muros y objetos de la cámara mortuoria, y sobre el rostro de la difunta lampos de eterno reposo; silencio por dondequiera. Sólo se notaba la fatigosa respiración de Juan Andrés inclinado sobre su querida abuela.

De repente se incorpora y sale aprisa de la estancia, repitiendo a gritos aquellos enérgicos monosílabos:

—¡Sí... Sí... Sí...!

Después óyense los dobles de las campanas; en breve, el coro del religioso cortejo que viene por el cadáver y entra llenando la casa con los funéreos acentos del *Miserere*..., el ruido mate del aspergeo sobre la

caja forrada de terciopelo... la fuerte respiración de los que levantan la caja del túmulo... el roce de las telas... los pasos de los conductores... sollozos que se escapan de la concurrencia... el canto que se aleja hacia el templo...

Juan Andrés preside el duelo con dignidad, sin demostraciones lacrimosas, pero lleno el semblante de torturantes huellas. Su apostura prócera entre el concurso da la nota más edificante...

Luce sobre su pecho la medalla carmelitana.

Por fin, sale de la iglesia el fúnebre acompañamiento camino del cementerio; allí la fosa está abierta; depositan el cadáver en ella, y, mientras lo cubren de tierra, Juan Andrés, con gran admiración de todos, se arrodilla y ora...

Las campanas a lo lejos siguen lanzando tañidos que imitan el clamoreo de un corazón que se lamenta...

Así que pasó la ceremonia del sepelio y del pésame:

—Rita, se me pone en la cabeza que Juan Andrés se ha confesado. ¿Lo has visto de rodillas en el Campo Santo? —dijo Bruna emocionada.

—Sí, pero ¿cuándo ha podido confesarse?

—A ocultas.

—¿En qué te fundas para creerlo?

—En nada, pero pienso que la muerte de la abuela ha convertido al nieto.

—Pues no lo pienses, hermana; mientras esté encaichado de esa protestantona... Lo verás, cuando vuelva a Bogotá, se perderá todo; Juan Andrés parará en mal... ¡quizás en suicida...!

Encargos.

Todo terminado: ya no había embarazos para el regreso del joven abogado a la capital. Muerta su abuela, solucionados favorablemente los asuntos de herencia, también ganado el pleito de Brunequilla, y Florencio encargado de la administración de la hacienda, ¿qué le detenía en Ribaflor? Por lo mismo, tan luego como transcurrieron los primeros días del luto y se ejecutaron las disposiciones testamentarias de la finada, a Bogotá, a reanudar su carrera forense, a saborear las dulzuras de la amistad urbanizada, a vivir, en fin, vida confortativa, aristocrática, en la ciudad de los sabios y de los artistas.

Cierto día los dos hermanos cabalgaban de Arrebol al pueblo:

—¿De modo que te vas inmediatamente?

—Inmediatamente.

—Mira, no tardes en volver; no nos dejes solos para siempre.

—Cuenta con mi palabra; volveré todos los años en el verano. Por lo demás, yo no he determinado aún el rumbo de mi vida. ¡Pende de tantas cosas! Porque al casarme con Berta probablemente tendré que someterme a los gustos de su familia, y como su padre

tiene tantas dependencias y negocios en Europa, habré de viajar mucho por el extranjero, o por lo menos vivir de asiento en la capital, lejos de ti. Pudiera suceder también que yo estableciera agentes en las poblaciones exportadoras de ganados llaneros, y así podríamos los dos hermanos recíprocamente valernos. ¿No te parece, Florencio?

—Tal vez.

—Aunque, chico, ya sabes que yo no he nacido para el negocio mercantil. Me choca esa jerga de los números. Por eso no he de meterme en transacciones de once varas; mi inclinación está bien definida: yo para las letras y nada más que para las letras. Así que tú puedes administrar mis intereses, con cuya renta, sin depauperarme y sin afanes mezquinos, puedo subvenir bien a las necesidades del hogar y entregarme al disfrute de mis aficiones. Por otra parte, como lo tienes notado, no soy ambicioso. El dinero, ese categórico imperante de la vida, para mí no tiene significación; mi pasión es el estudio.

—Y ¿si acaso algún día quisieras desprenderte de tus bienes pecuarios de Arrebol? —indagó el hermano.

—En ese caso contaría contigo. En fin —agregó—, no hablemos de eso ahora porque nos carteamos con frecuencia, y espero volver todos los veranos.

—Pues ¿qué quieres que te diga? Yc que tú no me iba tan pronto a Bogotá; más quisiera que te quedases un par de años. Entre los dos mejoraríamos mucho la hacienda, y después te ausentabas adonde quisieras. Porque, vamos, ¿para qué necesitas el título? ¿Qué aumenta el título a tu saber? Nada. ¿No es verdad?

—No, Florencio, no opino así; para muchas dependencias del foro necesito obtener el grado; y, aunque no ejerza la profesión, ya tú ves que no estorba ese requisito.

—Es claro, pero aguárdate hasta el verano siquiera.

—¡Imposible!

Medió un lapso de silencio profundo, pasado el cual, Florencio, haciendo un cuarto de conversión sobre su silla, volvióse hacia atrás para hablar de este modo intencionado:

—Casado vendrás con una señorita muy guapa: ¿Eh?

Sesgaba la conversación así para que saliese a figurar el nombre de su adorable Rita.

—Casado sí; pero la mujer probablemente no querrá acompañarme. ¿Una bogotana por aquí? ¡Que si quieres! Por sabido, que tú también estarás casado.

—¿Con quién?

—Con Rita, hombre. ¿Con quién había de ser?

—Pues si tú no metes en ello la mano, de Dios me venga el remedio.

—Y ¿cómo quieres que la meta?

—¡Toma! Pues como tú sabes; así... sin que ni ella ni yo nos humillemos... por ejemplo... el otro día... las carreras de la plaza...

—Sí, sí; ya estás tú buen pillo...

Después de una pausa agregó:

—¡Ah! Se me olvidaba hablarte de la suerte de Inesilla. Doy por cierto que te casas con Rita; en ese caso la chica queda perfectamente colocada, porque ya sabemos cuánto la quieren en esa casa; por eso urge que os caséis.

Oyendo Florencio estas razones, ¡con cuánta felicidad sonreía! Le sabían a mieles.

—Pero si no se realiza el matrimonio —prosiguió el hermano—, suposición más que quimérica, entonces no te descuides con la chica, mándamela a Bogotá para tenerla al lado de Berta, o ponerla en algún colegio. La llevas tú, Florencio; un viaje a Bogotá no

CORAZÓN

te penará. Mira, y ~~yo~~ ^{da} aviso cuándo es mi boda y para entonces vas a la capital con ella. ¿Oyes?

Nada oía porque estaba absorto, lleno su pensamiento con el recuerdo de la novia, cuya reconciliación se le presentaba como segura. Ya creía estar hablando con ella.

—Otro asunto, Florencio —dijo a continuación el abogado.—De aquello que hablamos hace días, sobre si D. Benito tropezó o no en Arrebol con el dinero de nuestro padre, no he averiguado más. Opino que los informantes no son veraces del todo. Sea lo que quiera, me parece decoroso no tocar ese punto; de más a más, nada bueno conseguiríamos.

Y hablando en tono irónico añadió:

—¡Val! Eso quiere decir que en todo caso lo heredará tu mujer, y por lo tanto a tu poder vendrá. ¿No es así, mi querido hermano?

—Pero, caramba, sí que eres guasón —manifestó el otro—. ¿Acaso me he casado ya? Bueno; engáñeme y encima ríase de mí el señor rábula.

Entraban en la población...

La mañana amaneció rebosante de belleza, como una tregua a los horrores de tanta lluvia. Enormes manchas de sol, color de oro viejo, que iluminaban todas las cosas, la diafanidad del aire, las brisas perfumadas, el vario gorjear de los pájaros entre las frondas, todo, todo invitaba a gozar de la fiesta de la naturaleza. A Rita le provocó salir a pasear por la orilla del río dirigiéndose hacia un caserón derruido, donde, en caso de repentino aguacero, podrían refugiarse. Este proyecto, expuesto por ella a los de su familia en alta voz, con las ventanas de la calle abiertas, fué oído por Florencio desde su casa, sin ser visto de la proyectista. Acaso lo expuso gritando para que se ententase el otro. Bruna aplaudió la idea, pero D. Benitor

no; sin embargo, a poder de estas y reflexiones, cedió el chocante viejo.

—Llama a Bellak y vámonos, indicó Lerín.

- ¿A Inés también?

—No; está constipada.

Florencio, mirando a hurtadillas por una ventana cómo desfilaban los paseantes, se deja inspirar por esa cosa que no tiene nombre, aunque la llame César *Consejo*, Mahoma *Angel Gabriel* y Sócrates *Demonio*, y se dice remiradamente:

—Bonita ocasión de conocer si me quiere o no me quiere; ella, es claro, se pondrá a parlotear, retirada del papá, con Bruna que defiende la causa de la hermana, y si yo puedo, a las calladas y valiéndome de las comodidades que me brinda el bosque, aproximarme y escuchar el palique...

Y con tales miras se escabulle en pos de ellos. Delante van Bruna y Rita, muy formales, conversando; sigue a cierta distancia el viejo, gozando al ver las travesuras de la chiva, que se adelanta, corretea, se pierde entre el follaje, se retarda, va y vuelve comiendo hojillas y olfateándolo todo. Florencio los sigue cautelosamente según la configuración y las sinuosidades de la vía. Llegan las primeras a la ribera y siéntanse a la sombra de unos árboles que cabe el caserón se yerguen; tarda en llegar D. Benito; es que la cabra ha hecho mil jugarretas divertidísimas; se aproxima rendido, sudoroso, jadeante; la chivita se acerca a las muchachas, les hace una fiesta y se hecha en el suelo; pero en breve lánzase a corretear y más corretear.

En tanto el Sr. Lerín se sienta, retirado de las hijas, recostado en el viejo muro del edificio y se pone a reflexionar qué generaciones habitaron la casa ruinosa qué tanto de riquezas poseyeron y cuántas probalidades hay de que allí se oculten tesoros. Florencio se ade-

lanta cada vez más alerta para no ser visto; la hojarasca que pisa hace demasiado ruido; contiene hasta la respiración, se agazapa, se para contra el tronco de un árbol, da vueltas alrededor de una mata, vuelve a ganar terreno y llega a situarse por fin tras la casa, de modo que ni las jóvenes que hablan en voz queda, ni el padre que adelgaza el testuz metiéndose en honduras de raciocinio, se dan cuenta de la proximidad del curioso. Este ha ganado ya otra posición más ventajosa, con la que logra oír alguna palabra que otra de la conversación. Pasa un rato de ansiedad suprema. Ya a D. Benito le asalta el sueño, se le cierran los ojos; el paseito lo ha fatigado; Rita con Bruna habla que te hablarás; Florencio aguzando el oído para pescar alguna palabreja. Saca Rita de la faltriquera un pliego y se pone a leer. Florencio se hace todo oídos, creyendo que es una carta amorosa del *Catire*, por ejemplo, o de otro pretendiente; su corazón palpita agitado, estira el cuello y oye lo siguiente:

Cuenta de los encargos a la villa:

Ocho varas de cinta.....	3 pesos
Una vara de peluche lila....	1 »
Unos zapatos de charol.....	6 »

Y sigue una quilométrica lista, cuya lectura, por lo frustánea, deja descorazonado al joven y muy contentas a las muchachas, para quienes el pedido a la villa resulta asaz satisfactorio.

Se aproxima la cabra a Florencio, y éste se azora y la despacha sin hacer ruido; el animalejo va donde está sentado *Cucarrón*, le mira y no recibe caricia alguna. Duerme el viejo. El rumiante arrisca el hocico, huele el rostro del dormilón, bigotes de cepillo, ojillos de ¡berbiquí, y sigue todo igual. Comienza D. Benito a cabecear; la cabra da unos pasitos atrás; aumentan

las cabezadas del durmiente, recula el cuadrúpedo agitando el rabito, hace un movimiento impulsivo ascendente en el cuello y yergue todo el cuerpo descansando solamente sobre las patas traseras; retuerce más el nervioso cuello, da un pasito al soslayo y déjase caer de frente como para topetar al viejo que cabecea en grande; una y otra vez la chiva enarca el cuello, se levanta juguetona sobre las patas de atrás y amaga con un tope cada vez más cerca al dormilón, quien parece la reta con las cabezadas que da hacia adelante. El momento ha llegado: el testuz de la cabra y el de *Cucarrón* chocan produciendo un ruido mate. Don Benito chilla despavorido; la chiva se asusta y sale de estampía; Bruna y Rita se alarman y acuden, sin saber qué sucede, en auxilio de su padre, registran y... Florencio descubierto infraganti, contra la pared de la casa, inmóvil, como petrificado, con una sonrisa de idiota.... ¡*Tableau!*

¡Estás loca!

QUE andaba muy atareado el abogado lo demostraba por cierto el permanecer dentro de la habitación largas horas, escribiendo no sé que piezas finales sobre el juicio de sucesión de Brunequilla.

La india Carmen rondaba su puerta una y varias veces; quería llamar, se detenía, íbase, tornaba, vacilaba, hasta que golpeó y entró.

—Buenas tardes, D. Juan Andrés.

—¿Qué deseas?

—Hablar con usted.

—Puedes hablar lo que quieras —díjole el señorito sin dejar de escribir y sin mirar siquiera a la interlocutora.

—Pero necesito asegurarme de que estamos solos.

—Solos estamos, habla lo que gustes —repitió cortés, pero sin darle importancia al caso.

—¿Solos? —insistió con marcado interés la india.

Juan Andrés dejó la pluma y volvió hacia ella la cara frunciendo las arrugas horizontales de su frente con expresión entre asombrada e interrogadora.

—¿Qué quieres, pues? ¿Tan interesante es el asunto?

—Interesantísimo.

—Habla.

—He sabido que usted está pleitando sobre la herencia de una familia araucana.

—Exactamente, ¿y qué?

—Yo necesito saber cómo está ese asunto, y nadie mejor que usted me puede enterar de todo.

Juan Andrés maravillábase más y más al oír expresarse a la salvaje de un modo tan preciso y al mismo tiempo con tanta serenidad. Por otra parte, era un asunto que parecía tener puntos de interés para todos menos para ella.

—Pues ese pleito—contestó el abogado, disimulando su turbación y con tono de condescendencia cariñosa,—ese pleito está ganado; quiero decir que los herederos de Brunequilla antes de un mes estarán en perfecta posesión de cuantiosos bienes que ha de entregarles cierto señor que vive en la posesión de...

—¿Cómo se llama el que hereda?

—Juan Electo.

—¿Es decir, que murió sin descendencia el señor D. Francisco Pérez?

Juan Andrés miró aún más estupefacto a la india que estaba enfrente de él, seria y rígida como una esfinge, y contestó:

—Murió.

—¿Y doña Práxedes Pérez, viuda de García?

—Murió también.

Abatió la guajiva la cabeza como para reconcentrar mejor sus pensamientos y calló.

Juan Andrés, fijos en ella los ojos como para descifrar lo que parecía enigma indescifrable, guardó silencio también, esperando que la otra, plenamente conocedora de la causa que él había defendido, recomenzase el diálogo.

—¿Qué fué de don Juan, el albacea?

—Vive en la Costa.

—¿Y un abogado de Bogotá, que medió en los asuntos testamentarios del padre de Brunequilla, llamado Joaquín Volzt, aunque él usaba pseudónimo?

—¡Qué! ¿Cómo dices que se llamaba? —interrogó el joven dando un vuelco sobre la silla, efecto del asombro que le causaba oír ese nombre.

—Joaquín Volzt he dicho.

—¿Joaquín Volzt, el padre de Berta? ¡Imposible, imposible!

Profirió esto Juan Andrés dando un fuerte puñetazo sobre la mesa del escritorio, y volviendo las espaldas bruscamente a la india para dirigir la mirada por la ventana abierta que daba a la calle. Así estuvo unos instantes. Después, con modales de excitación grandísima, convirtiéndose hacia la interlocutora y exclamó:

—Bien, ¿y qué?

La guajiva se sonrió.

—Di, ¿qué tienes que ver tú con todas esas cosas? ¿Quién te ha informado de esos pormenores?

Carmen siguió sonriéndose.

—Contesta, ¿qué misterio es ése?

La otra se expresó así:

—¿Qué haría don Juan Andrés si ahora se presentase aquí Brunequilla?

¡Imposible!

—Pues yo soy, y vengo a expresarle mis agradecimientos por lo bien que ha desempeñado el papel de defensor de mis intereses y de mi honra.

—Mujer, ¡estás loca! Retírate!

—Juan Andrés, sosiéguese; estoy dispuesta a testificarle mi filiación.

—¡Imposible!—gritó el joven, poniéndose a pasear por la pieza desordenadamente. —Después, enfrenándose con ella, dijo:

—¿Tú, Brunequilla? ¿Tú, la pretendida de mi difunto padre? ¿Tú, la loca de amor por él?

—Sí, yo soy Brunequilla.

—¿Pues no se ahogó esa infeliz en el río? ¿No dan testimonio de su desaparición las vestiduras encontradas en la orilla del río, huesos humanos en una playa, y....

—Dicen que me enloquecí a consecuencia de los trágicos sucesos verificados en el hato de mi padre; puede ser verdad, porque al recordar aquellos días veo unos puntos blancos como lapsos de otra vida; una cosa es cierta: que yo, agobiada por el dolor, al verme desesperanzada de ser esposa de José y rodeada de furiosos enemigos, que me robaban hasta el honor, resolví salir de mi tierra e internarme en los bosques para ser devorada por las fieras.

Aquí la interlocutora dejó de hablar, porque el dolor anudó su garganta, y dió salida a un río de lágrimas, que trataba de enjugar con su delantal. A continuación dijo con enardecimiento:

—Llegué a las orillas de ese río que nombras; hice una liviana armadía con bambúes; adrede me desvestí y sobre ella me arrojé a las aguas, resignada a que me impulsasen a cualquier parte donde las fieras me despedazaran. Quise con esto hacer creer a todos mi muerte; yo la buscaba, la ansiaba; pero quería que mis huesos quedasen lejos de aquella tierra maldita. Por eso no me ahogué allá mismo, sino que me lancé a tierras desavecindadas. Pero quiso el destino que, después de un día de bogar a merced de la corriente, me hallase rodeada de una turba de salvajes que estaban pescando. Digo la verdad; la vida con los desventurados nómadas me pareció más dulce que la vida de los civilizados, y más noble, y más bella, y lo diré, más religiosa.

A medida que la supuesta salvaje hablaba, adquiría su obscuro rostro, manchado de lágrimas, expresión más interesante; su actitud era estupenda. Juan Andrés la escuchaba como si fuera un fantasma evocado por arte maravilloso.

—Si, yo soy Brunequilda, la idolatrada de su padre, traída a estas tierras civilizadas no sé si por fortuna o por desgracia. Yo amaba el desierto; allí reina la barbarie, pero no el crimen; allí hay infelices, pero no desalmados. El día que lo ví a usted en mi selva creí ver a José; en mi pecho se agolparon borbotones de sangre. Quien ve a Juan Andrés ve a su padre a la edad de veinticinco años. No se puede pedir más parecido.

Volvió la mujer a ocultar su rostro entre el delantero; Juan Andrés la miraba de hito en hito con ojos dulcemente tristes y a la vez espantados.

Después de breve pausa continuó con apariencias de sosiego:

—Pero no vengo ahora a revelarme como heredera de esos bienes que usted ha salvado; no vengo a declarar sólo mi nombre; vengo a manifestarle una cosa que parece quimera. No sé si la fuerza del sufrimiento soportado desde que lo conocí a usted; no sé si ese montón de recuerdos, que han removido las entretelas todas de mi alma, han trastornado también mi cerebro; no sé si estoy loca; pero ¡ay!, una pasión amorosa hacia usted, hacia usted, retrato de mi José inolvidable, sangre de su sangre, noble y cariñoso como él, hermoso y gallardo como él; un amor vehemente, tenaz, irresistible, se ha apoderado de mí, y sin quererlo, sin poder dominar los arranques de mi corazón, tengo necesidad de manifestarle que lo quiero, que lo adoro, que me permita ser algo más que su sirvienta, que me deje besarle los pies...

Y se arrojó de hinojos ante el joven, quien retrocedió un paso exclamando:

—¡Mujer, me asombras!...

—¡Amor, amor! —gritaba la india pegando el rostro al suelo.

—¡Vete! ¡Estás loca!...

Brunequilla se levantó y salió de la habitación como un relámpago.

XXXIV

Paces hechas.

ASAZ comprometido a enderezar el entuerto de Florencio y Rita antes de partir el viajero, pasaban los días sin dar éste con una invención a propósito que pusiese en salvo el amor propio —impropio más bien— de ambos a dos. Lo que es ocurrírsele modos de cierta clase, se le ocurrían; el luto, empero, en que vivían cohibíale desarrollarlos. Un baile, una tertulia, una francachela de la juventud, un paseo al campo y otras tantas ocasiones venían de perillas, si la familia Meta pudiera inmiscuirse en ellas.

—¡Ea! —se dijo el abogado—; di con el modo. Ya no me voy sin verlos amistados. Que Fulano que no está impedido con luto organice, por ejemplo, una pesquería y convide a la sociedad ribaflorense, haciendo que la familia Lerín, y en especial Rita, acuda. Florencio y yo, es claro, no debemos figurar como invitados, ni formar parte activa en los festejos; mas cuando todo esté listo y cuando todos vayan embarcados, bulliciosos y contentísimos río abajo, nos hacemos visibles los dos hermanos en la orilla, a la descuidada y sin pensarlo, ellos nos invitan, nos ruegan, nos importunan, nos quitan los escrúpulos y reparos, y entonces, obli-

gados, por darles gusto, ¡a embarcarnos se ha dicho! ¿Cuándo en medio de tantas peripecias como suelen ocurrir un día de campo, no se han de amistar los muy fatuos? Y de este proyecto no debe saber Florencio ni una jota; de suerte que apenas vuelva de Arrebol, donde ha días está, se realizará la partida de pesca, y para los efectos consabidos lo sacaré de paseo... ¡hombre, qué buen punto! al *caserón*, que precisamente está como asomado a la barranca del río, y allí seremos vistos por los navegantes y allí mismo nos embarcaremos.

Ya se conoce que Juan Andrés ignoraba el episodio de los topes de Bellak y compañía.

Conchavados así los principales amigos de Juan Andrés (el *Catire* no fué invitado), procedieron a lo dicho. Y pasó tal como se había premeditado; y hasta con gran artificio y disimulo se obtuvo que Florencio entrara en la misma embarcación donde iba su novia, y, aun más, que quedasen codo con codo, muy junticos. ¿Y se hablaron? Peor que peor. A Rita se le subió el gato a la parra y se entufó, sólo por aparentar disgusto ante todos; y, por idéntica razón, Florencio que había aceptado aquel asiento por no faltar a la urbanidad con los amigos, luego fué apartándose de ella desdeñoso, y con el colateral trabó conversación.

Juan Andrés, que lo observaba todo, se mordía los labios de cólera; la primera tentativa salía contraproducente.

Y siguió agua abajo la embarcación que fingía un cesto de flores lleno de pajarillos alborotados. Por fin llegaron al punto de desembarque. Y como el caso era pescar, a pescar se dispusieron todos; los hombres con redes, atarrayas y materias explosivas; las mujeres, situadas en el cantil del río, con caña.

En lo mejor de la pesca estaban cuando acaeció un gran trastorno. D. Benito, que por sus achaques de ca-

duquez no podía correr parejas con los mozos que bregaban en faenas mayores, se entretenía en imitar a las mujeres con su respectiva caña, bien que a ella, no un anzuelo pequeño, sino uno grande, demasiado grande, había amarrado con disposición de traer a tierra más que fuera un Leviatán, o uno al menos como el que arremetió contra Tobías. Estaba cerca de él Florencio dirigiendo los preparativos de botar una red. De golpe D. Benito sintió que halaban con fuerza de su anzuelo, brillantó los ojillos como si zahoriase, echó un pie atrás, se afianzó bien, dióse unas vueltas con el torzal a la mano y tiró para atrás la pieza presa en el anzuelo. Pero ¡ay!, tan grande era que de un tirón le hizo caer de bruces en el río enredado como estaba de una muñeca. Al principio vióse al anciano luchar por desamarrarse, pero el pez lo arrastraba río adentro somurmujándolo. Todos lanzaron un grito de terror. D. Benito se ahogaba sin remedio. Otro grito más angustioso se oyó luego, pues un enorme cocodrilo-caimán acababa de atarascarlo en su bocaza.

Entonces Florencio, que no cobardeaba ante ningún peligro, arrojó las redes, quitóse la ropa, cogió un cuchillo, se persignó y se lanzó desde la barranca a la mansa corriente. Las aguas se tragaron también al valiente; subió de punto la angustia; estupefactos los espectadores, no chistaban ni una palabra.

Allá, en la mitad del río, después de un rato, sacó la cabeza Florencio, sacudió los chorros de agua que le caían por el rostro, dió cuatro fuertes bocanadas para respirar y otra vez se sumergió produciendo un brollo y círculos concéntricos que se quebraban en la orilla. Iba en persecución del feroz saurio que llevaba en la boca al anciano inerme; en el fondo del río trabó lucha con la fiera desesperadamente, pero ésta tenía la victoria en la fuga. De nuevo apareció la figura del extre-

nuo nadador, sacudió la cabeza, detúvose aboyado un instante y se fué al fondo tras el caimán que huía con su presa en sinuosa trayectoria. Los paseantes agrupáronse en un punto de la orilla; Ginés cortó las amarras de la *curiara* y bogó rápido en ayuda de su amo; los demás no se daban cuenta de sí mismos. Rita exhaló un alarido indescriptible.

—¡Virgen del Carmen, salvadlos!

Como tocados por un resorte mágico los circunstantes cayeron arrodillados y rezaron en voz alta la Salve.

Florencio reapareció sobreaguado y se zampuzó nuevamente; a él dirigió la proa de su canoa Ginés. Entonces sobreaguó muy a la superficie de las aguas una mancha roja que se iba diluyendo lentamente.

—¡Sangre! —gritaron los de la ribera.

Luego se levantó un borbotón; a poco asomó el busto del nadador a corta distancia de la embarcacioncilla; llevaba el cuchillo ensangrentado cogido en los dientes... un movimiento mutuo de aproximación entre la canoa y Florencio... Ginés le tendió un remo; asióse con una mano el nadador, y se le vió trepar a la embarcación arrastrando una masa inerte, pesada, que dejaba rastros de sangre: era D. Benito.

Y salieron a lo seco. Florencio no podía articular palabra; al subir a la barranca cayó desmayado. Dos cuerpos se veían tendidos en la grama del ribazo chorreando agua. ¿Muertos? No. Uno y otro daban señales de vida. En Florencio no había herida alguna; D. Benito tenía en un muslo señales horribles de la colmilladura del caimán.

Rita parecía una demente; no sabía qué hacer. ¡Oh! ¿A quién preferiría en sus cuidados, a su padre o al salvador? No, allí no había preferencias, a los dos simula táneamente, a los dos se los metiera en el corazón par-

calentarlos y restituirlos a la vida en un instante. Pedir a Florencio perdón era poco. ¿Respetos humanos entonces para ella? ¿Sentimientos de venganza o de amor propio? ¡Qué bobería! Por Florencio derramaría hasta la última gota de su sangre; haría por él sacrificios estupendos. Porque Florencio era la nobleza misma, era un héroe, un semidios, y se gloriaba de proclamarlo a voz en grito.

A fuerza de cuidados y oportunas atenciones el matador del caimán recobró el sentido de la vida, y más tarde, D. Benito.

Cuanto antes fueron trasladados en sendas hamacas a la casa más próxima, y horas después a la población.

No tardó el joven gran cosa en reponerse de sus quebrantos; no así el padre de Rita que se agravó notablemente, de cuyo lecho no se apartaba prodigándole cuantos servicios podía con aquella manera mimosa que tan bien le caía como enfermero.

Excusado es decir con cuánto amor, con qué sabrosa complacencia lo veía Rita en su casa, en la alcoba del enfermo; y qué deferencias con él y qué porte tan expresivamente agradecido. Y eso que ni una palabra se habían cruzado referente a las enemistades viejas. ¡Ni una! Rita veía los cielos abiertos en presencia de Florencio; las flores del jardín estaban más alegres, la luz del día más clara. Vivía como en una atmósfera de bienestar perpetuo; ágil para todo, no sentía las trasnochadas cuidando a su padre; acometíanla a veces ganas de llorar y no sabía por qué; otras reía como una loquilla. Con una sonrisa del enfermero nada más, se le derretía el corazón de placer; sus palabras se le antojaban más bellas que todas las poesías del mundo; sus modales, un derroche inimitable de gentileza.

—¡Maldito el tiempo —discurría— que yo he vivido

sin él; por mi culpa, por ser caprichosa yo, por ese trasguillo del orgullo! El es un portento de caballeros: es todo corazón; ahora comprendo, sí; ahora comprendo qué alcance tenía aquel episodio de las avispas.

Y lo miraba de hito en hito con fruición intensa, radiante de dicha, y sentía ganas de postrarse y besarle los pies.

Cierta vez pasó Juan Andrés a ver al doliente; lo encontró dormido, y a Rita, Bruna y Florencio velando su sueño en una pieza contigua a la alcoba.

—¿Qué tal sigue? —preguntó con voz queda el que entraba.

—Un poquito mejor, está durmiendo.

Y agregó Bruna:

—Nos ha dicho el médico que se restablecerá pronto.

--Me alegro mucho.

Y pasados algunos segundos añadió con fina ironía, dirigiéndose a los dos enamorados:

—¿Y vosotros, enfadados aún, eh?

Los dos se sonrieron sin contestar. Y añadió Juan Andrés, cambiando de tono:

—Pues conste que el fin principal de la pesquería era amistar a Nora con Helmer. Todos íbamos resueltos a ello. En último caso yo estaba decidido a cogeros por la orejita, como a muchachos mal criados, a carearos, y a que delante de todos os dierais satisfacción mutuamente. No podía ausentarme sin arreglarlos. ¡Imposible! ¿Lo habéis entendido?

En este momento llamó Lerín y acudieron todos a su lado.

La enfermedad de día en día causaba mayores estragos en aquella naturaleza, ruinoso ya por la acción del tiempo. D. Benito se moría, y pronto; era su enfermedad un caso irremediable. Pero al dolor que causa en el hogar la pérdida de un miembro querido ha-

bía que sumar la pena grandísima que les dió el enfermo al quedarse privado de razón antes de recibir los Santos Sacramentos. Tuvo una agonía horrorosa. Con efecto, cuatro días antes de su fallecimiento se le paralizó todo el cuerpo, y era de verlo boca arriba, los ojos inflamados, perdida el habla y por entero sordo. Espanto ponía catadura tan horrible; a impulsos de un estertor violento se le hinchaba el pecho; y si de vez en cuando se le escapaban palabras casi inarticuladas, como rugidos, era para caer en mayor postración. No conocía a nadie; a los amorosos requerimientos de sus hijas respondía con resoplidos y crispaturas nerviosas.

El sacerdote menudeaba las visitas para poner en sus oídos palabras de contrición y esperanza; recomendó el alma varias veces cuando arreciaba la enfermedad.

El vulgo, enterado de tan temerosa agonía, había inventado el runrún de que sobre la casa se veía todas las noches un bulto blanco que se deslizaba con lentitud y hundíase en medio de la plaza mayor; que se oían acá y acullá lamentos muy extraños; que los perros y los gallos de los corrales se alborotaban a media noche; que montado en un caballo blanco pasaba todas las noches un hombre que olía a azufre y que venía por el alma de *Cucarrón*, por avaricioso y poco caritativo.

Mas el vulgo no estaba en lo cierto. Es verdad que D. Benito Lerín encontróse algunos tesoros; pero la voz de la conciencia nunca le gritó: «*Restituye.*» La justicia tiene sus más y sus menos. D. Benito era económico, pero no precisamente avaro; se apasionaba por buscar tesoros ocultos, como otros se apasionan por el comercio, por el arte, por la ciencia. A veces fué ridículo, pero injusto nunca; tacañeaba, pero no

esquilmba. En suma, conocía por instinto y practicaba esa ciencia que llaman crematística.

Momentos antes de expirar dió señales de que oía la exhortación del sacerdote y de que concebía sentimientos relacionados con los conceptos de quien le ayudaba a bien morir.

¡Paz a su tumba!

¿Milagro o casualidad?

SABE usted, D. Juan Andrés, que ya no se irá solo a Bogotá?—anuncióle el Padre misionero un día que tropezó con él de manos a boca en la calle.

—¿Pues?

—Que tendrá usted la paciencia de tolerarme por compañero. Por fin, tras de tantos inconvenientes y variaciones, ya puedo fijar la fecha del viaje.

—Para mí es una dicha—dijo el joven.

Y a continuación:

—¿Y su residencia futura?

—En Bogotá.

—¿Y no volverá usted aquí?

—Quizá no. Conque a ver si nos alistamos, porque yo debo partir cuanto antes.

—Está muy bien, Padre; supongo que a fines de esta semana saldremos.

El religioso le alargó la mano y se despidió. Y de seguida dijo para su colete, andando con su andar característico, con los brazos cruzados:

—¡Pobre muchacho! ¿Cuál será su destino? Temo que Bogotá resulte su perdición. Es un roble a quien los vientos de la gracia y del buen ejemplo han podido de-

rribar y sólo le arrancaron las hojas. En sus equilibrios racionalistas ha hecho primores de habilidad. ¡Quién sabe...!

Ya estaba el joven para entrarse en su casa cuando sintió la corazonada de colarse en la de Rita. Y se coló. Allí, en el poético escaño situado a la sombra del mango, veíanse sentados Florencio y Rita, acompañados de Inés. Saludólos de lejos y empezó a impartir bendiciones. En los rostros de todos se dibujó la sonrisa más ingenua.

—¿Por qué vienes echando bendiciones? —profirió Rita con acento picaresco.

Y Juan Andrés, sin decir nada, avanzaba trazando en el aire cruces y más cruces.

—¿Qué quiere decir eso, gran malicioso?

—Pues nada, Pablo y Virginia, que si yo fuera cura, ahora mismo os casaba en un santiamén.

Un ligero carmín, que contrastaba con las ropas enlutadas, se pintó en la cara de la joven. Florencio gozó en verla ruborizada. Sentándose Juan Andrés en el escaño añadió con muy cortés galantería:

—No te lo había dicho, Rita: ¡te cae tan mal el luto...! Esa cara aterciopelada y fina, como un melocotón sazonado, entre esas negruras, vamos, no queda favorecida, ¿verdad?

La Lerín contestó evadiendo los piropos.

—Pero, hijo, ¿qué tienes hoy que estás de tan buen humor? Sí, sí, ya me supongo lo que será; que te estás despachando aprisa; ganas que tienes de salir de entre estos indios; burlón, más que burlón... Pues vete, que si somos indios, en Bogotá sobran los duques y los príncipes.

—¡Ah!, no os enfadéis, señora condesa de Arrebol.

Florencio se reía al oírles chancearse. Le sabía el diálogo a gloria.

—Vamos a cuentas, señora condesita, ¿qué encargos me hacéis para Bogotá?

—Ya te lo tengo dicho, una imagen de Nuestra Señora del Carmen.

—¿Pintura?

—Estatua.

—¿Grande?

—Allá verás; escoge la más linda, pero que no sea muy pequeña.

—Perfectamente —dijo el otro.

Y sacando una carterita agregó:

—Voy a apuntarlo para que no se me olvide.

Y silabeó conforme escribía:

«A la condesita de Arrebol.... una estatua del Carmen...., tan chiquita y bonita.... como ella.»

Y luego:

—¿Es que piensas hacer una capilla en la casa para el día del matrimonio?

—Por cierto —exclamó Florencio—; donde está la tienda quedaría bien.

—Bueno —prosiguió Juan Andrés—, en Bogotá lo primero que hago es comprarla y la mando con el mayordomo Ginés que me acompañará hasta la misma capital.

Y llegó el día de la despedida.

Al punto de la mañana comenzó el movimiento de entrambas casas. Los rocines en la caballeriza dejándose aperar de los servidores; en la cocina y comedor, ajeteo de desayuno muy temprano; en el cuarto del viajante, desorden total, últimos objetos que se dejan y se cogen y se confunden y se desabalan; encargos que se alistan y se recomiendan; en la calle, jinetes que se apean y entran con charla animada; dondequiera parloteos y agitación. Óyese la mágica palabra:

—¡A montar!

Aquí de los adioses lastimosos y recomendaciones encarecidas y órdenes a viva voz y... tristezas.

¿E Inés dónde está? ¡Pobrecilla! Engañada con mil estratagemas teníanla en casa de unos parientes durante la despedida de su carísimo hermano.

Una cabalgata lucida picó de la casa de Meta en dirección a la cural en que el misionero aguardaba. La población entera esperaba en la puerta para expresar a aquel modelo de sacerdotes la gratitud de que estaba poseída.

Surgió en la puerta la silueta del sacerdote; las gentes se avalanzaron por recibir su postrer bendición; el remolino humano prosternóse y abatió la cabeza como las doradas espigas al impulso del viento; alzó el misionero la mano, e inundado de tristeza describió una cruz en el aire. Entonces hubo un estallido de lloros.

Juan Andrés discurreó así:

—¡Qué fe tan sencilla y hermosa la de estos pueblos!

Una buena parte de camino fueron acompañando los caballeros al Padre y también al simpático joven Meta. Ya de vuelta a sus hogares, lamentaban la separación de entrambos personajes. De Juan Andrés cada cual hacía sus elogios, según la manera de ver las cosas.

—Lástima que se ausente; era el adorno de la población.

—Amigos como él pocos se encuentran. Es todo un caballero.

—No conoce el orgullo.

—¡Qué despejo el suyo para la abogacía! ¡Qué interés por su casa!

—¡Y qué respetuoso con su abuela, que en paz descanse!

—Y no es aficionado al juego ni a los licores embriagantes.

En cambio Florencio juzgaba entre sí de este modo:

—Vino mal cristiano y se va lo mismo; es decir, se va peor, porque se hizo hipócrita y pastelero; está perdido para siempre jamás. Tantos meses de trato con nosotros; la abuela, el señor cura, todos, todos, de una manera o de otra, influyendo para su conversión, y en vano. Ahora vuelve a las aulas impías, y peor que peor. Está perdido mi pobre hermano.

Continuaron su itinerario hacia Bogotá los otros viandantes.

Cuanto más se acercaban al término del viaje, otro tanto en Juan Andrés se aumentaban los sentimientos de alegría, de consuelo, y ¿por qué no decirlo? de tristeza también, pues esta salida de su tierra natal tenía circunstancias que le vedaban el pleno disfrute de sus aspiraciones. En el primer éxodo cabalgó en el claviño de la ilusión; ahora, en el rucio de Sancho.

A Ginesillo le acometían impresiones muy raras en presencia de las andinas serranías; echaba en falta la vegetación particular de su tierra, la monotonía del clima, y veía menudear en cambio los precipicios, aludes y cantorales, las sombras y dorsos montañosos, los raquíuticos sotos, los oquedales, los rumores de revoltosos riachuelos, el frío y destemplanza de las cumbres, las rachas desiguales de los vientos.

Respecto a las personas de su estofa, formó el siguiente parangón: Los *reinosos* se le antojaban apocados y taciturnos, al contrario de los llaneros, que eran activos, decidores y burlones; aquéllos, laboriosos y económicos; los otros, derrochadores y noveleros; los llaneros, rudos, pero hospitalarios y francos; los reinosos, rudos también, huraños, pero metódicos, y calzaban coturno, empalagosos y presumidos. Por lo cual, cuando la imaginación se le iba por estos trigos,

solía el muy farruco redondear sus apreciaciones can-
turriando:

Con mi lanza y mi caballo
Feliz vivo en este suelo,
Ostente o no ostente el cielo
Su brillante resplandor.

Nací libre, y eso basta
Para gozar de ventura,
Que es mi reino la llanura
Y mi código el valor.

Habían llegado a un puente sobre un río de cauce
correntoso; las aguas chocaban en los pedruscos del
álveo, formando abanicos de espuma que se desflecaban
rumorosamente, o bien luminosas ondulaciones que
serpenteaban lamiendo las frondas y las piedrecillas de
las márgenes; y bifurcábanse a trechos juguetonas y
salpicando menudas perlas, o arremolinábanse muy
tranquilas como para copiar los perfiles de alguna flo-
recilla a la que requerían de amores con murmurios.

Arrojaba al paisaje cataratas de luz el sol meridiano,
espejando sobre las linfas y también en las lustrosas
hojas del bosque que bordaba las riberas donde estaban
algunos pájaros cabe los nidos. Encantador resultaba
para el fatigado viajero el torrente con sus frescuras,
sus mágicos rumores, sus chispeos y sus remansos, con
sus márgenes cubiertas de césped, que parecían tapi-
ces de terciopelo verde con que alfombran las ondinas
el suelo cuando se bañan en los plenilunios estivales,
y también con sus variados caireles de espuma, que ex-
halan una como atmósfera de fresca lechosa, como
aliento amoroso de las linfas.

—Padre, está provocativa el agua. ¿Le apetece?

—No reputo higiénico el baño para nosotros en esta
sazón. Hace pocos días que dejamos el clima cálido; no
estamos connaturalizados aún, ni mucho menos.

—¡Ah, Padre! debe de estar el agua rica, muy rica.

Hace ya muchos meses que no he chapuzado, ni he sentido las delicias de la natación. Esa tierra que dejamos ofrece un baño imperfecto, regadera y sólo regadera, porque los moradores acuáticos son tan ofensivos... Casi, casi me resuelvo a bañarme. Ese ronco clamor del torrente, como de zambomba lejana, me entusiasma. ¿Verdad que tenía gracia la ocurrencia de Inesita, que me preguntaba si los ríos murmuraban? Este no solamente murmura, sino ruge que aturde; parece un blasfemo...

Esto conferían sin desmontarse a la entrada del puente que iban a pasar.

—Usted verá—dijo el religioso entregándose a la entera determinación del compañero.

Este se mantuvo indeciso un momento; luego salió de su indeterminación diciendo:

—Me baño.

—Y bien; mientras usted se baña yo finalizo el rezo de mi breviario.

—Eso es—aprobó el mozo volviendo la caballería hacia unos árboles que ofrecían sombra.—Y Ginés, entre tanto, que nos prepare el fiambre de los *sacos polleros*.

Dicho y hecho. Desembridaron, y dispúsose a su salmodia el misionero y el otro a su baño. Al retirarse indicó al Padre con tono de ingenua consulta:

—Quizás obre bien; estimo tanto la medalla-escapulario del Carmen que me regaló mi abuelita (Dios la tenga en la gloria), que no me la quito ni aun para bañarme. Cuando me falta pareceme que me falta algo muy necesario. ¿Será fanatismo?

Sonrió el Padre, que ya había principiado a rezar, y contestóle sin levantar los ojos del breviario:

—Pregúnteselo usted a la Virgen del Carmen.

Luego dos notas heterogéneas daban al paisaje un

carácter imponente: el tumulto estruendoso del río que se derrumbaba, y la musitación religiosa del que leía.

Pero a poco vino a mezclarse trágica, espeluznante escena: un grito angustioso hizo al Padre soltar el breviario y ponerse en pie. Corrió al punto donde debía de estar Juan Andrés. ¡Horror! Un bulto color de carne iba de tumbo en tumbo alejándose y chocando contra las piedras prominentes que formaban vórtices y cascadas de cristal hechas añicos.

¡Juan Andrés se ahogaba!...

Desapareció por completo. Cierta curva rápida del curso lo arrebató de la vista del sacerdote al tiempo que éste trazaba una cruz en el aire pronunciando las palabras de la absolución sacramental. Para cuando quiso intervenir Ginés con el roncal que quitara a las caballerías, su amo corría la trágica suerte de los ahogados.

¡A salvarlo, a salvarlo!

Este fué el grito que resonó en medio de aquel panorama de espléndidas bellezas salvajes.

Al efecto, desbrozando por entre el arbolado de las riberas, corrieron agua abajo. Ni contra las piedras en que se estrellaban los serpentinos chorros formando brollos espumescientes, ni en los pozos cuyas aguas, como si estuvieran cansadas de rodar, se detenían temblorosas para emprender de nuevo su vertiginosa carrera, se veían rastros de cuerpo humano.

—Allí está—gritó Ginés con angustioso acento.

Sí, allí estaba. En la otra banda, en un recodo tranquilo, debajo de una rama que se adelantaba horizontal sobre la corriente al ras del agua, flotaba y se sumormujaba sin señales de vida. Parecía que estaba enredado su cabello en la rama; sobrenadaba su negra cabellera y se clareaba el rostro.

Tomaron el puente a todo correr y pasaron al sitio. Después se metió en el río Ginés y gritó:

—Está enredado el cordón de la medalla a la rama.

—¿Vivo?—preguntó con ansia el sacerdote.

—No, muerto.

A los pocos momentos el cuerpo de Juan Andrés sobre el ribazo yacía inerte, exánime. En su pecho aparecía el escapulario del Carmen; en el cuello marcábase una veta desollada y sanguinolenta hecha por el cordón de la sagrada enseña, que lo detuvo algún espacio de tiempo asido a la rama; había también en la parte superior del pecho una contusión gravísima que casi reventaba sangre; en ninguna otra parte se descubrían rastros de maltratamiento; su semblante aparecía como bañado en misteriosas ondas de tranquilidad, como gladiador flagelado en un letargo glorioso.

El Padre y Ginés tomaron las primeras providencias que aconseja el sentido práctico para tratar al recién ahogado.

Gracias a Dios, Juan Andrés no lo estaba.

Mientras asíanlo por la cintura y lo ponían boca abajo, alzándole en un ángulo recto para que expeliese el agua deglutida, y mientras fricciónaban sus miembros y hacían otros menesteres del caso, no cesaba el buen sacerdote de gritarle al oído palabras piadosas.

—¡Juan Andrés, Juan Andrés, soy el Padre!

El joven alzó suavemente los párpados, le dirigió una mirada llena de gratitud y tornó a bajarlos, diciendo entre dientes:

—La Virgen.... del Carmen....

Lo que sucedió más tarde inútil es detallarlo. Bondadosos campesinos de las vecindades acudieron al lugar del percance, y en una camilla trasladaron al salvado milagrosamente a cierta casa que no distaba

del río gran trecho. Cuando el pobre Juan Andrés estuvo en capacidad de hablar, manifestó cómo al sumergirse en el remanso del baño sintió un calambre intenso en todo el cuerpo y se quedó sin vigor para resistir el empuje del agua; invocó a Nuestra Señora del Carmen, se echó a la boca la medalla y la apretó con los dientes, y después...

¿Milagro o casualidad?

Aproximándose al ideal.

LA contusión que recibió en el pecho prodújole una especie de asfixia que le compelió a toser y a la vez un dolorcillo en la espalda, lo cual hízole comprender que su postración era resultado de una afección pulmonar y no de otra cosa. Sin embargo, merced a los tratamientos del médico, que fué llamado del pueblo más próximo, y a los cuidados del misionero, quien a fuer de tal y de amigo no abandonó al compañero de viaje, aunque solicitudes de monta le exigían rapidez en las jornadas, el ahogado salió del peligro y estuvo apto a los pocos días para continuar la marcha. Únicamente le quedaba como reliquia del mal una tos seca.

Hacia Bogotá en derechura van ultimando las jornadas; ya dejan las caballerías en la primera estación ferroviaria, ya entran en la gran sabana; ya pululan las gentes de refinada cultura; ya tropieza Juan Andrés en el coche-salón con algún conocido y con alguno que otro de los que hacen viso en la prensa, a quienes saluda con cordialidad o envía de lejos venias y saludos muy gentiles. Su espíritu se abre al ambiente aristocrático como el capullo de clavel invernal a los prime-

ros efluvios de la primavera; respira felicidad por todos sus poros; él ha nacido para la sociedad culta y la sociedad culta para él. En los momentos que el vario agitarse de los viajeros le permite reflexionar sobre la temporada que vivió en una comarca rústica, la ve pintoresca, pero incompleta, como un rico salón de castillo feudal deshabitado, y ahora comprende que, si bien llegó a cobrarle cariño, era cariño inspirado por el hogar y por los misterios poéticos de aquella naturaleza; mas no cariño emocionante, cariño intenso y nativo que sacia las ansias del vivir.

¡Qué bello le parecía todo lo que iba desfilando ante sus ojos! Al vertiginoso correr del tren azuleaban los cerros de las lejanías, pasaban los paisajes acariciados por la tibia luz solar que ponía verdor desde el tono grisáceo de la hoja seca hasta el satinado azul de los rebrotados cogollos del trébol, y aparecían y desaparecían las casas de campo y los plantíos como erupciones pletóricas de labor civilizada. El que de las mazmorras caliginosas del Dux de Venecia pasaba a sus risueñas calles y transitaba sus parajes amplios, luminosos, floridos, no gozaría tanto como Juan Andrés al cruzar en el tren la espléndida planicie bogotana.

Aquel *Hail, holy Light...* que lanzó el satanás de Milton al ver el día, después de atravesar el caos, es inexpresivo ante esta otra exclamación de Juan Andrés:

—¡Chapinero! ¡Chapinero!

Y se asomaba ansiosamente a la ventanilla del vagón para embriagarse en el espectáculo que el paisaje le brindaba: agrupaciones de *villas* deliciosas, de pintorescos edificios, en cuyos miradores y azoteas se columbraban bustos de perfiles aristocráticos; viviendas que al rápido volar de la locomotora presentaban la ilusión óptica de palacios bogando en un golfo de aguas

intensamente verdes, una regata, una fuga de góndolas multicolores.

Detúvose el tren en la estación del Versalles colombiano. El andén rebosaba de gente, a causa de una circunstancia de la temporada. Allá, en un lugar retirado, al que escasamente llegaba el flujo y reflujo de la ola humana, resurgía la figura de una señorita rubia y hermosamente distinguida, acompañada de una matrona cuyos rasgos fisonómicos delataban el parentesco de entrambas: era madre de la rubia.

Por las portezuelas de los coches hormigueaba el gentío con ese gesto de festinación bulliciosa que caracteriza los viajes modernos; Juan Andrés, asomado a la ventanilla, tenía los ojos clavados en las dos damas. Quería reconocer en la más joven a Berta.

—Sí. ¡Es Berta!

Y siguió mirándola de hito en hito como un hipnotizador. Luego agitó el pañuelo para llamar la atención al grupo. La doncella pareció estremecerse y reirse, llevóse a los labios la punta del abanico, y describiendo con él una graciosa parábola, a tiempo que relumbraba la pulsera de diamantes de su desnudo brazo, envió un ósculo de saludo. ¿A quién? Juan Andrés sintió asfixiarse de gusto figurándose que la caricia era para él; pero ¡cuán tremenda sería su desilusión al mirar que iba hacia ella un elegante señorito, con aires de gran personaje, para quien había sido el saludo y con quien trabó animada conversación durante los minutos de parada del tren!

Un genio maléfico le había atravesado el corazón de parte a parte con la saeta de la sospecha. Como petrificado quedó mirando al grupo.

El silbato de la locomotora anunció la partida. Apresuradamente corrió a ocupar su puesto en el coche-salón en que iba Juan Andrés el pisaverde que hablara

con Berta. Hasta entonces no reparó en tal compañero de viaje nuestro joven.

Partió el tren. El abogado permaneció en la ventanilla inmóvil hasta que perdió de vista a la mujer de sus ensueños. En el mismo instante una mano cariñosa se posaba en su hombro llamándole la atención; era un amigo que quería departir con el antiguo camarada.

—Casanareño de mi alma, ¿tú de vuelta?

—Para servirte, amigo mío.

—¡Caramba!, no creía verte; presumía que habías dejado las abogacías, los versos y los libros todos por enarbolar el rejo de enlazar toros. Hueles a palmeras, a resinas aromáticas, a polvillo de mariposas. ¡Ah, pícaro! ¡Cómo te encariñaste con aquellas maravillas de tu tierra! Cuéntame, hombre, cuéntame qué has hecho en estos meses por aquel país de Dios.

—Lamentar mi suerte nada más; todo conspiraba contra mí para impedirme salir de mi casa.

Y después de breve silencio agregó con dejo atristado:

—Y tú, ¿qué has hecho? ¿No te has casado?

—¡Quiá!, ni por esas. El buey suelto...

—Y Gabriel, el director del Ateneo *Libre Unión*, ¿qué hace? ¿Todavía sigue con su gran Revista?

—¡Qué! Y ¿no te llegaban los números? ¿No viste mis últimos estudios sobre Maeterlinck?

—¡Ah...! sí, por cierto.

Otra pausa más larga de lo conveniente hizo comprender al amigo de Juan Andrés que tenía algún quebranto.

—¿Qué tienes, querido —le interpeló—, que te veo alicaído y mohino? Tú suspiras; toses mucho, ¿estás malo?

—Un poco me duele el pecho; la trepidación, el

humo, el roce de los frenos, el ruido....; en fin, que he perdido el hábito de viajar en ferrocarril.

A poco le hizo Juan Andrés al oído esta pregunta:

—¿Ves en esa ventana un joven de bigote rubio, ojos azules y corbata blanca con un alfiler de rubíes?

—Guillermo.

—¿Qué Guillermo? ¿Lo conoces?

—El hijo del banquero Hollovy.

—No había oído hablar de él; de Guillermo digo.

—Es todo un *gentleman*; hace meses vino de Europa.

—¿Tú conoces a Berta, la señorita Volzt? —preguntó Juan Andrés con curiosidad creciente.

—No la conozco sino de lejos; lleva fama de hermosa y de ilustrada; en el teatro la ví una vez con Guillermo. Oí decir que ahora está veraneando su familia en Chapinero.

—Y su padre, ¿vino de Europa?

—No sé.

—¿No lo conoces?

—A él no.

—Es uno de los más notables abogados de la capital, ¿y no lo conoces?

—Estará retirado de la profesión; no lo conozco.

Meta torció el rostro y clavó la vista en los campos cuyos objetos parecían correr vertiginosamente al rudo impulso del vapor. Así un tropel de reflexiones inconexas cruzaban por su imaginación y se esfumaban en el vacío.

—A propósito. Vamos a organizar una velada literaria en el teatro de Colón para conmemorar el descubrimiento de América; el organizador es nuestro íncito amigo el director del Ateneo *Libre Unión*. Llegas a tiempo porque no dudo que cooperarás; tu musa será una de las triunfadoras en los jardines de la gayería. ¿No es así, Juan Andrés?

—¿Qué dices de velada? ¿Que vais a hacer una velada?

—Sí, hombre, para el 12 de octubre, y que algo del programa correrá por tu cuenta. Espero que en los salones de la *Libre Unión* te verás pronto con Gabriel, tu Mecenas, y no podrás negarte sin romper los vínculos del cariño que te unen con él y con todos nosotros. Tú que sabes gazmiar en las mesas literarias, desde ahora tienes un cubierto en ésta.

—Estás muy galante, camarada —contestó el otro violentándose para sonreirse.

Mas inútilmente; en el corto espacio que media hasta Bogotá estuvo poseído por la idea de Berta y de aquel caballereito que tenía enfrente.

Torció otra vez el rostro hacia la ventana, y sus ojos se clavaron en las ermitas de los cerros Monserrate y Guadalupe, blancas, impolutas, que rompían con sus torres la tonalidad dulcemente turquí, la diafanidad opalina del cielo, como si fueran dos arcángeles velando los destinos de la gran urbe que se reclina en la falda, cual una hija voluptuosa de los zipas en un jardín florido.

El tren entraba en agujas y se acercaba al andén. En el trayecto ferroviario no habló el joven casanareño con el Padre misionero, de cuyo asiento estaba lejos, por atender a los cumplimientos de los amigos que se le iban presentando. Al término del viaje, empero, tuvo la cortesía de ayudarle a bajar del vagón, dándole la mano en el estribo. Y despidiéndose, se cruzaron estas palabras:

—Dispense, Padre, que no lo acompañe más; me urge avistarme ahora mismo con un señor que acabo de ver. ¿Dónde podré visitarlo, Padre?

—En el convento de los Agustinos recoletos. ¿Y yo a usted?

Juan Andrés escribió las señas de su domicilio en una tarjeta y se la entregó.

No le urgía hablar nada con nadie. Quería, sí, seguir tras del currutaco que conversó con Berta en la estación anterior para comenzar a espiar sus pasos. La idea de un duelo inevitable asaltó su magín. Amén de esta razón debía de mover otra al atolondrado joven para no ir con el Padre hasta su alojamiento: ¿Todo un Juan Andrés Meta acompañando por las calles a un *fraile*?

XXXVII

En Bogotá.

CONTRARIEDAD amarguísima experimentó Meta tan presto como puso los pies en Bogotá, isla de bienaventuranza después de surcar el mar negro de Casanare; cumbre de sus aspiraciones científicas adonde tendía su vuelo de águila y donde tenía el nido de su amor primicial, amor de poeta, amor hondo, efusivo, acariciado por los efluvios que despedían los azahares de su próximo himeneo; y la contrariedad dimanó de la afección a los pulmones, como consecuencia de la contusión que recibiera en el baño del torrente, afección sintomática de complicaciones serias, tal, que le obligó a guardar cama rigurosa.

¡Y él, que pertenecía a la aristocracia de la pluma; él, que comenzaba a ser el escritor atrayente de los mejores círculos literarios; él, abeja oficiosa de la ciencia que traía de su tierra materiales para preciosísimos artículos de costumbres, cuentos deliciosos y una serie de poesías, cuya colección titularía *Filigranas!* ¡El, que por su espíritu delicadamente pulcro tenía abiertas las puertas de la sociedad! ¡El, que no esperaba más que obtener el grado para realizar sus anhelos de novio con una de las señoritas más distinguidas por los bie-

nes de fortuna, por la hermosura y por las dotes de mujer de salón! ¡El, con tantos pajarillos en la cabeza sin desenjaular, postrado en el lecho, oscilando entre la vida y la muerte! ¡Y casi solo y desamparado! ¡Solo y desamparado dos meses!

Porque alguna que otra visita que le hicieron sus más allegados condiscípulos y amigos, alguna muestra de cariño que le dieron los antiguos camaradas de la prensa, no fueron bastante a quitarle aquella angustiosa soledad del alma en que se vió sumido durante su larga dolencia. Por cierto que estas pruebas de cariño fueron disminuyendo rápidamente ante los temores de una infección, porque la peor de las monedas falsas en el comercio de la vida y la que más abunda es la amistad de los egoístas, la amistad de los que aman menos al individuo que sus favores.

¡Oh, la *Bonne Souffrance* de Copée!

Por otra parte, vivía en Chapinero con su familia Berta, de quien apenas recibía recados y cartas que le producían frío, porque no venían respirando amor sino incorrespondencia: un vaho de pasión otoñal; aunque—la verdad—no llegaban del todo a rasgarle el velo de la esperanza, interpuesto entre el cuarto de un hotel donde enfermo yacía y la mansión lejana de Berta, y por lo tanto a sumirlo en una desilusión irremediable. ¡Cómo ansiaba el recobro de la salud por tener una entrevista con ella, y aun más, por presentarse a los padres de la joven definitivamente y pedirles su mano para celebrar el matrimonio así que coronara su carrera del foro!

Desde su lecho aprendió muchas cosas, muchas cosas que no se aprenden en los libros ni en las sensiblerías de esos poetillas que rinden culto al ídolo dolor, ni en el trato con esos amigos pletóricos de juveniles entusiasmos. El abandono en que lo tenían aquellos se-

res más queridos le hizo volver los ojos de la consideración hacia uno que con caridad inusitada seguía visitándolo, que ni temía los horrores del contagio ni se cansaba de proporcionarle distracciones, manifestándose siempre cariñoso sin ostentación, siempre afable sin exigencia. Era el misionero de Ribaflo. Allí estaba largas horas a su lado prodigándole atenciones, ora con paliques amenos, ora leyendo los mejores artículos y poesías que lanzaba la prensa, ora trayéndole a cuento episodios y paisajes de Ribaflo, de su familia, de Inesilla y de cuanto podía impresionar agradablemente aquel corazón que languidecía más por falta del calor vivificante que irradia el hogar doméstico, el seno de la amistad y los consuelos de la religión, que por dolencias físicas.

Pero ¿cómo aquel Padre podía ser tan perseverante y fiel en su cariño? ¿Qué propósitos animaban al buen religioso a sacrificar un día y otro preciosas ocupaciones en obsequio suyo? Y así discurriendo, vino, por esas lógicas relaciones que existen entre el pensamiento y el corazón, a aumentarse el sentimiento de simpatía respetuosa al par que confiada, que tocó en breve los lindes de la veneración, hacia aquel hombre en un principio reputado por él como rancio, después como sabio respetable y ahora como amigo generoso, que no por simpatías personales ejercía los oficios de caridad cicatrizando las úlceras de su alma con manos paternales, sino por un ideal más noble, propio del ministerio de su estado religioso.

Así, Juan Andrés se sentía como unido con el buen Padre por una sarta de sentimientos enhebrados en el áureo hilo del amor. Su presencia y conversación le eran necesarias, de modo que si algún día no recibía su visita, siquiera fuera breve, sentía un gran vacío el agradecido joven.

Por fin, entró éste en el período de convalecencia; y no tardaron en declarar los médicos que la enfermedad no ofrecía ya graves cuidados y que en adelante no se reproduciría, pues parecía estar curada de raíz.

Recibió a lo mejor de su reposición una carta de Ribaflores, en que le decía Rita cosas interesantes con la gracia de costumbre. Un párrafo al canto: «Muy feliz te considero en esas alturas, por las que tanto ansiabas, con menosprecio de estos pobres lugareños que estimábamos grandemente al que nos postergaba. Pero, en fin, ya te saliste con la tuya y nos hiciste ver que hay un ingrato más en el mundo; pues allá te las compongas, que, por mi parte, no me he de cansar de rogarle a Nuestra Señora del Carmen por tu bienestar en todo y por todo.

«Pero ¿adónde voy, tonta de mí, con estas cosas, cuando lo primero que debía haberte dicho era que soy tu cuñada ya, y que tal es y tan grande la felicidad en que vivo, que no me considero digna de ella y temo se desvanezca como un sueño? Pues sí, señor, la víspera de la Asunción de la Santísima Virgen se verificó nuestro matrimonio en la iglesia parroquial; tú no quisiste esperarte para ser padrino de boda, y te privaste por lo mismo de ver a tu hermano hecho un espejo de felicidades. Por supuesto que te cabe gran parte de la dicha que gozamos tu hermano y yo; y digo ahora, como te lo tengo dicho siempre, que si no fuera por tus buenos oficios de medianero, tarde habría yo llegado al disfrute de la plenitud venturosa que ha entrado por las puertas y ventanas de mi alma. ¡Bendita sea la hora en que llegaste a este pueblo!»

Aquí se derramaba acerca del acompañamiento, ceremonias de la iglesia y festival doméstico con todos los pelos y señales que podían interesar a Juan Andrés. Luego añadía: «Un leve desagrado sufrimos to-

dos, y fué el de no estrenar ese día el oratorio que tenemos donde tú sabes, en la estancia que antiguamente era tienda de mi padre, y fué parte a ello no haber llegado a tiempo la hermosa imagen que me enviaste como regalo de boda, acerca de la cual te diré que me has dejado complacida con la calidad del presente; tal a Nuestra Señora del Carmen la concibo, devota y no *cachaca*, por manera que si me hubieran dado a elegir, ésa habría yo elegido. La muy simple de Inés, dijo, en viéndola, que se parecía a mamá Engracia, retratada de joven. ¿Recuerdas aquel su retrato que hay en el costurero?

»A propósito de la estatua voy a contarte lo que sucedió: el caso hace pensar en la misericordiosa providencia de la Virgen que nos favorece más de lo que merecemos. Recibida que fué, resolvimos dar principio a la armadura del altarcillo. Desenladrillando un pedazo del pavimento, a fin de poner no sé qué base que diera consistencia a la obra de carpintería, chocó la barra de hierro con que trabajaba el obrero en un objeto duro que produjo un ruido muy raro; tu hermano y yo presenciábamos el caso; yo creí que la barra había dado en un hierro; a Florencio le sonó aquello a vidrio. Siguió la excavación ahondando y presto se repitió el choque con el objeto que, al quebrarse, delató por entero su calidad: era vidrio, tenía razón Florencio. Y ¿qué te parece que hallamos? Pues una damajuanilla que contenía nada menos que cincuenta mil duros en monedas de oro; unas eran doblones, otras onzas, otras morrocotas, todo acuñación antigua. ¡Figúrate qué sorpresa tan agradable! Y lo más particular fué que habiendo sacado todos los cascós, descubrí yo en uno ciertas letras que decían: *Hallado en Arrebol*. Con que por esto vendrás en conocimiento de cuál era el origen del dinero, cuál el procedimiento por el que llegó a ser-

soterrado y cuál el camino de que se valió la Virgen para que entráramos en posesión del tesoro.

» Bueno; y hablando de otra cosa, ¿cuándo te casas tú? ¿Aún sigues prendado de esa protestante de Berta? No sé lo que daría yo por desembelesarte y deshacer ese matrimonio que va a volverte los sesos agua, y a causa del cual te pasarán otras cosas que me callo; porque yo sé que tú eres bueno, que tienes un corazón de oro, y todo eso de modernas incredulidades es pamema, pura pamema. En esto le llevo la contra y se la llevaré siempre a Florencio, que sí cree que tú eres un ateote de tuerca y tornillo y que no tiene el diablo por donde cogerte. Pues ¿no me dijo el otro día, cuando supimos tus apuros en el río, que eso era un conato tuyo de suicidio? No, Juan Andresito, por Dios y por María Santísima; tú serías tan bueno como mi caro esposo, si desistieras de los requilorios y noviazgos con esa mujer. ¡Qué desgracia la tuya ir a escoger de entre tantas y tan buenas señoritas como habrá en Bogotá una extranjera, o poco menos, que tiene tanto de piadosa como yo de judía! Pero en fin, yo le pido con mucha fe a Nuestra Señora que te abra los ojos del entendimiento para que comprendas lo desventurado que vas a ser, la gran desgracia que acarrearás a tus hijos, si Dios te los da, y la pena nuestra al verte con riesgo de tu salvación eterna y de separarnos para siempre jamás el día del juicio: tú al infierno, nosotros al cielo; tú con los criminales, nosotros con los buenos cristianos y con nuestros padres y los miembros de nuestras familias, amándonos por los siglos de los siglos.

» No te rías, Juan Andresito, como te reías en otras ocasiones en que yo te decía cosas así, ni me apellides con guasa como solías *la beata Siempreviva*. Te voy a revelar un secreto muy grande, pero guárdatelo den-

tro del pecho: el otro día, cuando supe que te ibas ahogando, se me levantaron las alas del corazón, fui ante Nuestra Señora del Carmen y le hice voto ¡ay qué sacrificio me costó! de entregar a un claustro el primer hijo que Dios me conceda, en obsequio, no de tu conversión, porque eres bueno, sino de un rompimiento con esa infeliz mujer que te ha trastornado la cabeza. Después de unos días se lo comuniqué a Florencio, y él al punto no me contestó ni una palabra, pero se me acercó después con el semblante muy entristecido y me dijo: —Rita, hágase la voluntad de Dios; acepto tu voto.

*Y ya que estoy comunicándote estas cosas, he de decirte que sin más ni más desapareció la india Carmen y se fué otra vez a sus guaridas. Y juzgo que esta ida de la guajiva tiene su más y su menos con respecto a tu persona. Alguien me ha dicho en reserva que esa mujer era Brunequilda, la prometida de tu padre, aquella misma cuyos intereses defendiste en pleito. La persona que me lo contó dice que se lo oyó a ella misma un día que estaba orando escondida la india en una capilla de la iglesia; y debe de ser cierto todo ello porque la tal mujer tenía cosas tan inexplicables, que la dejaban a una viendo visiones; y luego yo noté que te profesaba un cariño especialísimo, que yo atribuía a gratitud, mas ahora caigo en la cuenta de que no solamente eso, sino también porque le recordabas la persona de tu padre, con quien tienes tan gran parecido. Ello es cierto que la pobre guajiva, desde que te ausentaste, lloraba día y noche; ya no quería probar bocado; permanecía horas muertas en los más escondidos rincones llorando y suspirando, que era una lástima, y verificaba acciones como de loca; aquella sirvienta que siempre te aseaba el cuarto aseguraba que Carmen o Brunequilda fué la que cogió el medallón

con el retrato postal tuyo que estaba en una de las consolas de la sala y se lo llevó. Averigua que te averiguarás y no se ha encontrado la más mínima huella de su paradero. Todos creemos, ¡pobrecita!, que se internó en los bosques, pero ninguno da razón precisa de ella.»

A continuación la vivaracha de Rita ensartaba una serie de noticias menudas y comentaba los episodios más salientes de la vecindad por proporcionar a Juan Andrés un rato ameno y de recuerdos caseros. Y por contera escribía:

«Y daré fin a esta carta como tú al contar algunas noticias: *Así lo dice Cide Hamete Benengueli*; de veras, yo no sé quién es ese señor.»

XXXVIII

¡Ella!

MORENA, alta, pelo abundante, pero desgredado, ojos negros, de mirar atrevido, discurre por las calles de Chapinero una mujer que representa más de cincuenta años. Va como sin rumbo fijo, la cabeza al aire volviéndola a todas partes, braceando sin ningún decoro. Nadie sabe su nombre ni procedencia. Los que se fijan en ella le atribuyen un estado de ánimo agitado por pasión muy vehemente. Puede ser una madre que busca ansiosa al hijo que se le ha extraviado; puede ser una desdichada esposa, hostigada por el hambre o la desesperación; puede ser una loca escapada del manicomio. Sin embargo de sus apariencias desfachatadas, conserva en su talante huellas de tiempos mejores, un aire de señoril porte. Sigamos sus pasos.

Entre los numerosos palacios, quintas y villas de este barrio bogotano, pone la vista en uno de los más opulentos y allí se dirige. Penetra en el vestíbulo con resolución; no parece que le impresiona el lujo decorativo de la vivienda; dirígese al llamador metálico, da dos aldabonazos y espera. La portera sale.

—Buenos días, ¿qué se le ofrece?

—¿Hay en esta casa algún hombre que se case conmigo?

La otra se enfurruña y da un portazo diciendo:

—¡Insolente! ¿Esta casa es de burdel?

Suelta la mujer una ruidosa carcajada y sale a pasos tirados mirando y braceando con demasiada desenvoltura; fijase en otra quinta y a ella va, entra y pregunta:

—¿Hay aquí un hombre que se case conmigo?

El portero, que está de buen humor, le contesta:

—Aquí no hay agencia de matrimonios; pero si usted se empeña...

Otra descomunal risotada de ella hácele comprender que se las ha, o con una carnavalesca mujerona o con una alienada.

Y se ausenta de la misma guisa la extraña, y, entre tanto, va despertando la curiosidad pública y es seguida de algunos chicuelos; cunde la noticia y las personas se asoman para verla patrullar calle arriba y calle abajo.

En otra casa dando con el aldabón:

—¿Hay algún hombre que se case conmigo?

Un lujoso *groon* quiere abrir la puerta del vestíbulo, y una voz varonil, cascada, seca, se oye adentro que grita:

—Despacha a esa loca; avisen a la policía que la lleven al manicomio.

Algunas señoritas y niños llegan precipitadamente del interior al vestíbulo diciendo:

—No, papá, dejémosla entrar para reirnos un rato.

Se abre la puerta; allá en amplia galería, al extremo de un intercolumnio de mármol se columbra un anciano de enfermiza caduquez empotrado en un sillón-cama de acero y tafilete, provisto de ruedas como para la autolocomoción; la mansión está alhajada con

magníficos frescos, tapicerías, macetas de Pompeya, lámparas árabes, bustos en bronce, caprichosos tiestos de flores.

La puerta de entrada está de par en par abierta; el grupo de jóvenes obstruye el paso; la mayor de las señoritas, que parece frisar en los veinte años, dirige la palabra con dulzura irónica a la extraña mujer:

—Prosiga la señora; aquí se le satisfarán todos los gustos.

Nueva carcajada y vuelve la demente las espaldas para irse; pero el portero se ha anticipado y le cierra la puerta de la calle, con lo cual queda encerrada.

La loca se avalanza entonces hacia el grupo de señoritas y se abre paso por entre ellas para escaparse casa adentro; después de correr desalada las habitaciones, rompiendo los muebles que le estorban en la fuga, se cuela, rendida de cansancio, en un corredor alto que da a la calle. Lo examina, calcula la altura, intenta precipitarse, titubea, torna a probar y, por fin, rabiosa o tímida, se agazapa contra la balaustrada. Todos los de la casa, los sirvientes inclusivamente, la cercan y la miran, unos riendo, otros con expresión de dolor, otros con recelo.

—No temas, mujer —le dice la señorita de más años—, que no te pasará nada, no te haremos daño...

La mujer está en cuclillas, acurrucada, con la cara entre las rodillas.

—Que no te hacemos nada; dínos, ¿de dónde vienes?

La interpela otra joven:

—¿En qué pueblo tienes la familia?

Otra añade:

—¿Cómo te llamas? ¿Tienes madre? ¿Eres viuda?

La advenediza calla y sigue con el rostro tapado, y los circunstantes le interrogan una y otra vez sobre varios temas.

De repente la desequilibrada alza la desgredada cabeza y ruge:

—¡Quiero salir!

—No te dejamos mientras no nos digas quién eres y adónde vas.

—Os daré gusto; yo soy Brunequilla, y voy buscando a un joven que se llama Juan Andrés Meta. ¿Sabéis dónde está?

Un estremecimiento corre por los miembros de la señorita mayor, precursor de un sonrojo ardentísimo. Luego añade muy confusa ésta.

—¿Y qué pretendes hacer con ese señor Meta a quién nombras?

—Casarme.

La señorita esta vez se escalofría horriblemente y siente como un desmayo que trata de disimular.

Los otros prosiguen el interrogatorio:

—¿De dónde vienes?

—De Ribaflores.

—¿Es muy hermoso ese novio con quien deseas casarte?

Se endereza la loca bizarramente y dice clavando los ojos en el horizonte:

—Es gallardo como una palmera de mis desiertos; sus ojos son dos estrellas de amor, su boca huele a fuentecilla fresca, tiene palabras de miel.

Pronuncia esto con acento resolutivo y emocionado mientras permanece de pie; parece que un resorte maravilloso le mueve la lengua.

—Sí, rubio como los rayos del sol; tiene un corazón amoroso, amoroso, amoroso. Juan Andrés es mío, todo mío, exclusivamente mío; me pertenece; sabe que lo amo.

En el arrebato de su emoción se le anuda la garganta; la loca, violentamente conmovida, con los ojos cla-

vados en el horizonte de la gran sabana, que, inundada de luz, se pierde en verdes y azuladas lontananzas, quédase un momento sin hablar, como absorta en los recuerdos lejanos de la vida.

—¡Es una loca! —musitan los circunstantes.

Mientras tanto, el anciano enfermo, sabedor de la rara escena que en aquella galería se desarrolla, se hace conducir allí en su aparatoso mueble. Hacen corro a la loca; ella de pie, mirando con insistencia al vacío, agarrada al balaustre, parece no darse cuenta de lo que sucede en su contorno. Le dirigen preguntas sobre distintos asuntos y nada responde. La señorita mayor recurre otra vez al interrogatorio sobre ciertas circunstancias de Juan Andrés.

—Y tu novio —le dice—, ¿es viejo acaso? ¿Tiene tantos años como tú?

—No, no —replica la demente volviendo el rostro crispado hacia la interlocutora.

Y apuntando con la mano hacia un tazón que contiene una clavelina puesto en una extremidad del mirador:

—¿Ves ese capullo entreabierto? —le dice—, así es el adorado de mi alma.

—¿Y por qué no te casaste en Ribaflores?

La interrogada no oye; ha vuelto a mirar hacia el horizonte inmenso de la sabana y a sumirse en cavilaciones.

—Dime otra cosa: tu afortunado galán será muy bueno y religioso; serás feliz con tan buen marido, ¿eh?

—Sí, ¿por qué no? Juan Andrés parece un espíritu bajado del cielo; muy devoto de Nuestra Señora del Carmen, lleva su escapulario siempre; antes de acostarse reza y al levantarse también; yo lo veía por un agujerito de la puerta de su cuarto; es muy amigo del Padre misionero; paseaban juntos; vinieron juntos.

Preguntadme qué más virtudes y cualidades buenas tiene y os diré que todas.

—Berta, Berta, pregúntale qué oficio tiene ese su novio y en qué se ocupa.

—¿Oyes? —exclama la aludida—. ¿Oyes lo que dice mi padre?

—¿Tu padre? —aulló la loca ardiendo en ira—. ¿Y te ha llamado Berta? —prosiguió convertida en una energúmena, chispeantes los ojos, encendido el rostro, temblorosos los labios y avanzando sobre la señorita, que retrocedió ante la fiera actitud de la loca—. Dí, ¿tú te llamas Berta? ¿Y el apellido?

Tiembla la interrogada y apenas se atreve a balbucir:

—Volzt.

—¿Y tu padre se llama Joaquín?

—Sí.

—¡Maldición de Dios! —ruge Brunequilda arrojándose sobre el anciano—. Tengo ante mis ojos al abogado que arruinó mi casa, que impidió mi matrimonio, que me arrebató mi felicidad, que hizo me sepultara en las selvas. ¡Asesino, infame! Brunequilda tiene el gusto de escupir al rostro de un ladrón.

Y le escupe.

Avalánzase todos sobre la demente, pero ésta, con un movimiento vigoroso, se zafa, da un brinco sobre la balaustrada y se lanza al espacio. Un montón de ropas manchadas de sangre vése en el suelo de la calle. Quizá esté muerta. Acuden varios polizontes y conducen a la infeliz a un hospital.....

A cosa del anochecer se presentó el Padre misionero en la habitación de Juan Andrés, quien estaba restablecido de su larga dolencia, aunque no talmente que no debía precaverse contra la contingencia de una recaída.

—Vengo a participarle un suceso: la india Carmen está en Bogotá.

—¡Brunequilla! —exclamó asombrado el joven.

—Luego sabe usted...

—Sí, lo sé todo. Ella se me reveló en Ribaflor pocos días antes de mi partida.

—¿Y también el objeto de su viaje lo conoce...?

—No lo sé, pero me lo figuro.

No supo cómo proseguir el religioso, sorprendido como estaba por tales declaraciones, pues reputaba al convaleciente ignorante aún de todo.

A su vez también estaba el otro embargado de estupeor con la noticia. Después de prolongada pausa se reanudó la conversación.

—¿Dónde, pues, está Brunequilla?

—En el hospital; se arrojó de un balcón altísimo, y opinan los médicos que sus días serán contados.

Juan Andrés respiró con fuerza, como si se le quitara un gran peso de encima.

—Perfectamente. Así acabará de padecer y a mí me dejará en paz para siempre.

—Mi querido amigo, es que...

—¿Qué más quiere, pues, esa loca? —interrumpió vivo el joven—. ¿Todavía pretende imposibles?... ¿Yo? ¿Juan Andrés Meta casarse con una alienada? ¡Va! Que piense en dar cuenta a Dios de su vida y que me deje en paz.

Diciendo esto se revolvió en su asiento, y en seguida, acodándose sobre los brazos de la butaca, con la mano en la frente, entregóse a acerbadas lucubraciones.

El sacerdote, con los brazos cruzados, lo acompañó en silencio respetando su pena. El joven después se expresó en estas palabras demostrativas de profunda exacerbación:

—A las absurdas pretensiones de Brunequilla se

opone la memoria de mi padre, mi honor propio y el de Berta. Sí, el de Berta también; si llega a saber este incidente de mi vida, ¿qué partido tomará? ¿Entregar mi corazón a otra que no sea Berta, siquiera sea por un minuto? Nunca, jamás. Por otro lado, está dicho: Brunequilda es una loca rematada.

—Sí, sí; lo comprendo. Esto es trágicamente ridículo, tanto como aquel esqueleto de Miguel Angel tocando el violín con un fémur. ¡Ah! Sepa usted, señor Meta, que si yo actúo en este asunto es a título de caridad para con esa infelicísima mujer que implora la satisfacción de un capricho, del último capricho de su vida. Por lo demás, tanto creo que usted queda desairado ante el mundo si le da gusto, como entiendo que deja usted de hacer una heroica obra de caridad, si no se lo da. Si usted invoca los fueros de su libertad personal los tiene cabales.

Juan Andrés profirió inmediatamente:

—¿Pero usted juzga que no es una desequilibrada Brunequilda en el más duro concepto de la palabra?

—Tanto como eso... no creo que Brunequilda sea realmente loca, de modo que sus facultades intelectuales hayan sufrido alteración substancial. Ni lo aseguro ni lo niego. A veces da señales de cordura, otras parece enloquecer. Una monomanía la acomete periódicamente: tiene crisis de perturbaciones inconscientes, cuya incoherencia moral confina con la locura. El discernimiento de estas cosas incumbe a los facultativos.

Juan Andrés añadió:

—Le he preguntado a usted por el estado de su razón, no porque me haya ocurrido la idea de ceder a sus antojos, sino porque tal vez me determine mañana a ir a verla y a desilusionarla.

A la sazón acababan de iluminarse las calles y los

apoyados con chorros de luz eléctrica. La crepuscular
teñía de gris verdoso los contornos de los objetos, ha-
ciéndose odiosa y desapacible como las ilusiones mar-
chitas, como los recuerdos ingratos, como todo lo que
lleva el sello de la muerte...

Al borde del sepulcro.

BRUNEQUILDA yacía en una cama del hospital; junto a su lecho estaba sentado el misionero de Ribaffor.

En esto se oyeron pasos de alguien que se aproximaba. Era el médico que giraba su visita. Al examinar a la doliente y hablar con ella notó las huellas del llanto, las sábanas humedecidas, las mejillas también, inflamados los ojos de llorar; y, volviéndose hacia el misionero y la hermana de la caridad que entraba con él, les afirmó que la enferma estaba agravada mortalmente, pero con el juicio en perfecto estado de equilibrio.

Advirtió también que el caso era de muerte no lejána; que le administrasen los Sacramentos y no se le permitiese hablar, porque la conversación aceleraría su agonía.

Tan presto como se retiró el facultativo, se oyó un coche que paraba en la puerta del edificio: una visita de Juan Andrés anunciada a la doliente, no sin antes haberlo consultado con el misionero, cuyo propósito era acompañarla hasta las últimas.

—Buenos días, Brunequilda— dijo el joven entrando en la estancia.

La enferma se arrebujo con las sábanas y rompió a llorar amargamente.

—¿Por qué te escondes? ¿Te disgusta mi presencia? —siguió hablándole con melosidad Juan Andrés.

Brunequilda sollozaba más y más. Interin el misionero hizo señal a todos para que salieran del aposento. Él se quedó a presenciar la escena. De pronto se desembozó ella y habló:

—Don Juan Andrés: antes de todo debo pedirle perdón por los excesos a que me ha llevado el amor que le profeso. Pronto, muy pronto voy a entregar mi alma a Dios; no me liga ya a este mundo más que el cariño de usted, ese cariño que al mismo tiempo me mata; ese cariño que dicen me ha vuelto loca; que me hace cometer disparates impropios de mi nombre y de la familia a que pertenezco.

La sofocación casi no le permitía hablar; respiraba fuertemente, y a veces cortaba las palabras y alargaba el cuello buscando aire para henchir sus pulmones.

—¡Ay, D. Juan Andrés! —continuó con inflexiones conmovedoras—; antes de morir quiero gozar un rato de felicidad llamándolo mi esposo, mi adorado esposo, el único ser a quien venero y amo en este mundo. ¿Le asusta mi proposición? Sé que tiene usted un corazón tierno que no puede ver lástimas. Yo soy, pues, la mujer más desgraciada de la tierra, que lo ama e implora su compasión. En los lejanos días de mi juventud, mi felicidad estuvo unida a la de su padre; después, la fatalidad me arrojó al corazón de los desiertos donde sufrí lo que únicamente puede imaginar Aquél que formó el corazón de la mujer que pierde su ideal amoroso. Y tras de una vida peor que la de un condenado, usted se me presenta de repente ante mi

vista, reanudando la historia de mis amores y de mis encantos deliciosos, como un ángel bajado del cielo. ¿Se acuerda?

—Por Dios, veo que te hace daño la conversación, calla— insinuó el joven conmovido por el lenguaje extraño de aquella mujer, en quien notaba dos heterogéneas modalidades: la de señorita educada y de antecedentes nobles, y la de india salvaje, con pasiones indómitas y hábitos groseros.

—Oigame —continuó sin hacer caso—; después, usted no sabe cuánto torturó mi espíritu aquel vivir de incógnito a su lado, viéndolo como radiante de luz amorosa, oyendo sus palabras más dulces que las notas de una flauta. ¡Ay!, ¿se acuerda que el día en que yo me manifesté a usted me trató de demente? Yo arrojé a sus pies mi corazón y usted lo pisoteó; yo le conté la historia de mis desolaciones y usted se rió... ¡Oh! ¡Necesito llorar! ¡Necesito llorar!

Y prorrumpió en angustiosos gemidos.

A Juan Andrés se le enterneció el corazón y le dió voces la conciencia, como si él fuera responsable de tan inauditas desventuras.

Arrimóse entonces el misionero a la cabecera y propinó a la infeliz unos sorbos de agua. Con prisa continuó ella sus apasionadas declaraciones.

—Necesito para morir que me quiera usted; necesito unir mi nombre y mi corazón al suyo. ¿Acaso soy indigna? No. Soy tan noble como usted, por razón de nacimiento; yo soy Brunequilda, no la india de las selvas. ¿Qué le impide el que me llame su esposa? ¡Ah, soy vieja, soy un cadáver, mañana estaré debajo de la tierra! No importa; despósese con mi corazón; yo no busco disfrute de pasiones, sino la posesión de todo su cariño, aunque sea sólo por un instante. ¿Por un instante? No; mil veces no; por toda la eternidad —gritó

la infortunada haciendo esfuerzos con la voz que se le apagaba. En el cielo será su corazón mío; será usted mi esposo, lo amaré, lo amaré infinitamente. Mire —agregó después de una fuerte respiración—, aquí en el pecho llevo su retrato; al verme sola en Ribaflores, lo arrebaté de su cuarto y lo apreté aquí, aquí sobre mi corazón... ¿Lo ve?

Y descubrió el pecho, del cual colgaba, efectivamente, un precioso medallón.

Juan Andrés lloraba enternecido, asebrado más bien de la vehemencia amorosa de aquella criatura que fué noble y ahora estaba loca. Un rato quedó meditabundo sin alzar la vista. Y saliendo de su absorción dijo con dulzura:

—Estás muy sobreexcitada; descansa, Brunequilla, que yo me ausento por un breve rato; continuaremos.

—No me deje sola— gritó la enferma.

Juan Andrés hizo una señal al padre misionero y con él salió aprisa de la habitación para entrar en otra que pudiesen conferenciar a solas.

—¡Padre mío —voceó el joven dando rienda a su emoción—, sufro torturas infinitas! Este conflicto me matará.

No respondió el misionero ni una palabra.

—¿Me caso con esa demente? ¿Acelero su muerte con una negativa?— continuó Juan Andrés todo descompuesto.

—Hay sacrificios sublimes que parecen bajezas— musitó el Padre.

—Pero yo me rebajaría a su condición de loca si aceptase el sacrificio. Me degradaría yo mismo, sí, me degradaría.

—Si usted no olvidara, D. Juan Andrés, que el apellido de ella es tan noble como el suyo...

—No basta eso; me espanta el ridículo. ¡Yo despo-

sarme con una anciana que fué novia de mi padre! ¡Yo casarme con una moribunda! ¡Con una loca! ¡Con una salvaje!... ¡Imposible!

Juan Andrés sudaba, iba y venía por el cuarto, temblaba, víctima de excitación nerviosa.

Abrióse la puerta bruscamente y se oyó la voz angustiada de la Hermana de la caridad que gritaba:

—¡Se muere, se muere!

Corrieron en seguida al lecho de Brunequilda.

Con efecto, perdida el habla, extraviadas las pupilas, estertórea la respiración, entraba la doliente en el desenlace de una fulminante agonía.

El sacerdote se apresuró a recomendarle el alma; la Hermana hacía en la cabecera los menesteres debidos, y Juan Andrés, sentado en un ángulo retirado de la pieza, con la cabeza entre las manos, los codos en las rodillas, lloraba en silencio.

Algunas horas transcurrieron de angustia suprema; la agonía fué más larga de lo que se creyó en un principio. La moribunda estaba sin sentido.

Por fin expiró dolorosamente, desesperadamente.

La familia Volzt, interesada como era natural por la suerte de la loca, menudeaba los recados de información. Precisamente un fámulo suyo acababa de llegar a la portería y estaba hablando de lo mismo, cuando una de las ayudantes de la Hermana enfermera, que escuchara la conversación de Brunequilda con Juan Andrés sobre proposiciones matrimoniales, acertó a salir entonces a la calle y manifestó en la puerta al mensajero de Volzt que la loca iba ya a casarse con el joven de Casanare.

Al amortajar a la difunta encontraron en la ropa interior el testamento de Brunequilda, que otorgaba a favor del joven Meta todos los haberes y derechos patrimoniales sin gravámenes de ningún género.

Terminaban de dar honrosa sepultura al cadáver, cuando recibió Juan Andrés una esquela en que Berta le decía que, enterada de que era un santurrón y un retrógrado (palabras textuales), y lo que es más, cerciorada de que acababa de casarse con una guajiva que había improperado y escarnecido a su padre, deshacía todo compromiso matrimonial con él y aun se avergonzaba de haber sido su amiga.

.....

.....

...Anochecía.

Juan Andrés, con el papel en la mano, salió aturdi-
do de su cuarto y rompió a divagar por las calles. De
improviso oyó cantar en una iglesia, y atraído por
una fuerza dulcemente impetuosa, entró en la casa de
Dios, de la que había huído tantas veces. Estaban
celebrando el mes del Rosario. Sus ojos se fijaron en
el cuadro del altar. Era la apoteosis de la Virgen del
Carmelo. Su vista, al fijarse en la divina imagen, que-
dó como anublada por un llanto deleitoso, suave, tran-
quilizador, vivificante.

¿Qué le habló al corazón aquella obra de arte cris-
tiano, en que la Virgen, con mirada extática, rasga el
azul diáfano del firmamento y sorprende los arcanos
de la felicidad celeste en ascensión gloriosa, rodeada
de grupos angelicales que le ofrendan flores de amor,
al mismo tiempo que alza triunfadora el brazo del
que pende el escapulario, jirón de omnipotencia, tro-
feo de gloria, rayo de luz que ilumina y vivifica las
almas? Aquel cuadro que pone pensamientos de gran-
diosidad mística, que inspira sentimientos puros, como
puros son los ángeles que le circundan, y puros los
cielos a que se eleva la celestial Soberana; aquel cua-
dro, en fin, en que aparece la Virgen del Carmen como
reina y madre de misericordia, tuvo para él un len-

guaje que no entienden ni los orgullosos ni los que tienen el corazón podrido por la concupiscencia: el lenguaje de la santificación.

Mientras tanto, del coro fluía una armoniosa cascada de voces, un surtido de cristianos murmurios que decían: *Mater amabilis, Mater admirabilis, Virgo prudentissima, ora pro nobis*; los cuales le traían la fragancia del recuerdo de Arrebol donde también sintió emociones gratisimas rezando la letanía, al rayo de la luna.

¡Excelsior! Aquella oración amorosamente musical hacía que floreciese en el jardín de su alma la flor de la fe y que la regase con el rocío del llanto. *Janua coeli, Stella matutina, ora pro nobis*, seguía cantando el coro, y los pensamientos de Juan Andrés subían a la región de la gracia como bandadas de palomas blancas. La Virgen María le retornaba mensajes maternales, y con ellos hacía que se le cayesen las frágiles corolas de los desengaños y retoñaran los brotes de filiales sacrificios.

¡Excelsior!

Desenlace.

COSA de dos semanas habían transcurrido, cuando Juan Andrés envió una esquila al Padre misionero rogándole fuera a la casa llamada de los Ejercicios espirituales, donde se hallaba haciéndolos en compañía de otros caballeros. Acudió el citado, y, al chocar las manos, se miraron al rostro en que jugueteaba una expresión triunfadora.

—D. Juan Andrés, D. Juan Andrés, ¿usted por aquí? ¿Qué milagro es éste?

—Cosas de la vida, Padre mío. Pasé el Rubicón; desde que uno se cansa de brujulear por el mar muerto del mundo, es delicioso hallar un abrigo para gozar la dicha. Este santo retiro anunciado ha meses, a nadie se le habría pasado por las mientes que fuese para mí. Ya ve usted que en más de una ocasión sale lo que no se espera.

—Bien, bien, hijo mío —pronunció el colocutor muy satisfecho—. Maná de la divina Providencia es éste que hay que recoger a dos manos. A mí no me sorprende este desenlace; lo esperaba, lo tenía por cierto, pues veía que tenía usted un corazón de oro.

—Sí, Padre; reconozco que mi irreligiosidad era postiza; las inyecciones de desdeñosa indiferencia que

recibí durante mis estudios universitarios, lejos de vigorizarme, produjéronme un profundo malestar que en vano trataba de encubrir con palabrerías y devaneos. La irreligión no es fecunda, no es pródiga de dicha. Debo manifestar a usted que jamás cobré afición verdadera a las doctrinas anticlericales; y si llegué a adoptar prácticas inconvenientes, fué por el imperioso despotismo del qué dirán, y cuando no, por efecto de la ignorancia. ¡Bendito el día en que cayó en mis manos este libro precioso. —Y besaba las *Confesiones* de San Agustín, que sacó del bolsillo.—Aquí encontró mi espíritu consolaciones inefables.

El religioso sonreía complacido. Y al bucear en el fondo de aquella alma ingenua, como entreviese nuevas perlas de virtud, agregó con intencionado donaire:

—Pero quiero saber si Juan Andrés será Apóstol, Mártir o Confesor.

—No sé, Padre, lo que seré; mas por lo pronto pienso hacer una confesión general, y aquí paz y después gloria.

—¿Y nada más le ha inspirado ese libro que usted tanto quiere?

—¿Una protestación pública quiere Ud. decir, Padre?

—Protestación propiamente no; pero es que contra el mundo hay que luchar a las claras...

—Sí, comprendo lo que usted me insinúa; he pensado publicar algo que dé testimonio de mi nueva vida.

—Bien, Sr. Meta. Está todo terminado. Creo en su rehabilitación moral. Rogaré a Dios porque le conceda el don de la perseverancia.

—No, Padre, no está todo concluído.

—Pues ¿qué pretende usted?

—Ser religioso —contestó el joven con la firmeza de una resolución irrevocable.

Y luego con entonación de muy discreta baya:

—¿Verdad que en esto soy algo más que Catón de Utica? Él se envenenó, yo me santifico.

—¿Y le parece a usted que eso es una bicoca para afirmarlo de buenas a primeras? —exclamó el Padre con asombro.

—No lo tengo tan impremeditado, reverendo Padre; hace ya tiempo que acaricio esa idea.

—¿Usted?

—Sí, yo. La primera vez que se me ocurrió fué en el momento de ser arrollado por las aguas del torrente cuando veníamos a esta ciudad. La idea pasó por mi cerebro rápida y candente, como un relámpago, mas prendió una llama que se agrandó día por día. Después, ¡oh!, usted no sabe el sacrificio que por mí se han impuesto Florencio y Rita!... ¡Entregar a un claustro el primer fruto de su amor!... ¡Por mi conversión!... Padre, Padre, confieso a usted —dijo muy emocionado el joven— que esta noticia fué para mí una flecha que se clavó en la mitad de mi alma. Desde entonces mi pensamiento dominante fué el de entrar en un convento; pensamiento tenaz, pero sereno; insistente, pero dulce; heroico, sí, pero a la vez lleno de consuelos. ¿Que había para su realización barreras insuperables? Hoy, gracias a Dios, ya sabe usted que se han derruido a mis pies como si fueran de polvo. La mujer que era al mismo tiempo causa de todas mis dichas y desdichas ha caído del altar de mi corazón hecha pedazos. Aquel amor fué lo de Bécquer...: un rayo de luna..., o, hablando más religiosamente, *vanitas vanitatum*. Para mí ya no existen sino dos cosas fundamentales: Dios y mi conciencia.

—¿Pero quién le responde a usted de una alucinación? ¿No será este partido que usted toma efecto de un despecho paliado? ¿No revivirá otra vez en su corazón el amor del mundo?

—Son cosas que a mí no me toca discernir; las remito al tiempo; la gracia de Dios no se abrevia ni aun para los indignos; en cuatro años que hay de prueba en el claustro puedo determinar mi vocación verdadera; por de pronto, yo pondré, contando con el auxilio divino, los medios para hacerme digno de pertenecer a los escogidos, y si está de Dios que yo no sea religioso y vuelva otra vez al siglo, hágase su santa voluntad.

El Padre no tuvo que objetar a estas declaraciones. Guardaron ambos silencio.

—¿Y en qué Comunidad piensa usted santificarse?

—¡Bah, esa pregunta huelga! —replicó con discreto desenfado Juan Andrés—. En la que fundó el autor de este libro, que, por lo mismo que conoció las llagas de la humanidad y las fragilidades del corazón, habrá puesto a sus hijos bajo la égida de la más prudente experiencia.

—¿En el convento de *El Desierto de la Candelaria*?

—Sí, para tener el honor de ser hermano de usted y agradecerle la parte importantísima que le cabe en este cambio de mis ideas y conducta.

El Padre perdió su habitual modestia y alargó los brazos que tenía cruzados para estrechar contra su pecho a aquel joven, que en verdad tenía *corazón de oro*.....

Cumplidos los requisitos previos para su admisión en la Comunidad, salió de Bogotá Juan Andrés camino de *El Desierto*.

Impresión asaz agradable causóle su vista, y más cuando tomó posesión de una celda. Entre otros detalles que advirtió en la santa casa, uno le maravilló sobre manera y le dió materia para meditar en la grandeza de aquella soledad y en la soledad de aquella grandeza, es a saber: las leyendas de ciertos lienzos que decoran los muros de los claustros:

«Retrato del V. P. Fr. Mateo Delgado, fundador de esta santa casa de Agustinos Recoletos. Fué de familia noble; ocupó la cátedra de Medicina de la Universidad de Alcalá de Henares; fué médico de Felipe II; a los sesenta años de edad entró al claustro, después de acomodar a su esposa y a una hija en un convento de monjas agustinas y cuando recibió el sacerdocio un hijo suyo; llegó a América, evangelizó los pueblos de la sabana de Bogotá y fundó y habitó este convento, siendo modelo de penitencia. Murió, lleno de virtudes y milagros, a los ciento tres años de edad.»

«Retrato de Fr. Manuel de Jesús. Fué portugués de nacimiento; llegó a la América negociando en el tráfico de negros; en un duelo dió muerte al capitán del navío en Cartagena. Absuelto de su pena, entró en este convento, en donde fué muy dado a la humildad y a la penitencia; ejerció los empleos de hortelano y limosnero. Luchó visiblemente con el diablo muchas veces.»

«Retrato de Fr. Domingo de Betanzos. Nació en Andalucía, de familia aristocrática y adinerada. Cultivó con fama la poesía y la música; casado ya, llegó a Lima, naufragó de regreso a su patria y vino rodando hasta Tunja. Aquí, representando un drama con otros jóvenes, al hacer el papel de ahorcado, iba ahorcándose de veras. Nuestra Señora lo sacó con bien, hizo voto de hacerse religioso y lo cumplió muy santamente. Habitó siempre una choza en la huerta; maceró su carne desapiadadamente. Murió cantando el *Te Deum*.»

«Retrato del P. Alonso de la Cruz. Perteneció a la nobleza española; fué piadoso desde niño; muy versado en toda clase de ciencias; pasó a la América como explorador. A los treinta y dos años dejó el mundo por el claustro. Fundó el convento de La Popa en Cartagena; estableció las misiones del Darien; murió mártir alanceado por los indios.»

«Retrato del V. P. Andrés de San Nicolás. Nació en Tunja; profesó en este convento; fué de un talento portentoso; habló ocho lenguas; escribió muchos volúmenes de Historia, Geografía y Ascética. Se le conoce con el nombre de *Biblioteca animada*. Fué excelente poeta latino y castellano. Sus virtudes predilectas fueron la castidad y la humildad.»

De todo lo cual sacó en consecuencia que la elección que había hecho no era desacertada, ya que el espíritu de las *Confesiones de San Agustín* vivía encarnado en aquel histórico edificio.

Estaba el elegante mozo transformado ya en fraile, cuando un periódico de la capital daba así la noticia:

«*Contra la mala prensa*: El señor Meta, uno de los literatos más conspicuos por su cultura intelectual, joven de grandes esperanzas, acaba de cambiar sus arreos mundanos por el hábito agustiniano en *El Desierto de la Candelaria*, donando la suma de 80.000 pesos en oro para la fundación de un *diario* netamente católico.»

Conclusión.

CON cara de pascuas, como si aquel fuera el camino del paraíso, dirigía yo mis pasos hacia El Desierto de la Candelaria, en el que esperaba recobrar la salud que las inclemencias del clima casanareño me robaran. No sería tanto el alborozo que experimentaron los israelitas al ver por primera vez desde Nebo la tierra de promisión, como el que sentí al situarme en un cabezo de donde divisé el convento, escondido en el hondón de un valle.

Reina en derredor imponente silencio; la vida exuberante de las zonas tropicales desapareció de allí sin dejar huella de su primitiva grandeza. El paisaje trae a las mientes la imagen de un fabuloso teatro derruido por el huracán. Peñascos rodados por todas partes; cañadas negruzcas y arrugadas, especie de cicatrices geológicas; arideces arcillosas veteadas de amarillo y rojo; alguno que otro retazo verde en las laderas de los cerros que encajonan el valle.

El cantar de alguna pastorcilla óyese a lo lejos, y el toche y la mirla de la enramada van repitiéndolo hasta que el sol del ocaso barre con sus plumeros de oro los lampos luminosos de los remotos horizontes. El tem-

bloroso balido del recental, que pace en las colinas pradeñas, percíbese de vez en cuando imitando el quejido de un moribundo, y el condor, que se balancea en el espacio oteando la vega, dibuja abajo, herido por los rayos solares, sombras movibles y vagas, cual si fuesen espíritus condenados a arrastrarse sin cesar.

Bajo un cielo siempre azul, rizado a trechos por nubes que semejan encajes blancos y que evocan ansias de amor puro y elevado, corre la brisa, que descende de las altas cumbres convidando a la plegaria y surgiendo deseos del paraíso. La soledad, la templanza invariable del clima, el clamoreo del torrente, que corre a lo largo de la vega y ya se retuerce por entre las piedras, como reptil fugitivo, ya se extiende en largos tranquilos, como si fueran jirones de raso azul orlados de espuma, todo está convidando a amar, a amar a Dios, y forma un panorama letífico, con cuya vista se purifican las aspiraciones del corazón, que, desprendido de lo terreno, quiere emprender el vuelo hacia la región de las perpetuas dichas.

Y rodeado el vallecito de cerros abruptos como ruinas de murallas ciclópeas, el convento se destaca blanco como si fuera una paloma echada sobre el nido; o un gigante encanecido por los triunfos sentado sobre tapices verdes. La magia del contraste entre la rudeza de las cercanías y la apacibilidad del claustro, entre la aridez de los barrancos y la riqueza del vallecito recrea la vista del peregrino. Y es que quiso la divina Providencia que este edificio quedase entre arideces y oquedales para que sus moradores vivieran la vida del espíritu alimentándose con el pensamiento de las delicias del cielo. Celoso Dios de las almas religiosas, ha compartido los dones de la felicidad y los misterios de su ternura con los corazones vírgenes segregados del mundo en soledad. Siempre será la primera

belleza de este convento el augusto silencio que lo rodea. El alma vive a solas con Dios. El viajero siéntese como embriagado con la atmósfera santa que respira; aun de lejos se nota algo divino que infunde temor santo, borra el recuerdo de las frivolidades humanas y univoca muchas hermosas resoluciones.

Yo, a la verdad, ansiaba bajar el reventón de la última cuesta para encerrarme en aquel oásis de místicas complacencias.

Llegué a la portería y llamé. El Hermano portero tardó algún tanto en abrirme. En el intervalo oí tañer la campana del claustro con toque de agonía. Todas las alegrías de mi alma se marchitaron; quedó mi alma como rosal deshojado por una racha repentina del cierzo.

Por fin abrió el portero; le pregunté sin preámbulos:

—¿Quién se muere?

—El Hermano Agustín —me respondió.

Arrepentíme de un gesto de indiferencia que hice al oír tal nombre para mí desconocido, y volví a interrogar:

—¿Quién es él?

—Un Hermano lego muy penitente y de ejemplar vida, que hace poco tiempo está entre nosotros.

Entré en el convento. A la sazón salían de las celdas los religiosos con las capillas caladas y el ritual debajo del brazo y se dirigían a la enfermería. Me asomé al claustro a donde daba la humilde celda del paciente; pálidos resplandores producidos por la candela de la agonía proyectábanse por la puerta de la habitación del moribundo; semejava el hueco de aquella puerta una mancha amarillenta. Sobrecogido por la idea de condolencia que inspira la muerte, me despojé de los arreos de jinete y dirigíme al cuarto del agonizante. Este era un joven de agradable aspecto, en cuyo sem-

blante se adivinaban las huellas de la tuberculosis pulmonar; la frente estaba surcada por prematuras arrugas horizontales. Reclinado en modesto lecho tenía en la mano un crucifijo; sobre el pecho la medalla-escapulario del Carmen. Revestido el prior con los ornamentos sacerdotales, recomendábale el alma; la Comunidad, arrodillada con velas encendidas en torno del lecho, rezaba los salmos penitenciales. Un punto más y el moribundo dió la última boqueada plácidamente. Así, entre el suave incienso de santas oraciones, exhaló su espíritu y ascendió a la gloria.

Mientras lo amortajaban y en humilde féretro lo depositaban, para velarlo hasta la hora del sepelio, un Padre conventual me refirió la vida de aquel mancebo, que en el claustro se llamó Hermano Agustín y en el mundo Juan Andrés Meta.

FIN

69

INDICE

	Págs.
I.—Retrato al óleo.....	5
II.—Retratos de novela.....	11
III.—Convecinos.....	17
IV.—Niñerías.....	21
V.—Cosas ocultas.....	28
VI.—De regreso.....	34
VII.—Fragmentos de una carta.....	42
VIII.—Abogado en Casanare.....	49
IX.—Secretos al aire.....	58
X.—Páginas de una revista.....	67
XI.—A solas.....	74
XII.—Veraneando.....	82
XIII.—¿Un paso adelante?.....	92
XIV.—Preparativos de boda.....	100
XV.—Nupcias.....	109
XVI.—Patos, al agua.....	120
XVII.—Nocturnal.....	130
XVIII.—Cucarrón.....	137
XIX.—Despedida.....	145
XX.—Para verdades el tiempo.....	153
XXI.—Fin del veraneo.....	160
XXII.—Delirios.....	169
XXIII.—Razón de la sinrazón.....	177
XXIV.—Por las pampas.....	187
XXV.—Una noche entre salvajes.....	196
XXVI.—Más psicologías.....	204
XXVII.—Mientras llueve.....	212
XXVIII.—Intrínquis.....	220

	Págs.
XXIX.—La fiesta del Carmen.....	230
XXX.—Efemérides de un álbum.....	241
XXXI.—Muerte de doña Engracia....	250
XXXII.—Encargos.....	256
XXXIII.—¡Estás loca!.....	263
XXXIV.—Paces hechas.....	269
XXXV.—¿Milagro o casualidad?.....	277
XXXVI.—Aproximándose al ideal.....	287
XXXVII.—En Bogotá.....	294
XXXVIII.—¡Ella!.....	302
XXXIX.—Al borde del sepulcro.....	311
XL.—Desenlace.....	318
XLI.—Conclusión.....	324

